Pamela Aidan



Fitzwilliam Darcy, un caballero, Nº 1

UNA FIESTA COMO ESTA

A mi padre y mi madre, Eugene y Elaine Stanley, Que me brindaron la libertad de experimentar.

ÍNDICE

Capítulo 1
Una fiesta como esta

Fitzwilliam George Alexander Darcy se levantó de su sitio en el carruaje de los Bingley y descendió con lentitud ante el salón de fiestas que había en el segundo piso de la única posada que poseía la pequeña localidad comercial de Meryton. Por la ventana abierta del salón se podía oír la alegre melodía de una cancioncilla popular, aunque ejecutada con escasa maestría, que invadía la serenidad de la noche. Con una mueca de disgusto, Darcy bajó la vista hacia el sombrero que tenía en las manos y, con un suspiro, se lo puso, ajustándolo en el ángulo preciso. *¿Cómo has podido permitir que Bingley te convenciera para hacer esta absurda incursión en la vida social pueblerina?*, se reprochó. Pero antes de que pudiera pasar revista a los acontecimientos que le habían llevado hasta allí, un perro que se había encamado sobre un carruaje próximo soltó un melancólico aullido.

—Precisamente —se lamentó Darcy en voz alta, al tiempo que se volvía hacia el resto de sus acompañantes. Enseguida vio que las hermanas de su amigo tenían las mismas expectativas que él sobre la posibilidad de disfrutar de una noche agradable. La mirada que se cruzaron mientras se arreglaban la falda dejaba entrever una dosis de elegante desdén y resignación al mismo tiempo. Darcy miró entonces a su joven amigo, cuyo rostro, en cambio, estaba lleno de entusiasmo y curiosidad. Una vez más se preguntó cómo era posible que Charles Bingley y sus hermanas fueran de la misma familia. Las mujeres Bingley eran debidamente reservadas, mientras que Charles era, sin lugar a dudas, una persona muy sociable. La señora Hurst y la señorita Bingley eran elegantes en su forma de vestir y su manera de comportarse. Charles era… Bueno, ahora se vestía de manera moderna pero discreta —Darcy había logrado influenciarlo al menos en ese aspecto—, pero seguía teniendo una desafortunada propensión a tratar a cualquier persona que acabaran de presentarle como si fuera un amigo íntimo. Las hermanas Bingley no se impresionaban con facilidad e irradiaban un estudiado aburrimiento ante todo lo que no se incluyera entre las diversiones más exclusivas; su hermano, en cambio, disfrutaba con todo.

Precisamente este carácter eufórico había convertido a Charles en objeto de varias bromas crueles por parte de los caballeros más sofisticados de la ciudad y, por esa razón, Darcy se había fijado en él. Al ser testigo involuntario de la planificación de una de tales humillaciones durante una partida de cartas en su club, Darcy oyó lo suficiente como para enfadarse y tomar la decisión de buscar al infortunado joven para advertirle que tuviera cuidado con aquellos que él consideraba sus amigos. Para sorpresa de Darcy, lo que comenzó como un deber cristiano se fue transformando en una gratificante amistad. Desde entonces,

Charles se había convertido en la primera persona a la que visitaba en la ciudad, pero todavía había momentos, como éste, en los que perdía la esperanza de llegar a inculcar en él una apropiada discreción.

—Entonces, ¿entramos? —preguntó Charles, tan pronto se puso a su lado—. La música parece espléndida y yo espero que las damas también lo sean. —Se dio la vuelta y le ofreció el brazo a su hermana soltera—. Vamos, Caroline, conoceremos a nuestros nuevos vecinos.

Darcy se colocó en segundo plano, dejando paso a los Bingley, que entraban ya en el pequeño vestíbulo y subían las escaleras hasta el piso del salón de baile. Tras despojarse ellos de sus sombreros y las damas de sus capas, Bingley, su cuñado, el señor Hurst, y Darcy escoltaron a las damas hasta la entrada, donde se detuvieron para examinar los detalles del salón y de sus rústicos ocupantes. Desafortunadamente, en ese momento la melodía también llegó a su fin y los que estaban bailando ejecutaron el último paso de la danza, lo que provocó que todas las miradas se dirigieran hacia la puerta. Durante unos pocos y tensos instantes, la ciudad y el campo se evaluaron mutuamente y llegaron a una vertiginosa serie de conclusiones.

Darcy empujó suavemente a Bingley hacia el interior de la estancia, mientras los bailarines comenzaban a abandonar la pista en busca de refrescos y comentarios. Podía sentir sobre él los ojos de todo el mundo y se preguntaba cómo había podido dudar alguna vez de la vulgaridad de los modales provincianos. Era tan terrible como había temido. El salón se había convertido en un hervidero de especulaciones, y él y los Bingley parecían ser examinados con detalle hasta la última guinea. Casi podía oír el tintineo de las monedas, a medida que los ocupantes del salón calculaban su fortuna. En el transcurso de pocos minutos, el hombre al que Darcy suponía que debía culpar por la invitación al baile de esa noche se dirigió apresuradamente hacia ellos. Haciendo una inclinación unos grados más pronunciada de lo necesario, estrechó la mano de Bingley de manera vigorosa.

—Bienvenido, bienvenido, señor Bingley. Sean bienvenidos usted y todos sus distinguidos acompañantes —exclamó sir William Lucas, mientras los miraba a todos con una gran sonrisa—. Nos sentimos muy honrados con su presencia en nuestra pequeña fiesta. Desde luego, estamos todos ansiosos por conocer a sus respetables invitados... —Sir William dejó la frase en suspenso, mientras miraba expectante a Darcy y a las hermanas Bingley.

Con gran entusiasmo, Bingley hizo las presentaciones reglamentarias. Darcy respondió al saludo del adulador hombrecillo con una simple inclinación de cabeza. Sin embargo, en lugar de disminuir la deferencia de sir William hacia él, ese gesto tuvo, para desgracia de Darcy, el desafortunado efecto de aumentar su interés y reafirmar sus continuos esfuerzos por entablar una conversación con él. Finalmente, después de que las damas y el señor Hurst fueron presentados, sir William los acompañó a todos hacia la mesa donde estaban los refrescos y la señorita Lucas, su hija mayor, en compañía de su madre y su familia. Allí todo el grupo conoció al resto de la familia Lucas y Bingley, que sabía perfectamente cuáles eran sus obligaciones sociales, se ofreció a bailar

con la señorita Lucas la siguiente pieza. Sir William le ofreció el brazo a la señorita Bingley y los Hurst siguieron a las otras dos parejas hasta la pista de baile.

Cuando la música comenzó a sonar y los otros bailarines ocuparon sus puestos, Darcy buscó un sitio contra la pared, lejos de la mesa y los círculos de vecinos y parientes que rodeaban el salón. Mirase adonde mirase, veía ojos entrecerrados que lo examinaban con descaro, o que batían las pestañas con pretendida modestia. Endureciendo su expresión, Darcy se refugió en una actitud de estudiada indiferencia que enmascaraba el frío desdén que combatía en su pecho contra una ardiente furia, mientras observaba ante él el ir y venir de la sociedad provinciana.

¿Por qué había accedido a desperdiciar de esa manera la velada? A excepción de sus propios acompañantes, no había en todo el salón ni el más mínimo atisbo de belleza, charla interesante o buen gusto. En lugar de eso, estaba rodeado de gente común, insulsa y banal, esa clase de pequeños burgueses cuya idea de conversación se limitaba a un intercambio de vulgares rumores, como aquellos de los que él estaba siendo objeto en ese momento. Darcy no pudo evitar comparar aquella situación con la última vez que estuvo en Tattersall's en busca de un nuevo semental Thoroughbred, apropiado para sus potrancas. Allí mismo juró en secreto que nunca volvería a comprar caballos en una subasta.

Cuando la música llegó a su fin, Darcy buscó con la mirada a Bingley con la esperanza de aliviar un poco la solitaria inquietud que sentía. Finalmente, lo localizó al otro lado del salón, en el momento en que le presentaban a una matrona rodeada de varias mujeres jóvenes. Darcy miró con resignación mientras Bingley se inclinaba ante cada una de ellas durante la presentación y luego le ofrecía el brazo a la muchacha más agraciada, comprometiéndose para el siguiente baile. La facilidad con que su amigo se movía en cualquier reunión social en que se encontrara era algo que siempre le había causado admiración. ¿Cómo hacía uno para conversar con unos completos desconocidos, pasando por encima de los límites de clase o posición y en un lugar como ése? Un torrente de reservas y restricciones adquiridas a través de los años flotó de manera sombría sobre su cabeza, haciendo más intensa su incomodidad y su reticencia con respecto a las relaciones sociales. Sus ojos siguieron a Bingley y su pareja durante los primeros pasos del baile y luego volvieron a fijarse en la matrona y su entorno. Lo que allí vio le hizo soltar una exclamación de desaprobación que sorprendió a un joven que pasaba a su lado y que, tras lanzarle una rápida mirada a su impasible rostro, se apresuró a continuar su camino.

La mujer que le había provocado semejante disgusto tenía la expresión de un viejo gato atigrado y gordo, al que le acaban de servir un tazón de leche. El gesto de satisfacción y avaricia de la mujer mientras observaba atentamente a Bingley y a la muchacha era casi palpable. *¿Su hija? Probablemente,* dedujo Darcy, *aunque no se parecen mucho.* No tuvo la menor duda de la dirección de los pensamientos de la mujer; había visto esa mirada demasiadas veces para dejarse engañar. Había que prevenir a Bingley para que no manifestara ningún interés particular en *esa* dirección. Si apreciaba la más mínima deferencia, aquella mujer

terminaría acampando en la puerta de Netherfield, la casa de su amigo.

Darcy se acercó a la mesa en la que habían dispuesto los refrescos, con la espalda tiesa ante la desagradable perspectiva de tener que prevenir a su amigo. Después de aceptar una copa de ponche que le ofreció la muchacha que estaba detrás de la mesa, soportó sus sonrisas y risitas con una compostura que estaba lejos de sentir.

En ese momento, Bingley apareció junto a él, tomó una copa de manos de la muchacha con una sonrisa y un guiño y, dirigiéndose a él, dijo:

—Bueno, Darcy, ¿alguna vez en tu vida habías visto tantas jovencitas adorables reunidas en un solo lugar? ¿Qué piensas ahora de los modales campesinos?

—Pienso lo mismo que siempre he pensado, pues esta noche ciertamente no he tenido ninguna razón para cambiar de parecer.

—Pero, Darcy, no es posible que te hayas ofendido por las atenciones de sir William. —Bingley sonrió con compasión—. Es un buen tipo, un poco insistente, pero…

—Al responder a tu pregunta, no estaba pensando precisamente en las atenciones de sir William. No es posible que no te hayas percatado del vulgar chismorreo del que somos objeto incluso en este momento. —Darcy apretó la mandíbula, molesto, tras echar un rápido vistazo al salón para confirmar la veracidad de su afirmación.

—Probablemente se están preguntando, al igual que yo, por qué aún no has bailado esta noche. Vamos, Darcy, tienes que bailar. No soporto verte ahí de pie, solo y con esa estúpida actitud. Es mejor que bailes. Hay muchas muchachas bonitas que, sin duda, estarían…

—¡No pienso hacerlo! Sabes cómo detesto bailar, a no ser que conozca personalmente a mi pareja. En una fiesta como ésta me resultaría insoportable —dijo, recorriendo el salón con una mirada de desprecio—. Tus hermanas están comprometidas, y bailar con cualquier otra mujer de las que hay aquí sería como un castigo para mí.

—¡No deberías ser tan exigente y quisquilloso! —se quejó Bingley—. ¡Por lo que más quieras! Te juro por mi honor que nunca había visto a tantas muchachas tan encantadoras como esta noche; y hay algunas que son particularmente bonitas.

—*Tú* estás bailando con la única muchacha guapa del salón —replicó Darcy, mirando a la última pareja de baile de Bingley.

—¡Ah! ¡Es la criatura más hermosa que he visto en mi vida! Pero, ven, ella tiene una hermana encantadora que creo que podría ser de tu agrado, al menos por esta noche. Déjame presentártela. Está sentada al lado de la pista, por allí.

—¿A cuál te refieres? —preguntó Darcy, girándose y siguiendo la mirada de Bingley. Sentada a escasa distancia de donde ellos estaban, había una jovencita de alrededor de veinte años que, a diferencia de él, obviamente estaba disfrutando de la velada. A pesar de estar sentada debido a la escasez de caballeros, sus pequeños pies se negaban a ser desplazados del baile y se movían discretamente bajo el vestido, llevando el ritmo. De ojos brillantes y entretenida en la contemplación de la escena que tenía frente a ella, parecía ser bastante popular entre la gente, pues

la saludaban tanto las damas como los caballeros que pasaban a su lado. Estaba lo suficientemente cerca de ellos como para que un ligero cambio en la dirección de su mirada hiciera que Darcy se preguntara si habría escuchado la conversación. Sus sospechas se confirmaron cuando la sonrisa de la muchacha pareció adoptar una apariencia más sugerente.

¿Qué estará pensando? Intrigado, Darcy se permitió examinarla. En ese momento, el objeto de su estudio se volvió hacia él, todavía con una sonrisa, aunque enarcando delicadamente una ceja, en señal de desaprobación por su descarado escrutinio. Darcy se apresuró a darse la vuelta y su incomodidad por el hecho de que ella lo hubiese descubierto lo hizo sentirse más molesto con su amigo. ¡Si Bingley pensaba que Darcy se contentaría con lo que otros hombres habían despreciado, mientras que él disfrutaba de la compañía de la única joven pasable de la reunión, estaba muy equivocado!

—No está mal, aunque no es lo bastante guapa como para *tentarme;* y ahora no estoy de humor para dedicarle mi atención a las jóvenes que han dejado de lado otros hombres —objetó Darcy de manera tajante—. Será mejor que vuelvas con tu pareja y disfrutes de sus sonrisas, porque estás perdiendo el tiempo conmigo. —Dejando que Bingley tomara su consejo como mejor le pareciera, se dio media vuelta y se alejó todo lo que pudo de la presencia de la perturbadora mujer. Durante el resto de la velada se entretuvo bailando con las dos hermanas de su amigo y, cuando no estaba con ellas, desanimando a cualquiera que tratara de darle conversación. Su indignación por el absoluto desperdicio de una velada entera en compañía de burdos desconocidos se manifestaba a través de una actitud tan odiosa que rápidamente se quedó solo. Cuando la fiesta por fin terminó y el carruaje de los Bingley se estacionó frente a la entrada para recogerlos, sólo pudo suspirar de alivio.

Mientras Bingley elogiaba con satisfacción la velada, Darcy se recostó en su asiento y se dedicó a observar a sus acompañantes. Tal como había sospechado, la señorita Bingley y la señora Hurst discrepaban del entusiasmo de su hermano y no tuvieron la menor duda en expresar su total desacuerdo. Darcy dejó a los Bingley debatiendo sus diferencias y dirigió su mirada hacia la noche, a través de la ventanilla del carruaje. Un pequeño revuelo a la entrada de la posada atrajo su atención e, inclinándose hacia delante, vio cómo varios miembros de la milicia local presentaban sus respetos a un grupo de jovencitas que salían por la puerta. Con grandes aspavientos y exageradas reverencias, competían entre ellos para escoltar a las damas hasta su carruaje. Una de ellas dejó escapar una risa suave y deliciosa que hizo que Darcy se inclinara más para buscar la fuente de tal sonido. La encontró allí, bajo una antorcha que chisporroteaba, y con un pequeño sobresalto vio que se trataba de la joven de la sonrisa enigmática que tanto lo había perturbado hacía un rato. Observó cómo la joven rechazaba con delicadeza el brazo de un joven oficial y lo dirigía hacia una de sus hermanas. Luego, con un suspiro de placer, se arregló con gracia la capa y levantó el rostro hacia el hermoso cielo nocturno. La simplicidad de su dicha conmocionó a Darcy y, a medida que el carruaje avanzaba, descubrió que no podía apartar los ojos de la muchacha. Con una inexplicable fascinación, se quedó

mirándola hasta que una curva de la calle hizo que la perdiera de vista.

—Ejem.

Darcy se recostó nuevamente en el asiento y miró a Bingley, cuya tos y la ceja que tenía enarcada expresaban una pregunta que él no estaba dispuesto a responder. Se encogió de hombros y volvió a dirigir su mirada hacia la noche a través de la ventanilla, tratando de alejar con determinación todos los pensamientos acerca de muchachas campesinas, en especial aquellas cuyos ojos brillantes parecían esconder interesantes secretos.

A la mañana siguiente a la fiesta de Meryton, Darcy se encontraba solo, sentado a la mesa del soleado comedor pequeño de Netherfield, acariciando una taza de café negro mientras leía con atención una carta de su hermana. Los Bingley y los Hurst todavía no habían bajado, pues se estaban recuperando de los sucesos de la noche anterior. Al no encontrar ninguna razón para romper el hábito de levantarse temprano, Darcy bajó a la hora acostumbrada y encontró que tenía el comedor sólo para él y que, sobre la mesita, lo aguardaba una muy esperada carta de su hermana Georgiana. Se sirvió una taza de la humeante bebida, se metió la carta bajo el brazo y miró a su alrededor en busca de un lugar cómodo donde pudiera disfrutar de las dos cosas. Si estuviera en su casa de Londres o en su mansión campestre, Pemberley, se habría dirigido a la biblioteca. Pero aquello no era Pemberley sino Netherfield. Y como la casa había sido recientemente alquilada por su amigo, la biblioteca estaba tristemente descuidada y era casi la habitación más incómoda de todo el lugar. Así que tendría que instalarse en aquella estancia, que era menos tranquila, y confiar en que sus anfitriones decidieran abandonarse un rato más al sueño, permitiéndole la privacidad que su carta merecía.

Mientras el delicioso aroma del café flotaba a su alrededor, Darcy rompió el sello de la carta de su hermana, que tenía un significado más considerable que las que acostumbraba recibir. Últimamente, desde el incidente con George Wickham, sus cartas consistían apenas en unas pocas líneas: informes sobre sus clases, sus progresos en la interpretación del piano, el nombre de los visitantes y cosas por el estilo. El suave brillo que hasta entonces había caracterizado a Georgiana se había convertido en un polvo ceniciento que cubría su corazón y la obligaba a retirarse del mundo. Darcy rezaba para que aquello fuese una cuestión pasajera y que haberse visto expuesta a semejante vileza no hubiese dañado de manera permanente la capacidad de su hermana para asumir su lugar en la sociedad. Abrió las hojas cuidadosamente dobladas y leyó:

18 de octubre

> Queridísimo hermano:
>
> Espero que al recibir esta carta te encuentres bien y contento durante tu estancia con el señor Bingley y su familia. ¿Qué te parece Netherfield? ¿Es agradable, tal como prometió el señor Bingley?

¿Qué le parecía Netherfield? La mansión era bastante agradable, excepto por la biblioteca. Se trataba, ciertamente, de una propiedad que

Bingley podía administrar en ese momento de su vida. Sí, funcionaría... si los vecinos... Darcy volvió a concentrarse en la carta.

> Recibí tu carta del... el pasado miércoles y tuve la intención de responder a tu amable solicitud enseguida, pero encontré que, en ese momento, no tenía mucho que contar que justificara el esfuerzo de enviar una carta hasta Hertfordshire. Eso ha cambiado radicalmente y dudo que pueda expresarme de una manera que transmita adecuadamente mis sentimientos actuales.

Darcy se enderezó un poco en la silla, mientras un cosquilleo de preocupación se deslizaba por su espalda. Estiró la mano para tomar la taza de café y le dio un largo sorbo.

> Sé que has estado muy preocupado por mí desde los sucesos del verano pasado y, sinceramente, querido hermano, me he sentido muy mal. No creía que fuera posible confiar en nadie, excepto en ti, o aceptar la más mínima deferencia sin sospechar. No deseaba tener ningún contacto social y nada me hacía feliz excepto mi música que, debo confesártelo, también se había cubierto con un velo de melancolía. Esto no pasó inadvertido para la nueva dama de compañía que me enviaste. La señora Annesley, que es una mujer sabia, decidió no presionarme ni reprenderme por eso. Sin embargo, insistió en dar largos paseos por Pemberley, afirmando que sólo yo podía mostrarle realmente su hermosura y, desde luego, mis lugares favoritos. También me animó a retomar la tarea que nuestra madre abandonó hace tantos años: visitar a las familias de nuestros arrendatarios. Después de considerar su propuesta, encontré que deseaba hacer esas visitas; de hecho, que debía haberlas hecho hace mucho tiempo.
>
> No sé exactamente cómo sucedió, hermano, pero ya no me encuentro agobiada por el pasado. Siempre me afectará, pero ahora sé que no gobernará mi vida. El gentil consejo y sereno aplomo de la señora Annesley han sido un bálsamo curativo y un valioso ejemplo. Elegiste bien, querido hermano, y bajo su cuidado me estoy recuperando y he ido adquiriendo más fortaleza de ánimo.

La carta cayó suavemente sobre la mesa al tiempo que la tensión de Darcy se evaporaba con un suspiro que no pudo reprimir. El resto contenía los acostumbrados informes sobre sus progresos académicos y musicales, aunque redactados con un tono más alegre que los que había recibido de Georgiana durante algunos meses. Cerró los ojos un momento. *Ella estará bien,* se aseguró mentalmente.

Al oír pasos, Darcy dobló rápidamente la carta, la deslizó en el bolsillo de la chaqueta y se levantó del asiento. La señorita Bingley entró en el comedor y enseguida vio que Darcy estaba solo en la mesa. Le hizo señas a un criado para que abandonara su puesto junto a la puerta y actuara de camarero, inclinó la cabeza ligeramente como respuesta a la reverencia de Darcy y permitió que él eligiera una silla para que ella se sentara.

—Señor Darcy, es usted un modelo para todos nosotros. —La señorita Bingley levantó la vista hacia él, mientras Darcy la ayudaba a sentarse—. Levantarse tan temprano, me atrevería a decir que antes del amanecer, después de una noche tan extenuante, en una compañía tan agotadora.

¡Me admira su fortaleza, señor!

Darcy recuperó su café y volvió a tomar asiento en el otro extremo de la mesa.

—No puedo reclamar ningún mérito por eso, señorita Bingley. Es únicamente una cuestión de costumbre, se lo aseguro.

—Una costumbre muy buena, señor Darcy, estoy convencida. ¡Pero su café ya debe de estar frío! Deje que Stevenson le sirva otro. ¡Pocas cosas pueden ser tan desagradables como el café frío! No puedo permitirlo. —La señorita Bingley se estremeció suavemente. Darcy ocultó tras la taza una incipiente mueca de disgusto, mientras daba otro sorbo a su café. Estaba tibio, pero él no iba a darle a Caroline Bingley la oportunidad de representar esa escena de intimidad doméstica que estaba intentando comenzar, en otro desafortunado intento por llamar su atención. Darcy colocó la taza sobre el platillo con determinación y comenzó a levantarse, cuando la señorita Bingley lo sorprendió con una pregunta sobre la carta.

—Por favor, cuénteme qué dice su querida hermana. Deseo saber qué tal le va con su nueva dama de compañía. ¿Se queja de ella, o es demasiado pronto para eso? ¡Cómo desearía que hubiese venido con nosotros a Netherfield! —Suspiró con irritación—. Su compañía sería un gran alivio para soportar a los galanes locales y sus «respetables» damas. —La señorita Bingley reorganizó la comida en el plato, mientras pensaba en sus nuevos vecinos—. Charles insiste en que hagamos visitas. Estoy segura, señor Darcy, de que usted coincidirá conmigo en que eso difícilmente sería un placer. Al igual que la fiesta de anoche. Dígame una cosa, señor, ¿acaso la velada de anoche no fue toda una prueba para su sensibilidad?

Darcy rememoró algunos momentos del baile del día anterior. ¿Una prueba para su sensibilidad? Un eco del disgusto que había sentido reverberó a través de su cuerpo. Sí, una verdadera prueba. Aduladores fastidiosos, tímidas jovencitas e impertinentes mujeres mayores. Todos ellos calculando, evaluando, siguiendo con los ojos cada movimiento... De repente, recordó unos ojos con unas expresivas cejas enarcadas que lo desafiaban, intrigantes ojos llenos de interesantes secretos. Darcy se quedó absorto en ese recuerdo durante unos instantes, hasta que el tintineo de una cuchara golpeada con fuerza contra una taza le hizo recuperar la noción de la realidad, devolviéndolo a la presencia de su interrogadora. La sonrisa de la señorita Bingley apenas ocultaba la indignación que claramente estaba sintiendo por la falta de atención, pues tenía los ojos entrecerrados mientras esperaba una respuesta a su pregunta.

—¿Una prueba, señorita Bingley? Tal vez para aquellos caballeros que, como yo, no disfrutaron con el baile. Pero con seguridad usted fue objeto de muchas amables atenciones y gran admiración. —Darcy esbozó una sonrisa de satisfacción. Ella no podía negar la evidente cortesía con que la habían tratado durante todo el baile. Despreciar esa gentileza sería inapropiado, aunque reconocer que había tenido éxito en medio de una sociedad tan limitada no era algo que pudiera exhibir como un trofeo, en especial en su compañía—. Tendrá que disculparme, señorita Bingley —

continuó diciendo Darcy, en un tono que exigía más que solicitaba su permiso para retirarse. Con una sonrisa de desconcierto, Caroline no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza mientras él se levantaba para marcharse. Mientras se dirigía hacia la puerta y los establos, la imagen de una joven muy distinta, con los ojos levantados hacia el cielo nocturno, apareció en su mente, haciéndole detenerse inesperadamente. Sacudiendo la cabeza, siguió su camino a los establos. *¡Al caballo, señor! ¡Has venido a inspeccionar los campos y las cercas, no las escuelas locales!*

Darcy entró en el patio de la caballeriza y se alegró de ver a *Nelson* ya preparado e impaciente por una buena carrera. Balanceándose sobre la montura, concentró sus pensamientos en su caballo y señaló con la cabeza un campo bañado por los rayos de una deliciosa mañana otoñal.

Capítulo 2
Un propietario

Darcy regresó a Netherfield tras su cabalgada matutina, sintiendo todavía más admiración por el paisaje en el que estaba enclavada la mansión. Las granjas eran limpias y, a juzgar por la reciente cosecha, parecían prósperas. Los campos estaban rodeados de tapias, cercas o filas de árboles, en una disposición que era agradable a la vista y satisfacía incluso el gusto de un ávido cazador o jinete. Las tierras que correspondían a Netherfield necesitaban atención, pero Darcy no encontró nada especialmente incorrecto, o que no se pudiera corregir en poco tiempo con una cuidadosa administración y una inversión de capital. En resumen, era una buena propiedad, con problemas mínimos, excepto aquellos que mostrarían a Bingley lo que significaba ser un propietario. Tras desmontar, Darcy le dio a *Nelson* una fuerte y cariñosa palmada en el cuello, que terminó con una caricia sobre la amplia frente y un terrón de azúcar contra el hocico. Después de comer con cuidado el dulce manjar de la mano de Darcy, *Nelson* soltó un relincho para demostrar su satisfacción. Con una carcajada, el caballero se lo entregó al muchacho que salió del establo.

Un propietario. Una delicada sonrisa, apenas perceptible, cruzó el rostro de Darcy mientras oía en su cabeza el eco de esas palabras, pero pronunciadas por su padre. Bajo la cuidadosa tutela de su progenitor, comenzó a aprender a una tierna edad el significado exacto de esas palabras. En el primer recuerdo que acudía a su mente estaba sentado a horcajadas sobre una montura, instalado con seguridad en el regazo de su padre, aferrando con los dedos la crin del caballo, mientras el antiguo señor Darcy realizaba la inspección de primavera de las granjas y dependencias de Pemberley. Quizás estaba en aquel entonces empezando a caminar o, como mucho, tendría tres años, pero el recuerdo era lo suficientemente vivo como para convencer incluso a sus padres de que era cierto. Aquel paseo a caballo sirvió para introducirlo en su posición en la vida y las responsabilidades que venían aparejadas a ella, las cuales ahora sobrellevaba solo, con una justificada satisfacción que reflejaba, sin duda, la excelente preparación que le había dado su padre. Con mucha frecuencia, Darcy tenía ocasión de dar gracias al cielo por el ejemplo diario de atención al deber que había recibido de su padre y la experiencia práctica que había ganado bajo su orientación. Eso había hecho de Pemberley la joya que era. Darcy esperaba poder servir a su amigo Bingley de igual manera.

—¡Aja, así que estás aquí! —resonó la voz de Bingley cuando Darcy entró en el vestíbulo de Netherfield—. Supongo que no puedo esperar que hayas aguardado un poco para permitirme el placer de llevarte a hacer un recorrido por las tierras de Netherfield, ¿no es cierto? —Bingley estaba

parado en la puerta del salón, con los brazos cruzados y el ceño fruncido en una fingida actitud de seriedad, mientras miraba con indignación a su amigo.

—No tienes ninguna esperanza, Bingley —respondió Darcy sin remordimiento alguno—. ¡Es este maldito tiempo otoñal, que lo empuja a uno a salir!

—¿De verdad? —inquirió Bingley con tono imperativo, obviamente disfrutando de la inusual experiencia de tener una ventaja sobre su amigo—. Yo más bien pienso que lo que te empujó a salir fue la perspectiva de tener que entretener a Caroline toda la mañana. ¡Dios sabe que yo también saldría disparado! —La actitud de superioridad que Bingley había asumido fue reemplazada por una queja genuina cuando continuó—: Pero, de verdad, Darcy, yo tenía la ilusión de recorrer la propiedad contigo.

—Y lo harás —se apresuró a decir Darcy—. Me disculpo por adelantarme, pero necesitaba ver Netherfield tal como es, sin hacerlo a través de tus ojos, como ocurriría si fuéramos juntos. Sabes perfectamente que me estarías llenando la cabeza de poesías sobre cada riachuelo o cada bosque. —Darcy hizo una breve pausa al ver la expresión de contenida objeción de Bingley ante aquella descripción—. ¡Sabes que tengo razón! Tales distracciones no me darían la oportunidad de serte de verdadera utilidad.

Con una sonrisa de amargura, Bingley reconoció que la excusa de su amigo era razonable.

—Sé que no es, y nunca será, como Pemberley. Pero hasta yo mismo puedo apreciar que puede convertirse en más de lo que es —respondió—. La cuestión es que no tengo ni la menor idea de por dónde empezar.

—Puedes comenzar por permitirme quitarme esta ropa de montar y reunirte conmigo para tomar algo fresco en… —Darcy miró alrededor, buscando una habitación en la cual fuera poco probable que entraran las damas o el señor Hurst— en la biblioteca. —Y aprovechando la oportunidad, agregó—: ¿Sería posible, Charles, trasladar allí un par de cómodas sillas? Es un lugar bastante espartano.

—Desde luego, Darcy, enseguida. No sabes cuánto…

—Entonces no digas nada, amigo. Contén tu gratitud hasta que me hayas oído. —Darcy no pudo evitar sonreír al ver el entusiasmo que se reflejó en el rostro de Bingley—. Si después de estar enterrado hasta la cintura en papeles, plumas rotas, informes de cosechas y cuentas, todavía sientes el impulso de mostrarme agradecimiento, estaré encantado de recibir tu gratitud. —Comenzó a avanzar hacia las escaleras y luego se detuvo y se volvió hacia su amigo con expresión severa—. Te advierto, Bingley, que obtener un diploma en Cambridge no es nada comparado con convertirse en un propietario cabal. Lo aprendí de la mayor autoridad.

—¿Y quién ha sido, si haces el favor de revelarme su nombre, esa persona, oh magnífico maestro? —bromeó Bingley.

—Mi padre —respondió Darcy en voz baja, dando media vuelta y subiendo las escaleras—. Él hizo las dos cosas.

Después de llegar a su habitación, Darcy sacó con cuidado del bolsillo de la chaqueta la carta de su hermana y leyó nuevamente la primera parte; sus ojos se detuvieron un momento en la última línea de la primera

página: «Bajo su cuidado me estoy recuperando y he ido adquiriendo más fortaleza de ánimo». Volvió a doblar la carta con ternura y se la llevó a los labios.

—Por favor, Dios, que así sea —murmuró. Luego puso la carta en su escritorio y tocó la campanilla para llamar a Fletcher, su ayuda de cámara, y prepararse para un día en la propiedad rural de su amigo.

Escondidos amigablemente en la biblioteca, entre la amenaza de una tormenta de papeles y plumas rotas, el resto de la mañana pasó rápidamente para Darcy y Bingley. Cuando Stevenson golpeó en la puerta para anunciar que el refrigerio de la tarde estaba servido y las damas solicitaban su compañía, los dos se levantaron y abandonaron su ocupación satisfechos con el progreso alcanzado, y listos para un poco de diversión.

—¿Qué has estado haciendo toda la mañana, Charles? ¡Caroline y yo no pudimos encontrarte por ninguna parte! —se quejó la señora Hurst, mientras servía el té para los caballeros y su hermana—. El señor Hurst tenía especiales deseos de ver las perdices y discutir los planes para una partida de caza esta mañana, ¿no es así, querido? —Hizo una pausa para mirar vagamente a su esposo que, en ese instante, parecía más interesado en cazar los manjares que tenía enfrente, y no aquellos menos seguros que volaban en el exterior. Darcy y Bingley aceptaron sus tazas y rápidamente se instalaron en el extremo opuesto de la mesa del comedor.

—Pasé la mañana de la manera más satisfactoria, Louisa. Darcy ha accedido a hacerme algunas sugerencias sobre cómo puedo mejorar Netherfield, hacerlo más...

—¡Más como Pemberley! —exclamó la señorita Bingley, fijando en Darcy una mirada de súplica—. Ay, señor Darcy, ¿es eso posible?

—Caroline, no me has entendido. —Bingley la miró con un cierto fastidio—. Has de tener presente que Netherfield nunca podrá ser Pemberley, ¡porque Hertfordshire no puede ser Derbyshire! Sin embargo, yo creo, y Darcy está de acuerdo, que Netherfield tiene interesantes posibilidades que el tiempo y la paciencia revelarán. Ahora —se apresuró a continuar—, ¿qué noticias hemos recibido de nuestros vecinos? Espero que después de anoche nos envíen varias tarjetas.

—Sí, supongo que se podría decir que hemos recibido algunas. —La señorita Bingley frunció el ceño mientras golpeaba con los dedos el montón de correspondencia que reposaba sobre la bandeja frente a ella—. Hay una docena de cartas de bienvenida, siete invitaciones a cenar, cuatro invitaciones a tomar el té y tres anuncios de fiestas o veladas musicales privadas. De verdad, Charles, ¿qué hace uno para encontrar compañía en un lugar como éste?

—¿Para encontrar compañía? —preguntó Bingley—. ¡Disfrutar! El baile de anoche, por ejemplo. Estoy seguro de que rara vez había tenido una velada más placentera. Sí, ¡es verdad! ¡No frunzas el ceño, Caroline! La música era animada, la gente nos recibió con gran afecto y las jóvenes...

—Charles, tú eres demasiado complaciente —interrumpió la señorita Bingley—. Nunca había conocido gente con menos capacidad de

conversación, o menos distinguida y más engreída. En cuanto a las jóvenes, sin duda eran jóvenes, pero…

—Vamos, Caroline, no puedo permitir que hables así al menos de una joven —interrumpió Bingley. Se volvió hacia Darcy, que acababa de levantarse de la mesa, con la taza y el plato en la mano—. Darcy, ¡apóyame en esto! ¿No es Jane Bennet una muchacha absolutamente adorable?

Darcy se dirigió hacia una ventana, mientras le daba sorbos a su té, y miró hacia el césped rodeado de madera de boj y un sendero de piedras. El desacuerdo entre Bingley y sus hermanas era ya antiguo y se había manifestado de innumerables maneras desde que los conocía. En general, Darcy siempre tendía a simpatizar con Bingley en aquellos desagradables intercambios, pero hoy el giro de la conversación le recordó la decisión que había tomado la noche anterior de prevenir a su amigo.

Sin darse la vuelta, respondió:

—¿Adorable? Creo que dije que era guapa. Si es adorable, me inclino ante tu criterio superior, teniendo en cuenta que tú bailaste con ella. Yo no.

—¡Pero tú tienes ojos, hombre! —replicó Bingley de manera enérgica.

—Y ante tu insistencia, los empleé, por si no lo recuerdas. —Darcy cambió de posición, pero mantuvo la mirada fija en el paisaje que se veía por la ventana. Le dio otro sorbo a su té—. Sonríe demasiado.

—Sonríe demasiado —repitió Bingley con incredulidad.

—Un hombre debe hacerse muchas preguntas ante tanta profusión de sonrisas. ¿Cuál puede ser la causa? —En ese momento Darcy dio media vuelta y clavó en Bingley una mirada penetrante, como si quisiera infundirle la magnitud de su desaprobación—. «Engañosa es la gracia y vana la hermosura», si se me permite la audacia de citar. ¡Piensa, hombre! ¿Acaso esas sonrisas indican una disposición feliz y tranquila, o son una pose ensayada, una manera de fingir buen carácter diseñada para atrapar o esconder la ausencia de verdadera inteligencia? —Darcy hizo una pausa, mientras sus palabras despertaban en él violentos recuerdos de George Wickham, cuyas sonrisas y halagos, tanto del hombre como del niño, habían encubierto una naturaleza vil y corrupta. Sin poder confiar en que sus emociones no lo traicionaran, Darcy se volvió bruscamente de nuevo hacia la ventana.

Bingley miró a su amigo con un poco de asombro, mientras sus hermanas asentían juiciosamente con la cabeza para mostrar su acuerdo con la opinión de Darcy.

—El señor Darcy es muy perceptivo, como siempre, Charles —comentó la señorita Bingley—. La señorita Bennet parece muy dulce, pero ¿qué puede pretender con esa permanente sonrisa en su rostro? Debo decir que yo nunca he encontrado tantas cosas que me diviertan o me agraden tanto como para sonreír todo el tiempo. Es indigno y muestra la carencia de una buena educación. ¿Qué piensas tú, Louisa?

—Estoy totalmente de acuerdo, Caroline. La señorita Bennet parece una chiquilla dulce y encantadora, y le deseo toda la suerte que se merece. Aunque no puedo decir lo mismo del resto de la familia. Es una sorpresa que sean bien recibidos, a excepción de las sonrisas de la

señorita Bennet.

Darcy apenas escuchaba mientras las hermanas procedían a despellejar a sus nuevos vecinos. El repentino ataque de rabia que sintió cuando estaba disuadiendo a su amigo lo sorprendió y no sabía muy bien cómo serenar sus emociones en medio del salón y en compañía de otras personas. Atravesó la estancia hasta la ventana del fondo, como si quisiera tener una perspectiva diferente del jardín. Lo que necesitaba era ejercicio, ejercicio físico violento, para alejar sus demonios personales.

¡Wickham! ¿Acaso no había jurado dejar atrás a Wickham y la historia de su infamia? ¿No se había prometido a sí mismo no permitir que las acciones de ese hombre, su traición, alteraran su compostura? No obstante, las sonrisas inocentes de una completa desconocida habían atizado de nuevo la rabia y la sensación de impotencia que sentía... todavía. Darcy apoyó un brazo contra el marco de la ventana y su rostro se reflejó en el vidrio con la apariencia de una máscara severa y blanca. *¡Suficiente!* La influencia venenosa de Wickham tenía que llegar a su fin. Debía terminar o Georgiana la vería reflejada en sus ojos cada vez que lo mirara y él no quería volver a hacerle daño, en especial ahora que había recuperado la fuerza para enfrentarse al mundo.

Darcy dejó escapar un suspiro discreto y calculado, mientras trataba de calmarse. Pero su cuerpo no parecía tan dispuesto a ello. ¡Qué no daría por tener en este momento una buena espada y un oponente de altura! Poco le faltó para soltar una carcajada. Pero, en lugar de eso, recordó su propósito, que era contener la galopante admiración de Bingley por la señorita Bennet, y no animarlo a entrar en conflicto con sus vecinos. Reconoció que tal vez había sido demasiado duro, pero era lo mejor. No sería bueno para Bingley atarse desde tan joven y mucho menos a una jovencita provinciana. No obstante, había que rescatar a los vecinos de las tiernas atenciones de las hermanas Bingley.

—¡... sus hermanas, las cuatro! —La risa desdeñosa de la señorita Bingley lo devolvió a la conversación bruscamente—. Señor Darcy, usted no puede aprobar la conducta tan poco modesta de las hermanas de la señorita Bennet, ¿verdad? Usted no desearía que su hermana se comportara de esa manera. —Darcy confirmó el comentario de la señorita Bingley con una silenciosa inclinación de cabeza—. Pero a la milicia local no parecen incomodarle esas extravagancias —continuó diciendo—. Están de acuerdo contigo en ese aspecto, Charles. Las Bennet son las preferidas. ¡No sólo la señorita Bennet sino la que la sigue en edad, la señorita Elizabeth Bennet, también es considerada una belleza! Señor Darcy, ¿qué piensa usted de eso? ¿Es la señorita Elizabeth Bennet una belleza?

De manera involuntaria, la mano de Darcy apretó la delicada taza de porcelana. ¡Elizabeth! Sí, ese debía de ser su nombre, el nombre de una reina... ¡Por eso lo había mirado con una actitud tan franca! ¿Una belleza? Una mujer misteriosa, una mujer irritante, más bien, con esa actitud tan desafiante. Pero ¿una belleza? Con sus emociones dirigidas ahora hacia un objeto totalmente distinto, Darcy siguió mirando por la ventana, de espaldas al salón, a pesar de que Bingley se dirigió a él con una clara nota de exasperación en la voz.

—¿Y bien, Darcy?

Sin darse la vuelta, Darcy recuperó la compostura para desviar el dardo de la señorita Bingley y disciplinar sus propios pensamientos desbocados.

—Ella, ¿una belleza? —repitió con una dicción precisa y tajante—. Antes estaría dispuesto a afirmar que su madre es muy ingeniosa.

Las ligeras brumas de una mañana de otoño se levantaban alrededor de Netherfield susurrando una invitación a salir al campo y los bosques, pero Darcy se vio obligado a declinarla. Esto le resultó especialmente difícil puesto que no esperaba que las actividades de la mañana fueran a ser demasiado agradables. Con cierta renuencia, se apartó de la ventana de la biblioteca y de su contemplación de los encantos que la creación estaba revelando para considerar la difícil prueba que tenía frente a él. Estaba seguro de que se trataría más bien de una prueba que de una experiencia placentera. De hecho, la «mañana de puertas abiertas» era el tipo de ritual social del que podía prescindir por completo, pero las actuales circunstancias y su particular naturaleza lo convertían en un mal necesario.

Darcy tomó el libro en el que se había concentrado antes de ser atraído por la belleza de la mañana y se hundió en uno de los grandes sillones orejeros que adornaban ahora la biblioteca. En aquel paso en la incursión de Bingley en la vida de los burgueses propietarios de tierras, Darcy sabía que no sería de mucha ayuda y era consciente de su cuestionable talento. Bingley debía establecerse bien en su nuevo vecindario y eso implicaba recibir a los habitantes más importantes. Aunque no formaba parte del círculo más exclusivo de la sociedad londinense, la familia Bingley tenía una destacada posición social y ciertamente asumiría el liderazgo de la sociedad de Meryton y sus alrededores. Tales expectativas exigían una «mañana de puertas abiertas». No había forma de evitarlo. Darcy pasaba distraídamente las páginas del libro con el ceño fruncido, mientras contemplaba la mañana.

—¡Así que estás aquí! —La voz de Bingley rompió el silencio antes de que el sonido de sus pasos llegara a oídos de Darcy—. Apuesto a que estás aquí desde antes del desayuno. —Examinó rápidamente el lugar—. Sí, veo tu café sobre el escritorio, estoy seguro de que tengo razón. Yo sabía que estarías aquí o montando a caballo. —Le guiñó un ojo mientras tomaba asiento en el otro sillón—. ¿Preparándote para el sacrificio? —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. ¿O planeando una huida estratégica?

—Lo primero, muchacho impertinente —respondió Darcy con cauteloso humor—. Aunque me gustaría más lo último, como bien sabes.

—Oh, no será tan malo, Darcy —replicó Bingley, recostándose en el sillón y estirando las piernas para revisar rápidamente el brillo de sus botas—. Ya conocemos a la mayoría; los vimos en la fiesta del pasado viernes o ayer en la iglesia. Me hace ilusión tenerlos aquí. —Lanzó una mirada al rostro de Darcy y luego volvió a examinarse las botas—. Es decir, á algunos de ellos. Me hace ilusión, bueno, ver... —Dejó la frase sin terminar.

Darcy lamentaba la brecha que se había abierto entre ellos desde que

le había prevenido sobre la señorita Bennet y le molestaba profundamente que Bingley no se sintiera cómodo para hablar con él sobre ella. Sabía que sería mejor arreglar eso antes de que el tiempo lo convirtiera en un abismo.

—Me imagino que algunos miembros de ciertas familias se presentarán esta mañana, Charles. —Fue recompensado con una sonrisa cautelosa, así que continuó—: Espero, por tu bien, que la señora Bennet no traiga a todas sus hijas, o tendrás que repartir tus atenciones con tanta generosidad como hiciste ayer.

Bingley soltó una carcajada.

—Acepto tus buenos deseos, a pesar de que sé que fue difícil ofrecérmelos, y coincido de todo corazón. No tenía idea de la sensación que causaríamos sólo por el hecho de asistir a la iglesia. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. ¡Ya has visto el resultado! No alcanzaba a terminar una frase cuando ya me estaban inundando con cinco nuevas preguntas o invitaciones.

—La señorita Bennet, según recuerdo, no formaba parte del corrillo —señaló Darcy.

—No, ni ella ni su hermana, la señorita Elizabeth Bennet. —Fue la melancólica respuesta. Darcy decidió ignorar la última observación—. Ambas estuvieron todo el tiempo absortas en una prolongada conversación con el vicario y su esposa.

—¿Sin sonrisas? —preguntó Darcy, pero de inmediato deseó haberse abstenido del comentario sarcástico.

—En realidad, sí —contestó Bingley en tono neutro, sin estar totalmente seguro de la intención de la pregunta, pero evidentemente decidido a no dejarse intimidar—. Alcancé a ver su mirada antes de que Caroline nos apresurara para que nos subiéramos al coche. —Hizo una pausa y adoptó una actitud dramática, poniéndose la mano sobre el corazón—. Fui recompensado con una sonrisa que ha mantenido mis esperanzas durante casi... veinticuatro horas. —En ese momento, él y Darcy soltaron una carcajada, tanto por la actuación de Bingley como en señal de alivio por haberse reconciliado.

Cuando recuperaron la compostura, Bingley se levantó.

—Ya casi es hora, ya sabes. Venía a decirte que un mozo del establo trajo la noticia de que había visto un carruaje a poco más de un kilómetro de la puerta. —Hizo una pausa, respiró profundamente y, mirando directamente a Darcy, prosiguió—: Sé cuánto te molestan estas cosas y me considero afortunado por el hecho de que hayas aceptado acompañarme. No sé cómo...

—No hay necesidad, Bingley —interrumpió Darcy, girando un poco la cabeza—. Tu amistad es suficiente razón y recompensa para cualquier servicio que pueda prestarte. —Se dirigió rápidamente hacia una mesita sobre la que había una licorera—. Ahora, completemos nuestra preparación para la mañana que nos aguarda. ¿Qué te parece un vasito de licor antes de enfrentarnos a los dragones de Meryton? —Anticipándose a una respuesta positiva, Darcy retiró la tapa de cristal y sirvió el líquido amarillo en los vasos. Bingley se apropió de uno y, levantándolo, brindó con Darcy. Su amigo le devolvió el gesto con solemnidad.

Instantes después de haber dejado los vasos sobre la bandeja, oyeron un golpe en la puerta de la biblioteca, que se abrió para dejar entrar a la señorita Bingley. Casi antes de que la dama se incorporara después de hacer su reverencia, le tendió la mano a su hermano y miró a los dos caballeros con una sonrisa espléndida.

—Charles, señor Darcy, nuestros primeros invitados están bajándose del coche y acaban de decirme que han visto otro carruaje no muy lejos. Tendremos una numerosa asistencia, no me cabe duda.

—Y tú la dirigirás maravillosamente, Caroline —dijo Bingley, mirando a su hermana—. En muy poco tiempo estarás dominando la sociedad de Meryton.

La señorita Bingley agradeció el cumplido de su hermano con una sonrisa forzada.

—Ya veremos, hermano —dijo y luego se giró hacia Darcy, con una expresión totalmente distinta—. Señor Darcy, debo agradecerle nuevamente que haya compartido su libro de plegarias conmigo ayer. No entiendo cómo he podido perder el mío. ¡Es tan irritante! Estoy segura de que lo encontraré pronto. Nunca puedo tenerlo muy lejos, ya sabe. —Durante ese extraordinario discurso, Bingley miró con gesto inquisitivo a su hermana, pero al oír su última afirmación se sobresaltó visiblemente y dirigió la vista a Darcy para ver su reacción ante esta última solicitud de aprobación por parte de Caroline.

Darcy necesitó de todo su autodominio para reprimir un gesto delator en sus labios, mientras que, con una solemnidad digna de un obispo, le aseguraba a la señorita Bingley que estaba seguro de que su búsqueda pronto tendría éxito.

—No obstante —concluyó—, tanta constancia en el estudio de sus versículos debe restarle importancia al hecho de haberlo perdido, pues usted seguramente conoce de memoria la mayoría de las plegarias. —El anuncio de la llegada de invitados salvó a la señorita Bingley de la necesidad de responder. Después de hacer una pronunciada reverencia y en medio del susurro que producía el roce de su falda, abandonó rápidamente la biblioteca.

Bingley se contuvo únicamente hasta que se aseguró de que su hermana se había alejado suficientemente.

—¿Qué es toda esa historia acerca de su libro de plegarias? —logró decir entre jadeos. La mirada inocente de Darcy no lo engañó ni por un instante—. ¡Vamos, tienes que contármelo! Caroline no había vuelto a mirar su libro de plegarias desde que salió de la escuela para señoritas, ni a prestar atención a un sermón. Cuando tú bajaste ayer a desayunar, preparado para asistir a los servicios religiosos, creí que a mis hermanas se les salían los ojos de las órbitas. Me parece que voy a tener que recompensar a sus doncellas con una guinea extra por la conmoción que tuvieron que soportar al ayudarlas a arreglarse por segunda vez en una mañana.

—¿Por qué habrían de asombrarse por el hecho de que yo asistiera a la iglesia? —preguntó Darcy—. Me han visto hacerlo regularmente en Derbyshire y con seguridad saben que tengo un banco en St..., en Londres, que Georgiana y yo rara vez dejamos de ocupar.

—No estoy seguro. Tal vez porque no estamos en Derbyshire ni en Londres. —Al ver la expresión de desconcierto de Darcy, Bingley elaboró un poco más la idea—: Creo que ellas piensan que tú lo haces sólo para que te vean —se apresuró a explicar—. Ellas sólo asisten si saben que va a ir algún personaje influyente. El que tú asistas con más frecuencia se justifica, supongo, por el hecho de que debes sentirte obligado a darles ejemplo a tus arrendatarios y a tu hermana, y porque tu posición exige que guardes ciertas apariencias para mantener determinadas relaciones. —Bingley cayó en un silencio incómodo.

Darcy había enarcado significativamente la ceja izquierda durante la explicación de Bingley y, cuando su amigo concluyó, dio un paso hacia atrás y le dio la vuelta al sillón para dejarle ver el libro que había tenido la intención de comenzar: el primer volumen de *Las obras del reverendo George Whitefield.* Bingley se puso colorado y luego soltó una confusa carcajada.

—Desde luego, ellas no te conocen tanto como yo. Qué ideas tan estúpidas…

Darcy se inclinó sobre el respaldo del sillón, tomó el volumen y, con una sonrisita sarcástica, se lo lanzó a Bingley, en cuyo rostro apareció de inmediato una oleada de alivio.

—Es posible que ellas no estén tan equivocadas en su apreciación, Charles. No puedo negar que mi motivación más frecuente ha sido el deber, más que cualquier cosa que se parezca a la verdadera devoción. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el libro que reposaba en las manos de Bingley—. Al menos, ésa sería la opinión del reverendo Whitefield.

Bingley colocó el libro rápidamente sobre el escritorio, como si de repente se hubiese vuelto demasiado caliente para tenerlo en las manos.

—Pero tú quieres saber qué significa lo del libro de plegarias. —Darcy se rió brevemente—. En realidad, es bastante simple. Tú recuerdas, claro, que llegamos con retraso a la iglesia de Meryton debido a que tus hermanas se cambiaron de ropa. Cuando por fin encontramos sitio y abrimos nuestros libros de salmos, algo llamó poderosamente mi atención: una voz femenina que se oía detrás de nosotros. Nunca había oído a una soprano tan refinada y potente fuera de un coro de Londres, así que, en contra de mi voluntad, me giré un poco para ver quién podía ser.

—La señorita Elizabeth Bennet, ¿no es así, Darcy? —Al ver el gesto de asentimiento de su amigo, Bingley continuó—: Sí, yo también la oí y estaba muy complacido escuchándola. Su voz ocultaba el maullido al que Louisa llama cantar.

—No comentaré nada sobre el talento de tu hermana, pero por lo que respecta a la voz de la señorita Elizabeth Bennet, estoy completamente de acuerdo. —Darcy hizo una pausa, tratando de evocar el momento—. Fue un inesperado placer oír cantar los salmos con tanto sentimiento y belleza. Confieso que eso fue lo que me inspiró a intentar leer otra vez a Whitefield, después de evitarlo durante algún tiempo. —Se estremeció un poco—. No obstante, la señorita Bingley notó mi distracción y la causa de ella. Poco después, descubrió que había perdido su libro de plegarias y, como era correcto, yo le ofrecí la posibilidad de compartir el mío. Casi no lo necesito, pues yo me sé los salmos más comunes de memoria. Creo que

ella también lo notó y, si ponemos los incidentes de la mañana uno junto al otro, llegamos a la explicación de la conversación de hace unos minutos.

Bingley sacudió la cabeza con una expresión de consternación, mientras abría la puerta de la biblioteca.

—Debo decir que has actuado muy bien, Darcy. —Luego asomó la cabeza para echar un vistazo al corredor y, guiñando un ojo, se dio la vuelta y exclamó—: ¡No hay moros en la costa! —Luego avanzó por el pasillo hacia el salón.

Capítulo 3
¡En guardia!

Darcy dejó transcurrir unos instantes antes de seguir a Bingley. Cerró lentamente la puerta de la biblioteca al salir y esperó todavía unos segundos hasta oír cómo se desvanecía por el corredor el eco de la pesada puerta de roble al cerrarse. Avanzó un poco con paso lento y luego se detuvo frente a uno de los grandes espejos situados entre las ventanas que adornaban el pasillo, para revisarse la corbata y arreglarse el chaleco. *¡Farsante!,* pensó, acusando al reflejo que el espejo le devolvía. *¡Limítate a deslizarte en silencio, consigue una posición fácil de defender y espera a que termine el desafortunado y tedioso asunto!* El rostro del espejo lo miró con desconfianza, aparentemente dudando de la efectividad de dicha táctica. *¡Entonces aconséjame una estrategia mejor y así se hará!* La imagen lo miró fijamente un momento, pero como no tenía ninguna sugerencia, bajó la mirada. *¡Eso pensé!,* gruñó Darcy mientras tiraba del chaleco hacia abajo.

El ruido de conversaciones y risas comenzó a llegar hasta él y, tras echar un último vistazo burlón a su desgraciado reflejo, enderezó los hombros y se acercó a Stevenson, que enseguida abrió con destreza las puertas del salón y se preparó para anunciar su llegada. Cuando el criado tomó aire, Darcy lo agarró del brazo y le hizo un gesto negativo con la cabeza, indicándole que guardara silencio. Haciéndose rápidamente a un lado, Stevenson lo dejó pasar y cerró las puertas.

Darcy observó el salón con gesto adusto. Todavía no estaba lleno, pues aún era temprano. Bingley tenía razón en que la mayoría de los visitantes eran personas que ya conocían. Caroline Bingley estaba desempeñando su papel de anfitriona a la perfección, aunque, pensó Darcy, su sonrisa no reflejaba una sinceridad igual de perfecta. Examinó con cuidado al grupo que la rodeaba: estaba compuesto por una serie de esposas de terratenientes y destacados comerciantes. Bingley ya tenía en la mano una taza de té y estaba absorto en una conversación con el vicario y su esposa, mientras que una bandada de jovencitas merodeaba a su alrededor, lo suficientemente cerca como para escucharlo, esperando ansiosamente, sin duda, que el vicario se fuera. Darcy se giró para observar a los jóvenes caballeros y oficiales militares que habían formado un semicírculo alrededor de la gran ventana en forma de arco desde la cual se divisaba el sendero por el que entraban los carruajes a Netherfield.

—Señor —murmuró una criada que pasaba con una bandeja. Darcy dirigió la vista hacia la bandeja y la inspeccionó—. Con un saludo de parte de la señorita Bingley, señor. —El aroma de su café favorito, preparado de la forma que le gustaba, se elevó desde una taza que reposaba junto a un exclusivo surtido de galletas. Darcy le dirigió una mirada a la señorita Bingley e hizo una leve inclinación de cabeza, al tiempo que ella hacía lo

mismo para indicar que había notado su gesto, y agarró la taza. En ese momento, se produjo una agitación entre el grupo de hombres que estaba en la ventana. Varios jóvenes rompieron la formación y comenzaron a dispersarse por el salón, principalmente en dirección a las puertas. Como la curiosidad superó su sentido de discreción, Darcy se deslizó hacia uno de los lugares que quedaron abandonados junto a la ventana, para ver cuál era la causa de tanta expectación.

Un carruaje vulgar, tirado por un solo caballo, recorría el sendero. Apenas se había detenido, cuando se abrió de par en par la portezuela y una confusión de enaguas descendió sobre el sendero de gravilla.

—La señorita Lydia —dijo riendo uno de los hombres que estaba cerca de Darcy.

—¡Ahora sí tendremos un poco de diversión! —exclamó otro, y los dos dieron media vuelta para reunirse con sus amigos en la puerta. Darcy recordaba vagamente haber visto en el baile el rostro que se vislumbraba bajo el sombrero, pero no pudo ubicarlo exactamente en una familia concreta. Le dio un sorbo a su café, con curiosidad por saber quién saldría del vehículo. Lo que vio lo dejó frío mientras bebía. *¡La matrona del otro día!* Tragó de un golpe la bebida hirviente. *¡Eso significaba...!*

En el exterior, la señora de Edward Bennet estaba arreglándose el vestido y el chal, preparándose para subir las escaleras de Netherfield. Tras ella venían la señorita Jane Bennet y otra hermana, que ayudaban a su madre en esos preparativos, y detrás, asomando ligeramente la cabeza por la portezuela, se encontraba la señorita Elizabeth Bennet. La señora Bennet se dio la vuelta y le hizo un comentario a su hija, cuando bajaba del carruaje. La señorita Elizabeth respondió y luego le lanzó una fugaz sonrisa de complicidad a su hermana mayor, mientras su madre procedía a subir las escaleras. El hecho de haber sido testigo involuntario de ese intercambio íntimo hizo que Darcy se sonrojara de incomodidad y se retirara enseguida de la ventana. Al dar media vuelta, vio un asiento vacío que tenía una excelente perspectiva de la puerta y se apoderó de él.

Desde luego, la agitación que tuvo lugar en la ventana no pasó inadvertida para los hermanos Bingley. Caroline se volvió hacia su hermano con el ceño fruncido, éste se disculpó enseguida con el vicario y se dirigió rápidamente hacia la ventana. Al ver sólo un coche vacío que se retiraba de la entrada, dio media vuelta para buscar a Darcy, cuando se abrieron las puertas del salón. Apareció Stevenson y, con una voz ahogada por la contención de toda emoción, anunció: «La señora de Edward Bennet, la señorita Bennet, las señoritas Elizabeth, Mary, Catherine y Lydia Bennet». Por un instante, se hizo un silencio total en el salón, tan portentoso como el que se produce antes de la aparición de una novia. Sin percatarse de la expectación causada por su llegada, la señora Bennet reprendió a una de sus hijas que venía detrás para que dejara de moverse y entró en el salón para presentarle sus respetos a la anfitriona. Cuando las chicas Bennet finalmente aparecieron en el umbral, todo el salón pareció soltar la respiración contenida. La señorita Bennet, un poco ruborizada, sonrió con delicadeza ante las damas y los caballeros que la saludaron, mientras avanzaba hacia la señorita Bingley. La hermana más joven entró tan pegada a la mayor que casi tropieza con la cola del vestido

de ésta, lo cual le proporcionó una excusa para agarrarse del brazo masculino más cercano en busca de apoyo. Riéndose y agitando los rizos, saludó al joven por el nombre y pronto estuvo rodeada de jóvenes caballeros y oficiales, lo cual le hizo olvidar por completo la obligación de presentarle sus respetos a las damas de la casa.

Darcy observó con aprensión cómo Bingley se abría paso entre el corrillo de personas que rodeaba a sus hermanas y se detenía junto al diván, como si quisiera saludar apropiadamente a las recién llegadas. Con cierto alivio, notó que su amigo saludaba a la señorita Bennet con toda formalidad y corrección, aunque, tal vez, con una mirada un poco más intensa de lo habitual. Un chillido, seguido de una risita, atrajo nuevamente la atención de Darcy hacia los oficiales, donde identificó su origen en la tan esperada «señorita Lydia».

A pesar de su decisión, la mirada de Darcy se deslizó otra vez hacia la puerta, que ahora enmarcaba a la última recién llegada. La señorita Elizabeth Bennet. Su llegada hizo que más de un joven oficial abandonara su lugar y avanzara hacia la puerta. Esos movimientos pronto la ocultaron de la vista de Darcy, pero no antes de que él pudiera apreciar en su rostro una expresión de ironía que fue reemplazada por una sonrisa al responder al afectuoso saludo de sus amigos. En realidad, la naturaleza de dicha expresión sorprendió bastante a Darcy. Inconscientemente se levantó de la silla en busca de un ángulo desde el que pudiera observar mejor a la dama, hasta que se encontró, para su disgusto, junto a Charles tras el diván, justo en el momento en que la señorita Elizabeth se inclinaba para saludar a la señorita Bingley. Mirándola fijamente, Darcy tuvo la esperanza de captar algún rastro de esa expresión de ironía que ya comenzaba a atribuirle a su propia imaginación.

La señorita Elizabeth Bennet todavía tenía inclinada la cabeza cuando se levantó, pero Darcy pudo ver que tenía apretado el labio inferior y se lo mordía en un vano intento por evitar que apareciera un hoyuelo. Ella miró fugazmente hacia arriba, antes de bajar nuevamente la mirada como era apropiado.

¡Aja! ¡Sí, yo no estaba equivocado! ¡Qué criatura tan insolente! Darcy se enderezó y se felicitó por no haberse dejado engañar por la modesta expresión que aparecía en aquel momento en el rostro de la señorita Bennet, mientras miraba a su anfitriona.

—Señorita Elizabeth —saludó la señorita Bingley arrastrando las palabras—. ¿Ya conoce a mi hermano, el señor Bingley? —Sin esperar a recibir una respuesta a su pregunta, la señorita Bingley señaló a su hermano, que estaba detrás de ella—. Charles —comenzó a decir, mientras giraba la cabeza para mirar a su hermano por encima del hombro—, la señorita Elizabeth Ben… —Fuese lo que fuese a decir, quedó, de repente, atascado en su garganta, al ver no sólo a su hermano, sino también a Darcy, esperando con ansiedad la presentación—. Señorita Elizabeth Bennet —repitió, forzando un poco la sonrisa.

La invitada se inclinó para hacer otra reverencia, al mismo tiempo que Charles hacía una ligera inclinación. Esta vez, cuando se levantó, Darcy notó que lo hizo con una actitud decididamente más suave.

—Señorita Elizabeth, creo que nos conocimos brevemente durante el

baile del viernes pasado, así que ya han transcurrido tres días desde que le debo una disculpa. —La sonrisa de Bingley traicionaba la seriedad de sus palabras.

—¿Una disculpa, señor Bingley? —respondió ella con el mismo ánimo—. Aceptaré encantada cualquier disculpa que tenga que ofrecerme, pero insisto en que primero me informe usted de las circunstancias que la ocasionaron. Por favor, señor, ilústreme, si es usted tan amable.

—¿Insiste usted en recibir una confesión además de una disculpa? —La fingida actitud horrorizada de Bingley le arrancó una encantadora y discreta sonrisa a su interlocutora.

—¡Desde luego! Y hágalo enseguida, o su sentencia será mucho más severa.

—¡Dios me libre, lo confesaré todo! Se trata de lo siguiente: olvidé reclamar el baile que usted tan amablemente me prometió concederme. ¿Una vergüenza, no es así, señorita Elizabeth?

—Sí, así es, señor. Debería estar mortalmente ofendida por semejante descuido.

—Una serie de circunstancias lo justifican, se lo aseguro —se apresuró a explicar Bingley—. Inmediatamente antes de que la música empezara, descubrí que la señorita Bennet necesitaba un refresco, que me ofrecí a ir a buscar, creyendo que tendría suficiente tiempo antes de que la orquesta se organizara. De camino a la mesa fui abordado por dos, no, por tres caballeros...

—¿Salteadores de caminos, sin duda? —lo interrumpió Elizabeth—. Le advierto, señor Bingley, que lo único que calmaría mi indignación sería el ataque de tres asaltantes, como mínimo.

—Sí, fueron tres salteadores, estoy seguro —confirmó Bingley, adoptando tal actitud de desesperación que Elizabeth no pudo reprimir la risa a la que se sumó inmediatamente él.

—Está usted perdonado, señor Bingley, pero sólo porque su abandono se debió al deseo de ayudar a mi hermana. Dicha gentileza siempre debe ser alentada.

—Gracias. Es usted muy amable, señorita Bennet. —Bingley miró a su lado y se encontró con la expresión cautelosa de Darcy—. Pero soy negligente y pronto me veré obligado a ofrecerle otra disculpa, por la cual no seré perdonado con tanta facilidad. —Bingley se enderezó—. Señorita Elizabeth Bennet, ¿me permite presentarle a mi amigo, el señor Darcy?

Darcy no se sintió capaz de interferir en la charada representada por Bingley y la señorita Bennet y justificó su reticencia en el hecho de que no habían sido adecuadamente presentados. La habilidad de la muchacha para responder con ingenio lo sorprendió. Se dejó absorber por completo por la pequeña farsa, pero cuando Bingley retomó el tono formal y los presentó, Darcy volvió de nuevo al presente. La actitud con la que la señorita Bennet aceptó la presentación fue, pensó Darcy, inusualmente contenida, teniendo en cuenta el buen humor que había mostrado con Bingley. Darcy sintió que asumía otra vez su tensa actitud de indiferencia.

—Darcy, tengo el gran placer de presentarte a la señorita Elizabeth Bennet y, si me disculpáis, veo que su hermana parece estar necesitando algo y yo soy el único que sabe dónde está. —Respondiendo con un guiño

a la cara de alarma de su amigo, Bingley hizo una inclinación y se marchó apresuradamente hacia donde estaba la señorita Bennet.

—Señor Darcy —murmuró Elizabeth. Una vez que ella hizo la oportuna reverencia y él le correspondió, Darcy trató de buscar algo que decir, mientras se reprendía mentalmente por quedar atrapado precisamente en medio de una situación que había decidido evitar. Sin tener todavía una estrategia para romper el hielo, cayó en las trivialidades sociales que tanto detestaba, mientras fijaba la mirada en algo que estaba aparentemente más allá de la muchacha.

—Encantado, señorita Bennet. ¿Lleva mucho tiempo viviendo en Meryton?

—Toda mi vida, señor Darcy.

—Entonces, ¿nunca ha estado en Londres? —preguntó Darcy con sorpresa.

—He tenido oportunidad de visitar Londres, señor, pero no durante la temporada de eventos sociales, si es a eso a lo que se refiere con «estar en Londres». —La aspereza del tono de la muchacha hizo que Darcy frunciera un poco el ceño, mientras se preguntaba qué habría querido decir y, sin darse cuenta, la miró directamente a la cara. La señorita Elizabeth parecía toda inocencia, pero algo le dijo que aquello no era cierto. Tal vez era la manera casi imperceptible en que había enarcado una de sus bien formadas cejas, o la tendencia de su hoyuelo a asomarse. No obstante, Darcy sabía que estaba siendo objeto de una burla. Y no le gustó sentirse así.

—Yo no diría que el hecho de haber viajado a Londres sólo para visitar tiendas de modistas es haber estado realmente en la ciudad —replicó con frialdad.

—¡Señor Darcy, es usted demasiado amable! —La sonrisa de la muchacha era tan afectada que Darcy supo enseguida que no debía tomarla por otra cosa que una falsedad y que su intento de disminuir la impertinencia de la muchacha había fracasado estrepitosamente. Entrecerró los ojos. ¿Por qué razón debía ella fingir un sentimiento de gratitud? ¡Estaba claro que él no había tenido intención de elogiarla! Sus sospechas sobre el propósito de la muchacha se confirmaron rápidamente —. ¡Cómo puede un caballero tan distinguido como usted pensar que mi vestido es un diseño londinense! Me temo que debo desengañarlo, señor. Sólo se trata de una confección local, pero tenga la seguridad de que le repetiré a mi modista su amable cumplido. —Elizabeth hizo otra fugaz inclinación antes de que Darcy, que aún no salía de su asombro, pudiera pensar en una respuesta coherente y dijo—: Por favor, discúlpeme, señor Darcy. Mi madre me necesita.

¿Amable cumplido? ¡Vaya cumplido! Mientras farfullaba en silencio, Darcy se quedó mirando cómo la señorita Elizabeth se abría paso a través del salón que ahora sí estaba abarrotado. Tal como acababa de decirle, se dirigió hasta donde estaba su madre, deteniéndose sólo brevemente para intercambiar saludos con amigos o vecinos junto a los cuales pasó deslizándose con elegancia. Darcy obligó a su cabeza a dejar de dar vueltas en círculo y trató de volver al principio, al momento en que ella había entrado por la puerta y en su rostro se reflejó la opinión que tenía

de sus anfitriones. *O, más exactamente, de su anfitriona,* se corrigió Darcy, y recordó la animada conversación que sostuvo con Charles y su genuina sonrisa. Darcy miró a su alrededor en busca de la señorita Bingley y la descubrió con facilidad, rodeada por un círculo de invitados que, según parecía, escuchaban con atención cada una de sus palabras. En ese momento ella estaba contando algo acerca de la «terrible multitud» que había en casa de lord y lady..., lo que ella le había dicho a lady..., y cuál había sido su respuesta al ingenioso comentario del señor..., enfatizando todo con un altivo suspiro y el elegante gesto de encogerse de hombros. El grupo soltó una carcajada, y Darcy notó que varias jovencitas trataban de imitar el ademán de Caroline, al tiempo que una oleada de hombros subía y bajaba. Elizabeth Bennet no estaba entre ellas, pues se encontraba ocupada con un pequeño círculo de admiradores y amigas cercanas.

No, la señorita Elizabeth Bennet no estaba impresionada con la sofisticación londinense de la señorita Bingley o de la señora Hurst, y tampoco parecía sentir la necesidad de modificar su manera de ser para imitar la gracia de Caroline, como estaban haciendo la mayor parte de sus vecinas en ese preciso momento. En lugar de eso, pensó Darcy, comprendiéndolo por fin, ¡a la señorita Bennet le parecía que la conducta de la señorita Bingley era reprobable! A juzgar por la expresión de burla de sus ojos, lejos de cultivar una amistad con la señorita Bingley, la señorita Elizabeth parecía haberle asignado un lugar entre las cosas ridículas, como haría uno con una relación divertida pero un poco alocada. Después de satisfacer su deseo de saber qué se proponía la señorita Elizabeth Bennet, Darcy encontró que aquel descubrimiento había engendrado en él dos emociones equivalentes pero opuestas, que luchaban valerosamente en su pecho. La primera era la indignación que le causaba la impertinencia de una dama que se atrevía a juzgar a sus superiores. La segunda era el impulso de reírse por estar de acuerdo con su juicio. Una chispa de humor casi había surgido en los ojos de Darcy, cuando fue asaltado por el recuerdo de que la señorita Bingley no era el único residente de Netherfield que le causaba gracia a la señorita Elizabeth Bennet. La chispa de humor fue suprimida sin piedad cuando volvió a pensar en la manera en que la señorita Elizabeth se comportaba con él.

Ella le había propinado un buen vapuleo; a Darcy no le quedó más remedio que reconocerlo con cierta imparcialidad. La manera en que había logrado dar la vuelta a su insultante comentario, apenas disfrazado, para convertirlo en un supuesto elogio había sido magistral. Pero ¿qué le había sucedido para hablarle así a aquella muchacha? Darcy revisó mentalmente los sucesos de su encuentro. ¿Acaso había sido la rudeza de la respuesta de la joven a sus desesperados intentos por entablar una conversación banal, o tal vez se había molestado desde el principio, debido al evidente cambio de actitud de ella después de que Bingley se la presentara? A ella le gustaba Bingley, pero ¿qué pensaba de él, de Darcy?

¿Me considerará el mismo tipo de personaje que la señorita Bingley?, se preguntó, ¿o no será que su manera de comportarse es sólo una farsa, un juego de coquetería con el que espera atraer mi atención? De manera

distraída, Darcy comenzó a darle vueltas al anillo de rubí que llevaba en el dedo meñique. ¿Podría tratarse de otra cosa totalmente distinta? Recordó cómo la señorita Bennet había bromeado con Bingley sobre el hecho de que él la hubiese ignorado en el baile y su amenaza de exigir un castigo. De repente, sintió que los músculos de su estómago se contraían, pues volvió a repasar mentalmente los sucesos del baile. ¡Eso era! ¡Tenía que ser! La señorita Bennet había alcanzado a oír su imprudente y desconsiderado comentario.

—¡Idiota! —El insulto hacia sí mismo se escapó de sus labios. *Al no haber recibido una disculpa, ella piensa exigir lo que le corresponde a fuerza de ingenio.* Consideró su teoría, mientras observaba atentamente el objeto de sus cavilaciones, que, en ese momento, se encontraba conversando animadamente con la señorita Lucas. *¿Qué debería hacer, si es que debo hacer algo?,* se preguntó con sentimiento de culpa. Debía excusarse con la muchacha, sin duda, pero ¿qué podía decir: «Discúlpeme, señorita Bennet, me comporté como un patán el viernes pasado»? Y si lo hiciera, ¿cuál sería la respuesta de ella? ¿Lo perdonaría con un bonito discurso o aprovecharía la ocasión para hacerle un desplante frente a todo el mundo?

Darcy hizo una pausa en medio de su reflexión sobre la posibilidad de cerrar los ojos y masajearse las sienes con los dedos. No, no importaba que él hubiese herido el orgullo de la muchacha, no se arriesgaría a sufrir el reproche de una campesina cualquiera, sólo para el entretenimiento de ella o sus amigas. Si ella hubiese decidido guardarle rencor, estaría obligado a hacerlo, pero tal como estaban las cosas, Elizabeth había optado por desenfundar la espada. Darcy volvió a levantar la vista y encontró a Elizabeth Bennet al lado de su hermana mayor, mientras las dos miraban una carpeta con los últimos dibujos de la señorita Bingley. *¡Un movimiento audaz!* Darcy sonrió para sus adentros. *¡Ahora la entiendo, pero me temo que usted está equivocada si cree que puede jugar a ese juego conmigo!* Una mirada sarcástica acompañó entonces a su sonrisa, mientras se inclinaba para dedicarse a la tarea de descubrir todas las cualidades de su adversaria.

Se entretuvo dando una vuelta por el salón, intercambiando una palabra aquí, un saludo allá con los nuevos vecinos de Bingley y, de paso, observando a Elizabeth Bennet sin ser visto. Se dio cuenta de que su voz era bien modulada y agradable al oído, aunque no le resultó extraño después de haberla oído cantar en la iglesia el día anterior. La forma de comportarse entre sus amigas mostraba una espontaneidad y una sinceridad encantadoras, pero que ciertamente no reflejaban la conducta que se esperaba de una señorita del nivel social al que él estaba acostumbrado. Su rostro, decidió Darcy, era de la variedad «lechera»: redondo, limpio y saludable, pero carente de la distinción que se necesitaba para que fuera considerado modernamente clásico. Se movía con bastante gracia, reconoció Darcy, pero el temblor de su vestido dejaba intuir una falta de simetría en su figura que no le habría agradado a un purista.

Poco común en sus modales, eso es seguro, sentenció Darcy, pero le falta la gracia física y social que revela una educación verdaderamente

aristocrática. Es bueno para ella que los oficiales estén cautivados, porque eso es lo más lejos a lo que podrá aspirar. Darcy esperó en vano a que sus emociones secundaran su veredicto, pero éstas se mostraron poco dispuestas a aceptar ese juicio y, en lugar de eso, exigieron más información, de manera que la decisión final sobre la dama quedaría pospuesta hasta una fecha posterior. Al volver su atención sobre la familia de la muchacha, Darcy no encontró las mismas reservas. Nadie que tuviera ojos u oídos podía dejar de notar los modales estridentes y claramente calculadores de su madre y el atrevimiento descarado de sus hijas más jóvenes, cuya única disculpa era su juventud. Darcy suspiró con fuerza para expresar su disgusto con ellas.

—Vamos, vamos, Darcy, qué actitud tan negativa. Estoy seguro de que la partida de caza de mañana será muy agradable. —Absorto en su debate interno, Darcy apenas había notado que estaba cerca de Bingley y el grupo de caballeros que lo acompañaban. Era evidente que estaban planeando una cacería, y su resoplido había sido interpretado como la expresión de su disgusto ante la idea. Pero nada podría estar más lejos de la verdad. Un día al aire libre, con perros y armas, alejado de las intrigas de un salón social de provincias, era exactamente lo que necesitaba.

—Al contrario, Bingley, una idea excelente. —Darcy palmeó a su amigo en el hombro y el alivio engendrado por la perspectiva de un día así hizo que estuviera más comunicativo de lo acostumbrado entre desconocidos—. Caballeros, ¿ya les ha hablado Bingley de su más reciente adquisición? Es la escopeta ligera más hermosa que ustedes hayan visto…

Más tarde, durante la cena, la señorita Bingley estaba relatando los sucesos de la mañana a quienes se hallaban sentados a la mesa. Antes de que se anunciara la cena, el señor Hurst se excusó diciendo que tenía un terrible dolor de cabeza y ahora se encontraba feliz en su habitación, ocupado con un botellón de brandy, mientras sus compañeros y su esposa formaban parte de la audiencia de la señorita Bingley. Bingley se sentó cómodamente en su asiento a la cabecera de la mesa y se dedicó a prestarle a su hermana toda la atención que le permitía su bondadosa naturaleza. La aparente compostura de la señorita Bingley esa mañana, cuando se marchaban los invitados, no había engañado a Darcy ni por un instante; era evidente que ardía en deseos de contar, analizar, criticar y regodearse. Mientras esperaban en el salón de armas a que los llamaran a cenar, Bingley le advirtió a Darcy que cualquier intento de detenerla sería inútil. Dijo que le daría a su hermana rienda suelta —como si pudiera hacer otra cosa— y que Darcy debía prepararse para una velada de habladurías y maliciosa satisfacción.

—Y no, no puedes alegar que tienes dolor de cabeza, pues esa excusa ya ha sido utilizada por el señor Hurst. ¡Y si crees por un momento que podrás huir de lo que ni siquiera yo, que soy su hermano, puedo escapar, estás completamente loco! Eso forma parte de ser el hermano de una mujer cuya primordial preocupación es llegar a los primeros círculos de la sociedad. —Bingley suspiró, cerrando un ojo y mirando otra vez por el cañón de la escopeta ligera para revisar el último ajuste de la mira—. Ella

tiene que examinar exhaustivamente los acontecimientos de hoy. ¿Qué opinas? —añadió, alcanzándole el rifle a Darcy—, ¿está bien?

—¿El deseo de pertenecer a los círculos más altos de la sociedad o sus métodos para llegar a ellos? —respondió Darcy, mientras se llevaba el arma a la mejilla y apoyaba la culata contra el hombro.

—¡Ninguno de ellos! Me refiero a la mira —replicó Bingley de manera tajante, y luego guardó silencio mientras Darcy, un poco arrepentido por su ligereza, revisaba la alineación. Cuando terminó, bajó el arma del hombro y se la puso a Bingley en las manos.

—Charles —comenzó a decir.

—Tienes mucha suerte de tener la hermana que tienes, Darcy —lo interrumpió Bingley en voz baja—. La señorita Darcy no *te* atormenta tanto. ¿Acaso te ha dado un solo minuto de preocupación? —Darcy se quedó inmóvil al oír las palabras de su amigo y esperó—. Ella es mucho más joven que tú y estará en la cima de la sociedad tan pronto como sea presentada —continuó Bingley sin notar el silencio de Darcy. Luego comenzó a reírse entre dientes—. ¡Imagínate si Georgiana fuera mi hermana menor! —Bingley invitó a Darcy a reírse con él de aquella absurda idea—. Oh, sería demasiado delicioso. —Un golpe en la puerta terminó con la diversión y Stevenson anunció la cena—. Ah, el deber llama; y, amigo mío, se requiere tu presencia, aunque sólo sea para ayudar a recoger los pedazos de lo que quedará de nuestros vecinos cuando ella termine —dijo Bingley.

De acuerdo con lo prometido, Bingley no intentó dirigir la conversación durante la cena, excepto por un ocasional «¡Shhh, shhh, Caroline!» y unas cuantas sacudidas de cabeza. El hecho de encontrar tan poca resistencia a sus comentarios pareció animar a la señorita Bingley, haciéndole pensar que sus observaciones y opiniones eran compartidas por quienes la acompañaban en la mesa. La señora Hurst, desde luego, se hacía eco de los sentimientos de su hermana, o los adornaba, y ambas se animaban mutuamente a alcanzar un nivel más alto en la crítica y la ridiculización.

—Vamos, Louisa, ¡eso es tan cruel! —La señorita Bingley le dio un golpecito a su hermana en la mano. La señora Hurst dijo estar arrepentida hasta que su hermana continuó con malicia—: Yo sólo le conté *dos* barbillas a la señora, pero, claro, yo no tuve el placer de verla sentada, como tú. —La señora Hurst dejó escapar un pequeño chillido y se cubrió la boca con la mano, mientras la señorita Bingley se recostaba en su silla con una sonrisita disimulada—. En realidad estos pueblerinos no son muy interesantes. —Le lanzó una discreta mirada a Darcy—. Los caballeros sólo hablan de caballos y cacerías. ¡Y las damas! ¡Ninguna de ellas pudo hacer un solo comentario sobre la moda actual o ha tenido el mínimo contacto con el teatro! Y la poesía probablemente es un idioma tan desconocido aquí como el italiano —concluyó, dirigiendo una maliciosa sonrisa a Darcy.

La señora Hurst soltó una risita indulgente, pero la falta de respuesta por parte de Darcy hizo que la señorita Bingley siguiera un camino más directo.

—Charles, he decidido aceptar esta semana tres invitaciones particulares a cenar y otra para tomar el té. Por favor, ten la bondad de

reservar algo de tiempo para eso.

—¿Puedo preguntar, querida hermana, dónde tenemos esos compromisos? —Bingley entrelazó los dedos y apoyó la barbilla sobre los pulgares, girándose y haciendo un guiño a Darcy.

—El miércoles por la noche con el *squire*[*] Justin; el jueves, con el señor y la señora King. A ellos se les tiene por gente bastante importante y se dice que tienen una renta de tres mil libras al año, ¡imagínate! El viernes cenamos con el coronel Forster y su esposa. ¿Crees que la mujer se ríe así a propósito, Louisa, o acaso soy la única a la que le parece un burro? —A medida que iba oyendo los nombres, Bingley se iba hundiendo un poco más en la silla, y al mencionar al coronel, en su rostro apareció una expresión totalmente desesperanzadora—... Y la noche del sábado, en casa de sir William Lucas. —La señorita Bingley hizo una marca al lado del último nombre de su lista y levantó la mirada justo a tiempo para ver cómo se animaba su hermano—. ¿Te parece bien, Charles?

—Dejo el aspecto social de esta empresa en tus hábiles manos, Caroline. Sólo te pido que me dejes algún tiempo para ocupaciones más masculinas y que, mientras estemos aquí, programes asistir a los servicios religiosos. Con regularidad —añadió, con una mirada que transmitía el mensaje de que no aceptaría objeciones.

Al oír eso, los ojos de la señorita Bingley se posaron involuntariamente sobre Darcy, en cuya mirada se veía reflejada la más profunda indiferencia.

—Desde luego, Charles. Eso está fuera de toda discusión, como bien sabes.

—Ahora —dijo Bingley, aprovechando el éxito de su petición y el estado de confusión en que se había sumido su hermana—, me gustaría señalar que la mañana ha transcurrido estupendamente. Caroline, mereces una felicitación. —La señorita Bingley protestó con dulzura—. No tengo la menor duda de que nuestra «mañana de puertas abiertas» será tema de muchas conversaciones y que hemos entrado con el pie derecho en la sociedad de Hertfordshire. —Bingley le permitió a su hermana la oportunidad de restarle importancia a su logro, aunque brevemente, y continuó con determinación—: Debes saber que he programado una partida de caza para mañana por la mañana y espero que vengan seis o más caballeros. Si tú haces los arreglos para el desayuno y lo notificas al personal de la casa, yo me encargaré de anunciarles nuestros planes al encargado de las caballerizas, el vigilante del campo y el guardabosques. —Bingley golpeó los brazos de la silla con los dedos al enumerar cada detalle, con la cara roja de felicidad por saberse el dueño de una propiedad donde podía ordenar cuanto deseaba—. Mañana será mi turno, queridas hermanas, de ir más allá del punto al que habéis llegado hoy.

Durante el siguiente intercambio de preguntas, advertencias y aseveraciones entre Bingley y sus hermanas, Darcy volvió a concentrarse en sus propios pensamientos. Había notado la desilusión de su amigo al no oír un nombre concreto entre la lista de compromisos sociales de su hermana y, a continuación, su entusiasmo ante la mención de sir William.

---

[*] Título que solía ostentar en Inglaterra el mayor propietario de un pueblo, y que lo situaba por encima de los *gentlemen* locales, a quienes se les llamaba «señor». *(N. de la T.)*

Al haber observado personalmente la estrecha relación de la señorita Lucas con una de las hermanas Bennet, no fue difícil deducir la razón del súbito entusiasmo de Bingley. *Él espera que la señorita Bennet también esté presente. Es totalmente probable. Lo que significa que...* Darcy dejó que su pensamiento quedara inconcluso y se obligó a concentrarse de nuevo en el problema de su amigo y la señorita Bennet.

Estiró la mano para tomar su vaso de vino y, balanceando suavemente la copa en la mano, agitó su contenido mientras miraba distraídamente el líquido de color rojo oscuro. Quizás estaba viendo en la deferencia de Bingley por la señorita Bennet algo más de lo que había o habría alguna vez. Su amigo había sido el primero en admitir su propensión a enamorarse y desenamorarse más rápido de lo que se reproduce una liebre. No había razón para suponer que aquella atracción era distinta. Darcy se llevó el vaso a los labios y paladeó momentáneamente el vino antes de dejarlo deslizar por la garganta y sentir su calidez. *Deja que las cosas sigan su curso. Ofrécele otros incentivos para distraer su atención. Mantenlo ocupado con Netherfield.* Darcy volvió a colocar el vaso sobre la mesa con cuidado. *Con seguridad esto pasará.*

Tan pronto como Darcy dejó el vaso en la mesa, su anfitriona le hizo una seña al mayordomo para que volviera a llenárselo, pero él cubrió la copa con la mano y negó con la cabeza.

—¿Acaso el vino no es de su agrado, señor Darcy? —preguntó la señorita Bingley con diligencia—. Si lo desea, pedimos otra botella.

—No, no se inquiete —respondió Darcy—. El vino es excelente. —Comenzó a levantarse de su asiento, pero la señorita Bingley se apresuró a detenerle.

—Señor Darcy, no puede usted dejarnos tan pronto. Todavía no hemos oído sus impresiones sobre la sociedad de Hertfordshire. —Miró alrededor de la mesa en busca de apoyo para su requerimiento—. Estoy segura de que será muy interesante.

Darcy miró a Bingley, buscando disimuladamente su ayuda, pero su amigo se limitó a hacer una mueca y encogerse de hombros. Después de lanzarle una mirada feroz, Darcy volvió a tomar asiento y adoptó una actitud de indiferencia hacia las damas.

—Tal como usted ha dicho, señorita Bingley, los lugareños de aquí «no son muy interesantes». Sin embargo, ellos son lo que comúnmente se llama «el músculo del Imperio» y en la medida en que dependemos de ellos para que proporcionen la tan necesitada fuerza física, tal vez sea ilógico que esperemos un exceso de ingenio.

De las dos damas, la señorita Bingley fue la primera en recuperar la compostura, pero no antes de recurrir a su servilleta para limpiarse las lágrimas que la risa había dejado en sus ojos.

—Pero ¿qué hay de las damas, señor Darcy? —Un destello malicioso iluminó sus ojos—. Seguramente no incluirá a las mujeres en el suministro de la fuerza física, ¿o sí?

—De ningún modo, señorita Bingley. No sería tan desconsiderado.

—Pero, señor —insistió ella—, usted ha aceptado su falta de fuerza física y ha desestimado su ingenio. ¿Con qué criterio, entonces, podemos

clasificar a las damas de Hertfordshire?

—Usted apunta a la característica más obvia cuando se trata de mujeres, señorita Bingley. Desea que yo comente sus atributos físicos, su belleza, si quiere. —Enormemente incómodo con el giro de la conversación, Darcy señaló a Bingley—. Es a su hermano y no a mí a quien debería pedirle ese juicio.

—Nosotras sabemos lo que piensa Charles —respondió la señorita Bingley con un matiz de irritación en la voz—. Para él todas son diamantes preciosos. Lo que nos gustaría oír es su opinión. ¿No es así, hermana?

—Sí, señor Darcy, por favor, cuéntenos —pidió la señora Hurst con entusiasmo y luego, después de lanzarle una mirada a su hermana, agregó con tono travieso—: En especial quisiera oír sus opiniones sobre las muchachas Bennet.

—Darcy —dijo Bingley con cierto timbre de pretendida amenaza en la voz—, no toleraré ningún comentario sobre la señorita Jane Bennet que no sea del más alto nivel. Puedes limitar tu análisis a sus hermanas... ¿a la señorita Elizabeth, tal vez? Ahora bien, ella sería *mi* ideal de belleza si no fuera por su hermana mayor.

El silencio invadió el salón, mientras los tres acompañantes de Darcy esperaban su respuesta. Al mismo tiempo que se limpiaba las manos con la servilleta que tenía en el regazo, se le pasó por la cabeza la idea de que, de una forma misteriosa, la señorita Elizabeth Bennet seguía exigiendo un castigo por su estúpida torpeza. Así que, mientras criticaba su rostro, su figura y sus modales con toda la despreocupación que pudo reunir, dejó bien claro que la señorita Elizabeth Bennet no era *su* ideal de perfección en una mujer.

Capítulo 4
Intermezzo

La mañana de la cacería amaneció fresca y despejada, ofreciéndoles a los caballeros un excelente día. Arropado por los consejos de Darcy, fruto de su experiencia en la organización de esta clase de asuntos, su naturaleza afable y su nueva escopeta ligera, Bingley se integró con facilidad entre los cazadores más importantes del condado. Su arma fue objeto de numerosas aclamaciones, sus presas, alabadas, y su compañía tan solicitada en las futuras cacerías que no se le hubiera podido culpar por considerarse el hombre más afortunado del mundo.

A pesar de los repetidos intentos por parte de los otros caballeros de entablar conversación, Darcy permaneció tercamente en la retaguardia, concentrado en el entrenamiento del joven lebrel que había traído con él, en lugar de prestar atención a la charla del grupo. Pensó que lo más probable es que fuera tal como Caroline Bingley había dicho: «sólo hablan de caballos y cacerías» y, en consecuencia, se trataba de una conversación a la que únicamente necesitaba prestar atención de vez en cuando. E incluso eso sólo lo hizo por Charles, para ayudarlo a distinguir a todo el mundo más tarde, cuando comentaran los acontecimientos del día alrededor de un vaso de oporto en la biblioteca. Ése era el momento en que Bingley debía dejar su huella, y Darcy no tenía intención de desviar la atención de los habitantes de la zona hacia nada distinto de su amigo.

Respiró una gran bocanada de aire fresco y tonificante, lo retuvo un momento y lo saboreó tal y como había hecho con el vino de la cena la noche anterior; luego exhaló lentamente, lo que hizo que el campo y el bosque frente a él comenzaran a vibrar a través del vapor de su respiración. El grupo había atravesado el campo sin él y sus voces se iban desvaneciendo en un silencio que alimentaba la paz del alma. Sin embargo, una llamada de atención a la altura de sus rodillas rompió, de repente, aquella sensación de paz. Darcy se puso en cuclillas, balanceándose sobre la planta de los pies, mientras acariciaba al perro detrás de las orejas.

El animal, que había dejado de ser un cachorro, tenía unas patas enormes, y lo alentaba una pasión por complacer a su amo que rayaba en lo cómico. La mirada de infinita adoración que levantaba hacia Darcy luchaba abiertamente con la pura dicha que experimentaba por estar, al fin, al aire libre. Darcy no pudo evitar una sonrisa al ver cómo la batalla entre obediencia e impulso hacía que el perro temblara debido a la tensión y el entusiasmo. El lebrel le lanzó finalmente una mirada de súplica tan conmovedora que Darcy habría tenido que ser de piedra para resistirla, a pesar de que él mismo no sintiera un eco de la misma lucha en su interior. Le dio al animal una caricia rápida y vigorosa y, recogiendo del suelo un palo de buen tamaño, se incorporó totalmente y miró al perro con firme

autoridad. Sabueso y amo se miraron mutuamente, atentos a captar en el otro cualquier asomo de debilidad. Darcy dejó que la tensión entre ellos creciera hasta que, levantando el brazo todo lo que pudo, lanzó el palo y gritó la palabra más hermosa que puede esperar oír un perro:

—¡Tráelo!

Como un resorte muy apretado que se suelta de repente, el sabueso saltó hacia delante en silencio, totalmente concentrado en su presa. En cuestión de segundos, un ruido entre la alta hierba indicó que el sabueso estaba buscando el palo. Darcy comenzó a caminar en la dirección que había tomado el grupo, seguro de que el entusiasmo del perro por el juego lo traería otra vez rápidamente a su lado. El animal no lo decepcionó. Después de quitarle el palo con dificultad, Darcy lo volvió a lanzar, pero esta vez no dio ninguna orden. El sabueso se sentó directamente frente a él, interponiéndose en el camino, y en sus grandes ojos apareció reflejada una pregunta. Darcy esperó. Un breve aullido de impaciencia se escapó de su hocico y terminó con un ladrido agudo.

—¡Tráelo! —La orden casi pilla al sabueso por sorpresa, pero salió corriendo y Darcy continuó su camino, apurando el paso. Alcanzó a los demás justo cuando el animal regresó, llevando su tesoro con orgullo, fuertemente apretado entre los dientes.

—Vaya, Darcy, su perro debe de ser de una utilidad increíble para usted. El mío sólo trae la presa, ¡mientras que el suyo también se preocupa por conseguir la leña para cocinarla! —señaló jocosamente uno de los caballeros que estaba con Bingley. El grupo se rió de buen grado y Darcy los acompañó.

—Caballeros, ésta ha sido una mañana muy agradable —dijo Bingley y esperó un momento con satisfacción, pues fue interrumpido por varios gestos de aprobación—. Gracias... ha sido un placer. —Inclinó la cabeza para agradecer los comentarios—. Yo, por mi parte, encuentro que me ha despertado un considerable apetito. ¿Qué tal si regresamos y vemos qué ha elegido mi cocinero para alimentar a unos caballeros que vuelven de una exitosa mañana de cacería?

Levantando el arma por encima del hombro, Darcy llamó a su perro para que abandonara la búsqueda del preciado palo y dio media vuelta para dirigirse a Netherfield. Un golpe en su otro hombro le hizo girar la cabeza rápidamente, pero se relajó de inmediato cuando se dio cuenta de que era Bingley, que venía detrás.

—¿Qué opinas? —le preguntó su amigo en voz baja, mientras se quedaban un poco rezagados—. ¿Puedo informar a mis hermanas de que he cumplido con mi misión?

—Sin duda alguna —le aseguró Darcy y añadió con una sonrisa irónica—: Procura no presentarte a un escaño en el Parlamento en la próxima elección, ¡porque seguro que ganarías si continúas en esta dirección!

Bingley soltó una carcajada de felicidad y luego se inclinó hacia Darcy con gesto conspirador.

—Según una fuente fidedigna, la familia de cierta jovencita también ha aceptado una invitación a cenar en la casa del *squire* mañana por la noche. Y —continuó, sin ver el brillo peligroso que apareció en los ojos de

Darcy al enterarse de aquella noticia— aunque es *probable* que las encontremos en casa de los King, también es *seguro* que estarán en la cena del coronel, porque la hija más joven, según he sabido, es muy amiga de la esposa del coronel.

—Te has olvidado de mencionar la reunión en casa de sir William. Me pregunto por qué. —Darcy decidió que la creciente excitación de Bingley podía soportar un poco de ironía.

—Ah, sabía que ellas estarían invitadas a esa reunión —contestó Bingley, sin percatarse de las segundas intenciones de la pregunta—. ¡*Yo* me pregunto cómo es posible que no notaras que la señorita Elizabeth Bennet y la señorita Lucas son buenas amigas! Con frecuencia están juntas. —Bingley sacudió la cabeza en señal de incredulidad y miró a Darcy—. De verdad, Darcy, normalmente eres más observador.

Darcy soltó un resoplido al percibir la ingenuidad de Bingley, pero se abstuvo de corregirlo. *Entonces, señorita Elizabeth, ¿parece que estamos destinados a encontrarnos continuamente?,* pensó. *Me pregunto cuál será su próxima táctica.* Bingley se alejó para reunirse con los otros caballeros y dejó a su amigo pensando en las fuerzas que necesitaría desplegar para el compromiso del día siguiente.

Hacia el final de la velada en casa del *squire* Justin, Darcy supo que estaba totalmente derrotado. Nada había salido como esperaba. Después de evitar cualquier tipo de bebida fuerte ese día para asegurarse de tener suficiente claridad mental, había venido preparado para esquivar las frases ingeniosas y los dardos de su inquietante adversaria. Si la oportunidad se presentaba y todo salía bien, también tenía intención de ofrecerle una disculpa. Pero no ocurrió ninguna de las dos cosas.

Al intentar rememorar los acontecimientos, Darcy ya fue consciente de que una velada que había comenzado de una forma tan poco propicia nunca podría mejorar. Llegaron a la casa del *squire* con un retraso mucho mayor del que se consideraba elegante, debido a cierto detalle del vestido de la señorita Bingley que le disgustó en el último minuto. Y la tardanza resultó ser mayor todavía a causa de la desafortunada pérdida de una herradura por parte del caballo principal del carruaje, lo que los obligó a atravesar el campo a una velocidad menor de la habitual. El aroma almizclado del perfume de la señora Hurst, que parecía invadir el coche, estuvo a punto de levantarle dolor de cabeza, así que cuando finalmente llegaron al salón de su anfitrión, Darcy apenas podía contener su irritación.

Tras insistir en ser el último del grupo en presentar sus respetos al anfitrión, Darcy se detuvo un momento en la puerta para aclarar sus ideas y recuperar el equilibrio. La señorita Bingley fue cordialmente recibida por el *squire,* y éste le dejó paso con solemnidad para que saludara a su esposa, que le devolvió la inclinación con las hijas de la casa, en medio de un silencio reverencial. Visiblemente complacida con el efecto causado por su entrada, la señorita Bingley accedió a la cortesía de preguntarles por su salud y poco después se sintió feliz al convertirse en el centro de atención, ante la envidia que despertó su traje en la mayor parte de las damas y la manera en que los caballeros admiraron la caída de la tela. Luego

siguieron los Hurst y enseguida Bingley, quien presentó sus respetos y recibió también un gran apretón de manos por parte del *squire,* que se disculpó por la urgencia de sus ocupaciones, que lo habían privado del placer de acompañarlo durante la partida de caza del día anterior en Netherfield.

—Tendrá que contarme qué le parece su nueva escopeta, señor Bingley. He estado considerando comprar una de ese mismo modelo.

—Tendré mucho gusto en contárselo todo, señor, pero ¿no cree que una demostración vale más que mil palabras? Debe venir a Netherfield tan pronto le sea posible y probarla usted mismo —propuso generosamente Bingley, ofreciendo una invitación que consolidaba aún más su aprobación entre los residentes de Hertfordshire. Luego avanzó para presentarle sus respetos a la esposa del *squire,* siendo recibido con aparente regocijo por la buena mujer y sus hijas.

Por último, Darcy se presentó ante el anfitrión.

—Señor Darcy —comenzó a decir el *squire—,* he oído que tiene usted un sabueso impresionante. ¡Se dice que después de traer la presa, busca leña para el fuego, deshace su morral de caza y luego prepara la presa al estilo italiano para la cena! —El pequeño grupo de caballeros que estaban cerca se rieron con entusiasmo—. Señor, ¡dígame cuánto vale! ¡Yo tengo que tener esa maravilla!

—Mis disculpas, *squire,* pero creo que usted ha sido muy mal informado —respondió Darcy, torciendo un poco el labio inferior, pero sin dejar de mirar a su anfitrión con gran seriedad—. El sabueso todavía es muy joven y necesita mucho entrenamiento. Lamento decir que el estilo italiano aún está más allá de sus capacidades, pero como el perro insiste en añadirle ajo a todo, la confusión de su informante es comprensible. —Durante un momento, el humor velado de Darcy fue recibido con un silencio sepulcral, pero luego el *squire* soltó una carcajada y los demás lo siguieron.

—¡Bien hecho, señor Darcy! Veo que en ese cerebro hay más cosas de las que revela su rostro. ¿Me permite presentarle a mi esposa? —El *squire* hizo las presentaciones necesarias y Darcy pronto se encontró libre para unirse al grupo de invitados que quisiera. La señorita Bingley y la señora Hurst estaban bastante ocupadas con sus admiradores. El señor Hurst discutía sobre los méritos de *Gentleman's Pride* frente a *Gray Shadow* en la última carrera. Bingley estaba atrapado en una conversación sobre caza de la cual era evidente que quería escapar, pues, a cada poco, giraba la cabeza para mirar alrededor del largo salón.

Sí, ¿dónde están las hermanas Bennet? Él mismo se sorprendió buscándolas. Descartando la posibilidad de unirse al grupo que rodeaba a la señorita Bingley, empezó a pasearse por el salón. Estaba a punto de pasar junto a un grupo de personas reunidas alrededor de un sofá, cuando el caballero que estaba más cerca dio un paso hacia atrás y casi tropieza con él. Al tratar de esquivarlo, justo a tiempo para no ser derribado, se encontró cara a cara con la señorita Elizabeth Bennet.

—¿Me permite saludarla esta noche, señorita Bennet, y desearle una buena velada? —comenzó a decir rápidamente, al tiempo que le hacía una reverencia tan correcta y elegante como si estuviera bajo la inspección de

las reinas de la sociedad londinense. La inclinación de la muchacha fue igualmente correcta.

—Claro, señor —dijo, haciendo una pausa, y luego añadió con cierta indiferencia, mientras levantaba la vista hacia él—: Aunque el hecho de que sea buena dependerá de nosotros, ¿no es así? —Los labios de la señorita Elizabeth Bennet se curvaron para formar una sonrisa de cortesía que apareció fugazmente, pero no antes de que Darcy quedara cautivado por la chispa que incluso una sonrisa tan anodina produjo en sus ojos. La confusión del caballero aumentó cuando ella se hizo a un lado y miró a su alrededor con el ceño ligeramente fruncido, gesto que él tuvo que admitir que resultaba adorable—. Si tiene usted la bondad de excusarme, señor Darcy, hay algo que requiere mi inmediata atención.

—Por supuesto, señorita Bennet —logró decir, aunque sus palabras sólo alcanzaron a llegar a la espalda de la muchacha, que se retiraba apresuradamente. Sorprendido en cierta forma por ese tratamiento, Darcy pensó primero que ella continuaba dándole su merecido por sus desconsideradas palabras de los dos últimos encuentros y que ese aparente deseo de evitarlo formaba parte de su juego. Pero cuando la vio consolando a su agitada madre y «teniendo una charla» con una de sus hermanas menores, vio que la brusca manera en que la muchacha se había retirado había sido legítima y que sus sospechas eran infundadas.

Durante la cena, Darcy se sintió un poco decepcionado al no haber quedado estrictamente dentro del círculo de Elizabeth Bennet, pues estaba sentado al otro lado de la mesa y dos sillas más allá; pero estaba lo suficientemente cerca para ser testigo de la manera sencilla y afable en que trataba a los que habían tenido la fortuna de compartir la mesa con ella. Con reticente admiración, no pudo dejar de notar la deliciosa manera en que la muchacha le subió los ánimos al hosco y anciano mayor... y, más tarde, la forma en que le aseguró a un joven y tímido galán local que el nudo de su corbata estaba «espléndido». Ya estuviera intercambiando frases ingeniosas o escuchando con atención, Darcy se dio cuenta de la inusual inteligencia que desplegaban los hermosos ojos oscuros de Elizabeth y se preguntó cómo había podido descartarla de manera tan irreflexiva durante el baile.

Un invitado que estaba al otro lado le pidió su opinión sobre cierto tema, y Darcy tardó algunos minutos en poder volver a fijar su atención en el extremo de la mesa. Sucedió entonces que la conversación alrededor de Elizabeth Bennet había cesado, lo que le permitió la oportunidad de tomar algo fresco. Extendió su esbelto brazo y agarró la copa entre sus dedos delicadamente formados. Darcy observó, inexplicablemente fascinado, cómo se la llevaba lentamente a los labios con una elegancia inconsciente. Le dio un sorbo al vino, con increíble delicadeza, y volvió a dejar la copa en su lugar. Cuando ella hizo aquel sencillo gesto y volvió a poner la mano en el regazo, Darcy soltó el aire, a pesar de que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Rápidamente desvió los ojos antes de que ella pudiera notar su inapropiado comportamiento y los dirigió a su propio vaso. Sintió que el pulso se le aceleraba, que su manera de agarrar la copa no demostraba la misma seguridad con que ella lo había hecho y que el vino se balanceaba peligrosamente. *¿Qué te está*

sucediendo?, se reprendió a sí mismo, luego tragó el líquido rojizo sin saborearlo.

El *squire* echó hacia atrás su asiento, se levantó de la mesa y sugirió, haciendo un guiño a todos los invitados, que ahora los caballeros podían disfrutar de algo que su administrador había adquirido para aquellos que sabían reconocer lo bueno. Los estaba esperando en el salón de juegos; ¿les gustaría acompañarlo? Darcy se levantó con los otros caballeros, sintiéndose al mismo tiempo ansioso por salir y reacio a hacerlo, por razones que prefirió no analizar.

Después de aceptar un vaso de un brandy francés no muy legal, se dio la vuelta y descubrió que era observado por un hombre mayor, cuya actitud revelaba un interés particular. Al notar la involuntaria tensión de Darcy, en la mirada del hombre apareció un brillo burlón mientras, para su sorpresa, le dirigía un saludo. Intrigado, el caballero contestó el saludo levantando su vaso de manera similar y bebió un ligero sorbo. El brandy era excelente y Darcy cerró los ojos durante un instante, deleitándose con su calidez. Cuando los abrió, vio el rostro resplandeciente de su anfitrión.

—Señor Darcy, ¡me atrevo a decir que ni siquiera usted ha tenido la oportunidad de probar con frecuencia un ejemplo tan espléndido del arte de la destilería! —El *squire* hizo una pequeña pausa para que Darcy hiciera un gesto de asentimiento antes de continuar—: Sólo me gustaría que pudiéramos adquirir tabaco americano con la misma facilidad con que conseguimos brandy francés.

—Podríamos, si fuera de nuevo tabaco inglés —tronó el mayor, que llegaba desde el otro extremo del salón para reunirse con ellos—. ¡Ya basta de palabrería! ¡Apuntemos nuestros cañones a las calles de su capital y pongamos punto final a este absurdo! ¡Los Estados Unidos! ¡Bah! Recuerde mis palabras, señor. Pronto estarán marchando sobre la colonia de Canadá si alguien en St. James no se preocupa por otra cosa que no sea el corte de su chaqueta. Cuando yo estuve allí en el setenta y nueve... —Enseguida se desató una acalorada discusión sobre la inminente guerra, de la cual Darcy se excusó rápidamente.

Encontró un cómodo sillón en una esquina tranquila y se arrellanó plácidamente en él, sin otro propósito que disfrutar del excelente brandy. Al sostener su vaso en alto para atrapar un rayo de luz de la lámpara que tenía al lado, aprobó el delicado color ambarino del licor y su brillo, irradiando el reflejo de la luz. Antes de que pudiera impedirlo, estaba comparando el resplandor del licor con lo que había observado en los ojos de la señorita Bennet. Rápidamente puso el vaso sobre la mesa. *¡Imbécil!,* se amonestó en voz baja, moviéndose incómodo en su asiento.

Preguntándose qué habría sido de Bingley, echó un vistazo a su alrededor y lo localizó cerca de la chimenea, conversando con el hombre que lo había saludado y que, gracias a su anfitrión, ahora sabía que era el señor Bennet. A juzgar por la seriedad de su rostro, que resultaba casi doloroso observar, Darcy se podía imaginar bien la intensidad con que Bingley debía de estar tratando de causar una buena impresión en el anciano. Aunque el señor Bennet parecía prestarle a Bingley una atención similar, Darcy creyó detectar una chispa de burla sarcástica en sus ojos, que no le gustó en lo más mínimo. Su sentido del deber para con su amigo

reclamaba que fuera a rescatarlo, pero dada la particularidad de su propio intercambio con el caballero, Darcy experimentó una decidida resistencia a intervenir. Se sintió profundamente agradecido cuando el *squire* sugirió que se reunieran nuevamente con las damas.

La corta distancia que había entre el salón que los caballeros estaban abandonando y aquel al cual estaban entrando le pareció engañosa, pues el contraste entre los dos era tan grande que parecía que hubiesen hecho un viaje entre dos mundos. En el salón de juegos reinaba la atmósfera familiar de la sociedad masculina: el aroma del brandy y el humo de la pipa, el crujido de los sillones de cuero y la noble mirada de los trofeos de caza, cuyas cabezas llevaban años vigilando desde las paredes aquel dominio masculino. En medio del salón revestido de madera y a media luz, la conversación había girado en torno a los caballos y la caza, el precio del maíz y la guerra. Se hacían acuerdos, se cerraban negocios y se establecían relaciones que asegurarían la paz y la prosperidad de la región durante muchos años.

En contraste, el mundo al que estaban entrando resplandecía con la luz de miles de velas, el papel pintado floreado y el dulce aroma del té y el jerez. Todo hablaba de una sociedad femenina, cuyas reglas no escritas y cuyo comportamiento impredecible siempre le habían causado una cierta consternación a Darcy. La excesiva afabilidad del matrimonio formado por sus padres y el buen sentido y excelente entendimiento con aquellos de cuya compañía solían disfrutar no lo habían preparado bien para captar todos los matices en un salón social o un salón de baile. Los subterfugios y los discursos bonitos pero falsos no habían formado parte de su educación. Dicho comportamiento era considerado como falto de honor e insultante. Sin embargo, después de entrar en el mundo más amplio de sus semejantes y amigos, Darcy descubrió que habitualmente se esperaba que la gente actuara así, y que esa conducta era incluso elogiada, en especial cuando los dos sexos se encontraban en sociedad.

Sin deseos de involucrarse en las banalidades o intrigas que pasaban por conversaciones de salón, Darcy trató de recuperar su equilibrio para prepararse para la esperada justa con Elizabeth Bennet. El tan ansiado intercambio de dardos no había tenido lugar y lo había dejado curiosamente desanimado. Pensando en alcanzar a Bingley antes de que se sumergiera en el salón, Darcy avanzó hacia él, pero su amigo parecía bastante interesado en llegar al salón y no lo vio. Tuvo que seguir solo, y al entrar se acercó a una mesa sobre la que habían colocado dulces y jerez. Estudió brevemente la oferta y eligió uno de los dulces azucarados. Mientras lo saboreaba, levantó la vista y descubrió a Bingley, que estaba animando a la señorita Bennet a sentarse en un pequeño sofá y señalaba luego la mesa de los dulces. Ella asintió con elegancia en señal de aceptación y se ruborizó complacida, mientras él se dirigía directamente hacia Darcy.

—Ah, Darcy —le dijo Bingley con una sonrisa de oreja a oreja—. Hazte a un lado, hombre. Tengo la misión de hacerle un favor a una adorable dama y debo regresar rápidamente o me temo que seré reemplazado.

Darcy miró por encima del hombro de Bingley cuando éste se inclinó para cumplir su tarea.

—No, no tienes nada que temer, Bingley. La madre de la dama te está guardando el sitio. Si no me equivoco, ella se encargará de ahuyentar a quienquiera que ose tratar de sentarse junto a su hija hasta que tú regreses.

Bingley se detuvo sólo el tiempo suficiente para verificar la verdad de las palabras de Darcy y luego se rió entre dientes y susurró:

—La señora Bennet tiene su utilidad, Darcy.

—¿Y qué hay del señor Bennet? —preguntó Darcy en voz baja—. ¿Quedaste satisfecho con la conversación?

—¡Un hombre muy interesante y muy agudo! No se parece a su esposa en absoluto. —Bingley se enderezó, tratando de mantener el equilibrio de un plato de bizcochos en una mano y dos vasos de jerez en la otra—. Creo que nos hemos entendido estupendamente bien. —Darcy entornó los ojos—. ¡No seas tan incrédulo! —respondió Bingley—. Pero no tengo tiempo para ti, Darcy. La señorita Bennet espera y, con o sin su madre, no pretendo perder mi oportunidad, ahora que finalmente la he conquistado. —Y, diciendo esto, Bingley se alejó apresuradamente.

¿Y dónde está la otra señorita Bennet? Darcy examinó el salón mientras iba a por otro bizcocho y una taza de té. Una esbelta mano femenina agarró la taza antes que él. Levantó la vista y se encontró con la señorita Bingley.

—Señor Darcy, permítame prepararle una taza de té. Con un terrón de azúcar, ¿verdad? —Darcy hizo un esfuerzo por convertir la mueca que sintió asomándose a su cara en algo que se pareciera al agradecimiento—. Aquí tiene... justo como le gusta. —La señorita Bingley le ofreció el té con un aire de intimidad que le disgustó.

—Gracias, señorita Bingley —dijo, aceptando la taza y dando un paso hacia atrás—. Por favor, no permita que la entretenga. Me parece que los caballeros que están allí esperan su regreso con ansiedad. —Hizo un gesto en dirección a uno de los grupos de invitados.

La señorita Bingley hizo ademán de pasar frente a él, pero se detuvo junto a su hombro y susurró:

—Es todo *tan* aburrido, ¿no es así, señor Darcy? —El cosquilleo de la respiración de la señorita Bingley en la oreja fue una sensación desagradable y necesitó de todos sus años de educación para deslizarse suavemente hacia atrás y alejarse de ella. Tomó otro dulce, tratando de encubrir aquel movimiento—. ¡Usted debe estar muerto de aburrimiento en medio de una compañía tan poco distinguida! —siguió diciendo la señorita Bingley—. Porque, vamos, el *squire* es todo un personaje.

—No es el tipo de sociedad al que estamos acostumbrados, eso es seguro —afirmó Darcy—, pero, señorita Bingley, debe usted admitir que la velada tiene cierta utilidad. Su hermano ya ocupa una posición destacada entre estas personas y al final de esta velada será más estimado. Y usted, que hace las veces de señora de la casa, también asumirá, sin duda, un papel protagonista en la comunidad. De hecho, ha comenzado usted muy bien. La manera en que la han recibido esta noche ha sido extremadamente amable y parece que usted es universalmente admirada. Eso sólo puede contribuir al progreso de la influencia de su hermano.

Los ojos de la señorita Bingley brillaron e hizo un puchero con los

labios.

—No tan *universalmente* admirada, señor Darcy.

—Señorita Bingley, ¡con seguridad se equivoca usted! Estoy asombrado oyéndola decir eso —replicó Darcy, aunque estaba bastante seguro de cuál era la fuente del descontento de la muchacha—. ¿A quién se refiere usted?

—A la señorita Elizabeth Bennet —confesó ella—. Detecté su falta de sinceridad en Netherfield y su comportamiento aquí esta noche sólo confirma la verdad. —La señorita Bingley sacudió la cabeza con pesar. Luego, después de haber lanzado su dardo, se disculpó, agarró el brazo de un joven vestido con lo que se consideraba localmente como el último grito de la moda y le pidió que la acompañara hasta el otro lado del salón. Cuando se alejaron, Darcy la oyó exclamar algo sobre la corbata del joven y aconsejarle que hablara con el ayuda de cámara de su hermano acerca de la manera adecuada de ponérsela.

Tan pronto como la señorita Bingley le dio la espalda, Darcy dejó de fruncir el ceño y se llevó la taza a los labios para disimular la sonrisa irónica que había ocultado mediante aquel gesto y que ya no podía esconder por más tiempo. *Elizabeth Bennet, ¡celosa! ¡Qué maravilla!* Darcy sacudió la cabeza y, continuando con la farsa, le dio un sorbo al té, que ya se había enfriado. Enseguida deseó no haberlo hecho. Al mirar a su alrededor para buscar con desesperación una servilleta, no encontró ninguna y se vio obligado a tragar el desagradable líquido. Para remediarlo, le dio un rápido mordisco a otro dulce y abandonó la taza en la mesa más cercana.

Un golpecito en el brazo le hizo dar media vuelta para descubrir a su anfitrión, que le ofrecía un vaso de jerez y lo miraba con simpatía.

—No es usted muy aficionado al té, ¿o sí, señor Darcy? —Darcy tomó el jerez e hizo una pequeña inclinación para expresar su gratitud y su acuerdo—. Yo no lo toco a menos que tenga mucho azúcar y leche. Si no es así... ¡me parece una cosa espantosa! Cuando oí que los americanos arrojaron al puerto hace muchos años un cargamento entero de té, supe que las colonias estaban perdidas. ¡Un grupo de personas con *tanto* sentido común sería muy difícil de controlar en *lo que fuera* que decidieran hacer!

Darcy no pudo evitar sonreír al ver el buen humor del *squire.* Pensó entonces que tal vez sería conveniente revisar la opinión tan despectiva que tenía de esos hombres y su función en el Imperio.

—Y hablando de gente con sentido común, aquí viene un buen ejemplo. —El *squire* hizo un gesto con el vaso—. ¿Le han presentado ya a la señorita Bennet? ¿La señorita Elizabeth Bennet?

Darcy siguió el gesto del *squire* y vio a la dama en cuestión, que estaba pasando frente a ellos en ese momento, del brazo de la hija más joven del *squire.* La acompañante de la señorita Elizabeth abrazaba lo que parecía un pequeño trozo de bordado, una muestra, tal vez. Agachó la cabeza con timidez, mientras Elizabeth la hacía sentar con suavidad y le aseguró que era «absolutamente encantadora» antes de llamar a algunos de los que estaban cerca diciendo:

—Vengan a ver la muestra de Fanny para la exhibición de bordados

de Meryton. —Varias exclamaciones de admiración y reconocimiento se oyeron en el grupo, mientras la muestra de bordado era examinada y elogiada. Darcy observó mientras Elizabeth llamaba la atención de los demás hacia la sutileza del diseño y luego se retiraba discretamente, dejando a la joven en el centro del grupo, sonrojada y feliz. La señorita Elizabeth se detuvo a cierta distancia y Darcy pudo verla contemplando el resultado de su obra. Con una sonrisa de satisfacción, dio media vuelta y se reunió con la señorita Lucas, justo al otro lado de donde estaban Darcy y el *squire.*

La imagen de Elizabeth Bennet mientras se inclinaba sobre la hija del *squire* ofreciéndole su aprobación y apoyo había sido la representación misma de la bondad y Darcy contuvo la respiración por la dicha de poder contemplarla. La gracia natural de su figura, inclinada en una actitud de dulce preocupación por una chiquilla tímida, tocó dentro de él una fibra que desafió con facilidad la servil atención y los estudiados halagos de aquellos que eran cuatro veces más importantes que la señorita Bennet. Su actitud no había sido una pose, como solía suceder con tanta frecuencia entre las mujeres de Londres. La encantadora actitud de la muchacha dejó ver que su único propósito había sido complacer a la chiquilla y, tal vez, a sus padres.

—¿Señor Darcy? Perdóneme, ¿señor Darcy? —La voz del *squire,* que expresaba una mezcla de preocupación y complacencia, penetró a través de la conciencia de Darcy. Parpadeó unas cuantas veces y soltó el aire de una manera que se podría tomar como un suspiro—. ¿Tal vez le gustaría tomar un poco de jerez, señor Darcy? Ah, sí. —El *squire* esperó mientras el caballero se bebía casi de un solo trago todo el contenido del vaso—. Lizzy Bennet es tan auténtica como parece. No emplea ningún artificio y, como siempre digo, goza de un buen sentido poco común, todo envuelto en un paquete tan hermoso como podría desearse, ¿no le parece?

Mientras que el *squire* divagaba, Darcy podía sentir en su cuerpo la mortificación por lo que había ocurrido. Ya era suficiente con la confusión que le causaba la creciente fascinación que sentía por ella, pero el hecho de que fuera tan evidente para los demás era intolerable. Al poco tiempo de entrar en la vida social, su naturaleza reservada le granjeó la reputación de ser orgulloso, y en esos primeros días él había permitido que eso le sirviera de escudo. Últimamente, de acuerdo con Bingley, aquello se había transformado en una armadura. Escudo o armadura, la verdad es que ahora no le estaba funcionando. Haciendo un esfuerzo, Darcy apeló a sus antiguas costumbres y le respondió al *squire* con una voz fríamente contenida:

—No puedo tener ninguna opinión sobre eso, señor. Y ahora, si usted tiene la bondad de disculparme... —Haciendo una rápida inclinación, se alejó, mientras el *squire* lo observaba, con las cejas levantadas por la sorpresa.

La expresión impenetrable de Darcy disuadió a todos los que se cruzaban en su camino de tratar de entablar conversación con él. Encontró un sillón solitario que tenía una buena perspectiva sobre la mayor parte del salón y, sentándose, trató de recuperar la tranquilidad. Se sentía atraído por ella, eso era indiscutible. Sin embargo, también era

cierto que Elizabeth Bennet no había aprovechado ninguna oportunidad de acercársele después de la cena. Durante unos angustiosos momentos, Darcy contempló la desconcertante posibilidad de que simplemente ella no estuviera interesada en él. Si fuera así, sería una experiencia singular. Desde el día en que su tío lo presentó en los sagrados salones de Almack, vivía asediado por arrogantes matronas celestinas que lo cortejaban, y por los esposos de éstas, que lo atendían con la esperanza de que él tirara el pañuelo en el camino de sus hijas. De hecho, hasta aquel viaje a Hertfordshire, no podía recordar a una sola mujer en edad casadera que no hubiese modulado sus palabras tratando de buscar su aprobación o de atraparlo en matrimonio. La ilusoria idea de que la señorita Elizabeth Bennet no sintiera ningún interés por él fue rápidamente desechada. El breve y poco satisfactorio intercambio que habían tenido antes de la cena lo animaba a creer que había escapado de la categoría en la cual había sido colocada la señorita Bingley. Sin embargo, a pesar de que la idea de no ser objeto de burla por parte de la señorita Bennet fue recibida con ecuanimidad por Darcy, tenía que reconocer que el hecho de que ahora lo ignorara, equiparándolo con un mueble, hería su orgullo.

Reunidos alrededor de un sofá cerca de donde estaba Darcy, unos cuantos oficiales, que estaban enzarzados en una ruidosa discusión, lanzaron de repente una llamada para que viniera una dama que sirviera de árbitro en un asunto muy enojoso. Darcy observó con disimulo cómo la opinión del salón sobre quién sería el árbitro más adecuado entre las damas primero osciló y luego se convirtió en un coro que reclamaba la presencia de la señorita Elizabeth Bennet. Con una graciosa mezcla de tolerancia y modestia, la muchacha pasó frente a Darcy rumbo al puesto de juez que los oficiales habían despejado para ella. Una pequeña oleada de su perfume llegó hasta él mientras pasaba, y se sintió atrapado por el suave susurro de su vestido. En ese momento, sin tener totalmente claro por qué debería importar lo que ella pensara de él, o cuál era su objetivo final, Darcy se propuso diseñar un plan para conseguir la atención de la muchacha. La razón protestó brevemente, pero la puerta estaba abierta, el camino parecía irresistible y la imaginación de Darcy fue más allá, deslizándose hacia los misterios de una mujer cuyos encantos le resultaban cada vez más perturbadores.

Capítulo 5
Saber más de ella

Algunos días después de la cena en casa del *squire,* Darcy atravesó rápidamente el corredor hasta la alcoba de su amigo y golpeó en la puerta. Enseguida se oyó, detrás de la gran puerta de cedro, el ruido de un tropezón, seguido de una leontina o un reloj que se caía al suelo.

—Es inútil —oyó que le gruñía Bingley a su ayuda de cámara—. Abre la puerta, hazlo entrar y ¡terminemos con esto!

La puerta se abrió girando sobre los goznes, ayudada por la punta de la fusta de Darcy.

—¿Has comido ya algo al menos, Bingley? —Darcy suspiró al ver la confusión que reinaba tanto en la habitación como en el semblante de su amigo—. Dijiste «en la montura a las nueve en punto», ¿o acaso me equivoco?

Bingley olfateó con ilusión el delicioso desayuno de jamón, lonchas de tocino, huevos y un surtido de bizcochos que reposaba sobre una bandeja en el vestidor, esperando a ser probado. Sintió que el olor que flotaba hacia él a través de la puerta abierta lo enloquecía.

—No puedo entender qué locura se apoderó de mí para concertar una cita a una hora tan temprana —se quejó, al tiempo que el reloj de la habitación daba las nueve—. Tú sabes cómo me disgusta el aire de la mañana. ¡Excesivamente húmedo! —Bingley continuó vistiéndose, mientras le lanzaba miradas a Darcy, que todavía estaba parado en la puerta, dándose golpecitos con la fusta sobre la palma de la mano enguantada—. Si has venido a sermonearme, te prometo que tendrás suficiente tiempo para hacerlo a conciencia —dijo Bingley con voz desesperada—, porque ¡necesito comer algo! —Y, diciendo esto, se dirigió al vestidor apresuradamente, directo hacia la bandeja del desayuno. Darcy siguió a Bingley hasta la salita, tomó una silla y la acercó a la mesa, que crujía bajo el peso de los recipientes de plata. Como había desayunado hacía más de una hora, negó con la cabeza cuando Bingley le ofreció compartir aquellos manjares y comenzó a quitarse los guantes.

—¿Sermonearte? ¿Traigo una cara tan seria como para que pienses semejante cosa? —Al ver el gesto de asentimiento de Bingley, Darcy se dio unos golpecitos en la rodilla con los guantes y se dejó caer en la silla.

—¡Te juro que estaba esperando una gran reprimenda sobre la falta de puntualidad, los riesgos de tener esperando a unos buenos caballos, la incapacidad de cumplir promesas y cualquier otro defecto de mi carácter que pudieras criticar! —se aventuró a decir Bingley, entre un bocado de jamón y un sorbo de té—. ¿Estás seguro de que no quieres tomar nada? —volvió a ofrecer.

—No, nada —murmuró Darcy, concentrándose en examinar sus guantes—. Aunque todo lo que acabas de decir es cierto —añadió,

mirando a su amigo con el ceño fruncido, en señal de reproche. Rápidamente fue recompensado con el golpe de un terrón de azúcar en la frente.

—¿Ves? Yo sabía que no ibas a poder resistir la tentación de soltarme un sermón, aunque esta vez ha sido indulgentemente breve, hay que admitirlo. Dime, ¿tu padre también es tu modelo en esto, como en todo lo demás, o has perfeccionado tú solito ese imponente gesto de severidad?

—Es una creación mía, Bingley, parte esencial de esa armadura que dices que me pongo encima y que, a propósito, resulta extremadamente útil. Y bien, ¿has terminado ya y podemos comenzar ese recorrido que anoche tenías tantos deseos de hacer?

Bingley asintió vigorosamente, pues tenía la boca llena de tostadas y jamón. Después de limpiarse los dedos pegajosos en una servilleta de lino color crema, se levantó de la mesa.

—Su obediente servidor, señor —pronunció, inclinándose ante Darcy con humildad.

—¡Ojalá eso fuera cierto! Agarra tus cosas; la mañana es hermosísima y estoy ansioso por dar una buena galopada. —Y, diciendo esto, Darcy salió de la estancia, dejando a Bingley atrás.

Tan pronto vio aparecer a Darcy en el patio del establo, el mozo de cuadra trajo a *Nelson* hasta el montador, pero le costó trabajo mantenerlo allí cuando el enorme animal color azabache percibió la cercanía de su amo. Movió las orejas hacia delante y, girando su enorme grupa para quedar frente al arco de la entrada, arrastró al mozo con él cuando avanzó al oír el sonido de las botas de Darcy sobre el suelo adoquinado.

—¡*Nelson*, no seas tan brusco! ¡Deja de arrastrar a ese pobre muchacho! —Darcy trató, sin éxito, de mirar severamente a su caballo, que estaba demasiado ocupado relinchando a modo de saludo, como para preocuparse por el bienestar del mozo. Estiró la mano para tomar las riendas—. Ven, dámelas. Me temo que nunca vas a poder hacerlo retroceder. —Feliz de entregar las riendas, el mozo se las pasó a Darcy y dio un paso atrás.

Bajo la dirección de su amo, *Nelson* permitió que lo llevaran nuevamente al montador en donde Darcy se subió a la silla con destreza, agarrando las riendas con fuerza. Se sintió tentado a lanzarse al galope y dejar que Bingley lo alcanzara después. Pero decidió obligar a *Nelson* a describir un ocho en el espacio del patio del establo, primero al trote y luego a medio galope, lo cual exigió la plena atención del animal a sus órdenes.

—Ansioso —dijo Darcy mientras indicaba a *Nelson* que debía cambiar de dirección para continuar la figura. Así le había descrito a Bingley su estado de ánimo y la palabra lo reflejaba perfectamente. Desde la velada en casa del *squire,* todo su ser, cuerpo y alma, parecía poseído por un estado de perturbación emocional. La causa de su inquietud no era ningún misterio. No obstante, el objeto mismo de la inquietud no era otra cosa que un misterio, cuyo atractivo le resultaba difícil de ignorar.

Las últimas dos veladas habían transcurrido en presencia de la señorita Elizabeth Bennet, aunque no estrictamente en su compañía. La información de Bingley había sido correcta, y Darcy recordó la inesperada

felicidad que sintió al confirmar la asistencia de la muchacha en las dos ocasiones. Había requerido de una prodigiosa concentración para situarse lo suficientemente cerca como para alcanzar a oír sus conversaciones, al mismo tiempo que cumplía con sus propias obligaciones sociales, sin llamar la atención de la muchacha o atraer la curiosidad de los demás.

Darcy sintió la tensión de *Nelson*, que esperaba su señal a medida que se acercaban al punto en que había que cambiar de dirección para completar la figura. Se inclinó un poco hacia la izquierda, presionando ligeramente con la rodilla, cuando un movimiento de la cabeza de *Nelson* le comunicó la disconformidad del animal con aquel ejercicio tan disciplinado. Una vez, poco después de que el caballo comenzara a usar el freno y la brida, Darcy lo llevó a campo abierto en Pemberley, ansioso por ver lo que el animal podía hacer. La maravillosa vista que tenían ante ellos los excitó a los dos, caballo y jinete, y antes de que Darcy se diera cuenta, *Nelson* tenía el freno entre los dientes y estaban galopando por el campo, las zanjas y las cercas, de una manera que había fascinado y aterrorizado al jinete al mismo tiempo. Los dos sobrevivieron al arriesgado paseo sólo con unos cuantos rasguños, y durante el resto del entrenamiento de *Nelson*, Darcy se encargó de que nunca volviera a ocurrir algo como eso; sin embargo, todavía no había olvidado el cúmulo de emociones que lo habían abrumado en ese momento.

¡Emocionante... pero aterrador!, recordó Darcy, mientras hacía que la poderosa bestia que montaba frenara en seco, justo en el centro del ocho. Esas emociones parecían haber resucitado recientemente en su pecho, pero esta vez su causa no representaba una amenaza para el cuerpo. Darcy se inclinó sobre el cuello de *Nelson*, acariciando los poderosos músculos con aprobación y afecto. *No, el peligro que representa la joven está dirigido al corazón... a tu alma misma,* reconoció para sus adentros. *No es menos emocionante* —se detuvo un momento, dirigiendo la mirada a los campos hacia Longbourn—, *pero ciertamente tampoco es menos aterrador. Señorita Elizabeth Bennet, ¿qué ha provocado usted?*

El saludo de su amigo interrumpió la ensoñación de Darcy, que se dio la vuelta y agitó la fusta a modo de respuesta.

—¡Ya era hora de que aparecieras, Bingley! ¿Te ha entretenido un perverso huevo pasado por agua?

—¡He sido entretenido por una hermana insistente, más bien! Caroline quería asegurarse de nuestra intención de cenar con el coronel Forster y sus oficiales el lunes próximo. Dijo que estaba obligada a invitar a alguien a cenar y quería evitarnos los inconvenientes de atender a los invitados.

Bingley se encogió de hombros y Darcy le respondió de la misma forma; luego le ordenó que montara rápidamente y se reuniera con él frente a la mansión. Llevando a *Nelson* al trote rápido, dejó atrás el patio del establo y lo contuvo cuando llegaron hasta el sendero de la entrada. *Ya no hay tiempo para excusas,* se dijo a sí mismo. *Te exijo que le hables en la casa de sir William, esta misma noche.* Darcy echó los hombros hacia atrás, pero luego se mordió el labio inferior y levantó los ojos hacia el claro cielo de la mañana. *¡Y que Dios te ayude!*

—Su chaqueta, señor. —Fletcher colocó cuidadosamente sobre los hombros de Darcy la prenda hecha a medida y luego tiró de ella desde el frente para ajustarla. Dio un paso hacia atrás y examinó la apariencia de su amo con un ojo crítico que no había permitido ninguna imperfección en su vestimenta durante los últimos siete años. Darcy esperó el veredicto con una mezcla de impaciencia y aprensión. Es posible que no hubiese traído al campo su ropa más elegante y a la moda, pensó mientras el ayuda de cámara caminaba a su alrededor como si él fuera una obra de arte, pero para la reunión de los Lucas deseaba parecer lo más distinguido posible—. Muy bien, señor. «Como un rey» —concluyó Fletcher. Darcy asintió con la cabeza.

Bingley se reunió con él en el vestíbulo, y estaba tan ansioso que los ojos le brillaban.

—¡Qué bien, ya estás aquí y preparado! Les advertí a mis hermanas que se pueden retrasar todo lo que quieran, pero que nosotros salimos en diez minutos. —Estiró el brazo con gesto desdeñoso hacia la escalera—. Se pueden ir todos en el coche de los Hurst, ¡si quieren llegar tarde! —Comenzó a ponerse los guantes, esperando a que llegara un criado con sus abrigos. Darcy avanzó hacia la puerta cuando oyó ruido de cascos sobre la gravilla y el fuerte golpeteo de los arneses.

—El carruaje, Bingley. ¿Acaso quieres irte…?

—Inmediatamente, Darcy. ¡Qué suerte, no hay ninguna hermana a la vista! ¡Date prisa, hombre! —Con una risita de complicidad, Darcy se puso rápidamente el abrigo y agarró el sombrero y los guantes.

Bingley bajó corriendo las escaleras y saltó al coche con Darcy pisándole los talones.

—¡Adelante! —gritó Bingley. Le arrancó la puerta de las manos al lacayo, cerrándola de un golpe y luego se desplomó sobre el asiento, frente a su amigo.

—A la señorita Bingley no le va a gustar que la hayas dejado para que se vaya con los Hurst —observó Darcy, mientras el carruaje se alejaba con rapidez.

—Cierto —respondió Bingley, acomodándose sobre los cojines—. Lo mismo que a mí no me gustó que haya invitado a la señorita Bennet a cenar en Netherfield, ¡una noche en que estaba segura de que yo estaría ausente! ¿Recuerdas por qué me retrasé en llegar al establo esta mañana? Pues bien, la invitada a la cual mi hermana quiere evitarme el «inconveniente» de atender es la señorita Bennet. ¡Si yo no hubiese descubierto la verdad por pura casualidad, la señorita Bennet habría venido y se habría ido sin que yo me enterara siquiera!

—Tal vez tu hermana sólo quiere entablar una amistad con la señorita Bennet independientemente de ti —sugirió Darcy, mientras se obligaba a mantener un gesto indiferente que no dejara traslucir las dudas que tenía sobre las intenciones de la señorita Bingley. Su amigo se limitó a mirarle con escepticismo.

El resto del viaje transcurrió placenteramente, entre recuerdos de su paseo por Netherfield durante la mañana. Hablaron de diversos planes que incluían tierras cultivadas, zanjas limpias, estanques abastecidos,

cercas arregladas y mucho ganado nuevo. Al llegar a la entrada de la propiedad de los Lucas, Netherfield ya era un verdadero paraíso. Cuando el coche dejó atrás las columnas de piedra, la conversación fue decayendo y los dos hombres sintieron descender sobre ellos un silencio incómodo, que se fue haciendo más profundo a medida que se acercaban a su destino.

La efusiva bienvenida de sir William fue aceptada por los dos caballeros con aplomo. Darcy dejó que Bingley dijera, en nombre de los dos, todo lo apropiado, mientras echaba una discreta ojeada al salón. Después de presentar sus respetos formales, acompañó a Bingley al salón, pero, de repente, cambió de rumbo cuando vio que el lugar al que su amigo se dirigía era una mesa que había en una salita contigua. Allí, las dos hermanas Bennet mayores y otras cuantas jovencitas estaban reunidas alrededor de la señorita Lucas mientras ésta hacía una demostración de técnicas de pintura en porcelana, una moda que había causado furor entre la alta sociedad hacía un año, recordó Darcy, pero que ahora era considerada obsoleta en Londres. Antes de que Bingley pudiera hacer su reverencia, fue rodeado por un arco iris de muselinas. Darcy miró hacia otro lado, frunciendo el ceño al pensar en lo cerca que había estado de no poder escapar a la multitud de damas que ahora le pedían a su amigo que opinara sobre el arte de la señorita Lucas. Durante unos minutos aparentó mirar por una ventana cercana que ofrecía una excelente perspectiva del parque, antes de que la conciencia lo obligara a mirar hacia atrás, hacia su asediado amigo, y entonces vio a Bingley con una sonrisa beatífica en el rostro y la situación totalmente bajo control.

Un súbito murmullo entre las damas puso punto final a su reflexión sobre las sorprendentes habilidades de Bingley y llamó su atención hacia una muchacha en particular. Con los ojos entrecerrados por la risa, la señorita Elizabeth había tomado asiento al lado de su amiga. Darcy la observó cautivado, mientras la joven elegía una pequeña pieza de porcelana, la levantaba para examinarla y luego, con un gesto de picardía, mojaba el pincel en la pintura y aplicaba varias pinceladas gruesas. Rápidamente abandonó el primer pincel por uno nuevo, que introdujo en otro color, y aplicó otras cuantas pinceladas con el mismo desparpajo del principio. El grupo que la rodeaba estalló en exclamaciones y risas cuando la señorita Elizabeth puso la pieza en la mesa para la inspección de todo el mundo.

—Mira, Charlotte, ésta es la mejor muestra de mi talento para la pintura en porcelana. Te autorizo a quemarla o disponer de la pieza como desees. ¿Quién sigue? —Elizabeth le entregó el pincel a un ansioso joven, dejó libre la silla que ocupaba y le hizo una rápida inclinación al grupo—. Y ahora, si tienen la bondad de excusarme… —Esbozó una sonrisa y salió hacia donde se encontraba Darcy. Él giró la cabeza enseguida, fingiendo indiferencia al ver que ella se acercaba.

Darcy percibió, más que vio, cómo pasó junto a él. Un curioso pero delicioso cosquilleo lo recorrió de arriba abajo al sentir la fugaz cercanía de la muchacha, como si el calor de ella flotara a su alrededor, acariciándolo. El caballero se quedó mirándola hipnotizado, y se le formó un nudo en el estómago al ver que ella se detenía a sólo unos metros de él

para contemplar el panorama.

Darcy se movió, aunque de manera involuntaria, porque Elizabeth se volvió de repente hacia él, con una actitud de sorpresa, demostrando que antes no lo había visto.

Antes de que él pudiera apreciar bien el rubor que coloreó las mejillas de la muchacha, ella le hizo una reverencia.

—¡Señor Darcy! Por favor, perdóneme.

—Señorita Bennet. —Darcy la saludó con una inclinación rápida y enseguida se alejó. Casi tropieza con la señorita Bingley, que entraba en ese momento en el salón.

—¡Señor Darcy! —murmuró—. Por favor, ¡dígame que no está usted a punto de marcharse! Dependo de usted, señor, para que me rescate del terrible aburrimiento que, con seguridad, me atormentará en cualquier momento, si es que no lo ha hecho ya. —La señorita Bingley se apoderó del brazo de Darcy, aunque éste no se lo había ofrecido, y exigió que dieran una vuelta alrededor del salón—. ¡Ha sido muy malvado por su parte y por la de mi hermano haber venido solos! Me sentí totalmente desolada —agregó, y luego hizo un puchero mientras paseaban por el salón.

Aunque la señorita Bingley caminaba muy despacio, rápidamente llegaron hasta el grupo que estaba en el saloncito.

—Ah, mire, Darcy, ¡están pintando en porcelana! ¡Qué anticuado! —se rió de manera despectiva, sin molestarse en bajar la voz—. Ya nadie pinta en porcelana. ¡Nadie en *Londres* aceptaría hacerlo! —Darcy se dio cuenta de que, a pesar de que tenía que admitir que la señorita Bingley tenía razón en su observación, no podía compartir con ella la actitud burlona y deseó que su acompañante no hubiese exhibido su desprecio de manera tan pública.

Agradecido por haber completado por fin el recorrido del salón, Darcy dejó a la señorita Bingley entregada a las gentilezas de su anfitrión. Al ver sobre las mesas una jarra de café fuerte y caliente, aceptó una taza y fue a colocarse junto a la enorme chimenea, cuya magnífica talla en piedra dominaba el salón. Se recostó contra la piedra y trató de aliviar la tensión poniéndoles nombres a las caras que lo rodeaban, pero se dio cuenta de que no podía evitar que sus ojos buscaran a Elizabeth Bennet.

¡Allí está! Rodeada por un grupo de oficiales. Darcy sintió que la tensión de su pecho aumentaba. *Ya se retira del grupo y va en busca de... ah, sí, la inestimable señorita Lucas.* Darcy tenía razones para pensar bien de la señorita Lucas, amiga y confidente de Elizabeth. Sus conversaciones con la señorita Bennet habían sido las más instructivas sobre el carácter y los intereses de esta última, convirtiéndolas en algo que merecía la pena oír. Darcy había atesorado con creciente interés cada fragmento de ellas, como si estuviera reuniendo las piezas del misterio de su fascinación por ella.

Las damas estaban inmersas en una animada conversación con el coronel Forster, que parecía encontrarse muy a gusto con ambas. Darcy dejó la taza sobre una mesa y se colocó discretamente en un lugar donde pudiera oír lo que decían. Esta vez, sin embargo, el contenido de la charla fue un poco decepcionante: una campaña para organizar un baile militar

que cualquier dama del salón podría llevar a cabo. El coronel capituló con elegancia, las damas le dieron las gracias, le hicieron una reverencia y siguieron su camino, con las cabezas muy juntas, intercambiando confidencias.

De repente, Elizabeth puso una mano sobre el brazo de su amiga y dirigió delicadamente su atención hacia el otro lado del salón. Darcy siguió la dirección de su mirada y, con un poco de disgusto, vio a Bingley y a la hermana mayor de la señorita Bennet, conversando en voz baja en un saloncito retirado. Esto no había pasado inadvertido a otras personas. Darcy pudo ver que la señorita Bingley estaba observando a su hermano con una molesta expresión y luego le lanzó una mirada a él, como exigiéndole que hiciera algo. Con renuencia, Darcy comenzó a atravesar el salón.

—¿No cree usted, señor Darcy, que he actuado correctamente hace un momento, al insistir al coronel Forster en que ofreciese un baile en Meryton? —Darcy se detuvo, asombrado, al tiempo que Elizabeth se daba la vuelta y le dedicaba una sonrisa insolente, con la que acompañó su impertinente pregunta.

Durante unos segundos que parecieron eternos, Darcy pensó que no iba a poder recuperar el uso de sus facultades. Se quedó paralizado, mientras su mente se afanaba, infructuosamente, por encontrar el tipo de respuesta que exigía una pregunta semejante.

—Con gran energía; pero ése es un tema que siempre llena de energía a las mujeres —contestó con una frialdad que era la antítesis del cúmulo de emociones que se agitaban en su pecho.

Los ojos de Elizabeth brillaron al oír la respuesta y, con la barbilla ligeramente levantada, dijo:

—Es usted severo con nosotras. —La acusación quedó flotando en el aire y pareció electrizar, de una manera que resultaba a la vez alarmante y embriagadora, la distancia que había entre ellos. Darcy supo enseguida que ella se refería a algo más que su inocua observación. Las palabras que había pronunciado durante su primer encuentro no habían sido olvidadas. Era hora de presentar sus disculpas. Respiró profundo para calmarse.

—Ahora me toca insistirte a *ti* —intervino con cierta inquietud la señorita Lucas, tratando de disipar el antagonismo entre su amiga y el distinguido invitado de su padre—. Voy a abrir el piano y ya sabes lo que sigue, Eliza. —La chispa de desafío en los ojos de Elizabeth se convirtió en una actitud de genuina contrariedad, de la que parecía invitar a participar a Darcy, mientras cedía a la advertencia tácita de su amiga.

—¿Qué clase de amiga eres? ¡Siempre quieres que cante y toque delante de todo el mundo! Si Dios me hubiese llamado por el camino de la música, serías una amiga de incalculable valor. —Hizo una pausa y se volvió hacia Darcy—. Pero como no es así, preferiría no tocar delante de gente que debe de estar acostumbrada a escuchar a los mejores músicos.

—¡Lizzy! —exclamó la señorita Lucas, con un tono de angustia—. ¡Por favor, ten la bondad de complacerme!

—Muy bien. —Elizabeth suspiró con encantadora reticencia—. Si así debe ser, que así sea. —Levantó el rostro con una expresión de frialdad que respondió a la intensa mirada de Darcy—. Hay un viejo refrán que

aquí todo el mundo conoce muy bien: «Guarda el aire para enfriar la sopa», así que yo lo guardaré para mi canción.

Y diciendo esto, dio media vuelta en compañía de su amiga que, aliviada, abrió el piano que estaba frente a una inmensa ventana, tal como había anunciado. El instrumento brilló a la luz de las velas. Elizabeth tomó asiento ante él. Los otros invitados se acercaron, pero Darcy se echó hacia atrás, en busca de un poco de privacidad para recuperar la compostura y evaluar lo que acababa de pasar entre él y la intrigante Elizabeth Bennet.

Indudablemente, hubo una cierta tensión, admitió, *pero con seguridad sus palabras finales han sido toda una provocación.* Darcy se contentó al pensarlo. Estaba seguro de que ella deseaba una disculpa. Pero ¿acaso se estaría engañando al creer que la muchacha estaría abierta a otras posibilidades, después de recibir sus excusas?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por las primeras notas de una cancioncilla popular, que vibraron delicadamente a través del salón. Darcy reconoció enseguida que se trataba de una pieza que su hermana había estado practicando antes del desdichado incidente del verano anterior. La familiaridad de la tonada atrajo su curiosidad y lo hizo acercarse para buscar un lugar desde el cual pudiera observar a la dama sin ser visto. Tras descubrir un punto que le ofrecía una buena perspectiva del perfil de la muchacha, Darcy se sentó sin hacer ruido.

Desde el punto de vista técnico, la actuación de la señorita Elizabeth no fue la mejor, pero su interpretación transmitió una alegría y una emoción impresionantes. Luego, cuando la muchacha unió su voz a la música, Darcy se mostró encantado. Con creciente placer, se rindió al espléndido timbre de su voz, mientras éste penetraba sus sentidos. La melancólica súplica de la canción y la tierna expresión que caracterizaba los rasgos de Elizabeth al cantar despertaron dentro de él unos sentimientos jamás experimentados, tan profundos, que se extendieron rápidamente por todo su ser. Darcy se inclinó hacia delante, con intención de no perder ningún matiz, y agarró con fuerza el brazo de la silla. Era lo único que podía hacer para permanecer sentado, pues sentía una urgente necesidad de acercarse. Se imaginó inclinándose sobre ella, estirando el brazo para darle la vuelta a la partitura… y pensó en su calidez y el aroma a lavanda.

Darcy no supo en qué momento sonó la última nota de la tonada, pues estaba perdido en el hechizo que había entretejido la melodía, unida a sus fantasías. La oleada de aplausos que recorrió el salón lo volvió a traer al momento presente, pero ésta se desvaneció antes de que él pudiera sumarse a la ovación. Los gritos de «otra, señorita Elizabeth» fueron lo suficientemente insistentes como para detener a la dama cuando se levantaba de su lugar frente al instrumento. Una encantadora sonrisa reveló un dulce hoyuelo, al tiempo que ella accedía a la petición general y retomaba su lugar. Darcy no pudo evitar soltar un suspiro de satisfacción cuando la dama volvió a poner los dedos sobre las teclas.

Su segunda elección fue, como la primera, elegante en su sencillez, pero ésta poseía una alegría de vivir y amar que contrastaba con la anterior. Darcy sintió que una sonrisa se asomaba a su rostro; una sonrisa que no le hubiera gustado explicar si alguien la hubiese visto, pues su

origen era tan privado que él mismo no estaba seguro de su significado. Esta vez se mantuvo alerta y, cuando la canción terminó, se sumó al aplauso general. Elizabeth volvió a levantarse de su lugar ante el piano y esta vez no se dejó persuadir de regresar. Se retiró rápidamente para dejarle el puesto libre a otro y comenzó a caminar por entre el público, aceptando los elogios de sus vecinos y amigos con la más encantadora falta de vanidad, según le pareció a Darcy.

La actuación de Elizabeth fue seguida por un concierto impecablemente interpretado por otra de las hermanas Bennet, pero al cual le faltaba la soltura e inspiración que había en la selección más sencilla de su hermana. Darcy se levantó de su lugar en medio del concierto, con la esperanza de ver a la señorita Elizabeth Bennet o de reunirse con Bingley antes de que lo encontraran sus hermanas. Pero antes de conseguir cualquiera de los dos objetivos, el concierto terminó y una tonada escocesa puso a bailar a varios de los jóvenes en un extremo del salón. La estridencia de la pieza y el ruido producido por el golpeteo de las botas hacían imposible sostener conversación alguna. Darcy se quedó parado en medio de una silenciosa indignación, pues sus expectativas de tener un nuevo intercambio con la señorita Bennet, o con cualquier otra persona, en todo caso, acababan de morir, aplastadas por los pasos de una danza popular escocesa.

—¡Qué encantadora diversión para la juventud, señor Darcy! —Darcy se volvió hacia su anfitrión, que había aparecido de repente junto a él, y observó a sir William con una mirada de hastío. Sir William siguió insistiendo en el mismo tema, sin darse cuenta de que su invitado no parecía estar de acuerdo—: Mirándolo bien; no hay nada como el baile. Lo considero uno de los mejores refinamientos de las sociedades más distinguidas.

—Ciertamente, señor —respondió Darcy, que no pudo evitar la tentación de recurrir al sarcasmo—, y también tiene la ventaja de estar de moda entre las sociedades menos distinguidas del mundo. Todos los salvajes bailan.

Si sir William notó el tono de Darcy, decidió no ofenderse y se limitó a sonreír.

—Su amigo, el señor Bingley, baila maravillosamente, y no dudo, señor Darcy, que usted mismo sea un experto en la materia.

—Usted me vio bailar en Meryton, creo, señor —respondió Darcy, sin deseos de comentar sus habilidades en una actividad que poco le atraía.

—Desde luego que sí, y me causó un gran placer verle. —El hecho de que sir William elogiara sus habilidades para el baile hizo que Darcy se preguntara si el hombre necesitaba unos lentes, además de un poco de sentido común—. ¿Baila usted a menudo en St. James?

Darcy casi se estremeció al pensarlo.

—Nunca, señor.

—¿Acaso cree que sería irrespetuoso bailar en ese lugar? —Sir William hizo la pregunta con toda seriedad. Los años de entrenamiento de Darcy le permitieron permanecer inmóvil mientras cada uno de los nervios de su cuerpo clamaba por dejar de participar en una de las conversaciones más tontas que había tenido en la vida.

—Es una actividad que nunca practico en ningún lugar, si puedo evitarlo. —Bueno, ¡Darcy no podía ser más parco que eso!

Evidentemente, sir William ya había agotado sus comentarios sobre el baile, porque, de inmediato, inició una nueva estrategia en su esfuerzo por continuar conversando con su distinguido invitado, en el intercambio de opiniones más largo que se le había visto hasta el momento.

—Creo que tiene una casa en la capital.

Darcy hizo una inclinación, confirmando las palabras de sir William, y rogó que su silencio animara al anfitrión a ir a entretener con su conversación al resto de sus invitados.

—Alguna vez pensé en fijar mi residencia en la ciudad, porque me encanta la alta sociedad —confesó—, pero no estaba seguro de que el aire de Londres le sentara bien a lady Lucas.

Darcy decidió no comentar sus opiniones sobre el aire de Londres o su conveniencia para lady Lucas, con la esperanza de acabar de esa manera con la interminable charla. No obstante, una sonrisa bondadosa apareció de repente en el rostro de sir William.

—Mi querida señorita Eliza, ¿por qué no está bailando?

Darcy se dio la vuelta con rapidez, a tiempo para alcanzar a ver la expresión de total confusión y no poca alarma que se reflejó en el rostro de la dama. No obstante, las dos emociones fueron rápidamente enmascaradas y reemplazadas, cuando ella se atrevió a mirarlo a la cara con una apariencia de indiferente cortesía.

—Señor Darcy, permítame que le presente a esta joven que puede ser una excelente pareja. Estoy seguro de que no podrá negarse a bailar cuando tiene ante usted tanta belleza. —Amparado en la familiaridad que le permitía el hecho de conocerse desde hacía mucho tiempo, sir William se apoderó de la mano de Elizabeth y se dio la vuelta para pasársela amablemente a Darcy. La oportunidad de sostener la mano de ella entre las suyas y repetir ese contacto a través de un acto formal era una tentación a la que Darcy, aunque estaba sorprendido por su buena fortuna, se inclinaba a sucumbir. Dio un paso al frente, pero antes de que pudiera asegurarle a ella su buena disposición, la muchacha retiró la mano.

—Le aseguro, señor, que no tenía la menor intención de bailar —se apresuró a informarle a sir William la señorita Elizabeth—. Le ruego que no suponga que he venido hasta aquí para buscar pareja. —Darcy sintió el temor que experimentaba la muchacha de ser presentada otra vez ante él sólo para sufrir otro rechazo.

—Señorita Bennet —la interrumpió Darcy, acudiendo a toda la formalidad de que era capaz—, me sentiría inmensamente agradecido si usted me permitiera el honor de concederme un baile. —La expresión de la muchacha le dejó ver claramente que no creía que estuviera diciendo la verdad.

—Usted baila muy bien, señorita Eliza, y sería cruel por su parte negarme la satisfacción de verla —trató de persuadirla sir William—. Y aunque a este caballero no le guste este tipo de entretenimiento, estoy seguro de que no tendría inconveniente en complacernos durante media hora.

Absolutamente ningún inconveniente, pensó Darcy, sintiendo repentinamente hacia sir William una gratitud que nunca se habría imaginado hacía unos instantes.

—El señor Darcy es extremadamente cortés —dijo Elizabeth y sonrió con la certeza de que saldría ganadora de ese encuentro.

—Lo es, en efecto; pero considerando el incentivo, mi querida señorita Eliza, no podemos dudar de su complacencia; porque ¿quién podría rechazar una pareja tan encantadora?

Era una pregunta que ninguno de los dos contrincantes estaba preparado para responder. Elizabeth miró a Darcy con coquetería y en sus ojos brilló una chispa de triunfo; luego, murmurando una disculpa para sir William, dio media vuelta. Aunque decepcionado, Darcy no pudo evitar admirar su actitud y donaire durante la incómoda situación en la que habían quedado atrapados. La señorita Elizabeth Bennet era mucho más de lo que él esperaba encontrar en las salvajes y remotas tierras de Hertfordshire. Su admiración crecía a medida que la imagen de ella, sentada ante el piano, cruzaba su mente. Un toquecito en su brazo lo arrancó de esos agradables pensamientos.

—Puedo adivinar por qué está tan pensativo. —El tono aburrido de la señorita Bingley le aseguró a Darcy que sus pensamientos no se habían reflejado en su expresión.

—Creo que no —respondió él.

—Está pensando en lo insoportable que sería pasar más veladas de esta forma, en esta compañía. —Suspiró con conmiseración—. Y por supuesto, soy de su misma opinión. ¡Nunca he estado más molesta! ¡Qué gente tan insípida y qué alboroto arman! ¡Con lo insignificantes que son y qué importancia se dan! ¡Lo que daría por oír sus críticas sobre ellos! —la señorita Bingley metió una mano entre el brazo de Darcy y, con la otra, alisó una arruga imaginaria en la manga de su chaqueta.

—Sus conjeturas son totalmente erróneas, se lo aseguro. Mi mente estaba ocupada en cosas más agradables. —Con suavidad, pero con firmeza, Darcy quitó de su brazo la mano de la señorita Bingley—. Estaba meditando sobre el gran placer que pueden causar un par de ojos bonitos en el rostro de una mujer hermosa.

—¡Vaya, señor! —replicó ella con una cuidadosa indiferencia—. ¿Y a cuál de las damas debemos concederle el mérito de inspirar semejantes reflexiones en una persona tan poco habituada a los coqueteos?

—A la señorita Elizabeth Bennet —fue la respuesta espontánea de Darcy y tan directa que no le dejó ninguna duda referente a la seriedad de su afirmación.

—¡La señorita Elizabeth Bennet! Me deja atónita. ¿Desde cuándo es su favorita? Y dígame, ¿cuándo tendré que darle la enhorabuena?

Negándose a que lo obligaran a decir algo que pudiera alimentar las sospechas de la señorita Bingley, Darcy contestó con vaguedad e ignoró sus constantes ridiculeces. Sólo ansiaba que la velada llegara a su fin. Era tal el deseo de tomarse una copa de brandy, mientras el fuego chisporroteaba en la chimenea y él ocupaba una cómoda silla desde la que pudiera disfrutar de las dos cosas al mismo tiempo que examinaba las nuevas piezas del rompecabezas de la señorita Elizabeth Bennet, que

Charles apenas pudo arrancarle unas pocas sílabas. Ya fuera por gratitud por la manera en que Darcy había soportado esa noche sus preocupaciones por la hermana mayor de las Bennet o porque sintió que su amigo necesitaba estar solo, Bingley hizo que el resto del grupo regresara a Netherfield tal como habían venido.

Mientras se acomodaban para el viaje, Bingley carraspeó unas cuantas veces, pero fue ignorado.

—Darcy, ¿te ocurre algo? Nunca te había visto así —dijo Bingley y se rió con nerviosismo.

—¿Algo? No, Charles, no me pasa nada. Al menos, no lo creo. —La voz de Darcy quedó en suspenso mientras miraba por la ventana del coche hacia la noche fría y estrellada. Después de unos momentos, volvió en sí y se dirigió a su amigo—: Me parece que tu pequeña expedición al campo ha traído más cosas de las que esperábamos. Eso es todo.

Capítulo 6
Amagar y eludir

La velada con el coronel Forster y sus oficiales resultó, en opinión de Darcy, una noche agradable. Aunque no tenía inclinaciones militares, Darcy apreciaba la compañía de caballeros cuyas ideas sobre el honor y el servicio, el rey y el país no diferían particularmente de las suyas. Escuchó con más que atenta cortesía las historias del coronel sobre sus campañas contra Napoleón, e incluso con más interés cuando el hombre relató un encuentro con el almirante Nelson, uno de los héroes de juventud de Darcy. Incluso Charles se permitió disfrutar de la velada después de llegar y tomarse un vaso de buen oporto para brindar con los jóvenes oficiales por las damas de Meryton. Su viaje hasta los salones que les servían de club a los oficiales había estado marcado por la indignación que le causaba la perfidia demostrada por su hermana, al invitar a la señorita Bennet a Netherfield justo la noche en la que sabía que él tenía otro compromiso. El horrible tiempo de esa noche, terriblemente húmedo, reflejaba el estado de ánimo de Bingley, y Darcy estuvo tentado de enfadarse con él. Pero sabiendo que los raros enojos de Bingley tendían a pasar pronto, decidió contenerse y se limitó a enarcar una ceja al oír sus más extremos deseos de venganza.

En aquel momento regresaban a Netherfield con un estado de ánimo más bien relajado, dispuestos a buscar la silenciosa comodidad de sus camas. Por eso el alboroto en medio del cual encontraron a la servidumbre al llegar a la casa contrastó notablemente con lo que cualquiera de los dos esperaba o deseaba. Al ver a Stevenson, que pasaba volando por el vestíbulo, Bingley le preguntó por la razón de tanta agitación.

—Le ruego que me excuse, señor, pero la invitada de la señorita Bingley se sintió muy enferma y...

—¡La señorita Bennet! ¿Se refiere a la señorita Bennet? —gritó Bingley.

—La misma, señor.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué está haciendo? ¡Por Dios, hombre, no me tenga en suspenso!

—Ya han enviado a buscar al boticario, señor, y esperamos que llegue en cualquier momento. De hecho, pensamos que era él. —Al ver la agitación de su amo, Stevenson se enderezó y siguió diciendo con tono más sereno—: No conozco los detalles, señor. Si usted tuviera la bondad de dirigirse a su hermana...

Sin mirar atrás, Bingley se lanzó hacia las escaleras en busca de Caroline, dejando que su amigo se defendiera por sí mismo. Darcy lo siguió escaleras arriba, pero más lentamente y con el propósito de dirigirse a su propia alcoba. Dejó el sombrero, los guantes y el bastón en una mesa que había en el vestidor, mientras recibía el saludo de su ayuda

de cámara.

—Parece que ha habido algo de agitación hoy por aquí, Fletcher.

—Sí, señor. Una joven se sintió indispuesta durante la cena, señor.

—¿Algún problema en la cocina?

—Ah, no, señor.

Darcy esperó unos segundos antes de levantar las cejas, para indicar que deseaba saber más. Fletcher, que no mostró ninguna sorpresa al ver el interés de su amo por la salud de una joven campesina, le proporcionó más detalles.

—Oí que la señorita llegó a Netherfield bastante empapada, señor. Resultado, sin duda, de viajar tres millas a caballo bajo la pertinaz lluvia.

—¡A caballo! —La incredulidad de Darcy animó a continuar al criado.

—Sí, señor, así es. Las hermanas del señor Bingley también estaban perplejas. A la dama se le proporcionó ropa seca enseguida, pero se sintió enferma en mitad de la cena. Entiendo que están esperando al boticario, o quien haga sus veces en este lugar, señor.

Con gesto serio, Darcy asintió para indicar que comprendía.

—Fletcher, ¿no cabe duda de que la dama está realmente enferma?

—No sabría decirle, señor.

Darcy resopló con incredulidad.

—¡Vamos, Fletcher!

El ayuda de cámara vaciló un poco, pero luego confesó:

—Oí a las criadas de arriba murmurando, lo que indica que hay una genuina preocupación de que la dama tenga fiebre, señor.

Mientras Fletcher lo ayudaba a quitarse la ropa, Darcy se preguntó por ese comportamiento tan extraño. Emprender un viaje de tres millas a caballo, bajo un tiempo tormentoso, no parecía, en su opinión, una conducta propia de la delicada señorita Jane. Si bien reconocía que el incentivo de pasar una velada en Netherfield debía de ser muy importante para una chiquilla criada en el campo, una chiquilla criada en el campo sería igualmente consciente de los riesgos que implicaba mojarse. ¿Por qué no había usado el carruaje de su padre? Con seguridad, el padre le proporcionaría a su hija todos los medios que tuviera a su alcance para fortalecer su amistad con los Bingley. El señor Bennet era, sin duda, un tipo curioso, pero no alguien que descuidaría el bienestar de su hija. En consecuencia, ¿con qué propósito, o por orden de quién, había venido la muchacha de esa manera?

Ataviado con su ropa de dormir, Darcy despidió a su ayuda de cámara y llevó la vela hasta la habitación. La puso sobre la mesita y se tiró sobre la cama con un sentimiento de alivio, deslizándose bajo las suaves mantas. Luego alargó la mano, la puso alrededor de la llama y la apagó con un soplido. Mientras estiraba sus largas piernas y acomodaba la almohada, se le ocurrió un nuevo aspecto del asunto. Si la señorita Bennet se sentía tan enferma, lo más probable es que no la movieran; en ese caso, ¿no vendría a verla la hermana que la seguía en edad? Darcy estaba seguro de eso y se quedó reflexionando sobre esa posibilidad hasta que el sueño se apoderó de él.

La mañana siguiente amaneció con un sol radiante y las ráfagas de viento que normalmente siguen a las tormentas. A la temprana hora en que el sol se levantó para tentar a Darcy a dar un paseo a caballo, el aire había absorbido gran parte de la lluvia de la noche anterior, pero no la suficiente. Darcy sabía que debía aliviar la agitación que, sin duda, le estaba provocando *Nelson* a su mozo de cuadra, pero levantarían demasiado barro y los cascos del caballo destrozarían el césped. No, a pesar de lo mucho que disfrutaría de una hora a caballo, limpiar luego la suciedad con la que regresarían no sería nada placentero. *Nelson* y el mozo de cuadra tendrían que llegar a un acuerdo por sí solos.

Un café lo esperaba en la mesita y, taza en mano, Darcy se dirigió hacia la biblioteca, donde habían depositado las cartas del mayordomo y el ama de llaves de Pemberley. Una hora más tarde, una serie de ruidos en el corredor lo alertaron de la presencia del resto de los ocupantes de la casa y, doblando sus cartas, fue a reunirse con ellos en el comedor del desayuno.

—Como siempre, el señor Darcy levantado antes que nosotros. —La señorita Bingley lo saludó con una sonrisa y un gesto en dirección a la taza vacía y el plato que el caballero dejó sobre la mesita auxiliar. Mientras Darcy se servía de las bandejas desplegadas ante él, un criado entró y se inclinó para hablar en secreto con la señorita Bingley. Cuando salió, ella se volvió hacia su familia sentada a la mesa y suspiró.

—Me temo que la señorita Bennet no se siente mejor. Parece que tendrá que permanecer un poco más como nuestra invitada.

—¿Puede hacerse algo más por ella, Caroline? —La preocupación en la voz de Bingley era casi tangible—. Tal vez deberíamos llamar a un médico de Londres.

—¡Indudablemente eso es decisión de su familia, Charles! De nada servirá actuar de forma tan precipitada. Señor Darcy, usted está de acuerdo con eso, ¿no es así? —La señorita Bingley miró a Darcy, segura de obtener su respaldo. Por consideración a la angustia de su amigo, él no contestó enseguida. Apoyó con cierta reticencia la opinión de la señorita Bingley en ese asunto, pero se cuidó de plantearlo de una manera que esperaba aliviara la preocupación de Bingley. El desayuno continuó en silencio durante un rato, pero fue interrumpido cuando la puerta se abrió de repente, dejando paso a una extraordinaria aparición.

Enmarcada por el dintel de la puerta estaba la señorita Elizabeth Bennet, con las mejillas teñidas de un encantador tono rosado, pero por lo demás presentaba un aspecto totalmente desaliñado. A juzgar por el estado de sus botas y enaguas, era evidente que llevaba un buen rato al aire libre, probablemente caminando campo a través. Su cabello aparecía despeinado por el viento a pesar del sombrero, cuyas cintas se habían enredado totalmente, y la falda del vestido y la capa estaban salpicadas de barro. Darcy esbozó una sonrisa de placer al ver la encantadora imagen que ella representaba, con los ojos brillantes por el esfuerzo, pero cautelosamente desafiantes ante cualquier censura que pudiera despertar su inesperada aparición.

Bingley fue el primero en avanzar hacia ella.

—¡Señorita Elizabeth! Bienvenida, bienvenida... ¡Por favor, entre y

siéntese! ¿Ha venido caminando desde Longbourn? —Al ver que la muchacha asentía, Bingley sacudió la cabeza—. Debe de estar exhausta. —Apartó hacia atrás una silla y la empujó suavemente hacia ella—. Por favor, siéntese. Y, claro, ha venido a buscar noticias de su hermana.

Darcy experimentó una oleada de celos irracionales cuando Elizabeth levantó hacia Bingley un rostro lleno de gratitud y aceptó la silla.

—Gracias, señor. Es usted muy amable. —Hizo una breve pausa, mientras tiraba de las cintas de su sombrero—. ¿Qué puede contarme de Jane, señor Bingley? ¿Está muy enferma?

—Lamento comunicarle que mis hermanas me dicen que la señorita Bennet no ha dormido bien. Continúa con fiebre y no puede dejar su alcoba.

Elizabeth se levantó enseguida de la silla y rogó que la condujeran junto a su hermana inmediatamente.

—Venga, señorita Eliza —dijo la señorita Bingley, arrastrando las palabras con un tono tranquilizador—, Louisa y yo la llevaremos arriba. Estábamos a punto de visitar a su hermana, ¿no es así, Louisa? —Entre las dos mujeres sacaron rápidamente del salón a la nueva invitada.

Darcy tuvo cuidado de no mirar mientras las damas salían; en lugar de eso, terminó el desayuno, acompañado en silencio por un pensativo Bingley. Finalmente colocó a un lado la servilleta y miró a su amigo con compasión y una cierta exasperación.

—Bingley, a nadie le será de utilidad que los dos nos quedemos montando guardia ante la puerta de la señorita Bennet. Tengo unas cartas que echar al correo. ¿Qué te parece si las llevamos a Meryton personalmente? Tendremos que ir por los caminos, sin galopar de forma imprudente... —Darcy dejó la frase sin terminar. Al oír sus palabras, Bingley se movió, comenzando a mostrar cierto interés.

—Me sentiría extremadamente tentado si tú, digamos... ¿me permitieras montar a tu *Nelson*? —respondió con una sonrisa traviesa.

—¡Estaría firmando tu sentencia de muerte si permitiera algo tan descabellado! No estás tan desconsolado como para tentar al destino sólo para animarte. —Darcy trató de adoptar una actitud de severidad frente a los esfuerzos de Bingley por parecer inconsolable—. Vamos —dijo, abandonando esa actitud—, ¿vamos a caballo hasta Meryton o prefieres deambular por los corredores de Netherfield, acosando a todo el que salga de la habitación de la señorita Bennet?

—¡Vayamos a Meryton, entonces! —Bingley soltó una carcajada junto a Darcy, pero luego se detuvo y siguió hablando con un tono más serio—: Me alegra que la señorita Elizabeth haya venido. Ella sabrá juzgar mejor la salud de su hermana que los criados o, Dios no lo permita, mis hermanas. Creo que la señorita Bennet estará encantada de tener a su lado a su hermana y no a unos desconocidos. —Se quedó en silencio durante un momento y luego pareció llegar a una conclusión—. Si la señorita Bennet no está mejor cuando regresemos, invitaré a la señorita Elizabeth a quedarse en Netherfield hasta que su hermana pueda regresar con seguridad a su casa. No hay nada objetable en eso, ¿o sí, Darcy?

—Nada en absoluto, Bingley. Todo es completamente apropiado. Es una idea excelente.

—¡Bien! Entonces, te veré en el establo en veinte minutos. No... mejor media hora, e iremos hasta Meryton a llevar al correo tus cartas tan importantes. —La mejoría en el estado de ánimo hizo que Bingley se pusiera en marcha con energía y se dirigiera rápidamente a su alcoba a ponerse la ropa de montar. Como necesitaba mucho menos tiempo para cambiarse, Darcy se sirvió otra taza de café y la llevó hasta la ventana, donde se detuvo, apoyando un hombro contra el marco.

¿Realmente la presencia de Elizabeth en Netherfield sería una idea excelente, como acababa de decirle a Bingley? Estar en su compañía con tanta frecuencia y allí, donde había alcanzado cierto nivel de sosiego, era algo que amenazaba su tranquilidad; sin embargo, era el lugar perfecto para profundizar en su relación con ella. Allí, *ella* sería la invitada, la extraña, y *él* tendría la ventaja que le concedía la familiaridad.

Darcy cambió de postura y se llevó la taza a los labios, mientras imaginaba lo que podría pasar en los días siguientes. No estarían en compañía de extraños que habría que contentar o distraer, ni tampoco tendría que competir con nadie por la atención de la muchacha, o mantener o inventar alguna charla banal y sin sentido. Podría batirse con ella a sus anchas; Darcy no tenía duda sobre el hecho de que los encuentros entre ellos recordaban más un combate que otra cosa. Más allá de la excelencia de la idea, de repente, Darcy se enfrentó con la pregunta real: ¿Qué era lo que más quería: mantener su tranquilidad o la vibrante excitación que le producía la proximidad de un enfrentamiento verbal con la señorita Elizabeth Bennet?

—Señor Darcy, ¿podría usted informarme sobre el paradero de mi hermano? La señorita Eliza me ha pedido que le haga una petición de su parte.

Aunque la costumbre de la señorita Bingley de interrumpir sus pensamientos se estaba convirtiendo en algo verdaderamente molesto, Darcy se volvió hacia ella con una respuesta amable:

—Ha ido a cambiarse de ropa. Pensamos que sería mejor dejarlas tranquilas, dedicadas al cuidado de la enferma, para que no se sientan obligadas, además, a atendernos a nosotros. —Dejó a un lado la taza e hizo una inclinación, pero añadió justo antes de salir—: No deje que Bingley se marche antes de haber hablado con usted. Se le ha ocurrido una idea excelente.

La señorita Elizabeth Bennet no estaba en ninguno de los salones de Netherfield cuando los dos caballeros regresaron de su paseo. Y tampoco apareció durante el transcurso de la tarde. Darcy se mantuvo atento a cualquier sonido musical que proviniera del salón o al murmullo de una voz suave y agradable que pudiera salir de la salita de las damas, pero la casa estaba en silencio, excepto por el ruido que hacían los criados, atareados en sus faenas habituales. A la hora de la cena, comenzó a sentirse inquieto y molesto. Tras llegar con dificultad a la conclusión de que deseaba la presencia de la muchacha, a pesar del caos que producía en su serenidad, Darcy se percató de que ahora su ausencia lo irritaba.

La señorita Elizabeth apareció finalmente hacia las seis y media,

cuando se anunció la cena, y se reunió con ellos, vestida con un traje limpio, recién enviado desde Longbourn. Se había cepillado el cabello y lo tenía peinado hacia atrás, sujeto con una cinta, con un estilo sencillo pero encantador. El resentimiento que había atacado a Darcy durante todo el día debido a su ausencia se fundió de alguna manera en el placer que le produjo el hecho de verla por fin. Sin embargo, su placer duró poco.

—Señorita Eliza, ¿cómo ha dejado usted a nuestra pobrecita Jane? —preguntó la señorita Bingley, adelantándose a Darcy, que avanzaba en dirección a la nueva invitada. El caballero se detuvo y se retiró, sin deseos de participar en una de las fingidas demostraciones de preocupación de Caroline. La señorita Bingley se apoderó del brazo de su invitada, dándole unos golpecitos tranquilizadores, mientras Elizabeth informaba al grupo con pesar de que no podía darles buenas noticias. La seriedad de su expresión y la preocupación que revelaban sus ojos hicieron que Darcy se sintiera avergonzado por haber sido tan impaciente y haber creído que era timidez por parte de la muchacha. Ella estaba claramente consternada y los cuidados que le estaba prodigando a su hermana eran evidentes en el agotamiento que manifestaba su rostro.

—Estamos muy apenadas, ¿no es así, Louisa? Jane es una muchacha tan dulce para estar sufriendo de esa manera. —La señorita Bingley llevó a Elizabeth hacia la mesa del comedor y la sentó en el extremo opuesto al asiento que ocupaba Darcy. Éste frunció el ceño con disgusto, al ver la disposición de los puestos en la mesa—. ¿Podría sentarse en el sitio de Hurst por esa noche? Es tan desagradable pillar un resfriado —siguió diciendo la señorita Bingley.

—¡Tan desagradable! —repitió la señora Hurst—. Señor Hurst, su sitio. —La señora Hurst le hizo señas a su marido para que ocupara el lugar junto a Elizabeth. Y Hurst, para desesperación de Darcy, se apresuró a sentarse en la silla con una velocidad inusual—. Me molesta sobremanera el hecho de estar enferma.

—También a mí, hermana. —La señorita Bingley se estremeció—. ¡Es horrible! Por eso nunca me permito enfermarme. ¡Dios, mi constitución no lo soportaría! Y, bien, señorita Eliza, espero que ya esté instalada.

Darcy tomó su acostumbrado puesto en la mesa, a la izquierda de Bingley, y se resignó a entretener a la señorita Bingley y a la señora Hurst, quienes continuamente solicitaban su atención o su opinión. Ocasionalmente pudo lanzar unas cuantas miradas al otro extremo de la mesa, para observar cómo le iba a Elizabeth con el cuñado de Bingley como única compañía. Su conversación y su conducta eran muy recatadas, por decirlo de alguna manera, aunque Darcy no pudo alcanzar a oír nada de lo que estaba diciendo. Sólo llegó a escuchar un estruendoso comentario despectivo de Hurst, pero las únicas palabras que pudo distinguir fueron «no como el *ragout*», que no tuvieron ningún significado para él.

Tan pronto como retiraron el último plato, Elizabeth se disculpó y regresó arriba a seguir cuidando a su hermana. Una vez que se hubo retirado, Darcy tuvo mucho gusto en complacer a Bingley y aceptó acompañarle, junto a Hurst, al salón de armas para degustar un brandy. Pero antes de que se levantara de la silla, la señorita Bingley pidió la

atención de todos.

—Bueno —dijo, resoplando con dramatismo—, ¡me atrevo a decir que nunca en la vida había visto modales más intolerables! ¡En un momento nos trata con insufrible orgullo y al siguiente con total impertinencia!

—¿De quién estás hablando, Caroline? —preguntó Bingley, a quien pareció posársele sobre la frente una nube negra. Darcy también miró a la señorita Bingley con silencioso desconcierto. Se recostó en la silla, cruzó las piernas y, sin darse cuenta, comenzó a retorcer la servilleta.

—De la muchachita que acaba de salir por la puerta, Bingley —fue la respuesta, que provino del lugar más inesperado. Hurst se quitó la servilleta—. ¿Podéis imaginarlo? ¡Preferir un plato sencillo a un *ragout*! No tiene la mínima pizca de estilo, ni capacidad de conversación. Silenciosa como una monja hasta que uno la presiona y entonces sale con una barbaridad tan descabellada.

—¡Vaya, señor Hurst! —exclamó la señorita Bingley riéndose—. ¿Acaso su «belleza» no compensa esos defectos? He oído decir que sus ojos son preciosos. —La única respuesta de Hurst fue un gruñido peyorativo que hizo que Darcy le diera otra vuelta a su servilleta.

—Tiene usted mucha razón, señor Hurst —dijo su esposa—. En resumen, lo único que se puede decir de ella es que es una excelente andarina. Jamás olvidaré cómo apareció esta mañana. ¡Realmente parecía medio salvaje!

—En efecto, Louisa. Cuando la vi, casi no pude contenerme. —La señorita Bingley bajó la mirada a su plato y luego miró a Darcy con disimulo—. ¡Qué insensatez venir hasta aquí! ¿Qué necesidad *tenía* de andar corriendo por los campos sólo porque su hermana tiene un resfriado? ¡Cómo traía el cabello, tan despeinado, tan desaliñado!

—Sí. ¡Y las enaguas! ¡Si las hubieseis visto! Con más de una cuarta de barro, estoy segura. —La señora Hurst se rió.

Aunque Darcy se había vuelto inmune a la costumbre de las hermanas Bingley de destrozar a sus conocidos, no podía tolerar durante un minuto más aquellos ataques gratuitos contra Elizabeth. Eso lo ponía ante un dilema. ¿Debería oponerse al malicioso chismorreo? Hacerlo probablemente sólo provocaría que los ataques contra la señorita Elizabeth se intensificaran y además se complementaran con una interminable sarta de insinuaciones dirigidas a él. ¿Debería contenerse? Después de todo, él era un invitado. Tenía que haber alguna manera de...

—Tu descripción puede que sea muy exacta, Louisa —dijo Bingley rápidamente—, pero todo eso a mí me pasó inadvertido. Creo que la señorita Elizabeth Bennet tenía un aspecto inmejorable al entrar en el salón esta mañana. Casi no me di cuenta de que llevaba las faldas sucias.

Bien hecho, pensó Darcy. Tal vez Bingley demostraría que estaba a la altura y anularía aquella intolerable costumbre de sus hermanas sin ninguna interferencia de su parte.

Sin amilanarse y con la atención todavía fija en Darcy, la señorita Bingley profundizó todavía más en la cuestión.

—Estoy segura de que *usted* sí se fijó, señor Darcy; y me figuro que no le gustaría que *su hermana* diese semejante espectáculo.

—Claro que no —contestó Darcy, sintiendo un ligero temblor al

recordar el espectáculo que su familia casi no alcanza a evitar.

La sonrisita de satisfacción que se dibujó en los labios de la señorita Bingley le hizo ver que su reacción no había pasado inadvertida. Ella se inclinó hacia él con seguridad.

—Me temo, señor Darcy —observó a media voz—, que esta aventura ha afectado bastante la admiración que sentía usted por los bellos ojos de la señorita Elizabeth.

Darcy clavó sus penetrantes ojos negros en la señorita Bingley, al tiempo que sus labios esbozaban una enigmática sonrisa.

—En absoluto —replicó—, con el ejercicio se le pusieron aún más brillantes.

Fletcher ya se había retirado y había cerrado la puerta de la alcoba, pero Darcy seguía sentado frente al tocador, con la mirada perdida en el espejo. Era cierto cuando lo dijo, reflexionaba en silencio, y después de pensarlo un poco más seguía siendo cierto: «Eso disminuirá significativamente sus oportunidades de casarse con hombres de alta condición».

El tema había sido las relaciones tan poco respetables que sus invitadas tenían en Londres y la influencia que esas conexiones tendrían sobre las perspectivas de ambas jóvenes. Bingley había demostrado una alarmante disposición a debatir con sus hermanas sobre el estatus de las Bennet, hasta que Darcy había intervenido en la conversación con aquella apabullante afirmación. A Charles no le gustó y cayó en un silencio que Darcy deseó que sus hermanas imitaran. Pero en lugar de seguir el ejemplo de Bingley, ellas continuaron intercambiando comentarios burlones a expensas de aquellas a quienes acababan de profesarles su preocupación. Darcy no podía entender qué las había impulsado a acudir a la habitación de la señorita Bennet para hacerle una consoladora visita después de haber hecho semejante despliegue, pero en eso habían ocupado su tiempo hasta que anunciaron que el café estaba servido.

A solas en su habitación, Darcy sacudió la cabeza, pues la inquietud por la velada le espantaba el sueño. *Caroline Bingley.* Con ese rostro, esa figura y esa fortuna, ella se movía fácilmente entre los primeros círculos de la aristocracia y bien podía aspirar a entrar en los de la nobleza, a pesar del hecho de que su fortuna provenía del comercio. Aunque la aprobación social de su familia era reciente, se comportaba con la misma altanería que una duquesa y con tan poca compasión como una piedra. Darcy se estremeció al pensar que una mujer como ésa pudiera ser su compañera en la vida y la dueña de sus propiedades y empleados. Sus pensamientos se detuvieron entonces en la persona más agradable pero más compleja de Elizabeth Bennet. Ella era la hija de un caballero que provenía de una larga línea de caballeros y, a pesar de su ridícula madre y sus lamentables hermanas menores, había heredado la distinción en su totalidad. Pero debido a que su familia había caído en tiempos de estrechez, su posición, aunque era reconocida en los alrededores de Hertfordshire, había pasado de ser bien recibida a ser apenas tenida en cuenta en el panorama más amplio de la sociedad.

Ella podrá reinar en Meryton, suspiró Darcy, *pero en Londres la despreciarían, mientras que otras mujeres menos valiosas son cortejadas y elevadas hasta el cielo.* Se levantó y se dirigió a la cama. Pero el sueño se negaba a aparecer y la charla mantenida durante la velada continuaba dándole vueltas en la cabeza. ¿Cómo había empezado todo aquello? Ah, sí, con los libros. La señorita Eliza había decidido leer en lugar de jugar a las cartas…

—La señorita Eliza Bennet desprecia el juego. Es una gran lectora y no encuentra placer en nada más. —El elogio de la señorita Bingley estaba elegantemente teñido de rencor. Darcy la miró con sorpresa, asombrado de que su ataque se produjera tan inmediatamente después de la aparición de la dama. A Elizabeth también la tomó por sorpresa, o tal vez el breve silencio que siguió a semejante afirmación fuese producto del cansancio, Darcy no podía estar seguro. Abrió los ojos al oír el comentario de la señorita Bingley y después volvió a posarlos en el volumen que tenía en la mano, antes de aventurarse a responder.

—No merezco ni ese elogio ni esa censura —exclamó—. *No* soy una gran lectora y encuentro placer en muchas cosas.

Bingley, que poseía el corazón romántico de un caballero errante, algo que Darcy ya sabía, corrió a rescatar a Elizabeth con un sincero cumplido, seguido de una despectiva descripción de sus propios hábitos de lectura.

—A mí me extraña que mi padre me haya dejado una colección de libros tan pequeña —interrumpió la señorita Bingley—. En cambio ¡qué magnífica biblioteca tiene usted en Pemberley, señor Darcy!

Darcy tenía serias dudas de que el contenido de su biblioteca despertara en el pecho de la señorita Bingley el grado de dicha que implicaba su tono. Era mucho más probable que lo que provocaba su admiración fuera la riqueza que atestiguaba ese número de volúmenes.

—Tiene que ser buena —contestó Darcy, pero evitó atribuirse el mérito por la riqueza de la biblioteca añadiendo—: Es obra de muchas generaciones.

La señorita Bingley no podía admitir la modestia de Darcy.

—Y además usted la ha aumentado considerablemente —afirmó y luego continuó con un aire de intimidad—: Siempre está comprando libros.

Darcy casi hace rechinar los dientes por la rabia que le produjeron los insistentes halagos de la señorita Bingley y también al ver la chispa de burla que comenzó a aparecer en los ojos de Elizabeth cuando notó su incomodidad.

—No puedo entender que se descuide la biblioteca de una familia en tiempos como éstos —afirmó Darcy, arrojando sobre la mesa las cartas que tenía en la mano.

La señorita Bingley dejó de ensalzar la biblioteca de Pemberley, pero siguió elogiando la casa en general, pasando por los jardines y los campos que la rodeaban, y terminando con una advertencia dirigida a su hermano, para que tomara Pemberley como modelo y no se contentara con nada menos. Bingley coincidió de buen grado con esa idea y se ofreció a comprar Pemberley en caso de que Darcy decidiera desprenderse de ella. Esa posibilidad era de una naturaleza tan absurda que el grupo soltó una

buena carcajada.

Después de agotar ese tema, la señorita Bingley planteó otro, con el cual podía asegurarse la atención de Darcy:

—¿Ha crecido mucho la señorita Darcy desde la primavera? ¡Qué ganas tengo de volver a verla! ¡Qué figura, qué modales y qué talento para su edad!

Bingley miró intensamente a su hermana, tratando, supuso Darcy, de moderar sus exagerados elogios. Después de fracasar, intentó dirigir la conversación hacia un terreno más neutral.

—A mí me resulta asombroso que las jóvenes tengan tanta paciencia para aprender tanto y lleguen a ser tan perfectas como son. Todas pintan, decoran biombos y trenzan bolsitos de malla…

—Mi querido Charles —objetó Darcy, mientras se obligaba a dejar de observar a Elizabeth y dirigía la mirada hacia su amigo—, tu lista de esas habilidades cotidianas tiene mucho de verdad. El adjetivo se aplica a mujeres cuyos conocimientos no van más allá de hacer bolsos de malla o decorar biombos —agregó, y aprovechando la oportunidad para buscar la opinión de Elizabeth, ofreció la suya—: Pero estoy muy lejos de estar de acuerdo contigo en lo que se refiere a tu estimación de las damas en general. De todas las que he conocido, no puedo alardear de considerar realmente perfectas más que a una media docena.

—Ni yo, desde luego —dijo la señorita Bingley. Darcy la ignoró y dirigió su mirada expectante hacia Elizabeth, que no lo decepcionó.

—Entonces debe de ser que su concepto de la mujer perfecta es muy exigente.

—Sí, es muy exigente.

—¡Oh, desde luego! —se apresuró a intervenir la señorita Bingley—. Nadie puede estimarse realmente perfecto si no sobrepasa en mucho lo que se encuentra normalmente. —Luego procedió a enumerar una serie de conocimientos y habilidades que sólo la mejor educación proporcionaba y que sólo el padre más visionario consideraría apropiada para sus hijas—… pues de lo contrario no merecería el calificativo más que a medias —concluyó, dirigiendo una sonrisa compasiva a su invitada.

Elizabeth le devolvió la mirada con un poco de consternación, los labios apretados y una expresión severa en los ojos. Ardiendo en deseos de conocer la opinión de la señorita Elizabeth, Darcy insistió un poco más y agregó:

—Debe poseer todo eso, y a ello hay que añadir algo más sustancial —dijo y señaló con un gesto el libro que ella tenía entre las manos— en el desarrollo de su inteligencia a través de muchas lecturas.

—Ya no me sorprende que conozca *sólo* a seis mujeres perfectas —le replicó Elizabeth con altivez—. Lo que me extraña es que conozca a *alguna.*

Darcy estuvo a punto de soltar una carcajada al ver la deliciosa indignación de la muchacha, pero se limitó a enarcar una ceja ante su protesta.

—¿Tan severa es usted con su propio sexo que duda de que esto sea posible? —preguntó de manera provocadora.

—*Yo* nunca he visto una mujer así —profirió Elizabeth y durante un

instante pareció que perdía la seguridad—. *Nunca* he visto tanta capacidad, tanto gusto, tanta aplicación y tanta elegancia juntas como usted describe.

Las otras dos damas presentes, según recordaba Darcy, protestaron enseguida por las expresiones de duda de la señorita Eliza, pero el señor Hurst se quejó por la falta de atención al juego, llamándolas al orden. Pocos minutos después Eliza se retiró, llevándose con ella todo el brillo que había tenido la velada. Satisfecho por la manera en que había comenzado, Darcy rehusó amablemente jugar otra partida y, tras llamar a su ayuda de cámara, dejó a los Bingley solos.

¡Ciertamente no es ninguna aduladora!, pensó Darcy riéndose para sus adentros, mientras daba vueltas en la cama en busca de una postura más cómoda. Ella no estaba dispuesta a tragarse con una sonrisa cualquier estupidez con tal de complacer, ni a inclinarse frente a una encarnizada oposición.

—Señorita Elizabeth Bennet —dijo Darcy como si se estuviera dirigiendo a ella—, independientemente de sus desafortunadas relaciones, es usted una joven muy particular. Me pregunto qué armas traerá mañana a la batalla.

A la mañana siguiente, la señorita Bennet se encontraba un poco mejor, gracias a los amorosos cuidados de su hermana; en consecuencia, fue enviada una nota a Longbourn. La respuesta a dicha nota, con la presencia en la puerta de Netherfield de la señora de Edward Bennet y sus numerosas hijas, se produjo, en opinión de Darcy, demasiado pronto. En ese momento, ellas se encontraban visitando a Jane Bennet, mientras que él y los Bingley deambulaban por el comedor del desayuno, esperando a que las damas bajaran. Bingley mataba el tiempo paseándose de un lado a otro, sentándose para dar un sorbo a su taza de té, volviendo a reiniciar su marcha, dejándose caer luego en un sillón que había contra la pared y poniéndose a jugar nerviosamente con los pastores de porcelana que decoraban la preciosa mesita que estaba junto al sillón.

—Charles, por favor deja la porcelana sobre la mesa, antes de que se rompa —siseó la señorita Bingley, cuya escasa paciencia estaba a punto de agotarse ante la intrusión de la familia Bennet—. ¡Y, por favor, deja de pasear! —añadió cuando Bingley volvió a levantarse del sillón—. La señora Bennet no tiene nada que objetar. Le hemos proporcionado a Jane todas las atenciones posibles y ella está recuperándose. Las muchachas campesinas son criaturas notablemente fuertes, ¿no es así, Louisa?

—Así es, Caroline. ¡Cómo si no podrían ser tan excelentes caminantes! —La risita de la señora Hurst fue interrumpida por el sonido del picaporte de la puerta.

La señora Bennet entró en el salón delante de sus hijas, agitada y preocupada por el estado de Jane y el horror que le producía la idea de trasladarla a Longbourn, lo cual sólo sorprendió a Bingley. Cuando terminó su amplia retahíla de temores y exaltación de las virtudes de Jane, Darcy tuvo la certeza de haber resuelto el misterio del particularmente imprudente viaje de la señorita Bennet a Netherfield, hacía dos noches. La única pregunta que quedaba y que le inquietaba desde que habían enviado la nota a Longbourn era a quién llamarían para que continuara

cuidando a la señorita Bennet. Era posible que la señora necesitara la presencia de Elizabeth en casa y enviara entonces a *otra* hija para que probara suerte en Netherfield. O a una criada... o, Dios no lo permitiera, juró mentalmente Darcy mientras apretaba la mandíbula, ¡era posible que la madre pretendiera quedarse! Darcy estudió el rostro de Elizabeth mientras atravesaba el salón detrás de su madre y se sintió intrigado por la ansiedad que vio en él. *Esto no augura nada bueno... ¿Puede haber algo de verdad en el alboroto de la señora Bennet? No, si ella está nerviosa ¡es por su madre!* Darcy continuó observándolas desde su lugar privilegiado junto a la ventana, con el sol brillando sobre sus hombros, como si estuviera asistiendo a una obra de teatro. La señora Bennet sonreía con afectación, mientras sus hijas más jóvenes miraban con asombro el lujo del salón y los vestidos de las damas, riéndose y murmurando entre ellas de la manera más vulgar. Para escapar de las payasadas de sus parientes, Elizabeth se había refugiado junto a Bingley, en un soleado saloncito adyacente. Darcy notó que ahora parecía menos tensa.

—Lizzy —la voz de la señora Bennet interrumpió la brillante conversación de su hija—, recuerda dónde estás y deja de comportarte con esa conducta intolerable a la que nos tienes acostumbrados en casa.

Cuando la voz chillona hizo que se suspendiera toda conversación en el salón, también las reflexiones de Darcy fueron acalladas. El caballero sintió que los músculos de la espalda se ponían en tensión. Miró la cara de Elizabeth para ver cómo una fugaz expresión de dolor cubría su reservado semblante, antes de girarse hacia su madre. ¡Aquella mujer era insoportable! Hirviendo de disgusto, Darcy le dio la espalda al salón, antes de que él mismo sobrepasara los límites de la cortesía. ¿Acaso era tan inconsciente como para reprender a su hija en público?

Bingley intervino enseguida para llenar el silencio que se produjo después.

—No sabía —dijo, siguiendo el hilo de la conversación que sostenía con Elizabeth antes de la interrupción de su madre— que se dedicase usted a estudiar el carácter de las personas. Debe de ser un estudio apasionante.

—Sí —contestó Elizabeth. Su voz sonó, al principio, un poco insegura, pero se fue normalizando a medida que siguió hablando—: Y las personalidades complejas son las *más* apasionantes de todas. Al menos tienen esa ventaja.

Darcy se dio la vuelta al oír sus palabras, decidido a animar a Elizabeth y a desautorizar a su madre.

—Pero el campo, en general, no puede proporcionar muchos sujetos para tal estudio. —Elizabeth levantó la vista y lo miró con gesto inquisitivo—. En un pueblo —explicó Darcy— se mueve uno en una sociedad muy limitada y homogénea.

—Pero la gente cambia tanto —replicó Elizabeth y una chispa de burla testimoniaba que tras sus palabras se escondía un ejemplo—, que siempre hay en ellos algo nuevo que observar.

—Ya lo creo que sí —exclamó la señora Bennet de manera estridente, evidentemente ofendida por la manera en que Darcy había hablado de la gente del campo—. Le aseguro que *eso* ocurre lo mismo en el campo que

en la ciudad.

Darcy se quedó mirándola, incapaz de creer que él fuera el destinatario de los insoportables modales de una persona como ésa y el objeto de su abierta antipatía. Su mirada voló después hacia Elizabeth. La expresión de inquietud mezclada con mortificación estaba regresando a su rostro. Darcy se tragó el punzante desaire que luchaba por salir de su boca, apretó los labios con fuerza y se alejó en silencio.

La conversación volvió a hacerse fluida, mientras él se paseaba lentamente por el salón. Aunque daba la apariencia de estar sumido en un total desinterés —mirando por la ventana o entreteniéndose con un libro —, Darcy tuvo cuidado de mantenerse a una distancia que le permitiera escuchar a Elizabeth. Pero su subterfugio no tuvo mucho éxito, pues una vez la señora Bennet adquirió el control de la conversación, ya no lo soltó. Ahora disertaba sobre las atenciones que Jane había recibido de un caballero de Londres, cuando tenía sólo quince años.

—Le escribió unos versos y bien bonitos que eran —concluyó con pomposidad.

—Y así terminó su amor —se apresuró a intervenir Elizabeth. Darcy se detuvo y la miró con curiosidad—. Creo que ha habido muchos que lograron combatirlo de la misma forma —siguió diciendo con voz contenida—. ¡Me pregunto quién sería el primero en descubrir la eficacia de la poesía para acabar con el amor!

—¿Acabar con el amor, señorita Elizabeth? ¡Curioso! ¡Tenía entendido que la poesía era el *alimento* del amor, no su verdugo! —Elizabeth levantó la cabeza al oír la réplica de Darcy y él vio con complacencia la chispa que devolvieron a sus ojos esas palabras de desafío.

—Puede ser el alimento de un gran amor, sólido y fuerte —contestó ella—. Todo nutre a lo que ya es fuerte de por sí. Pero si sólo se trata de una inclinación ligera, sin ninguna base, estoy convencida de que un buen soneto acabaría matándola de hambre.

Darcy no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro a manera de respuesta, aunque todo el salón los estuviese mirando. Hubo unos instantes de silencio. Luego la señora Bennet volvió a agradecer las delicadas atenciones que Netherfield le había prodigado a la pobrecita Jane y se levantó para marcharse. Darcy la observó con cierta inquietud, peguntándose nuevamente qué habría decidido sobre el cuidado de Jane.

—Señor Bingley —dijo la hija más bulliciosa—, usted nos prometió dar un baile en Netherfield, ¿recuerda? ¡Todo el mundo lo está esperando! Sería vergonzoso que no cumpliera su palabra.

—Le aseguro que estoy perfectamente dispuesto a mantener mi compromiso —respondió Bingley para desgracia de Darcy—. En cuanto su hermana se reponga, usted misma, si le apetece, podrá señalar la fecha. Pero no me gustaría celebrar un baile mientras su hermana se encuentra enferma.

—Algunos de nosotros no querríamos bailar ni cuando ella está enferma ni cuando está bien —le susurró Darcy a Bingley, mientras Lydia Bennet quedaba encantada por la gentileza de su amigo. Charles le lanzó una mirada tranquilizadora, que Darcy recibió con resignación. La última cosa que quería era participar en un evento social de la magnitud de un

baile, ya fuera en el campo o en la ciudad. Su paz se vería totalmente interrumpida por la agitación de los preparativos, por no mencionar la espantosa perspectiva de tener que cumplir sus deberes sociales con las damas de Hertfordshire, durante la propia velada. Su único consuelo, que repentinamente le pareció muy atractivo, sería la oportunidad que le brindaría para reclamar el baile que le fue negado en casa de sir William.

La señora Bennet cacareó como una gallina clueca llamando a sus pollitos y organizó a sus hijas en una fila, mientras presentaba sus respetos a los Bingley y a Darcy. Él inclinó la cabeza en respuesta a su saludo, pero al levantarse sólo alcanzó a ver la parte posterior del sombrero de la señora, mientras se apresuraba a hacer pasar a todas las muchachas por la puerta. El deseo de saber si Elizabeth se iba a quedar pudo más que la cautela en Darcy. Avanzó entonces hasta la entrada, justo a tiempo para ver cómo Elizabeth besaba tímidamente a su madre en la mejilla, la dama daba media vuelta lanzándole una última advertencia y la puerta se cerraba tras ella.

Elizabeth se quedó totalmente inmóvil bajo la luz del vestíbulo, mirando cómo desaparecían su madre y sus hermanas. Darcy no pudo adivinar qué emociones estaba experimentando en ese momento, pues la muchacha estaba mirando para otro lado, pero la manera lenta y decidida en que echó hacia atrás los hombros le indicó que su deliciosa antagonista no se iba a marchar de Netherfield ni abandonaría su pequeño combate verbal. Cuando la muchacha dio media vuelta y se dirigió lentamente hacia las escaleras, Darcy regresó al comedor pequeño y cerró la puerta. Sus reflexiones sobre los acontecimientos de la mañana le tenían tan absorto que los maliciosos comentarios de la señorita Bingley sobre el molesto comportamiento de sus visitantes le pasaron totalmente inadvertidos.

11 de noviembre de 1811
Netherfield Hall
Meryton, Hertfordshire

Mi muy querida Georgiana:

Con gran placer recibí tu carta del... y la releí tantas veces que habría sido capaz de recitarla de memoria cada vez que quería asegurarme de que habías recuperado la alegría. Como me hiciste el honor de escribirme sobre eso con tanto detalle, quisiera responderte de la misma manera y te confieso que estaba muy preocupado por ti desde que regresamos de Ramsgate, hace ya varios meses. Agradezco a Dios que hayas reconocido los peligros de la melancolía en que te habías sumido y que ya no sufras sus embates. Dices que eso te ha hecho adquirir más fortaleza de ánimo y me gustaría saber más detalles, pero sólo puedo decir que lamento las circunstancias que precipitaron esa terrible lección que te ha dado la vida y el hecho de que hayas estado tan decaída durante los últimos meses. Porque la culpa nunca fue tuya. Si hay que culpar a alguien de lo sucedido el verano pasado, el mayor peso de la culpa debe recaer sobre mí. No protestes, querida, porque es verdad, tal como te dije antes. Yo tenía que haber sido más cuidadoso. El dolor que te causó mi negligencia es un peso terrible para mi corazón.

¿Recuerdas —¡aunque sucedió hace muchos años!— cuando eras

muy pequeña y yo tenía la peregrina idea de que saltarte encima cuando estabas descuidada era muy divertido? Después de ignorar todas las advertencias de nuestro querido padre para que yo dejara de cometer esa injusticia, recordarás que él decidió, con gran pesar, darme una pequeña paliza con su bastón. Pero lo que realmente destrozó mi orgulloso corazón de niño fueron las lágrimas que derramaste por los azotes que tanto merecía. Y así ha sido siempre, hasta el día de hoy. (Interrumpo aquí un momento para cumplir con una petición de la señorita Caroline Bingley, en cuya compañía estoy tratando de escribir esta carta. Es su mayor anhelo que te envíe sus recuerdos y te transmita sus deseos de volverte a ver. De esta manera cumplo con mi deber y tú sabrás recibir su cariño como consideres).

Continúo: es un gran alivio para mi conciencia saber que he hecho bien al enviarte a la señora Annesley y recibo tus tranquilizadores comentarios con un corazón lleno de gratitud por la bondad de Dios. Ella parecía una mujer muy valiosa y llegó a mí con las mejores referencias que haya visto. El hecho de que su influencia haya desempeñado un papel esencial en tu recuperación y haya estimulado la madurez de tu espíritu sólo reafirma mi aprecio por ella. Debe de tratarse, ciertamente, de una persona especial y ansío tener la oportunidad de conocerla mejor, cuando me reúna contigo en Pemberley para Navidad.

(Te ruego disculpes el carácter un tanto inconexo de esta carta. La señorita Bingley ha vuelto a importunarme con elogios. Baste decir que a ella le parece perfecto todo lo que hacemos los Darcy).

La señorita Bingley no es la única persona presente mientras escribo. Charles, desde luego, está aquí, así como su otra hermana, la señora Hurst, y su marido. Otras dos personas forman parte de nuestro pequeño grupo provisionalmente: la señorita Jane Bennet y su hermana, la señorita Elizabeth. La señorita Bennet vino a cenar con las hermanas de Charles hace varias noches, pero cayó muy enferma. Su hermana, la señorita Elizabeth, vino a cuidarla hasta que ella esté lo suficientemente recuperada como para regresar a su casa.

Por favor, te ruego que vuelvas a excusarme, pues retomo nuevamente esta carta tras otra interrupción. Muy en contra de mi voluntad, fui involucrado en una discusión con Charles y la señorita Elizabeth. No te relataré los detalles, pero me temo que si tú hubieses estado presente, me habrías reprendido con dulzura por mi carencia extrema de habilidad social. Mis profesores de filosofía de la universidad, por otro lado, se habrían sentido bastante orgullosos de mi actuación. Como bien sabes, Charles ha sufrido con frecuencia la fuerza de mi lógica y soporta, con su bondad natural, que yo haga pedazos sus opiniones erróneas, sin que eso tenga efectos posteriores sobre nuestra amistad. Pero, en este caso, él contaba con un inesperado defensor, la señorita Elizabeth Bennet que te mencioné, que entró a la lid armada con el escudo de la sensibilidad, contra el cual la lanza de la lógica siempre es considerada como un arma grosera y poco digna. No obstante, empuñando la lógica con seguridad, me lancé al ataque, pero rápidamente vi cómo se hacía añicos contra esa defensa incontestable. Ahora debo descubrir la forma de recuperar la buena opinión de la señorita Elizabeth. Un asunto sencillo para la mayor parte de los de mi sexo, pero un nudo gordiano para mí. Me temo que ella me está viendo en este momento como una persona insensible y prosaica, y me ha despachado con la recomendación de que «será mejor que termine su carta». Consejo que he seguido inmediatamente, pues hasta la lógica

acepta su sabiduría.

Terminaré con información sobre la forma en que Charles se ha establecido entre la aristocracia local y lo complacido que está con su posición. Netherfield es una hermosa propiedad, que responderá bien a sus primeros pasos como propietario. La sociedad local es, en mi opinión, poco culta; pero me están persuadiendo de que es posible encontrar placer en ella. Charles, desde luego, ya está medio enamorado de una belleza local. La señorita Bingley y la señora Hurst no encuentran nada que les guste y, cuando no están suspirando por no hallarse en la ciudad, dejan caer claras insinuaciones sobre lo agradable que les parece Pemberley.

En un futuro próximo se ofrecerá un baile en Netherfield, ¡imagínate! Aparte de eso, ni ellos ni yo tenemos ningún plan. Próximamente tendré que hacer un viaje a Londres para atender asuntos de negocios, pero aún no he decidido si volveré a Hertfordshire o me quedaré en la ciudad hasta que me reúna contigo para Navidad.

Mi querida hermana, permíteme que te diga nuevamente lo feliz que me siento por saber que estás bien. No te recomendaré que te preocupes de tus estudios porque conozco bien tu dedicación y ya me siento orgulloso de tus éxitos.

Que Dios te guarde, preciosa, porque tú eres el verdadero tesoro de Pemberley, y también de mi corazón.

Tu devoto servidor,

FITZWILLIAM DARCY

Darcy espolvoreó su carta con la arenilla para secar la tinta, la dobló perfectamente en tres y buscó en el interior del escritorio una barra de lacre para sellarla. Después de localizar una en el fondo de un cajón lleno de cosas, la calentó y permitió que unas pocas gotas cayeran sobre el borde de la carta. Inmediatamente sacó su sello del bolsillo del chaleco y lo estampó contra la carta. Concluida esa placentera tarea, se recostó en el sillón, contemplando el salón, mientras se golpeaba distraídamente la palma de una mano con la carta que sostenía en la otra.

La señorita Elizabeth ocupaba un diván que estaba a escasos metros, absorta de nuevo en el bordado que había abandonado brevemente durante su animada discusión de hacía un rato. En opinión de Darcy, representaba la imagen de la costurera dedicada, con el labio inferior atrapado entre delicados dientes blancos, mientras llevaba la aguja a la tela con habilidad. Una inexplicable oleada de alegría lo invadió, mientras admiraba la concentración y elegancia con que ella empleaba la aguja, con el dedo meñique doblado ligeramente. Esa placentera sensación se convirtió rápidamente en desaliento, cuando se detuvo a pensar en el estado actual de su relación con la muchacha. Suspirando, se levantó y colocó la carta sobre la bandeja de plata destinada al correo.

¿Qué podría hacer para volver a ganarse una buena opinión, si es que alguna vez ella había tenido una buena opinión de él? ¿Acaso debería elogiar su costura? ¡Una treta inútil! Ella sólo diría gracias y volverían a quedar en un punto muerto. Darcy examinó la habitación, desesperado por encontrar inspiración, cuando sus ojos se iluminaron al ver el piano arrinconado en una esquina. *¡Perfecto!... Si ella accede.*

—Señorita Bingley, señorita Elizabeth —comenzó a decir con un poco

de torpeza—, ¿aceptarían deleitarnos con un poco de música esta noche? —Los lánguidos rasgos de la señorita Bingley se iluminaron al oír la invitación y se levantó enseguida con elegancia. Tan ansiosa estaba por satisfacer la petición de Darcy, que ya casi había alcanzado el piano cuando recordó que él también se había dirigido a Elizabeth. La cortesía exigía que, como anfitriona, le ofreciera a su invitada la oportunidad de tocar primero. Dio media vuelta lentamente y con una sonrisa fría invitó a Elizabeth a sentarse ante el piano.

Para decepción de Darcy, Elizabeth declinó el ofrecimiento de manera decidida, pero dejó a un lado su bordado. Darcy quiso interpretar ese gesto como la indicación de que accedería a su petición después de que la señorita Bingley terminara. Mientras Elizabeth se acercaba al instrumento, Darcy no pudo evitar que sus ojos la siguieran, ni que cada paso y susurro de su vestido absorbiera toda su atención. La señorita Bingley comenzó su primera canción. El deseo de atraer la atención de Elizabeth de alguna manera luchaba contra la repugnancia de Darcy a hacer el ridículo, porque estaba seguro de que quedaría como un tonto al tratar de iniciar cualquier coqueteo. *¿Coqueteo?* La idea le asombró tanto por su novedad como por su naturaleza reveladora. Un rubor subió por su cuello cuando los ojos de Elizabeth se encontraron fugazmente con los suyos. Tratando de ocultarlo, bajó la mirada hacia sus manos, sólo para descubrir que se estaba retorciendo el anillo con frenesí.

La señorita Bingley llegó al final de la melosa canción de amor italiana que había elegido y recibió la ovación del salón con elegancia pero aparentemente poca satisfacción. Darcy se percató de repente, cuando se unió a los aplausos, de que ella había escogido esa canción con la esperanza de atraer la atención de él. La sonrisa que esbozaban sus labios se contradecía con el brillo de sus ojos, que le decían que había notado su distracción.

La señorita Bingley se dirigió hacia Elizabeth.

—Las canciones de amor pueden ser tan tediosas cuando uno no conoce la lengua —dijo, arrastrando las palabras con maliciosa condescendencia—. ¿No le parece a *usted,* señorita Eliza?

Elizabeth suspendió su examen de los cuadernos de música que había sobre el piano.

—¡Ah, señorita Bingley, eso es muy desafortunado! En especial cuando usted las interpreta de una forma tan hermosa. ¡Por favor, permítame traducirlas para usted!

A Darcy casi se le cortó la respiración al ver la cara que ponía la señorita Bingley ante el inesperado giro que había tomado su insinuación.

—No, no me refería... es decir... eso no será necesario —balbuceó. Con silenciosa furia, agarró las partituras que descansaban sobre el instrumento y comenzó a tocar un animado aire escocés.

El travieso hoyuelo que Darcy tanto había admirado en casa de sir William hizo una fugaz aparición. Sin embargo, su efecto no se redujo de ninguna manera por su brevedad. El caballero se levantó de la silla sin darse cuenta y, antes de recobrar el pleno dominio de sí mismo, se encontró junto a ella.

—¿Le apetecería, señorita Bennet, aprovechar esta oportunidad para

bailar una danza escocesa? —Las palabras salieron de su boca de manera atropellada, sorprendiéndolo a él tanto como al resto de los presentes.

¡Idiota!, se castigó Darcy. *¡Bailar una danza escocesa! ¿Qué es lo que pretendes?* Darcy ya la conocía lo suficiente como para que la sonrisa que apareció en el rostro de la muchacha le sirviera de advertencia sobre lo que podía suceder. Sin embargo, no esperaba que ella guardara silencio. Así que repitió la pregunta. La segunda vez sonó todavía más ridícula, pero retirarse ahora era impensable.

—¡Oh! Ya había oído la pregunta —le aseguró Elizabeth—, pero no pude decidir enseguida qué contestarle. —La muchacha elevó peligrosamente la barbilla al hacer una pausa. Darcy volvió a sentir cómo se electrizaba el aire entre ellos y rápidamente se perdonó por la torpeza de sus palabras. Preparó su rostro contra los efectos del millar de chispas invisibles que volaban entre ellos—. Sé que usted desearía que yo le diera una respuesta afirmativa, para tener así el placer de criticar mis gustos —lo desafió Elizabeth—, pero a mí me encanta echar por tierra esa clase de trampas y defraudar a la gente que planea un desaire semejante. Por lo tanto, he decidido decirle que no deseo bailar en absoluto. Y ahora —dijo, fulminándolo con la mirada—, desairéeme si se atreve.

¡Magnífico! Fue lo único que se le ocurrió a Darcy mientras observaba cómo la malicia y la emoción se mezclaban con el encanto y la dulzura de su expresión. Sin embargo, ella no lo había interpretado bien; pero si lo que venía a continuación era un intercambio tan delicioso como éste, ¿qué importancia tenía? Darcy se puso una mano en el pecho, como si aceptara haber recibido un golpe directo, y se inclinó con solemnidad.

—De hecho, señora —contestó mientras se levantaba y una sonrisa le iluminaba el rostro—, *no* me atrevo. —Volvió a inclinarse y se apartó. Susurrando una disculpa, abandonó el salón y pidió que llamaran a su ayuda de cámara. Él sabía que sólo una actividad al aire libre le proporcionaría el alivio que requería la agitación de sus pensamientos y sentimientos. Después de cambiarse de ropa, llevaría a su perro a dar un paseo y trataría de controlar su propia mente concentrándose en la instrucción del sabueso.

Pocos minutos después salió de su alcoba poniéndose los guantes, y bajó corriendo las escaleras. Cuando estuvo en el exterior, sin embargo, aminoró el paso y se dirigió a los corrales que estaban al lado de los establos. *¡Hechicera descarada!,* dijo pensativamente, sin poderse quitar de la cabeza la imagen de Elizabeth. *¡Con esos modales tan impertinentes y esa mente tan aguda! Y sin embargo, tan dulce y bondadosa con su hermana, cuidándola de las consecuencias de la locura de su propia madre.* La imagen de aquella señora acudió entonces a su mente. Un minuto de contemplación de la vulgaridad y la avaricia de la mujer le sirvió para reafirmar, de alguna manera, la fascinación por su hija.

Cuando llegó a la caseta del sabueso, quitó rápidamente el seguro pero no abrió la puerta hasta que el animal que estaba dentro, ansioso ante la perspectiva de salir por la aparición de su amo, no mostró el decoro apropiado. *Trafalgar* se tranquilizó lo suficiente como para que le otorgaran la libertad, aunque los rítmicos movimientos de la cola revelaron su verdadera opinión sobre el momento. Darcy abrió la puerta y

el sabueso echó a correr, describiendo un amplio círculo a su alrededor, antes de levantarse sobre las dos patas. El caballero se inclinó y acarició las orejas del perro. Y fue recompensado con un lametón rápido y furtivo en la barbilla.

—Te juro, viejo amigo —dijo, dirigiéndose al suplicante animal—, que ella es tan extraordinaria que si no fuera por la inferioridad de su familia, tu amo se encontraría en una situación *extremadamente* peligrosa. —De repente, los músculos del sabueso se tensaron—. *¡Trafalgar!* —dijo Darcy y trató de levantarse—. *¡Abajo!* —ordenó, pero el sabueso dio un salto y, con un ladrido exultante, lo tiró de espaldas al suelo.

Capítulo 7
Duelo de verdad

Cuando Darcy terminó de arreglarse y quedó finalmente presentable después del eufórico recibimiento de *Trafalgar*, ya no le quedó mucho tiempo antes de la cena para inspeccionar el paquete que había llegado mientras su ayuda de cámara lo atendía. Estaba bastante seguro de lo que contenía y la expectativa de leer por fin las páginas de los dos delgados volúmenes le producía un cosquilleo en las manos. Después de rasgar la envoltura de papel, Darcy sostuvo a la luz de la ventana los hermosos libros encuadernados en cuero.

¡Sí, tal como esperaba! *El sitio de Badajoz: Relato cronológico del gran desafío de Wellesley,* el título del primer volumen resplandeció ante él gracias al brillo de la laminilla de oro. El segundo, no menos brillante, anunciaba: *Triunfo en Fuentes de Oñoro: Impresiones de un caballero-soldado.* Darcy los había pedido tan pronto como el propietario de su librería favorita, que conocía bien sus gustos e intereses y lo mantenía informado de todas las obras nuevas, le anunció su próxima publicación. Al igual que el resto de Inglaterra, Darcy había seguido las campañas de Wellesley a través de los periódicos durante el verano, a medida que llegaban los informes de España, pero aquellos volúmenes constituían el primer relato completo que se iba a publicar después de los hechos, escrito por un autor anónimo que, se decía, pertenecía al estado mayor del gran hombre. Darcy llevaba varios meses esperándolos con ansiedad. Por eso, cuando Fletcher le abrió la puerta de la habitación para que saliera, Darcy se metió los libros bajo el brazo con decisión y resolvió declinar cualquier distracción en que le ofrecieran participar después de la cena.

Por fortuna, la cena fue tranquila aquella noche; el único acontecimiento destacable ocurrió cuando la señorita Elizabeth anunció que su hermana se levantaría por primera vez de su lecho de enferma esa noche y se reuniría con ellos en el salón más tarde. La señorita Bingley se emocionó con la noticia y, llamando al mayordomo, le ordenó que arrastrara el sofá de manera que quedara más cerca del fuego, «para que nuestra querida Jane no reciba ni la más mínima corriente de aire».

—Me pregunto cómo vamos a entretenerla —dijo y se giró hacia Darcy—. ¿Tal vez una partida de *whist* o de *loo*?

Darcy dejó el tenedor sobre la mesa y estiró la mano para agarrar su copa.

—Tal vez, pero esa pregunta podría contestarla mejor la señorita Elizabeth, que conoce los gustos de su hermana y sabe si ya se encuentra lo suficientemente fuerte para ello. Personalmente, yo no quiero jugar esta noche. Bingley —dijo, dirigiéndose ahora a su amigo—, por fin han llegado los relatos de las campañas del verano —añadió, señalando una mesita

que había junto a la puerta.

—¿De verdad? ¿Puedo? —Ante el gesto de asentimiento de Darcy, Bingley trajo los libros y volvió a sentarse en su sitio. Como conocía bien el aprecio que su amigo sentía por los libros, se limpió las manos con la servilleta y abrió con delicadeza el primer volumen, pasando con suavidad las páginas—. ¡Magnífico! —suspiró al llegar a un grabado que mostraba a las heroicas fuerzas británica y española desplegadas al pie de la ciudad —. ¡Sólo los grabados justifican el precio del libro! No me sorprende que los naipes no atraigan tu atención esta noche. ¿Puedo pedírtelos prestados cuando termines?

La sonrisa de asentimiento de Darcy se convirtió en inquietud, cuando la señorita Bingley agarró el segundo volumen antes de que su hermano pudiera ponerle la mano encima.

—Señor Darcy, ¿me permitiría leer éste mientras usted está disfrutando el otro? No soportaría tener que esperar hasta que Charles acabe; él lee tan poco que tardará un año en terminar. Y —añadió con afectación— creo que es un deber sagrado conocer la verdadera gallardía de nuestros valientes soldados.

Darcy no tuvo otra alternativa que dejar que ella se quedara con el anhelado tomo y entonces dijo en tono tajante:

—Desde luego, señorita Bingley. Un noble sentimiento de su parte. —Le dio un sorbo lento a su vino y frunció el ceño al ver cómo ella ponía el libro sobre las migas y manchas del mantel; enseguida pensó que tenía que pedir otro ejemplar a Londres. Porque ése, sin duda, le sería devuelto como si hubiese estado presente en la batalla misma que relataba.

Luego las damas se excusaron y dejaron a los caballeros con su oporto. Bingley le entregó a Darcy el libro que había estado examinando, mientras un criado ponía sobre la mesa, delante de los tres hombres, la bandeja con los vasos y el licor.

—¿Hurst? —Bingley le entregó a su cuñado una copa bien llena y luego sirvió dos más pequeñas para él y Darcy. La conversación fue, en líneas generales, bastante trivial y Darcy anheló que llegara el momento en que pudieran dirigirse al salón principal, donde podría hojear su libro sin parecer grosero. También Bingley parecía ansioso por terminar con el ritual masculino lo más pronto posible, y a cada minuto miraba hacia la puerta, como si pudiera ver a través de ella. Por un acuerdo tácito, los dos se levantaron y se dirigieron al salón, mientras Hurst los seguía un poco rezagado.

Las damas de la casa estaban reunidas alrededor de la señorita Bennet, demostrando su preocupación y buen ánimo. La señorita Elizabeth estaba sentada un poco aparte, concentrada, aparentemente, en su bordado, pero observando la escena de la chimenea con tierna devoción. Bingley se adelantó, desde luego, para felicitar a la señorita Bennet por su recuperación. Darcy hizo lo propio, con una sinceridad que fue aceptada con elegancia por la señorita Jane, pero que pareció despertar una mirada de sorpresa en su hermana. Intrigado por esa reacción, casi olvida el libro que tenía en la mano mientras observaba cómo el rostro de Elizabeth se relajaba y volvía a adquirir esas líneas suaves de hermana amorosa que había visto al comienzo.

Luego, Darcy le dio la espalda, encontró una silla cercana a una lámpara y abrió por fin su anhelado relato de la victoria del verano.

—¿La silla es suficientemente cómoda, señor Darcy? —preguntó la señorita Bingley.

—Sí señorita. Gracias.

—Y la lámpara… ¿da suficiente luz?

—Suficiente, señorita Bingley. Gracias.

—¿No echa humo? Se le podría levantar dolor de cabeza si echa humo.

—No, no hay humo. —Darcy contestó con absoluta cortesía, conteniendo el impulso de hacer rechinar los dientes por la irritación que le causaban las persistentes interrupciones de la señorita Bingley. No obstante, un delicado resoplido de risa contenida procedente del diván donde se encontraba la señorita Elizabeth le indicó que sus verdaderos sentimientos sí eran evidentes, al menos para algunos. Al parecer, la señorita Bingley no se dio por enterada y tras unos momentos de maravilloso silencio, durante los cuales hojeó el libro que tantas ganas tenía de leer, lo dejó a un lado, mientras comentaba lo mucho que le gustaba la lectura y pasar una noche concentrada en un libro.

Darcy decidió no responder a su estratagema. En lugar de eso, agarró su libro con más fuerza, tratando de hundirse más en su sillón, en un vano intento por escapar a futuras interrupciones. Miró con precaución por encima de la cubierta de *Badajoz* y vio que, milagrosamente, la señorita Bingley dirigía su atención hacia su hermano. Con alivio, volvió a sumergirse en las posiciones de vanguardia, en las afueras de la ciudad española. Había tanto silencio que podía oír el majestuoso tic-tac del reloj que había en la pared de enfrente.

—Señorita Eliza Bennet. —Las sílabas salieron rodando de la lengua de la señorita Bingley de manera penetrante, con esa forma que emplean los miembros de la clase alta para ser oídos en medio de una habitación llena de gente—. Déjeme que la convenza para que siga mi ejemplo y dé una vuelta por el salón. Le aseguro que viene muy bien después de estar sentada durante tanto tiempo en la misma postura.

Darcy asomó la cabeza por encima del libro, ante la sorpresa al oír esa invitación, y cuando vio que la señorita Bingley lanzaba a Elizabeth una mirada de súplica, su curiosidad fue más grande que su cautela. Inconscientemente, cerró el libro.

—Señor Darcy, ¿no le gustaría unirse a nosotras, señor? —La señorita Bingley lo invitó, al tiempo que agarraba el brazo de Elizabeth. Darcy se preguntó cuál sería la reacción de Elizabeth ante aquella repentina y efusiva atención por parte de Caroline. También se preguntó qué debería hacer él. *Mejor permanecer como observador,* decidió, dejando el libro a un lado y estirando las piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos. En ese momento, se le ocurrió una idea decididamente traviesa. *Si no me van a dejar en paz con mi libro…*

—Gracias, señorita Bingley, pero preferiría permanecer donde estoy. Sólo puedo pensar en dos motivos para que ustedes se paseen por el salón juntas, y en cualquiera de los dos casos mi presencia ciertamente sería un obstáculo.

Elizabeth enarcó las cejas al oír aquella declaración y Darcy esbozó una sonrisa de placer mientras ella luchaba por no dejar traslucir el asombro que sentía ante aquellas palabras. La señorita Bingley no tuvo semejantes reparos.

—¡Señor Darcy! ¿A qué se refiere usted? ¡Me muero por saber qué ha querido decir con eso! —Le dio un suave tirón al brazo de su compañera—. Señorita Eliza, ¿acaso usted comprende lo que ha querido insinuar el señor Darcy?

—En absoluto —respondió Elizabeth con desinterés, tras dominar su curiosidad de una forma admirable—. Pero, sea lo que sea, seguro que quiere dejarnos mal. —Miró a Darcy con ojos burlones—. Y la mejor manera de decepcionarlo será no preguntarle nada. —Darcy le devolvió el desplante con una mirada pícara.

—¡Oh, eso no servirá, señorita Eliza! —dijo la señorita Bingley con una risita—. Una dama de verdad nunca decepciona a un caballero. Y un caballero —dijo, dirigiéndose a Darcy— nunca decepciona a una dama, en especial de una manera tan intrigante. Vamos, cuéntenos a qué se refiere.

—No tengo el más mínimo inconveniente en explicarlo —replicó Darcy —. Ustedes eligen este modo de pasar el tiempo porque tienen que hacerse alguna confidencia o hablar de sus asuntos secretos —continuó diciendo y luego hizo una pausa y estiró los dedos antes de fijar la mirada en Elizabeth—, o porque saben que paseando muestran mejor su figura. —La reacción de Elizabeth ante su atrevida afirmación fue tal como él había deseado. La muchacha abrió los ojos y se puso colorada—. Si es lo primero —añadió con indiferencia—, al ir con ustedes no haría más que importunarlas; y si es lo segundo —dijo a modo de conclusión, volviendo a hacer una pausa para permitirle a la muchacha recordar la segunda razón —, podré admirarlas mucho mejor si me quedo sentado junto al fuego. —Sintiéndose un poco perverso, Darcy pensó por un momento que tal vez había traspasado los límites de lo que se consideraba correcto en una sociedad provinciana. Pero tal como se había imaginado desde el comienzo, la dama reaccionó enseguida y le dedicó un clásico puchero de institutriz, que contrastó maravillosamente con el fuego que mostraban sus ojos. En todo caso, Darcy quedó bastante complacido con esta incursión en el desconocido terreno del flirteo amoroso.

—¡Qué horror! Nunca había oído nada tan abominable —protestó la señorita Bingley, animándose debido al raro despliegue que acababa de hacer el señor Darcy—. ¿Cómo podríamos darle su merecido?

—Búrlese —respondió Elizabeth con decisión y levantando la barbilla —. Ríase de él. Siendo tan íntimos, usted sabrá muy bien cómo hacerlo.

¿Reírse de mí? Las palabras de la muchacha le produjeron un sentimiento de rencor que recorrió su columna vertebral y evaporó el buen humor que le había producido la conversación anterior. La expresión relajada y feliz abandonó su rostro, reemplazada por una tensa seriedad.

—¡Burlarse de una persona flemática, con tanta sangre fría! —exclamó la señorita Bingley—. No, no; me parece que él podría desafiarnos y nosotras llevaríamos las de perder. —La incredulidad que se reflejó en el rostro de Elizabeth mostraba claramente que no estaba satisfecha. Aunque Darcy no había dejado de mirarla, se movió nerviosamente en la

silla, mientras se preguntaba qué forma tomaría la ofensiva de la muchacha.

—¡Que no podemos reírnos del señor Darcy! Es un privilegio muy extraño —dijo, fulminándolo con la mirada—. Y espero que siga siendo extraño, porque no me gustaría tener muchos conocidos así. —Se dirigió a la señorita Bingley—. A mí me encanta reír.

Cuando vio los claros intentos de la muchacha por reducirlo nuevamente a un objeto de burla, Darcy se arrepintió de su reciente broma. Trató de recurrir, entonces, a las fórmulas que le habían sido útiles en el pasado. El filósofo frío y experto reemplazó al galán de salón y rápidamente desplegó sus defensas para el ataque.

—La señorita Bingley me ha dado más importancia de la que merezco. El más sabio y el mejor de los hombres o la más sabia y mejor de las acciones pueden resultar ridículos a los ojos de una persona que no piensa en esta vida más que en reírse.

—Estoy de acuerdo —ratificó Elizabeth con frialdad—, hay gente así, pero creo que yo no me cuento entre *ellos.* Espero que nunca llegue a ridiculizar lo que es bueno o sabio. Las insensateces, las tonterías, los caprichos y los absurdos son las cosas que verdaderamente me divierten, lo confieso, y me río de ellas siempre que puedo. Pero supongo que usted carece de esas cosas.

Darcy se dio cuenta de que estaba arrinconado. ¿Quién podía afirmar que siempre se conducía de la manera más sabia y circunspecta? *Arrinconado... ¡pero todavía no vencido!*

—Quizá no sea posible para nadie. —Darcy le concedió un punto a la muchacha, pero luego contraatacó con firmeza—. Pero yo me he pasado la vida esforzándome para evitar esas debilidades que exponen al ridículo a cualquier persona inteligente.

—Como la vanidad y el orgullo —sugirió Elizabeth en tono de burla.

¡Así que regresamos al baile de Meryton! Darcy decidió aprovechar los verdaderos motivos de la muchacha, demasiado tentado ante la perspectiva de obtener una victoria como para hacerle caso a la vocecita que le advertía que a veces se podía ganar una batalla pero perder la guerra.

—Sí, la vanidad es ciertamente un defecto. Pero el orgullo, en el caso de personas de inteligencia superior, creo que es válido.

Elizabeth se dio media vuelta al oír las palabras de Darcy, sin que él supiera si se debía a que se sentía derrotada o a que estaba furiosa. *¡Maldición! ¡Has sido demasiado duro!* Darcy se mordió el labio y trató de descubrir lo que ella estaba pensando a través de la actitud de sus hombros, pero sin éxito.

—Supongo que habrá acabado de examinar al señor Darcy —dijo la señorita Bingley—. Le ruego que me diga qué ha sacado en conclusión. —Le lanzó a Darcy una sonrisa de conmiseración.

—Estoy plenamente convencida de que el señor Darcy no tiene defectos —concluyó Elizabeth con sarcasmo—. Él mismo lo admite abiertamente.

¡Al suelo, pero no derrotado! Darcy sacudió la cabeza, sin saber si debía reírse u ofenderse por este nuevo ataque.

—No, no he pretendido decir eso —respondió con voz serena. Habiendo decidido intentar otra táctica, siguió hablando con sinceridad—: Tengo muchos defectos, pero no tienen que ver con la inteligencia. No me atrevería a poner la mano en el fuego por mi temperamento. Creo que soy demasiado intransigente, ciertamente demasiado para lo que a la gente le conviene. Quizá se me pueda acusar de rencoroso. Cuando pierdo la buena opinión que tengo sobre alguien, es para siempre.

—¡*Ése* es realmente un defecto! —replicó Elizabeth—. El rencor implacable es verdaderamente una sombra en el carácter de una persona. Pero ha elegido usted muy bien su defecto. Pues no puedo reírme de él. —Levantó las manos ante él con un gesto que indicaba rendición—. Por mi parte, está usted a salvo.

Darcy se quedó mirándola, con los labios apretados y sin saber cuál sería la mejor respuesta a aquella terrible acusación. Concluyó que sólo podía continuar haciendo énfasis en su punto de vista.

—Creo que en todo individuo hay cierta tendencia a un determinado defecto, una debilidad natural, que ni siquiera la mejor educación puede domar.

—Y *su* defecto es la propensión a odiar a todo el mundo —refutó Elizabeth con aire de satisfacción. La acusación era tan absurda que Darcy no pudo evitar sonreír, al pensar en la frustración que debía haberla generado. Sin embargo, juró que aunque no saliera triunfante del campo de batalla, al menos se iría con dignidad. ¡Que la muchacha tomara un poco de su misma medicina! Darcy se levantó de la silla y, sonriendo al ver la actitud desafiante de la señorita Elizabeth, respondió con calma:

—Y el suyo, señora, es la vocación a malinterpretar a todo el mundo —dijo, le hizo una respetuosa inclinación, tomó su libro y dio las buenas noches a todos los presentes.

Después de entrar en su alcoba, se quitó la chaqueta y la tiró sobre uno de los sillones. Pronto siguieron el chaleco y la corbata, que formaron una pequeña montaña. El discreto golpe de Fletcher en la puerta le hizo dar media vuelta, pero Darcy declinó la ayuda del criado y lo dejó libre durante el resto de la noche, aunque le ordenó que tuviera su ropa de montar lista a las siete de la mañana al día siguiente. Se pasó una mano por el pelo de manera distraída, se sentó en la cama y se dedicó a quitarse las botas. Después se recostó y estiró el cuerpo, relajando los músculos desde la punta de los dedos hasta los pies, hasta que la tensión de la noche se desvaneció por completo. Luego se levantó y fue hasta la ventana para mirar hacia la noche.

Desafío a cualquiera a encontrar una chiquilla más impertinente y testaruda. ¡Qué insolencia y qué atrevimiento! Siempre dispuesta a batirse por cualquier pretexto. Se detuvo un momento, mientras su conciencia le exigía examinar ese arranque cargado de prejuicios. Darcy soltó un suspiro. Listo para enfrentarse a sí mismo, sin duda. Él era el único que parecía provocar esa impulsiva descarga de comentarios sarcásticos. Tal vez incluso los alentaba, en cierta forma, porque estaba claro que la muchacha era muy gentil y auténtica con aquellos a quienes amaba. *Su rostro... cuando mira a esas personas... un afecto tan cariñoso...*

¿Por qué, entonces, sigues prestándole atención?, preguntó su voz interna. Darcy se retiró de la ventana y volvió a acostarse en la cama. De repente, antes de que la razón pudiera mitigar su poder, la respuesta pareció resonar, inequívoca, en su interior. *Porque ella es mente y corazón, y lo que tú siempre has deseado.* Durante un buen rato, quedó atrapado entre la excitación y el terror producidos por su confesión, pero él había sido preparado desde la cuna para la posición que ocupaba en la vida y el deber que tenía con su familia. Cuando se giró hacia un lado y apretó la almohada contra la mejilla, ya había decidido que, por el bien de ambos, nunca volvería a permitir que se escapara por su parte ninguna señal de admiración. Su corazón por fin dejó de palpitar de manera acelerada, pero a pesar de lo mucho que intentó conciliar el sueño, éste se negó a hacer su aparición hasta las primeras horas de la madrugada.

A pesar de haber dormido poco, Darcy se despertó a las seis en punto, como era su costumbre. No hizo ningún intento de levantarse al oír el reloj, sino que se quedó enredado en las ensoñaciones de una noche de insomnio y observó cómo penetraban los primeros rayos de sol a través de las ramas desnudas de los árboles. Su primer deseo fue volver a abandonarse al sueño, pero sintió que, al intentarlo, una extraña tensión se apoderaba de su corazón. Las decisiones de la noche anterior salieron entonces a la luz, disipando la sensación de dulzura que todavía lo invadía, y lo convencieron de no retrasarse más en levantarse. Resultaría conveniente distraerse galopando, antes de que se evaporaran las brumas de la mañana. *Sería mejor evitarla hoy totalmente,* se dijo a sí mismo, retirando las mantas y levantándose para quitarse el camisón y llamar a Fletcher.

Una jarra de cobre llena de agua hirviendo, que llevaba uno de los ayudantes de la cocina, precedió la llegada de su ayuda de cámara. Darcy se sentó y cerró los ojos, mientras Fletcher organizaba sus instrumentos y comenzaba a afilar la cuchilla de la navaja de afeitar con gestos precisos. El rítmico ir y venir de la navaja casi consiguió adormilar de nuevo a Darcy, pero se despertó de repente cuando la cuchilla caliente avanzó sobre su barbilla. Fue tal el sobresalto que Fletcher le hizo un pequeño corte.

—¡Señor Darcy, por favor! Le ruego que tenga la bondad de no moverse. Tendré que ponerle un esparadrapo y los dos sabemos lo mucho que a usted le desagrada eso. —Darcy soltó un gruñido e hizo una mueca cuando le puso el adhesivo—. Ya está, señor. No se le notará cuando deba presentarse ante las señoras.

—El único que me verá esta mañana será *Nelson*, y dudo que le moleste en absoluto —contestó Darcy, haciendo que Fletcher soltara una risita. Un golpecito en la puerta interrumpió la tarea del ayuda de cámara. Fletcher fue a abrir y dejó entrar a otro ayudante de la cocina, que traía una bandeja.

—Me tomé la libertad de ordenar su desayuno, señor Darcy. Sólo algo ligero antes de su cabalgada, señor. —Darcy asintió con la cabeza en señal de aprobación y colocaron la bandeja sobre una mesa a la cual

acercaron una silla. Fletcher despidió al muchacho con toda la autoridad que le daba su posición y terminó rápidamente de afeitar a su patrón, tras lo cual le dejó algunas toallas tibias para que completara su aseo matutino.

Darcy terminó rápidamente y luego se presentó en el vestidor, donde Fletcher lo ayudó a prepararse para su paseo a caballo. Se puso la ropa de manera mecánica, con la cabeza curiosamente adormilada. Murmurando unas palabras de agradecimiento, regresó a su alcoba y levantó la tapa de la bandeja del desayuno. El fuerte aroma del café y de un trozo de carne perfectamente bien aderezada lo sacó con suavidad de su adormecimiento y después de unos cuantos bocados comenzó a sentirse mucho mejor. El reloj de la habitación dio las siete; Darcy se levantó, agarró sus guantes, el sombrero y la fusta, y salió en silencio a encontrarse con la mañana.

Parado al pie de las escaleras que descendían hasta el sendero de los carruajes, *Nelson* sacudía la cabeza, avanzando un poco y retrocediendo luego, e intimidando en general a todos los mozos de cuadra de Netherfield. Enderezó las orejas al oír que la puerta se abría y giró su enorme cabeza hacia el lugar de donde procedía el ruido. Después de ver a su amo, estampó el casco con fuerza en el suelo, peligrosamente cerca del pie del mozo, y lanzó un grosero resoplido, que dejó escapar columnas de vapor que se mezclaron con el frío aire de la mañana.

—Buenos días, señor —dijo el mozo jadeando y sin tratar de ocultar la sensación de alivio que cruzó por su cara—. Está un poco agitado esta mañana, señor.

—¡Eso parece! ¿Te ha estado causando problemas otra vez? —Darcy miró a *Nelson* con el ceño fruncido, pero el animal sólo se agitó al oír la reprimenda, movió la cabeza y soltó otra bocanada de vapor—. Pareces un verdadero dragón esta mañana, viejo amigo. —Darcy tomó las riendas y, declinando el ofrecimiento de ayuda por parte del caballerizo, saltó sobre la silla. *Nelson* aprovechó el momento de calma que reinó mientras Darcy revisaba los estribos, para ejecutar una danza de saltos y sacudidas que le recordaron a su jinete que, en el mundo de los caballos, él estaba tan bien relacionado como Darcy—. ¡Ah, de modo que así es! Estás tan lleno de tu propio orgullo que desprecias practicar los modales de un caballero. —Darcy tomó las riendas y tiró de ellas hasta que tocaron la boca de *Nelson* y luego le hizo un gesto de asentimiento al mozo para que le soltara la cabeza.

El entusiasmo del caballo cuando Darcy le permitió comenzar un trotecito suave fue palpable, lo cual confirmó su sospecha de que la salida de esa mañana sería un duelo de temperamentos. Extrañamente, no era una perspectiva que le desagradara. Los rigores de un ejercicio como ése seguramente aliviarían, o tal vez disiparían por completo, la opresión que todavía sentía en el corazón.

—¡Es evidente que los dos necesitamos exorcizar unos cuantos demonios! —susurró Darcy. Las orejas de *Nelson* se movieron hacia atrás al oír la voz de su amo y el resoplido que siguió le aseguró al jinete que el

caballo estaba totalmente de acuerdo.

A medida que se aproximaban a una cerca que circundaba el inmenso campo que había al este de la mansión, Darcy ordenó a su caballo pasar a medio galope y apretó la mandíbula al sentir que *Nelson* tomaba impulso para saltarla. En cuestión de segundos, la cerca apareció frente a ellos, brillando en medio de la bruma matutina. Caballo y jinete se lanzaron con determinación; el mundo entero se redujo al golpeteo de esos cascos, los crujidos del cuero y la cerca que tenían enfrente, que desapareció de repente cuando *Nelson* levantó las patas delanteras. Arqueó el lomo y, en medio de un silencio intemporal, llevó a su jinete por encima de la cerca. Aterrizó con un golpe que le arrancó un rugido a sus enormes pulmones, pero su grupa ya estaba lista para el largo galope campo a través. Darcy agachó la cabeza de manera impulsiva, hombre y bestia protegiéndose del viento, y volaron como si los persiguieran los mismos perros del infierno.

Caballo y jinete regresaron varias horas después, completamente exhaustos, pero en total armonía el uno con el otro. Darcy deslizó su cuerpo agotado por el lomo de *Nelson* y le quitó las riendas por encima de la cabeza, mientras los mozos de la caballeriza se apresuraban a llevar de nuevo al establo a su tenebroso protegido. Relajado por el ejercicio, *Nelson* permitió que se aproximaran, eximiéndolos de la acostumbrada demostración de carácter que solía hacer frente a los subalternos y limitándose a darle a su amo un empujón y un relincho que reclamaba su atención. Darcy buscó en su bolsillo con una sonrisa cansada, y sacó unos terrones de azúcar, que agitó frente a la atenta mirada de *Nelson*. Demasiado agotado para soportar esa broma durante mucho tiempo, el caballo avanzó directamente hacia el pecho de Darcy, exigiendo su premio. Después de soltar un gruñido por la fuerza del golpe, Darcy abrió la mano y *Nelson* agarró los terrones con la boca. El caballero se frotó el pecho mientras el animal masticaba el azúcar y luego, con una última palmadita, les entregó las riendas a los mozos que lo esperaban. Pero antes de que llegara a moverse, *Nelson* resopló con suavidad sobre el pecho y la cara de su amo, a modo de disculpa, y sopló delicadamente en su oído.

—¡Aceptadas! ¡Bestia sin principios! Ahora vete. Y recuerda: sé amable con los chicos. —Con fingida mansedumbre, *Nelson* siguió a sus jóvenes cuidadores hasta el patio del establo, y Darcy dio media vuelta hacia la casa. Ya iba demasiado retrasado para el desayuno y además muy sucio, según notó con desconsolada satisfacción. Sería imposible presentarse a la mesa antes de una hora por lo menos, lo cual sobrepasaría totalmente el tiempo razonable para que lo esperaran. Al ver a Stevenson en el vestíbulo, le pidió que les presentara sus excusas a los anfitriones y luego se dirigió a tomar un reparador baño de agua caliente, que Fletcher pronto le tendría preparado.

Debía de estar a medio camino en la escalera, cuando oyó que se abría una puerta en el piso inferior.

—... muy amable, señor Bingley, pero así debe ser. Para entonces, Jane ya estará completamente restablecida y la verdad es que ya hemos abusado demasiado de su hospitalidad. —La clara voz de Elizabeth llegó hasta él.

—¡Abusar, señorita Elizabeth! Yo espero que usted no piense eso, porque nosotros no lo creemos así. No permitiría, por nada del mundo, que la salud de la señorita Bennet se viese resentida, y menos aún por la noción errónea de haber abusado del placer que nos proporciona tenerlas aquí. Después de todo, somos vecinos y debemos... mmm... preocuparnos por los otros como nos preocupamos por nosotros mismos.

Darcy oyó la deliciosa risa de Elizabeth al responder:

—No ha *citado* usted bien las Escrituras, señor Bingley, pero no tengo ningún reparo ante su *aplicación* del sermón del domingo pasado. Una atención tan diligente hace que sienta una gran curiosidad por saber cuál será el resultado del de mañana.

Darcy se puso los dedos sobre la boca para contener la risa que habría delatado su presencia. Cuando pasó el peligro, bajó la mano pero comenzó a frotarse el pecho de manera inconsciente, pues la sensación de opresión volvió a asaltarlo.

—Entonces, ¿están decididas a marcharse mañana? —Darcy reconoció un tono lisonjero en la voz de Bingley, señal de que su poder de persuasión había llegado a su límite.

—Oh, ¡debería darle vergüenza, señor Bingley! Usted quiere hacerme sentir como una absoluta ingrata, pero debe saber que soy inmune a esas maquinaciones. Olvida usted que tengo tres hermanas menores que emplean con frecuencia un tono similar. Soy bastante versada, señor, en cómo resistir las lisonjas.

La risa sincera de Bingley resonó en el vestíbulo.

—Ya me conoce usted demasiado bien, señorita Elizabeth.

—Demasiado bien como para creer que usted aún no se da cuenta de lo inmensamente agradecidos que estamos con usted sus vecinos Bennet —contestó la muchacha con voz suave—. De verdad, ha sido muy amable con mi adorada Jane y conmigo. —Hizo una breve pausa y añadió—: Ahora debo subir junto a Jane, y si sigue sintiéndose mejor, las *dos* bajaremos más tarde esta mañana. Señor Bingley.

Con el mayor sigilo posible, Darcy subió el resto de los escalones y dobló con pasos rápidos la esquina del corredor que conducía a sus habitaciones. Cuando cruzó la puerta, la cerró con cuidado, sin hacer ningún ruido, y soltó la respiración que había estado conteniendo. *Entonces se va mañana.* Recorrió con sus ojos la habitación como si estuviese buscando algo, sin saber todavía qué. Luego soltó un gruñido, tocó la campana para llamar a Fletcher, se sentó pesadamente en un sillón y comenzó a desabrochar los botones de la chaqueta. *Una bendición, realmente. ¡Ya lleva demasiado tiempo aquí!* Una vez que hubo acabado con los botones, se concentró en la corbata, tirando con fuerza de sus extremos hasta desanudarla. *Y a ti te gusta más de lo que debería...* Hizo una pausa en su lucha con la tela y dejó caer las manos. *¡Te gusta! ¡Pobre imbécil, ni siquiera puedes ser sincero contigo mismo!* Se levantó y comenzó a pasearse de un lado a otro, abrió la puerta del vestidor y, al no encontrar a nadie allí, se dirigió nuevamente a la campana y volvió a tocar. Acababa de desplomarse otra vez sobre el sillón, cuando Fletcher abrió la puerta del vestidor.

—Señor Darcy, su...

—¡Ya era hora de que apareciera! ¿Ya está listo mi baño, o tendré que subir el agua yo mismo? —le gritó a su ayuda de cámara. La expresión de la cara de Fletcher conmovió a Darcy hasta la médula, y por espacio de unos cuantos segundos, amo y criado se miraron en silencio—. Fletcher, ¿sería usted tan amable de perdonarme esta lamentable grosería y esas palabras tan injustas? Usted me ha servido bien y con lealtad durante siete años y no merece tener que soportar mis explosiones de mal humor. —El ayuda de cámara relajó los hombros ligeramente, inclinándose en señal de aceptación—. Buen chico —respondió Darcy agradecido y se levantó del sillón. Pasó junto a Fletcher camino del vestidor, mientras echaban en la bañera los primeros baldes de agua caliente. Fletcher levantó los brazos y, con mucho cuidado, retiró la chaqueta de los hombros de su amo y la deslizó por los brazos. La indomable corbata también fue sacada. Darcy se sentó mientras uno de los ayudantes de la cocina le quitaba las botas y su ayuda de cámara organizaba sus artículos de tocador.

—Así está bien, Fletcher. Deme, digamos, veinte minutos.

—Muy bien, señor. ¿Hay algo más que pueda traerle, señor? —Darcy negó con la cabeza—. Me *he enterado* de cierta noticia, señor.

—¿De verdad? ¿Y qué «cierta noticia» es ésa, Fletcher?

—Las señoritas Bennet regresarán a su casa mañana, después de los servicios religiosos. —Fletcher abrió la puerta de servicio del vestidor—. Pero tal vez usted ya lo sabía. —Darcy levantó la vista hacia su ayuda de cámara, pero Fletcher ya estaba a salvo al otro lado de la puerta.

Las murallas de Badajoz seguían en pie después de un día de incesantes bombardeos de la artillería y los comandantes de la operación acababan de recibir la orden de retirarse, cuando Darcy oyó que la puerta de la biblioteca se abría. Al bajar, había encontrado que todos los salones estaban desiertos, sin que hubiese rastro de los Bingley ni de sus invitados.

—Están tomando el aire en el cenador, señor —fue la respuesta del mayordomo a su pregunta sobre el paradero de los anfitriones. Así que con la casa maravillosamente en silencio, llevó su libro a la biblioteca y se instaló durante una hora a «seguir el tambor», hasta que sus anfitriones regresaran.

La puerta estaba precisamente detrás de él, así que, al oírla, dijo por encima del hombro:

—Charles, ¡esto es realmente increíble! Permíteme que te lea... —Darcy alcanzó a ver con el rabillo del ojo un fragmento de muselina amarilla bordada que le reveló enseguida que la persona que había entrado en la estancia no era Bingley. Levantó la vista y se encontró con una visión encantadora: la luz del sol que entraba por la ventana de la biblioteca provocaba que el vestido de la muchacha resplandeciera discretamente y resaltaba el color castaño rojizo de su cabello. Darcy tragó saliva. *¡Firme... sin mostrar la más mínima señal!*

—Señorita Elizabeth —dijo con voz neutra, levantándose de la silla. La frialdad de su inclinación fue correspondida con una reverencia

igualmente mecánica.

—Señor Darcy, por favor, no permita que mi presencia lo perturbe.

—Señora. —Darcy hizo una nueva inclinación y volvió a su sitio. Abrió el libro con torpeza, buscó el pasaje que había estado a punto de leerle a Bingley y se quedó mirando la página fijamente, mientras todos sus sentidos permanecían alerta hasta que ella encontrara el libro que estaba buscando y se sentara o, Dios lo quisiera, decidiera abandonar la sala. Darcy se obligó a no mirar más allá del libro, pero el suave roce de los zapatos de Elizabeth, el murmullo del vestido y el discreto aroma a lavanda burlaron su decisión y lo mantuvieron pendiente de la dama más de lo que habría deseado.

Finalmente, la muchacha eligió un libro. Darcy se propuso no levantar la vista y en lugar de eso pasó la página, con deliberada lentitud. Las letras bailaron ante sus ojos, obligándolo a parpadear varias veces y a acercar el libro. Ella pasó flotando frente a él, rozando sus zapatos con la falda, y se sentó en el asiento que estaba a su derecha, separado sólo por una pequeña mesa sobre la que había una lámpara de bronce. Entonces reinó el silencio en el salón, interrumpido sólo por el sonido de las páginas al pasar y los ocasionales suspiros que provenían del asiento a su derecha.

Darcy trató de relajarse, y cuando creyó haberlo conseguido, volvió a fijar su atención en el libro, pero encontró que no había retenido ni una sola palabra de la página anterior. Molesto consigo mismo, volvió a girar la página para leerla de nuevo. Un delicado bostezo seguido de más ruidos lo hizo detenerse a media página, y pasaron varios minutos antes de que pudiera concentrarse nuevamente en la lectura. Todo su ser estaba pendiente de los gestos de la muchacha y el esfuerzo por parecer indiferente requería toda su voluntad. Podría abandonar la biblioteca, claro, llevarse su libro a cualquiera de los innumerables lugares de la casa, pero una irritable testarudez le impedía retirarse de allí, su habitual refugio del mundo, y ¡entregárselo a *ella*! Darcy volvió a fijar los ojos en la parte superior de la página y se obligó a prestar estricta atención a cada palabra. *¡Listo!* Pasó la página.

Elizabeth se levantó de la silla y volvió a colocar el libro en la estantería, pero, para desgracia de Darcy, en lugar de salir, comenzó a buscar otro volumen. La agonía provocada por la primera búsqueda se repitió con la misma intensidad, y Darcy estaba considerando seriamente retirarse, cuando un golpecito en la puerta los sorprendió a los dos.

—Adelante —dijo Darcy con voz ronca.

—Discúlpeme, señor... señora. Señorita Elizabeth. La señorita Bennet se ha despertado y pregunta por usted —informó Stevenson en voz baja.

—¡Ah! Gracias, Stevenson. Subo enseguida —respondió la muchacha y, volviéndose hacia Darcy, le hizo una reverencia rápida, apresurándose a salir de la estancia.

Bajo el efecto del eco producido por la pesada puerta de roble al cerrarse, Darcy dejó caer el libro sobre las piernas y cerró los ojos, mientras se masajeaba con los dedos las sienes. *¡Esto es intolerable!* Al no encontrar alivio para su alterada sensibilidad, se levantó de la silla y comenzó a pasearse de un lado a otro, sobre la delicada alfombra Aubusson que Bingley había puesto allí el día anterior.

¡Gracias a Dios se va mañana, antes de que yo me convierta en el más deplorable tonto que ha suspirado por el favor de una dama! ¿Y por qué me porto cada día de manera más estúpida? Ella ha hecho que se produzca una desavenencia entre Bingley y yo, ha provocado que la lengua de la señorita Bingley me persiga como un gato entre gallinas, encuentra que todo lo que digo es erróneo, me ha insultado a la cara y, cuando es totalmente indiferente a mi presencia, destruye por completo mi tranquilidad! El zapato derecho de Darcy golpeó algo al pasar y lo envió rodando por el suelo. Al mirar hacia abajo, Darcy vio el libro de *Badajoz* deslizándose hacia la estantería.

—¡No! —gritó con impotencia, cuando el libro se estrelló contra la pared. Darcy se apresuró a recoger su preciado volumen y comenzó a darle vueltas. Aparentemente no había sufrido ningún daño que un poco de aceite no pudiera arreglar. Cuando estaba frotando la cubierta de cuero contra sus pantalones, vio en la estantería un volumen que no estaba completamente alineado con el resto. Se metió su libro bajo el brazo y se estiró para empujar el otro, pero se detuvo al darse cuenta de que era el que había despertado los suspiros de Elizabeth. La mano de Darcy cayó sobre el estante y sus dedos comenzaron a darle golpecitos, mientras miraba el lomo. *¿Qué había estado leyendo Elizabeth?* Su animadversión hacia la muchacha fue rápidamente superada por su detestable fascinación por ella. *¿Qué tipo de libros le gusta leer?* Darcy se quedó allí sin saber qué hacer, sopesando, por un lado, la invasión a la intimidad de la muchacha y, por otro, la satisfacción de su creciente curiosidad.

Con seguridad es una estupidez, se dijo finalmente, y como si la mano estuviera actuando por voluntad propia, tomó el libro, lo sacó y lo abrió en la primera página. El título, *El paraíso perdido,* resonó ante su rostro asombrado. Sus ojos bajaron por la página. «Obra de John Milton». Un examen más cuidadoso reveló un marcador de página compuesto por varios hilos de bordar, que estaba indicando el lugar donde había suspendido la lectura. Darcy abrió la página un momento. Luego cerró el libro con cuidado y volvió a colocarlo lentamente en el estante, mientras examinaba los hilos de colores brillantes que yacían ahora en la palma de su mano y la cabeza le daba vueltas, llena de preguntas.

¡Milton, entre todos los poetas, y *El paraíso perdido,* entre todas sus melancólicas obras! *¿Qué es lo que pretende leyendo esos versos tan densos, que tienen casi un siglo y medio de antigüedad? Ciertamente no es un autor de moda. ¡Por Dios, ya nadie lee a Milton!* Tan pronto como ese último pensamiento cruzó su mente, Darcy sintió un estremecimiento y recordó con claridad la última vez que había visto la obra de Milton. *El paraíso recobrado,* encuadernado delicadamente en cuero, ocupaba un puesto de honor entre los libros que había sobre la mesita de noche de su padre, durante los últimos meses de su vida. Darcy frunció el ceño con gesto sombrío, cuando una feroz puñalada de dolor lo sacudió al recordar esos días. Se llevó al pecho la mano en la que tenía el marcador de páginas de Elizabeth e hizo presión, tratando de disipar el dolor.

Algunas voces y el sonido de unas botas en el vestíbulo lo avisaron de que Bingley y su grupo estaban de vuelta. Darcy se guardó los hilos en el bolsillo, se apartó rápidamente de la estantería, trató de recuperar la

compostura, o algo parecido, y estaba a punto de alcanzar la puerta de la biblioteca, cuando ésta se abrió y apareció el rostro enrojecido de Bingley.

—¡Darcy, por fin! Has logrado evitarnos toda la mañana, y simplemente no estoy dispuesto a dejarte escondido en la biblioteca en un día como hoy. Visitamos el cenador, una estructura magnífica, por cierto, y acabamos de llegar terriblemente sedientos. He pedido que nos sirvan unos refrescos en el invernadero, para que la señorita Bennet pueda disfrutar de un poco de sol, e insisto en que nos acompañes —dijo Bingley. Darcy asintió en señal de aceptación. Bingley hizo una pausa y luego siguió diciendo, con tono de disculpa—: Ah, Darcy, amigo mío, sé que es una gran impertinencia por mi parte, pero sería posible que, bueno... ¿podrías abstenerte de pelearte con la hermana de la señorita Bennet hoy? Seguramente ya estarás enterado de que se marchan mañana. No quisiera que ella se sintiera perturbada.

—¡Pelearme con la señorita Elizabeth! Mi querido Charles, ¡yo no me «peleo» ni con ella ni con nadie!

—Polemizar, entonces, Darcy —puntualizó Bingley e hizo una pausa para mirar a su amigo con expresión suplicante—, de verdad lamento muchísimo que tú y la señorita Elizabeth no os entendáis, pero...

—No temas, Bingley. Creo que sé cómo comportarme en sociedad —lo interrumpió Darcy, incapaz de reprimir el impulso de ser sarcástico. Bingley se ruborizó al oír el tono de Darcy, lo cual hizo que éste se reprendiera por la hostilidad de sus palabras, por segunda vez en el mismo día; algo sin precedentes.

—Charles, te ruego que no tengas en cuenta mi grosería y mis deplorables modales. No me he sentido bien últimamente. Es una sensación muy desagradable, te lo aseguro, y he sido tan descortés que he permitido que los demás padezcan los efectos de esa sensación. Te presento mis más sentidas excusas por la incomodidad que esto te ha causado.

—¿La incomodidad... que me ha causado a *mí*? —farfulló Bingley. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada ante la expresión de desconcierto de su amigo—. Darcy, cuando pienso en las situaciones de las cuales me has rescatado, ¡debido totalmente a mi propia estupidez! Bueno, siento que nunca voy a poder compensarte. Pagarme con la misma moneda *no* es lo que había esperado, pero la cuota es mínima comparada con el excelente balance. —Hizo una pausa, inclinándose ante Darcy—. Está olvidado, señor, con sumo gusto. Ahora, ven conmigo y vuelve a reunirte con la raza humana. Después de todo, no somos tan malos.

Al ver tanta bondad, Darcy esbozó una sonrisa y dio gracias a Dios por haberle dado un amigo como ése. Colocó el libro sobre el escritorio y siguió a Bingley.

Aunque le había garantizado a su amigo que sería capaz de comportarse como un caballero, Darcy no pudo ver con neutralidad la reunión en el invernadero. Era muy poco probable que surgiera en la conversación un tema lo suficientemente interesante o divertido como para distraerlo de su atención hacia Elizabeth. A Hurst lo desechó enseguida. Bingley estaría pendiente de la señorita Jane Bennet. La señorita Bingley, instigada por su hermana, se dedicaría, a su vez, a

adularlo a él, o trataría de molestar a la dama que consideraba como su rival. La única esperanza de una conversación animada estaba centrada en la persona a la que prestarle atención entrañaba un gran peligro. Si quería tener éxito en extinguir cualquier idea de que Elizabeth Bennet tenía la mínima influencia sobre su felicidad, su comportamiento hacia ella ahora sería definitivo.

Las damas y Hurst iban delante, enfrascados en esporádicos comentarios de admiración ante las plantas que todavía conservaban sus flores. Tal como Darcy había previsto, Bingley se apartó de él y se dirigió hasta donde estaban las hermanas Bennet, lanzando exclamaciones sobre el buen aspecto que presentaba Jane. Una delicada sonrisa apareció en los labios de la muchacha al oír el saludo y asintió con serenidad cuando aceptó el brazo que Bingley le ofreció. La señorita Elizabeth le cedió alegremente a Bingley el brazo de su hermana y se quedó un poco rezagada, con una elegancia que a Darcy le habría gustado admirar, pero que negó con determinación. En lugar de eso, le dio la espalda al grupo y examinó el lugar.

El invernadero de Netherfield era pequeño y reclamaba los servicios de un jardinero experto, pero la sensación de exuberancia que producía su apariencia descuidada le proporcionaba cierto encanto. Era evidente que el anterior ocupante había cultivado la pasión por las plantas exóticas, porque en lugar del sobrio diseño de la mayoría de los jardines bajo cubierta, éste vibraba con la energía del frondoso emparrado que se entrelazaba con el abundante follaje. El aroma a tierra húmeda hizo que Darcy recordara sus extensos jardines y el invernadero de Pemberley.

La aparición de varios criados cargados con bandejas de té y platos de dulces y pasteles hizo que el grupo se acercara a la mesa de hierro forjado que había en el centro. Al ser el último en aceptar su taza, Bingley se detuvo al lado de Darcy y le señaló con un rápido gesto de la barbilla los asientos vacíos junto a Elizabeth y su hermana. Darcy declinó la invitación en silencio, aunque no pudo evitar negar la sensación agridulce que le produjo aquella oportunidad perdida. Se acomodó en un sitio algo alejado de los demás, desde el cual podía pasar el rato con seguridad.

De acuerdo con lo previsto, la conversación giró todo el tiempo alrededor del baile que Bingley había prometido. Como los demás eran bastante conscientes de su aversión ante semejante idea, nadie pidió su opinión, ni siquiera la señorita Bingley, y así él pudo disfrutar de su silenciosa contemplación. Aliviado al ver que no tendría que participar en una conversación llena de trampas que conspirarían contra su plan, Darcy aspiró los aromas ácidos de la tierra y la vegetación. Éstos despertaron de repente en él una aguda nostalgia. *¡Pemberley!* Durante unos instantes, olvidó todo lo que lo rodeaba, mientras su mente deambulaba con melancolía por su amada casa.

El invernadero había sido su lugar favorito cuando era pequeño y también durante su adolescencia. Allí había reinado su madre hasta el último día, como un tirano benevolente que se ocupaba personalmente de las rosas y obligaba a florecer las plantas exóticas que su marido importaba especialmente para ella. Entre la familia y los empleados de la casa nunca se habló del «invernadero», pues desde los primeros años de



su matrimonio su padre bautizó los esfuerzos de su esposa en ese lugar como «un Edén». Y así, ese nombre quedó para siempre. Cuando su padre estaba próximo a la muerte, insistía en que lo llevaran al Edén todos dos días durante unas cuantas horas, para disfrutar de la compañía y la paz que le brindaban las flores de su difunta esposa. Darcy solía reunirse con él allí a menudo, después de un pesado día de enfrentarse con las responsabilidades que la frágil salud de su padre había puesto sobre sus hombros. Algunas veces hablaban del pasado, otras de los días difíciles que vendrían, pero la mayor parte del tiempo se sentaban en medio de un silencio compartido, más profundo que las palabras. Durante los tres años que siguieron a la muerte de su padre, en los cuales toda su energía y pensamientos estuvieron centrados en Pemberley y en completar los proyectos de su progenitor, el Edén representó para Darcy un doloroso recuerdo y rara vez puso un pie en él, hasta que un día Georgiana expresó su deseo de tener un «pequeño jardín». Juntos eligieron un espacio en el Edén para que ella lo usara y así volvió a convertirse en un visitante regular, pero, en este caso, para elogiar los esfuerzos de su hermana.

Darcy estiró la mano y tomó entre sus dedos una flor desconocida. Tras observarla, volvió a meterla con suavidad entre el follaje, de forma que pudiera ser admirada en todo su esplendor. El sonido de unos delicados pasos detrás de él le hizo bajar la mano con rapidez y dar media vuelta, ocultando el objeto de su observación. Elizabeth se acercó lentamente, con una expresión confusa, pero, en lugar de detenerse, pasó ante él para examinar la manera en que Darcy había colocado la flor.

—Una flor preciosa, señor Darcy, y dispuesta ahora en una posición que la favorece. Pero ¿no cree que la admiración que atraerá será perjudicial para su carácter?

Darcy miró los ojos burlones de la muchacha, pero no se dejó arrastrar a la contienda.

—¿Practica usted la jardinería, señorita Elizabeth?

—Desde niña. Una pequeña parcela, pero me da mucho placer. Y usted, señor, ¿practica la jardinería?

—Sólo soy un ardiente admirador.

—Ya veo. —Elizabeth señaló la flor y luego se detuvo, lanzándole una mirada inquisitiva. Atrapado por la pregunta que vio en los ojos de la muchacha, no pudo desviar la mirada. Darcy se mordió el labio inferior. ¿Acaso ella habría interpretado sus palabras de otra manera?

—¿O, mejor, un perfeccionista, como en todo lo demás? —lo desafió ella. Darcy se limitó a sonreírle y le hizo una ligera inclinación, mientras experimentaba una obscena sensación de placer al ver la molestia que se había reflejado en la cara de la muchacha ante su reticencia. Dejándola sola para que se preguntara por el significado de sus palabras, el caballero pasó al lado de Elizabeth para recordar a Bingley su compromiso en la sala de billar.

Cuando él y Bingley se cansaron de jugar al billar, Darcy se mantuvo ocupado en diferentes cosas durante el resto del día. Leyó y jugó varias partidas de *whist* con las hermanas Bingley y Hurst. Durante la cena sólo habló con Bingley y Hurst acerca de un día de cacería. Después, les escribió cartas a todos los parientes y amigos en los que pudo pensar y

que estuviesen esperando alguna noticia suya. Por último, la velada llegó a su fin y pudo retirarse con toda tranquilidad a sus aposentos. Al cerrar la puerta, tocó la campanilla para llamar a Fletcher y se felicitó por mantenerse en su propósito, pero al desplomarse pesadamente en un sillón, se dio cuenta de que el esfuerzo lo había fatigado de una manera que no guardaba proporción con el efecto que buscaba.

No pienses en eso, se ordenó, mientras cerraba los ojos y bostezaba. *Estás demasiado cansado para analizarlo todo con detalle.* Darcy estiró las piernas y se recostó para esperar a su ayuda de cámara.

—¡Ejem! Señor Darcy. ¡Ejem!

Darcy abrió los ojos lentamente, pero al ver a Fletcher se sentó de un salto.

—¡Fletcher! ¡Debí de quedarme dormido!

—Sí, señor. Estaba usted atrapado en los brazos de Morfeo. ¿Necesita esta noche alguna cosa distinta a lo usual, señor?

—No, no. —Darcy negó con la cabeza y bostezó—. Sólo quisiera continuar lo que empecé aquí en este sillón y lo más pronto posible.

—Claro, señor. ¿Puedo preguntarle qué chaqueta y qué chaleco desea que le planche para los servicios religiosos de mañana? —preguntó Fletcher mientras le quitaba a su amo la chaqueta y la corbata con habilidad. Darcy suspiró; la energía que necesitaba para concentrarse en esa pregunta parecía inalcanzable.

—¿Tal vez la verde, señor, con el chaleco de rayas doradas y grises?

Darcy hizo una mueca y miró a Fletcher.

—Sí, supongo que sí. Aunque es un poco excesivo para una pequeña iglesia de pueblo, ¿no cree, Fletcher?

—¿Excesivo, señor? Notable, ciertamente, pero ¿excesivo? No, señor —le aseguró Fletcher, mientras preparaba la ropa de dormir de su patrón.

Darcy miró de cerca a su ayuda de cámara.

—Así que notable, ¿ah? ¿Y por qué querría yo vestirme de manera «notable» mañana?

La mirada de Fletcher fue una representación del orgullo profesional.

—Señor Darcy. ¡Tengo una reputación que mantener!

—¿En Hertfordshire?

—En cualquier lugar donde usted esté, señor. Es mi deber velar para que usted se presente siempre de una manera acorde con su posición y con la ocasión, señor. —Fletcher siguió con sus preparativos, ejecutándolos con exaltada dignidad.

—¿Y los servicios religiosos de una iglesia de pueblo requieren una presentación «notable»? —preguntó Darcy con tono insistente, pues las protestas de Fletcher habían despertado sus sospechas.

—Perdóneme, señor, pero tenía la convicción de que el Señor estaba tan presente en una «iglesia de pueblo» como en Saint... en Londres.

—¡Ejem! —resopló Darcy—. No estoy totalmente convencido de que su sinceridad en esto sea tan buena como su teología, pero estoy demasiado fatigado para discutir. Que sea la chaqueta verde.

—¿Y el chaleco dorado y gris, señor?

—El gris con dorado —aceptó Darcy—. Aunque todavía no puedo entender por qué tengo que llevar un aspecto «notable» mañana.

—Muy bien, señor. Buenas noches, señor Darcy. —La sonrisa de Fletcher al salir despertó las dudas del caballero, pero la falta de sueño de la noche anterior, el brutal paseo a caballo de la mañana y la extenuante lucha contra su atracción por Elizabeth Bennet habían tenido un precio. En cuestión de segundos, cayó profundamente dormido, en un sopor sin sueños.

Capítulo 8
Su peor enemigo

Darcy se aflojó la corbata, dejándola un poco menos apretada de lo que su ayuda de cámara había juzgado necesario, y luego se miró al espejo mientras Fletcher daba una última sacudida con el cepillo a los hombros de su chaqueta verde.

—Listo, señor. —Fletcher le hizo dar la vuelta, mirándolo con ojo crítico. Se detuvo en el chaleco y, con un preciso movimiento del pulgar, volvió a presionar el doblez de la solapa, asintiendo con la cabeza en señal de satisfacción.

—Entonces ¿tengo su aprobación? —preguntó Darcy un poco exasperado por la extraordinaria atención que Fletcher le había prodigado al arreglar su atuendo para asistir a los servicios religiosos de una mañana cualquiera en la iglesia de Meryton.

—Estará bien, señor.

—¡Bien! Fletcher, confío en que usted no haya perdido la cabeza conmigo. Cuando contraté sus servicios le advertí que no deseaba pasar por un petimetre.

—¡Claro que no, señor! —exclamó Fletcher con dolida presunción—. Ni yo permitiría semejante desatino si alguien tratara de convencerlo de hacer el intento. No es *su* estilo, señor.

—En eso, al menos, estamos de acuerdo. —Darcy agarró sus guantes, mientras Fletcher abría la puerta de la habitación, con el sombrero de su patrón en la mano.

—Que tenga una buena mañana en el día del Señor, señor —dijo el ayuda de cámara haciendo una inclinación y entregándole a Darcy su sombrero de copa y su libro de oraciones. El gesto de Darcy al salir fue uno de esos movimientos de cabeza lentos y pensativos destinados a recordarle a Fletcher quién era el patrón. Completamente seguro del significado del gesto, el sirviente bajó los ojos con humildad y rápidamente cerró la puerta con firmeza.

Sacudiendo la cabeza por la gracia que le había causado el inexplicable comportamiento de su ayuda de cámara, Darcy descendió las escaleras hasta el vestíbulo principal. Al no ver todavía a nadie dispuesto a salir, sacó su reloj de bolsillo para ver si se había equivocado de hora. Comprobó con el reloj del vestíbulo que indicaba la hora convenida. Con el ceño fruncido, guardó el reloj y comenzó a caminar hacia el comedor del desayuno, pero enseguida se detuvo al oír voces que venían del corredor del piso superior. Darcy dio media vuelta y, volviendo sobre sus pasos, rodeó la pilastra de la escalera y miró hacia arriba, preparado para exigir mayor premura.

—¡Elizabeth! —El nombre de la muchacha escapó de sus labios como un susurro, pero ella pareció oírlo porque levantó los ojos que tenía fijos

en el suelo mientras bajaba la escalera para encontrarse con su mirada de admiración. Iba vestida de una manera encantadora, con un traje color crema adornado con delicado encaje blanco, sobre el cual llevaba una chaquetilla amarillo mostaza con ribetes verdes. Los colores le sentaban admirablemente bien, notó Darcy, y teñían su piel de un resplandor dorado. La señorita Elizabeth parecía vacilante, mientras observaba al caballero con una curiosa expresión de sorpresa. Sin pensarlo, Darcy avanzó unos pasos y, cuando llegó al lado de la muchacha, se detuvo y bajó la vista al ver su confusión.

—Señorita Elizabeth —murmuró Darcy y se inclinó hacia delante, teniendo el cuidado necesario debido a la estrechez de la escalera—. ¿Me permite? —Le ofreció el brazo y le señaló los escalones que aún faltaban.

—Señor Darcy... gracias, señor. —La voz de la muchacha tembló un poco cuando tomó el brazo de Darcy y miró afanosamente alrededor del vestíbulo—. Mi hermana viene detrás de mí... Y los demás vendrán enseguida.

—Espero que así sea o llegaremos muy tarde —logró decir Darcy en voz baja y estable, a pesar del temblor interno que le producía el hecho de sentir la ligera presión de la mano de la muchacha sobre su brazo. Era una imagen tan encantadora...; el suave color crema y el amarillo mostaza parecían combinar bien con la manga de su chaqueta. Casi como si...

No, no, ¡Fletcher no podía haberlo sabido! No pudo evitar sentirse invadido por una ligera sospecha. Levantó la vista de su brazo para contemplar el perfil de la mujer que tenía a su lado y luego miró hacia las escaleras detrás de ellos, casi esperando ver a su ayuda de cámara escondido entre las sombras del corredor del segundo piso. Pero, en lugar de eso, apareció el resto del grupo, que estaba a punto de reunirse con ellos.

Deslumbrante con un traje violeta y una capa púrpura con un sombrero a juego adornado con plumas grises, la señorita Bingley comenzó a bajar.

—¡Señor Darcy! Louisa y Hurst ya vienen, pero Charles y la señorita Bennet ya están aquí, como usted puede... —Dejó la frase sin terminar, a medida que se fue acercando, y una mirada de intriga le hizo fruncir el ceño al observar a Darcy.

—¿Señorita Bingley? —dijo él al notar que ella guardaba silencio. Sin pronunciar palabra, la señorita Bingley dejó que sus ojos oscilaran entre Darcy y Elizabeth, mientras los otros se reunían con ellos en el vestíbulo.

—Señorita Elizabeth. —Bingley se acercó a ellos con una sonrisa—. Permítame decirle que tiene un aspecto estupendo esta mañana. Tanto usted como Darcy, en realidad. No podrían haber hecho mejor pareja si lo hubiesen planeado.

Darcy se ruborizó con incomodidad, aunque no estaba seguro de si se debía a la ingenua observación de Bingley o a las sospechas de la complicidad de su ayuda de cámara.

—Sólo una curiosa coincidencia, Charles —se oyó decir a la señorita Bingley, que había recuperado el habla—. Pero no tan notoria como para que merezca comentario alguno.

—¡Coincidencia! —replicó Bingley mientras acompañaba a la señorita

Jane Bennet—. Apostaría a que... —La severa expresión con que Darcy lo miró casi le hizo tragarse la lengua—. Apostaría a que es, tal como tú dices, una mera casualidad. ¿Ya está todo el mundo aquí? ¡Bien! No debemos llegar tarde a la iglesia —terminó de decir apresuradamente, y poniéndose el sombrero, escoltó a las damas hacia la puerta.

Darcy decidió viajar con los Hurst y dejar el entretenimiento de las invitadas en las hábiles manos de Bingley. Ciertamente estaba demasiado malhumorado como para tolerar las especulaciones de la señorita Bingley o su grosería con Elizabeth. La somnolienta atmósfera que Hurst era capaz de proyectar era exactamente lo que necesitaba para contener sus emociones y ponerlas bajo control. Con el fin de desalentar a sus compañeros de viaje de establecer una charla trivial, Darcy abrió su libro de plegarias al azar y obligó a su mente a prepararse para la mañana.

Oh Dios, que por Tu espíritu llevas a

los hombres a desear

Tu perfección, a buscar la verdad y a

regocijarse en la belleza:

Ilumínanos y concédenos la inspiración, te rogamos...

Regocijarse en la belleza. Darcy miró distraídamente por la ventanilla del carruaje hacia el campo, pero sólo vio un par de ojos hermosos y una sonrisa encantadora que lo consolaron en medio de la silenciosa y fría mañana de otoño. *Regocijarme en su belleza... ¿Acaso querría tener ese íntimo derecho?* Darcy suspiró y dirigió nuevamente su atención al texto. *Concédenos la inspiración...* Se recostó contra los cojines con la dolorosa convicción de que estaba sufriendo más bien un ataque de inspiración y no la falta de ella. Qué extraño resultaba el hecho de que, después de haber pasado los últimos dos años reencontrándose con los placeres de la sociedad londinense y rodeado por las jóvenes más hermosas, refinadas y deseables de Inglaterra, descubriera en un remoto rincón de Hertfordshire la belleza y la inspiración que le aceleraban el pulso y le hacían perder la compostura.

... para que en todo lo que sea verdadero, puro y hermoso,

Tu nombre sea venerado y venga a la tierra Tu reino;

A través de Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

Darcy cerró el libro con delicadeza. *Verdadero... puro... hermoso.* Con toda sinceridad, ¿qué mejores requisitos podía tener la mujer con la que uno iba a compartir la vida? Su memoria volvió a oír la larga lista de talentos que había hecho la señorita Bingley para definir a una mujer realmente virtuosa, con la condición adicional de que fuera muy leída.

¿Acaso la encarnación de esa lista le ofrecería una mejor garantía para su futura felicidad que una mujer que fuera verdadera, pura y hermosa?

El carruaje fue disminuyendo la velocidad a medida que el cochero guiaba los caballos hacia el patio de la iglesia y luego se detuvo completamente frente al sendero que llevaba a la puerta principal. Darcy esperó a que Hurst descendiera y le ofreciera la mano a su esposa y luego avanzó hacia la puerta. Con desconsuelo, observó que la señorita Bingley iba detrás de ellos, con la esperanza, sin duda, de sentarse junto a él en el banco. Como era su deber, le ofreció el brazo, el cual ella aceptó con un aire de posesión que dirigió principalmente hacia Elizabeth, pero que incluyó a todo Meryton en general. Mientras Darcy la escoltaba hacia la iglesia, descubrió una sensibilidad artística de la cual no había sido consciente hasta aquel momento y que temblaba ante el terrible contraste que presentaban el púrpura de la señorita Bingley y su propio verde, y nuevamente se preguntó si Fletcher también habría tenido algo que ver con aquella combinación de colores.

Cuando estaba a punto de seguir a la señorita Bingley a través de la puerta, Darcy se detuvo al ver que Elizabeth estaba saliendo, con una sonrisa de disculpa en sus labios. Después de sentarse al final del banco, se inclinó hacia delante y miró a Bingley, que estaba al otro lado, con una ceja levantada en señal de pregunta. Bingley moduló en respuesta la palabra «chal» y se encogió de hombros. El director del coro se levantó en ese momento y les hizo señas a los niños para que comenzaran el himno procesional. El coro de doce miembros inició su solemne procesión por el pasillo, seguido por el vicario y su joven asistente. Unos segundos después, Darcy sintió una corriente de aire cálido y, cuando bajó la vista, vio que Elizabeth estaba a su lado, con un pesado chal de lana en los brazos.

—Por favor, señor, ¿sería usted tan amable de pasarle esto a Jane? —susurró sin aliento. Darcy tomó el chal y se lo pasó a la señorita Bingley, mientras observaba discretamente por el rabillo del ojo cómo Elizabeth vigilaba el avance del chal a lo largo del banco. Darcy supo en qué momento exactamente recibió el chal la señorita Bennet, pues vio la tierna sonrisa que iluminó la cara de su hermana y sintió que él mismo comenzaba a esbozar una sonrisa, cuando el coro terminó el himno y el vicario los invitó a rezar.

Las palabras de la invocación, que resultaban tan familiares para Darcy, fluyeron a través de él, hablándole de un orden superior de grandeza que rara vez dejaba de sobrecogerle, a pesar de que los constantes susurros de la señorita Bingley, que se quejaba del frío y de la duración de la oración, fueron obstáculos enormes. Sonó entonces el «amén», del que hicieron agradecido eco varios de los miembros de su grupo, y se anunció el primer himno. Era un himno que Darcy no conocía, así que prefirió escuchar en lugar de tratar de seguirlo. El hecho de que a su lado se encontrara la dama cuya voz tanto le había gustado la semana anterior fue un mayor estímulo para guardar silencio. Y no se sintió decepcionado; la voz de Elizabeth sobresalía con tono seguro, con un sentimiento y una gracia que lo conmovieron profundamente. En el último verso, Darcy unió su voz de barítono a la voz de soprano de ella, lo cual

provocó la risa a un par de jovencitas que estaban delante. Cuando volvieron a sentarse, el caballero sólo tuvo que soportar una vez el examen de las chiquillas, antes de dedicarles una mirada de censura fulminante que sólo sirvió para desatar otro paroxismo de estupidez por parte de las niñas. Para aumentar su indignación, Elizabeth parecía no poder contener la tentación de unírseles, y tuvo que ponerse rápidamente la mano enguantada sobre la boca, mientras lo miraba con gesto travieso. Darcy la ignoró con arrogancia y dirigió su atención al vicario.

Llegó el momento de la confesión dominical. Darcy murmuró la oración de memoria, sin detenerse mucho pues creía que las frases que se referían a la desobediencia y la ingratitud eran de poca aplicación. Cuando llegaron al momento en que se incluía en la lista el pecado del orgullo, Elizabeth se movió junto a él, y con delicadeza, pero claramente, carraspeó. Esto le proporcionó a Darcy la justificación perfecta para hacer énfasis en el siguiente pecado: la *obstinación,* de una manera que ella no podía pasar por alto.

Cuando se anunció el segundo himno, estaban en un punto muerto y Darcy trató de protegerse de los efectos que tenía la voz de la muchacha sobre sus traicioneros sentidos. Aquel himno sí lo conocía bien. Al girarse ligeramente en dirección a la señorita Bingley, Darcy logró evitar la mirada burlona de Elizabeth, pero con el desafortunado resultado de darle a la otra dama la idea de que podía volver a reclamar su atención. Fue una pésima idea, porque la voz de Elizabeth siguió invadiendo sus sentidos y ahora, además, se vio obligado a lidiar también con los comentarios y las quejas de la señorita Bingley.

—Prepárense para recibir al Señor —pronunció con voz solemne el reverendo Stanley al leer las Escrituras—. Recorran el camino recto a través del desierto hacia nuestro Dios. —Darcy sacó otra vez su libro de oraciones y pasó rápidamente las páginas en busca de esos pasajes.

—¡Tch! —Darcy bajó la mirada al oír el sonido que provenía de la desconsolada actitud de Elizabeth, que se mordía el labio inferior con consternación y contemplaba sus manos vacías. Después de dudar sólo un segundo, puso con galantería el lado izquierdo de su libro entre las manos de ella e inclinó la cabeza para acomodarse de manera que ella también pudiera ver.

—Dios todopoderoso, concédenos la gracia... —leyeron juntos. Inclinado sobre el libro, el aliento de Darcy hacía temblar los rizos que flotaban alrededor de las orejas y las sienes de Elizabeth, distrayéndolo poderosamente de la página que compartían—, para que podamos alejar las obras de la oscuridad y ponernos la armadura de la luz... —Haciendo un gran esfuerzo, Darcy logró concentrarse en el texto y fue capaz de terminar sin que su mente se desviara por peligrosos vericuetos. A su lado, Elizabeth se recostó contra el duro banco, buscando de manera inconsciente una posición cómoda para escuchar el sermón del reverendo Stanley. Los intentos de Darcy por hacer lo mismo fueron totalmente infructuosos. Atrapado como estaba entre dos damas, no se atrevió a permitir que ninguna parte de su cuerpo estuviera demasiado cerca de ellas, así que sus posibilidades quedaron reducidas a sentarse totalmente recto, de una manera que le recordó dolorosamente al pupitre escolar. No

había nada que hacer, de modo que Darcy se resignó a su suerte, cruzó los brazos sobre el pecho y fijó la vista en la cara del vicario.

Providencialmente, el señor Stanley era un enérgico predicador, y atrajo el interés de Darcy con la suficiente fuerza como para permitirle olvidarse, durante la mayor parte del tiempo, de la rigidez de sus músculos y la peligrosa consciencia de la inquietante mujer que tenía a la izquierda. Sin embargo, cuando el servicio concluyó y se cantó el último himno, Darcy estaba ansioso por ponerse de pie y buscar en el exterior la oportunidad de aliviar la tensión de su espalda y sacar a la dama de su mente.

—Señor Darcy —se oyeron dos voces, una de cada lado.

—¿Señorita Bingley, señorita Elizabeth? —dijo Darcy y se quedó esperando con curiosidad a ver cuál de las dos le cedería a la otra su atención.

—Por favor, señorita Bingley, usted estaba primero —dijo Elizabeth que, haciendo una ligera reverencia, se alejó y tomó el brazo del *squire* Justin, a quien le aseguró que su hermana estaba totalmente recuperada. Decepcionado, aunque sin razón, Darcy se volvió hacia la señorita Bingley y le preguntó en qué podía ayudarla. Con una sonrisa triunfal, ella lo tomó del brazo, sin darle la oportunidad de hacer otra cosa que escoltarla por el pasillo lleno de gente.

—No tienen calientapiés, señor Darcy, ¡y con *este* clima! ¡Es increíble! La próxima semana, se lo prometo, ordenaré que traigan los ladrillos del coche, haya calentadores o no.

—Como desee, señorita Bingley —respondió Darcy de manera distraída, mientras fijaba su atención en un pequeño revuelo que tenía lugar en la parte reservada a los criados.

—Tal vez Charles debería pedirle al sacristán que hiciera algo al respecto. ¿Cómo pueden pretender que uno le preste atención al vicario mientras se congela?

—Mmm —musitó Darcy, que apenas la estaba oyendo. Con cierta curiosidad, Darcy examinó el grupo de criados hasta que localizó el lugar de donde provenía la agitación y se sorprendió al ver en el centro a su propio ayuda de cámara.

—¡Qué de...!

—¡Señor Darcy! —exclamó la señorita Bingley—. ¿Qué estará pasando? —Al no recibir ninguna respuesta, siguió la severa mirada de Darcy hasta el rostro de su ayuda de cámara, que le devolvió la mirada con la misma perturbada altivez, mientras sostenía el brazo de una mujer joven con una mano protectora. Tras ellos había un lacayo más bien alto y corpulento, que los observaba con una cólera que podría haber encendido una llama a veinte pasos de distancia.

—¿No es ése su ayuda de cámara? —preguntó la señorita Bingley. Darcy contestó afirmativamente casi sin voz, mientras apretaba la mandíbula de manera amenazante. Atrapado entre dos fuegos, Fletcher bajó los ojos en señal de deferencia hacia su amo, cuya mirada prometía un futuro ajuste de cuentas. El lacayo, al verse intimidado por un caballero, se echó hacia atrás, alejándose de Fletcher y la muchacha, y salió de la iglesia en la dirección opuesta.

Darcy siguió cruzando el pasillo con la señorita Bingley del brazo.

—Su ayuda de cámara... ¿lleva mucho tiempo con usted? —preguntó ella tras unos instantes de silencio.

—Bastante —contestó Darcy lacónicamente.

—¿Y le presta un buen servicio? ¿Sin arranques de mal genio o problemas con los colores?

—¡Claro que no! Al menos... —Darcy guardó silencio, considerando lo que acababa de presenciar—. Por lo general, es totalmente digno de confianza. Pero, me pregunto cuál es su interés en mi ayuda de cámara, señora.

—Ah, simple curiosidad, señor. Pero, dígame, ¿alguna vez lo ha visto confundir el verde con el gris?

Después de llevar a la señorita Bingley hasta su vehículo a la salida de la iglesia de Meryton, Darcy se dirigió al carruaje de los Hurst para regresar a Netherfield tal como había venido. Las damas estaban subiendo hacia sus habitaciones cuando él se quitó el sombrero y los guantes y se deshizo de su abrigo, a la entrada de Netherfield. Algunas frases acerca del inminente regreso de las hermanas Bennet a Longbourn llegaron hasta sus oídos cuando se detuvo un momento y observó con cierta preocupación la nostalgia con que Bingley las miraba.

—Si quisieras ofrecerme una bebida caliente, viejo amigo, aceptaría encantado —propuso Darcy con cuidado.

Bingley volvió en sí y, sacudiendo la cabeza en señal de disculpa, contestó que pediría algo enseguida.

—¿Un chocolate estaría bien?

—¡Excelente! ¿En la biblioteca? Tienes que oír el relato que leí ayer sobre la caída de las murallas de Badajoz. —Bingley asintió de manera débil y se marchó para ordenar las bebidas, mientras Darcy se dirigía a la biblioteca, ansioso por desaparecer de cualquier lugar que pudiera atraer a las hermanas Bingley o, en particular, a sus invitadas que estaban a punto de marcharse. La prolongada proximidad con Elizabeth en la iglesia lo había perturbado y ciertamente había contrariado su plan de permanecer lejos de ella hasta que se marchara. Darcy sabía que debía emplear bien el poco tiempo que quedaba. Y su mejor alternativa era salvaguardarse de cualquier contacto con ella hasta que la cortesía exigiera su presencia. Si su plan exigía distraer la atención de Bingley de la señorita Jane Bennet, aún mejor.

Darcy y Bingley pasaron una hora muy agradable «tomando» Badajoz desde la comodidad de sus sillones frente a la chimenea de la biblioteca. El relato del autor, lleno de suspense, sumado al talento de Darcy para infundirle a la narración un sentido de cercanía y heroísmo tuvieron completamente fascinado a Bingley. Al levantar la vista del texto, Darcy se sintió feliz de ver cómo la expresión de su amigo fue cambiando gradualmente de un interés puramente cortés a una intensa expectación, así que cuando Stevenson les informó de que las señoritas Bennet estaban a punto de marcharse, Darcy se felicitó al detectar en Bingley una momentánea sensación de decepción por la interrupción.

Al acompañar a su amigo hasta el vestíbulo principal, Darcy tuvo cuidado de quedarse en segundo plano, mientras observaba con

indiferencia los movimientos de los participantes en la despedida. El alivio de la señorita Bingley por la partida de las damas era casi palpable, y el de su hermana, apenas un poco menor. Hurst se marchó del vestíbulo tan pronto como se lo permitió la decencia y Bingley se quedó solo, expresándoles a las damas la sincera sensación de pérdida que le producía su partida. Cuando por fin dio un paso al frente, Darcy se inclinó brevemente ante la señorita Jane y le deseó un buen viaje a casa y la continuidad de su buena salud. Luego se volvió hacia su hermana, listo para pronunciar palabras similares, pero casi pierde su estudiada gravedad al percibir con sorpresa la agitación que tenía lugar en los ojos de la señorita Elizabeth.

—¿Señorita Elizabeth? —preguntó.

—Señor Darcy —respondió ella con una voz que requirió que él se acercara un poco más para oírla mejor—. Señor Darcy, le aseguro que no tengo ningún deseo de entrometerme en sus asuntos domésticos o involucrarlo a usted en historias locales. —Se detuvo un momento con evidente incomodidad, pero tras recuperar la compostura, siguió adelante—: Temo que a usted le parezca que esto es una intolerable imposición, pero, por favor, permítame poner en su conocimiento el gran servicio que su criado le hizo esta mañana a la pequeña Annie Garlick.

—El señor Fletcher es muy consciente de la conducta que espero de quienes están a mi servicio —respondió Darcy con arrogancia, pero con curiosidad por el interés de la muchacha en el incidente.

—¡Oh, me alegra tanto oír eso, señor Darcy! —fue el comentario de la muchacha.

¡Lo había vuelto a hacer!, pensó Darcy, sin saber si debía sonreír o fruncir el ceño. *Ahora, ¿qué quería exactamente que dijera?*

—¿Qué quiere decir con eso, señorita Elizabeth?

—Bueno, sabiendo que cuenta con su total respaldo y sus más altas expectativas para alentarlo, su ayuda de cámara hizo lo que ninguno de los otros sirvientes estaba dispuesto a hacer, ni tampoco ninguno de los caballeros del pueblo.

Darcy decidió dejar de fingir que no entendía.

—El lacayo corpulento —dijo.

—Sí —contestó Elizabeth sonriendo—, ese hombre estaba molestando a la pobre Annie de la manera más vulgar. Su ayuda de cámara se portó con ella como un caballero de brillante armadura.

La imagen de Fletcher vistiendo una armadura y preparado para combatir cruzó por la mente de Darcy y amenazó con causarle un estado de hilaridad que rara vez había disfrutado gracias a una dama. Ocultó su risa aclarándose la garganta.

—Humm, ¡un caballero! Bueno, tendré en mente sus palabras la próxima vez que hable con él. —Se inclinó con elegancia ante ella—. Buenos días.

—Señor Darcy —respondió ella. Luego hizo la respectiva reverencia y se marchó.

Más tarde, cuando Fletcher entró calladamente en la alcoba de su

amo para ayudarlo a vestirse para la cena, Darcy se tomó su llegada con mucho más interés del que se imaginaba que su ayuda de cámara quería recibir.

—Fletcher, quisiera hablar con usted acerca de esta mañana —comenzó.

—Sí, señor, un momento, señor —contestó el sirviente, y desapareció en el vestidor. Darcy hizo una pausa, enarcando una ceja, sorprendido. Al ver que Fletcher seguía sin aparecer después de unos instantes, Darcy decidió dirigirse hacia la puerta del vestidor, pero se estrelló contra su ayuda de cámara, haciendo que éste dejara caer al suelo los pantalones de gala negros que llevaba en los brazos. Mientras Darcy se apartaba, Fletcher se agachó para recogerlos y casi lo hace resbalar al tirar de ellos sin darse cuenta de que Darcy tenía una bota encima. El sonido de la tela que se rompía rasgó el aire e hizo que los dos hombres se quedaran inmóviles.

—Señor Darcy. ¡Sus pantalones! —gritó Fletcher. La mirada de horror que se reflejó en el rostro de Fletcher contrastó de manera tan irónica con la imagen de héroe que habían pintado las palabras de Elizabeth, que Darcy no pudo evitar que sus labios se curvaran en una mueca burlona. Rápidamente el esbozo de risa se convirtió en carcajada incontenible mientras Fletcher mostraba los pantalones rotos y miraba a su amo en total estado de confusión. En aquel momento, el caballero sólo pudo desplomarse sobre el sillón más cercano y ponerse una mano sobre los ojos tratando de recuperar la compostura.

—¿Señor Darcy? ¿Señor? —La voz de Fletcher contenía una nota de preocupación, en tanto que su patrón continuaba tratando de ahogar la risa que amenazaba con estallar nuevamente cada vez que miraba a su ayuda de cámara o a los pantalones.

—Señor Fletcher —logró decir finalmente—, recuerdo con claridad que tenía algo importante que discutir con usted, pero le juro que no puedo recordar de qué se trataba. Usted probablemente sabrá mejor que yo lo que debería estar comentando en este momento; así que, si es usted tan amable, ¡considérelo dicho! ¡Y no se preocupe por los pantalones, hombre!

—Sí, señor. Claro... Buscaré otro par enseguida. ¡Gracias, señor! —dijo Fletcher tartamudeando y fue fiel a su palabra.

En un tiempo récord de veinte minutos, Darcy estuvo listo para salir de su habitación. Cuando su ayuda de cámara comenzó a recoger la ropa sucia, Darcy se detuvo un momento. Las maquinaciones de la noche anterior, coronadas por la escena de la iglesia, exigían al menos que demostrara una cierta molestia por su parte. Aunque no tenía pruebas concluyentes de las primeras y, en cuanto a lo segundo... Bueno, el hombre había conseguido los elogios de un importante personaje. Darcy sacó su reloj y jugueteó un poco con la cadena mientras contrastaba la hora con el reloj de la habitación. Finalmente lo volvió a guardar en el bolsillo del chaleco.

—Fletcher, un momento.

—Señor Darcy. —La actitud de Fletcher le confirmó que su ayuda de cámara había recuperado gran parte de su aplomo habitual.

—He mencionado un asunto de importancia, ¿recuerda? —Fletcher se quedó inmóvil y miró a su patrón con inquietud—. No sé por qué ni cómo, pero eso no debe repetirse. ¿He sido lo suficientemente claro? —Fletcher asintió con la cabeza—. La señorita Bingley me transmitió su irritación con toda claridad y no quiero volver a soportarlo otra vez.

—¿La señorita Bingley, señor? ¿Qué le ha hecho Annie a la señorita Bingley? —El desconcierto de Fletcher coincidía con el de Darcy.

—¿Annie y la señorita Bingley? ¡Bueno, nada! —contestó Darcy.

—Entonces, ¿usted no está disgustado por lo de Annie, señor? De verdad, ¿qué más puede hacer un cristiano sino defender a una pequeña inocente de ese enorme...?

—No estoy hablando de la joven, Fletcher, ¡sino de la señorita Bingley! Aunque no puedo decir que me agrade ver a alguien tan íntimamente conectado a mi servicio involucrado en un altercado como ése.

—Señor Darcy, le juro por mi vida que nunca he tenido un altercado con la señorita Bingley —declaró Fletcher aterrado.

—No, no, no con la señorita Bingley. —Darcy estaba a punto de darse por vencido en la tarea de hacerse entender—. Fletcher, escuche... —El reloj de la habitación dio las ocho, lo que significaba que él debía estar en el primer piso justo en ese momento—. Estoy seguro de que usted entiende lo que quiero decir —dijo con frustración— y espero que sepa cumplirlo.

—Por supuesto, señor —dijo Fletcher, inclinándose. Darcy asintió con la cabeza, sin sentirse totalmente satisfecho, y con una ligera sensación de confusión. Después de recibir otro gesto de asentimiento de Fletcher, Darcy se apresuró a bajar al comedor.

La placentera tranquilidad del domingo se convirtió el lunes en un inesperado tedio. El interés de Bingley en las dificultades de la administración de una propiedad fue decayendo y no fue compensado por el despertar de la actividad social de la señorita Bingley después de que se marcharan sus inesperadas huéspedes. Varias de las personalidades locales y sus esposas vinieron a cenar, pero ninguno de ellos fue capaz de traer la chispa a la cual se había acostumbrado Darcy. Por tanto, al día siguiente, cuando Bingley sugirió un paseo a caballo hasta Meryton que terminara en una visita a Longbourn, «para preguntar por la salud de la señorita Bennet por cortesía», Darcy accedió con una celeridad que sorprendió a su amigo.

Las cuatro millas hasta Meryton a través de sinuosos senderos en medio del campo les brindaron a los dos hombres amplia oportunidad de llenar sus pulmones con el aire tonificante de un hermoso día otoñal. Al notar que sus jinetes se mostraban extraordinariamente complacidos con el recorrido, sus inquietas cabalgaduras se identificaron con ese sentimiento y emplearon todas sus habilidades para hacer de la salida un grato paseo, alentados por las risas de sus amos y las afectuosas y divertidas exclamaciones concernientes a sus orígenes hasta que el pueblo apareció en la lejanía. Allí, necesariamente adoptaron de nuevo

modales más caballerosos. Mientras avanzaban por la calle principal, Bingley detuvo su caballo y se empinó sobre los estribos, interesado en la escena que tenía enfrente, lo cual intrigó a su amigo.

—¿Qué pasa, Bingley? ¿Qué estás mirando? —preguntó Darcy, examinando él también la calle.

—¿No las ves, Darcy? La familia Bennet, o mejor, sólo las damas y otros caballeros. A la izquierda, cerca de la tienda de telas. —Dirigió la mirada hacia donde señalaba su amigo, y las vio, rodeadas de algunos oficiales y otros dos caballeros, uno de los cuales parecía ataviado con el traje negro de los clérigos.

—¡Qué suerte! Ahora no hay necesidad de seguir hasta Longbourn y, teniendo en cuenta el propósito del viaje, tampoco será necesario detenernos a preguntar en la calle. La señorita Bennet está aquí y parece disfrutar de un excelente estado de salud; en consecuencia, nosotros...

La mirada que le lanzó Bingley fue exactamente la que Darcy esperaba. Apoyó los talones contra los flancos de *Nelson* y sonrió al gritarle a su amigo por encima del hombro:

—¡Vamos, perdedor! ¿Vienes?

Tan pronto como Bingley lo alcanzó, Darcy disminuyó el paso y se acercaron al grupo. Nadie había notado todavía su presencia, pues el caballero desconocido se interponía entre ellos y las damas. Un aleteo de excitación se agitó libremente en el pecho de Darcy cuando primero la señorita Jane Bennet y luego la señorita Elizabeth se percataron de su llegada.

—¡La señorita Bennet y, sí, todas sus hermanas! ¡Qué maravillosa coincidencia! —saludó Bingley, mientras detenía completamente su montura.

—¡Señor Bingley! ¿Cómo está usted, señor? —contestaron varias de las jovencitas, sonrojadas por la atención de que eran objeto.

—Señores, estábamos precisamente presentando a nuestro primo recién llegado a Meryton y conociendo igualmente a un nuevo amigo —explicó Elizabeth por encima de las risitas de sus hermanas—. ¿Me permiten presentarles a nuestro primo, el señor Collins, de Kent? —Consciente de que el caballero vestido de negro se había dado la vuelta, Darcy apenas fijó sus ojos en él y asintió con la cabeza. El paseo hasta Meryton había conseguido un maravilloso rubor en las suaves mejillas de la señorita Elizabeth, y aunque la felicidad que reflejaban sus ojos no se debía a la presencia de Darcy, de eso estaba seguro, seguía siendo un espectáculo extraordinario. Logró apartar sus ojos de ella cuando la muchacha comenzó la segunda presentación y trató de prestarle atención.

El otro caballero no se giró durante la primera presentación, sino que permaneció dándole la espalda al hombre a caballo. La impresión de que la figura del hombre le resultaba familiar cruzó de manera rápida por la mente de Darcy. *¡No puede ser!*

—... presentarle al señor Wickham, que acaba de unirse al regimiento del coronel Forster. —Elizabeth resplandeció cuando el caballero se dio la vuelta e hizo una inclinación, con un solo movimiento.

Darcy se quedó paralizado por la sorpresa y la rabia. Su rostro palideció por completo, excepto por los ojos, que brillaron de manera

sombría al ver al nuevo oficial. Sintiendo enseguida la conmoción de su amo, *Nelson* comenzó a retroceder y levantó la cabeza con creciente agitación. Los hábiles movimientos de Darcy pusieron al animal bajo control, pero su mirada siguió penetrando la cara enrojecida de Wickham. Incapaz de soportar el furioso escrutinio de Darcy, Wickham frunció el ceño pero ocultó su reacción con el gesto de llevarse la mano al sombrero, a modo de saludo. Con los labios apretados en un implacable gesto, Darcy le devolvió el saludo con la mínima muestra de cortesía y se volvió hacia Bingley, mientras su mente se convertía en un caos total.

Afortunadamente Bingley sólo tardó unos minutos más intercambiando comentarios con las damas y los caballeros y se despidió. A Darcy la entrevista le pareció interminable. Se quedó inmóvil en la silla de montar, sin saber a dónde mirar, mientras la cabeza le daba vueltas.

¿Cómo es posible? ¿Se ha unido al regimiento? ¿Por qué? ¿Cómo? Las preguntas y las sospechas fluían rápidamente. *¿Por qué aquí? ¿Acaso sabía que yo estaría en Hertfordshire… me ha seguido? Su objetivo, ¿cuál puede ser su objetivo?* Mientras Darcy se agachaba y fingía ajustar uno de los estribos, una oleada de nauseabundo temor lo sacudió hasta la médula. *¡Georgiana! ¡Dios mío! ¿Le habrá hecho algo a Georgiana y ha venido a restregármelo en la cara?* De la misma forma que no podía evitar que el sol se levantara cada mañana, tampoco pudo evitar el estremecimiento de rabia y temor que sacudió su cuerpo. Sus manos temblaron, la calle pareció inclinarse y todo su ser reclamó la oportunidad de saltar sobre el demonio cuya incomodidad de hacía unos instantes había sido reemplazada por un aire de modestia y cordialidad.

—Señorita Bennet, señorita Elizabeth. —La voz de Bingley llegó al conmocionado Darcy como en un sueño—. Por favor presenten mis saludos al señor y la señora Bennet. Señor Collins, señor… ¡Perdón! Teniente Wickham. Encantado de conocerles, señores. —Bingley se quitó el sombrero y, haciendo otra reverencia a las damas, hizo que su montura diera media vuelta. Recordando sus modales, Darcy hizo lo mismo y alcanzó a ver una expresión de curiosidad en el rostro de Elizabeth.

¿Qué le habría parecido todo aquello?, pensó con rencor mientras seguía a Bingley a la salida de Meryton. Conociendo las inclinaciones de la señorita Elizabeth Bennet, Darcy supuso que ella estaría examinando el incidente con peligroso celo. *¿Qué pensará del asunto? ¿Se atreverá Wickham a ofrecerle una explicación? ¡No! No, hacerlo sería ponerse al descubierto y eso es algo que, con seguridad, no se puede permitir,* pensó Darcy con amargura. *¿Cuánto costaría un cargo de teniente? ¡No, no creo que se pueda permitir muchos lujos si se ha unido al ejército! Pero ¿qué hay de Georgiana?* Darcy volvió a angustiarse, temiendo por su hermana. ¿Acaso Wickham había intentado ponerse en contacto con ella, obligarla a alguna cosa mientras su hermano estaba ausente?

Bingley comenzó a tararear una canción de amor popular y el sonido de su desafinado silbido se enfrentó al torrente de emociones de Darcy, hasta resultar victorioso.

—Tienes toda mi atención, Bingley —dijo Darcy bruscamente, decidiendo que debía enviar un correo urgente a su hermana—. ¡Por favor, no sigas, te lo ruego!

—¿No te gusta la cancioncilla, Darcy? Está de moda, ¿sabes? —dijo Bingley, sonriéndole con expresión imperturbable.

Darcy enarcó una ceja, despectivo.

—¿Una cancioncilla, dices? Creí que estabas llamando a las vacas y esperaba encontrarme rodeado de tus admiradoras de cuatro patas en cualquier momento.

—¡Darcy! ¡Estás exagerando! —La acusación de Bingley fue recibida con un resoplido que negaba la existencia de la tendencia a exagerar—. Bueno, nunca he dicho que tenga talento musical, al menos no para tus oídos, pero con seguridad a un hombre se le puede perdonar que cante en voz alta cuando está inspirado por la belleza que acabo de contemplar. —Darcy creyó haber oído a Bingley suspirando de amor—. ¡Qué suerte haberlas encontrado en el pueblo! Podríamos haber pasado y no haberlas visto.

—Sí, es cierto —respondió Darcy en voz baja, mientras reflexionaba sobre la naturaleza fortuita del encuentro. Es posible que se hubiese encontrado con Wickham en alguna velada social en el pueblo. Los oficiales de Forster parecían estar siempre en todas partes. Era muy probable que Wickham fuese invitado junto a sus compañeros a asistir a una cena o a animar una reunión. ¡En una sociedad tan restringida como la de Hertfordshire, se estarían encontrando continuamente! Darcy hizo rechinar los dientes—. ¡Intolerable!

—¿Cómo has dicho? —Bingley detuvo su caballo y se giró para mirar a su acompañante.

Darcy lo miró desconcertado y luego se dio cuenta de que debía de haber expresado en voz alta la conclusión de sus reflexiones.

—Charles, debo pedirte con toda seriedad que me hagas un gran favor.

Bingley abrió los ojos al oír la solemnidad del tono de su amigo.

—Todo lo que esté a mi alcance, Darcy, cualquier cosa.

Una sonrisa fugaz cruzó el rostro del caballero al oír la buena disposición de Bingley; luego respiró profundamente.

—Te pido que informes al coronel Forster de que su nuevo oficial no será bienvenido en el baile de Netherfield la próxima semana. —La sorpresa y la duda que se reflejaron en el rostro de Bingley lo hicieron apresurarse a seguir—: Soy totalmente consciente de la posición en que esto te coloca y no puedo hacer menos que ofrecerte mis más sentidas excusas. No te puedo dar ninguna explicación, excepto decirte que conozco desde hace mucho tiempo al teniente Wickham, ya que su padre, antes de morir, fue administrador del mío, y que él ha retribuido la generosidad de mi familia de una manera monstruosa, que siempre se interpondrá entre nosotros.

—¡Por Dios, Darcy! ¿Crees que Forster sabrá que ha aceptado como oficial a semejante bandido?

—No dudo de que se enterará a su debido tiempo. Wickham nunca ha dejado de revelar su verdadera naturaleza después de un tiempo, pero su manera de ser parece tan sincera, su capacidad de embaucar es tan extraordinaria, que, por lo general, logra hacer el daño antes de que su víctima lo sepa. —El ceño fruncido de Bingley y su silencio a causa del

impacto de aquella afirmación mostraron a Darcy que había logrado su propósito—. Desde luego, en otros aspectos relativos a Wickham debes actuar como te parezca apropiado. Sólo te pido que me concedas el favor de ajustar tu lista de invitados para ese baile. Si tienes que incluirlo o tolerar su compañía en algún evento público, no pienses en mí. Nadie me echará de menos, estoy seguro. —Darcy desvió la mirada, recordando el gesto ceñudo de Elizabeth.

—¿Que nadie te echará de menos? ¡Pamplinas! Ese hombre no cruzará la puerta de mi casa, te lo prometo.

—Gracias —contestó Darcy con sencillez, pero sus palabras parecieron provocar en Bingley un increíble placer—. ¿Bingley?

—¡Ah, no es nada! Sólo que son tan pocas las oportunidades en que *te* puedo hacer un favor de verdad, que el hecho de que *me* des las gracias es extraordinario.

Darcy esbozó una media sonrisa.

—Tal vez debería permitirte más oportunidades de éstas, teniendo en cuenta que te hacen tan feliz.

—¡Tal vez deberías! —repitió Bingley y la sinceridad de sus palabras tras la carcajada que las acompañó le dieron a Darcy algo más en qué pensar, mientras dirigían sus cabalgaduras hacia la entrada de Netherfield.

La afirmación de Bingley de que «ese hombre» nunca sería admitido en Netherfield alivió un poco los sombríos sentimientos de inquietud que invadieron a Darcy al descubrir a Wickham en el condado. Pero sus pasadas experiencias con Wickham conspiraban contra esa sensación de alivio; Darcy no descansaría hasta haber confirmado que Georgiana no estaba involucrada de ninguna manera en la aparición del hombre en Hertfordshire. En consecuencia, inmediatamente después de la cena, se disculpó de participar en los entretenimientos que la señorita Bingley había planeado para la noche y se retiró al escritorio que había en el salón. Después de sacar una hoja de papel y encontrar una pluma bien afilada, la mojó en el tintero y la apoyó sobre el papel.

19 de noviembre de 1811
Netherfield Hall
Meryton
Hertfordshire

Querida Georgiana:

Darcy hizo una pausa y se encontró sin saber cómo seguir. *¿Qué debo decir? ¿Cómo debo comenzar a escribir algo que sólo puede traerle dolor?* Dejó la pluma en el tintero, se recostó contra el respaldo de la silla delicadamente tallado y se quedó observando la hoja blanca que tenía ante él con la mirada perdida. *¡Piensa, hombre! ¿Acaso no habrías tenido noticias de Georgiana o de su dama de compañía si algo estuviera fuera de lugar? Tú disculpas tu carácter alegando la inquietud que sientes por ella; pero, en realidad, ¿haces bien al buscar tu propia paz a expensas de la de Georgiana, a quien le costó tanto trabajo y tiempo alcanzarla?* Darcy cerró los ojos, mientras se masajeaba las sienes con los dedos, para aliviar la tensión que parecía haberse instalado allí para siempre desde el

inesperado encuentro de aquella tarde. *¿Cómo debo proceder? Si alguna vez necesitara consejo...* Sus ojos se posaron en sus acompañantes.

La señorita Bingley y la señora Hurst estaban absortas en las páginas de *Le Beau Monde,* mientras que Hurst les leía en voz alta los chismes más apetitosos de Londres que traía un periódico que acababa de llegar. Bingley intentaba ignorar las carcajadas y el escándalo de sus hermanas y concentrarse en *Badajoz,* pues el libro había captado todo su interés desde su lectura del día anterior. Pero sus esfuerzos no tenían mucho éxito, pues se había visto obligado a levantar la vista repetidas veces porque Hurst insistía en entretenerlo cada dos minutos con los resultados de las carreras y los combates de boxeo de la semana anterior. Darcy suspiró profundamente y se volvió a concentrar en su carta. No podría conseguir mucha ayuda de aquel grupo, estaba seguro.

Un golpecito en la puerta y la entrada de Stevenson con una bandeja de plata en la mano suspendieron toda actividad en el salón. La bandeja, que contenía una única carta, pasó bajo el sorprendido examen de todos los presentes hasta que llegó a Darcy. Al reconocer la letra de la dirección, Darcy la agarró rápidamente y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Una carta, señor Darcy? —La pregunta de la señorita Bingley dejó ver la fuerza de su curiosidad.

—Una carta, sí, señorita Bingley. —Darcy se levantó y se inclinó ante sus anfitriones—. Si ustedes me disculpan. No, por favor no te levantes, te lo ruego —le dijo a Bingley, que comenzaba a inclinarse para levantarse de la silla. Darcy salió del salón a grandes zancadas y en unos pocos segundos se encontró en el corredor que conducía a la biblioteca. Tras cerrar la puerta de aquel agradable refugio, se dirigió a la chimenea, atizó los carbones hasta reavivar las brasas y se dejó caer en uno de los sillones que estaban más próximos para recibir un poco de calor. Con dedos torpes encendió una lámpara cercana y sacó la carta del bolsillo.

Aunque la carta reposaba en sus manos, Darcy parecía no poder encontrar fuerza suficiente para romper el sello. Le dio vueltas varias veces, leyendo de nuevo la dirección: «Señor Fitzwilliam Darcy, Netherfield Hall, Meryton, Hertfordshire», escrita con la inconfundible letra de su adorada hermana. ¿Qué encontraría dentro? *Querida hermana, ¿estás destrozada?* En medio de una terrible agonía, Darcy se inclinó hacia delante, respiró hondo y rompió el sello.

15 de noviembre de 1811
Pemberley
Lambton
Derbyshire

Querido hermano:

Tu carta del día 11 revelaba un carácter tan tierno y divertido que la he guardado entre mis recuerdos para atesorarla siempre, así como atesoro tu preocupación y afecto por una hermana tan problemática como yo. Tu noble y generosa determinación de asumir la responsabilidad de todo lo ocurrido el verano pasado me ha dejado muy afectada. No pretendo contradecirte, pero debes permitirme, querido hermano, hacerme responsable de lo que de verdad me corresponde.

Debes saber que la contrición que todo esto produjo fue necesaria; de hecho, fue indispensable para mi recuperación, a diferencia del doloroso incidente entre tú y mi padre que mencionas. (Sí, en efecto recuerdo los golpes y el dolor de nuestro padre, aunque ya hace mucho tiempo olvidé las malas acciones que los causaron). No quisiera que pensaras más en eso. Ya ha terminado y pasado y ha sido olvidado. Yo me encuentro libre del peso de esa historia, excepto como una lección aprendida, y desearía que no te acordaras más de ella. ¡Te aseguro que la señora Annesley y yo estamos trabajando firmemente en eso!

Trabajando firmemente en eso... que no te acordaras más de ella. Los ojos de Darcy volvieron a examinar el párrafo, con el temor de que hubiese pasado algo por alto. *No quisiera que pensaras más en eso... libre... una lección aprendida.* Darcy se desplomó en la silla, con los ojos cerrados y apretando la carta contra sus labios. Las palpitaciones que sentía en las sienes fueron disminuyendo, a medida que la sensación de alivio se fue deslizando con dulzura por su cuerpo. *Wickham no la ha molestado más.* Evidentemente, su aparición allí no tenía nada que ver con Georgiana. Durante unos segundos, Darcy saboreó el alivio de sus temores, antes de volverse a preguntar por qué estaba Wickham en Hertfordshire y qué haría él al respecto. Parecían estar destinados a encontrarse con frecuencia, si él prolongaba su estancia en Netherfield.

—*Si* yo prolongo mi estancia —murmuró Darcy para sus adentros. Nadie cuestionaría que partiera hacia Londres. Siempre existía la excusa de un negocio inesperado. Estaba comprometido a quedarse hasta el baile, pero ¿y después? Un par de ojos totalmente encantadores, sobre una adorable sonrisa que dejaba a la vista un hoyuelo, se colaron sin control en su recuerdo. ¿Debería lamentar su partida? Darcy bajó los ojos hacia la carta que aún no había terminado de leer y volvió a levantarla hacia la luz.

Por favor dale mis recuerdos a la señorita Bingley. Es muy amable por su parte clasificar mis escasos talentos como una muestra de «perfección». Espero poder ser fiel a la precisión de su gusto y sólo puedo sentirme honrada por el hecho de que ella tenga mis esfuerzos en tan alta estima. A tu amigo, el señor Bingley, por favor hazle partícipe de mis felicitaciones por haber adquirido una buena posición.

Contigo como guía, sus esfuerzos sólo podrán ser coronados por el éxito.

Ahora, querido hermano, debo decir que con el resto de tu carta me quedé un poco más sorprendida. No puedo pensar cómo es posible que alguien crea que tú, que has sido conmigo el hermano más considerado y gentil, eres «una persona insensible y prosaica». La señorita Elizabeth Bennet debe de ser, ciertamente, una mujer poco común para haberse defendido de tus argumentos, haberte desdeñado de esa manera y haber pensado que eres un personaje desagradable. ¿Es ella, quizás, una de esas personas que se queda con la primera impresión y la forma en que os habéis conocido, en su opinión, no fue precisamente agradable? No puedo creer que lo que haya provocado ese desacuerdo entre vosotros haya sido un desliz en las buenas maneras. Espero que cuando esta carta llegue a tus manos ya se haya restablecido su buena opinión sobre ti, pues no puedo soportar la idea de que alguien juzgue tan mal tu carácter,

siendo tan querido para mí.

Termino con mis fervientes deseos de verte y mis oraciones para que Dios te guarde hasta que te reúnas con nosotros para Navidad. Hay tantas cosas que me habría gustado decir, tantas cosas que he aprendido, pero eso tendrá que esperar hasta que tenga tu querido rostro frente a mí. Como dices que soy el «tesoro» de Pemberley, te recuerdo que tú eres su corazón. ¡Regresa pronto!

Tu hermana que te adora,
GEORGIANA DARCY

Los ojos de Darcy se detuvieron un rato sobre la elegante firma y luego, lentamente, dobló la carta por los pliegues y se la guardó en el bolsillo interno de la chaqueta. *¡Georgiana, mi niña querida!* musitó, entrelazando los dedos y apoyando la barbilla sobre ellos mientras observaba los tizones ardientes de la chimenea. Trató de imaginársela mientras escribía con tanta precisión y sagacidad sobre su situación, pero no pudo hacerlo. Aquella criatura era totalmente distinta a la que él había puesto al cuidado de la señora Annesley hacía sólo cinco meses. Luego sonrió, al pensar en la incapacidad de su hermana para creer que no todo el mundo lo veía a él como ella lo veía, y se sintió halagado por la absoluta fe de la muchacha en su capacidad de recuperar su posición frente a los ojos escépticos de Elizabeth Bennet. ¡Qué cerca había estado de adivinar la verdad! ¡De hecho, la manera en que Elizabeth y él se conocieron no podría haber sido menos favorable!

A pesar de que sabía que era ridículo, la confianza de su hermana en él hizo encender una llama de optimismo en medio del abismo de indecisión en que había caído en los últimos días. La determinación de corregir la consideración de Elizabeth se apoderó de él. Revisó las circunstancias que tenía a su favor: Wickham no estaría presente, habría un intervalo de una semana de ausencia durante el cual podría reunir tópicos de conversación, el buen espíritu que por lo general reinaba en un baile, la distracción que ofrecería la presencia de un grupo numeroso de gente y, finalmente, la sorpresa que provocarían su deferencia y condescendencia.

Aliviado ya del motivo inicial para escribirle a su hermana, Darcy se levantó de su ensoñación frente a la chimenea con energía renovada y regresó a buscar la compañía de sus anfitriones y la carta que había dejado empezada. Más tarde, mientras tomaban brandy y jerez, Darcy se limitó a sonreír cuando la señorita Bingley observó que rara vez había visto a alguien tan entretenido en la redacción de una carta a su familia.

Capítulo 9
Conocer su carácter

Sobre el campo descendió un tiempo inclemente, que envolvió la tierra en una bruma helada que a menudo se disipaba en forma de lluvia. La señorita Bingley sintió la llegada y la permanencia de ese molesto clima como una ofensa personal a la que tenía que enfrentarse diariamente. Su hermano la miraba con cierta inquietud, temeroso del efecto que tendría sobre la asistencia al baile, pero la satisfacción de Darcy con su aislamiento obligado asombraba a sus acompañantes. Los días que precedieron al baile fueron pasando mientras él y Bingley trabajaban en distintos planes para la mejora de Netherfield y, cuando el tiempo lo permitía, compartían su experiencia al aire libre en los campos de caza. Pasaron varias noches fuera, en casas influyentes de la comarca, y dedicaron algunas tardes a descubrir a ciencia cierta la verdad de las historias sobre la legendaria raza local. A juzgar por las apariencias, Darcy no parecía estar en absoluto interesado en el próximo baile, tal como se había propuesto. Pero, en realidad, se estaba preparando para él con gran dedicación.

Su estrategia era elegante en su sencillez: primero despertaría la curiosidad de Elizabeth ausentándose de todos los lugares en donde podrían encontrarse y luego, en el baile, la convertiría en el objeto de su atención. Darcy esperaba que la sorpresa y la confusión generadas por esa conducta le permitieran reclamar su compañía al menos para algún turno de baile, durante el cual él le ofrecería a la muchacha una disculpa bien elaborada por los reprochables modales que había mostrado durante su primer encuentro. Darcy confiaba en la impredecible inteligencia de la señorita Elizabeth Bennet para inspirar su conversación de ahí en adelante y sorprenderla con el carácter absolutamente imprevisto y deferente de su conducta. El caballero sonrió para sus adentros al imaginarse a la muchacha hermosamente confundida. Quedaría totalmente atrapada y sin recursos. *Entonces, señorita Elizabeth Bennet, empezaremos de nuevo.*

Siendo fiel a su idea, cuando los Bingley le pidieron que les acompañara durante su visita a los Bennet para invitarlos al tan esperado baile, Darcy declinó solemnemente el ofrecimiento, y en lugar de eso, se dedicó a atender la correspondencia con su administrador. Luego pasó más de una productiva hora con *Trafalgar* en el campo. Darcy evitó con cuidado estar presente en cualquier lugar donde pudiera encontrarse con Elizabeth Bennet, y la única vez que la vio antes del baile fue el domingo en la iglesia de Meryton, pero incluso en esa ocasión no hubo entre ellos más intercambio que un saludo formal por su parte, al que ella respondió de manera fría.

El martes por la mañana, el mismo día del baile, Darcy dio un último tirón a su chaqueta mientras Fletcher, que sostenía con cuidado sus

zapatos de baile, regresaba de buscar el champán de la cosecha adecuada para darles un brillo inconfundible. Fletcher había enviado a Erewile House, la casa que Darcy poseía en Londres, a buscar su mejor traje de gala, que ahora colgaba listo en una silla. El ayuda de cámara había recorrido los establecimientos locales en busca de un par de medias blancas aceptables, pero al final se vio obligado a pedirlas también a Londres. Darcy notó que su camisa estaba almidonada e impecablemente planchada, al igual que una selección de corbatas, y que su reloj, sus gemelos, el alfiler de esmeralda y la leontina reposaban sobre la cómoda tan relucientes como la sonrisa de satisfacción que adornaba la cara de Fletcher cuando salió del vestidor, con los zapatos en la mano.

—Listo, señor. —El ayuda de cámara le presentó los zapatos a Darcy para que los inspeccionara—. Tan brillantes como si hubiese encontrado el betún 98, en lugar de tener que usar el 02. —Darcy asintió con la cabeza, pues su mente estaba ocupada en las intricadas sutilezas de la disculpa que todavía estaba tratando de pensar—. Mmm. —Fletcher carraspeó y esperó a que los ojos de su patrón se fijaran en él—. Señor Darcy… acerca del chaleco para esta noche —dijo con cuidado.

Darcy lo miró con suspicacia.

—Sí, ¿qué pasa con el chaleco? Es el de seda negra a juego con los pantalones, ¿no es así?

—Sí, señor, pero estaba pensando… —Fletcher guardó silencio mientras Darcy entrecerraba más los ojos y luego concluyó apresuradamente—: en el chaleco de seda verde esmeralda y oro.

—¡Fletcher!

—Era sólo una sugerencia, señor. Nada más. Será, entonces, el negro. —El ayuda de cámara puso los zapatos en el suelo, al lado del asiento sobre el que estaba el traje cuidadosamente colocado—. Aunque —dijo, suspirando— no puedo explicarme la razón por la cual usted desea desaparecer entre los paneles de madera, eclipsado por los llamativos jovencitos vestidos con vulgares uniformes.

—¡No pretendo «desaparecer entre los paneles de madera» esta noche, Fletcher!

—Aun así, señor.

—¿Qué quieres decir?

—Como usted dice, señor, usted no *pretende* volverse invisible esta noche.

—Pero usted cree que con el chaleco negro y, a pesar de mis intenciones, ¿voy a desaparecer? —lo desafió Darcy.

—Señor Darcy —respondió Fletcher con paciencia, haciendo uso de sus conocimientos en el arte de la sastrería—, estoy seguro de que su presencia resulta notoria en cualquier lugar al que usted se digne asistir. Pero he observado, señor, que un salón lleno de casacas rojas tiende a distraer a ciertas personas, principalmente a la parte femenina de la raza humana. Las damas, Dios las bendiga, parecen necesitar algo en qué fijarse.

Darcy reflexionó, dudoso, sobre aquella idea, mientras Fletcher sacaba el chaleco en cuestión de la caja que había llegado de Londres. Una vocecita que provenía de lo más profundo de su mente se asombró de

que estuviese considerando, aunque fuera durante un segundo, semejante despropósito, pero cuando Fletcher regresó, él mismo no pudo apartar los ojos del suave resplandor que producían los hilos verde esmeralda y oro, que creaban sobre el fondo de seda negra un espléndido diseño geométrico. *¡Tal vez… no haría daño a nadie!*

—Como quiera, Fletcher. Llévese el negro y deje ése. —Darcy sabía que sería mejor que se fuera, antes de que Fletcher lo convenciera de algo que tendría que lamentar—. Quiero que esté listo a las siete en punto —ordenó tajantemente.

—Muy bien, señor.

Darcy descubrió que, otra vez, estaba saliendo de su habitación con sospechas sobre la expresión de impasibilidad de su ayuda de cámara y se preguntó qué habría sido de su sumiso criado. Ciertamente había comenzado a comportarse de manera muy peculiar.

Al entrar en el comedor del desayuno, Darcy encontró a Bingley sentado a la mesa y le preguntó la razón de esa temprana aparición, mientras se servía su café.

—Oh, la expectativa del baile, supongo —respondió Bingley—. He ofrecido pequeñas fiestas privadas en la ciudad, claro, ¡pero esto! —Hizo un gesto circular con la taza antes de darle un sorbo, vaciando la mitad de su contenido—. Esto está mucho más allá de mis capacidades. Casi no pude dormir anoche preguntándome si habría olvidado algo o si lo que había recordado habría sido apropiadamente realizado.

—La señorita Bingley está satisfecha con tus esfuerzos, sin duda.

—Por el contrario, la señorita Bingley no está satisfecha con nada de todo este asunto. Esa aparente serenidad, me permito informarte, está dirigida sólo a ti. Si no fuera por la felicidad que me produce la expectativa de estar en compañía de cierta dama, ¡no habría querido embarcarme en esta interminable odisea!

—Vamos, vamos, Bingley. Se espera que un hombre de tu posición y dueño de una mansión en el campo ofrezca un baile así todos los años y —agregó Darcy al ver la cara de Bingley— varias reuniones más pequeñas a lo largo del año. Así ocurre en Pemberley y en Erewile House; tú lo sabes.

—Todo funciona tan fácilmente allí; ¡estoy seguro de que no te resulta ninguna molestia! Aquí todo es un desastre y… ¡esta comida está fría! ¿Dónde están los criados? —Bingley arrojó su servilleta sobre la mesa e hizo ademán de levantarse.

—¡Bingley! Calma, hombre. —Darcy lo detuvo agarrándole el brazo—. Un caballero no riñe a sus criados, y tú estás a punto de romper ese sabio principio. —Darcy respondió a la expresión testaruda de Bingley enarcando la ceja.

—¡Ah, maldita sea! Sé que tienes razón, Darcy. —Bingley se desplomó nuevamente sobre la silla—. Me comportaré bien, para que puedas borrar de la cara esa mirada de superioridad y me ayudes a organizar este infernal baile. —Se pasó las manos por el cabello en señal de frustración y luego le lanzó a Darcy una sonrisa ingenua que su amigo conocía muy bien—. Al menos una cosa ha salido bien, y ha sido, de hecho, bastante providencial.

—Por favor, explícate, Charles, para que podamos alegrarnos juntos

—dijo Darcy, riendo.

—Ese hombre al que no querías ver. Wickham.

—¿Sí? —Darcy apretó la mandíbula de manera inconsciente.

—Fui a ver al coronel Forster a propósito de él, pero me encontré con el señor Denny antes de poder hablar con el coronel. Fue una suerte. Denny quería que le dijera a Caroline cuántos oficiales podían aceptar la invitación y mencionó específicamente a Wickham.

—¿Lo mencionó en qué sentido, Bingley?

—¡Dijo que no vendría! No podía. Súbitamente recordó algunos asuntos que debía atender en Londres y se fue ayer. No esperan que regrese en varios días. Así que —concluyó Bingley con aire triunfal— no tienes que preocuparte por él.

Mientras asentía con la cabeza al oír la buena noticia que le proporcionaba Bingley, Darcy sintió que comenzaba a disiparse en su pecho una tensión que hasta ese momento no había notado. Decidió interpretarla como la expresión del alivio que le producía el hecho de que Bingley no hubiese tenido que pasar la vergüenza de hacer oficial la exclusión de Wickham del baile. Pero inmediatamente después, la velada se abrió ante él con todas sus posibilidades, y Darcy permitió que su amigo interpretara como quisiera la sonrisa que asomó a sus labios sin que pudiese hacer nada para evitarla.

—¡Condenada disculpa! —La pastilla de jabón se estrelló contra la pared de la bañera con un golpe seco y se hundió hasta el fondo sin proferir un solo ruido, mientras Darcy se recostaba contra la cabecera de cobre, con un gesto de frustración en el rostro—. Dadme un silogismo que resolver, una epopeya griega que traducir o un indómito caballo para domar, ¡pero *no* me pidáis que dé un maldito discurso bonito! —La manera precisa en que debía formular aquella disculpa lo había angustiado todo el día. Cada vez que pensaba que la había encontrado, sufría una muerte rápida e ignominiosa al imaginarse dándola.

Darcy soltó un gruñido cuando el reloj de la habitación le hizo darse cuenta de que el tiempo se estaba agotando. Su falta de talento en asuntos relacionados con la capacidad de dar discursos le había traído problemas en el pasado, pero ahora se había convertido en un obstáculo fatal para algo que él realmente deseaba. Tenía que hacerlo bien; ¡todo dependía de eso! Darcy se estiró para tocar la campanilla y llamar a Fletcher y se encogió hacia delante cuando el ayuda de cámara vació una jarra de agua sobre su cabeza. Una toalla caliente fue depositada entre sus manos y con ella se secó el agua y el jabón de los ojos. Se levantó y se puso la bata, y luego salió de la bañera y recibió más toallas calientes para terminar de secarse, antes de que Fletcher regresara con su ropa interior y el instrumental para afeitarlo.

—Señorita Bennet, debe usted permitir… debe excusar… Mi querida señorita Elizabeth, es posible que usted recuerde nuestro primer encuentro… *no, precisamente preferiría que no lo recordara…* Le ruego que me permita… *no, rogar no…* Señorita Eliza, por favor perdone… ¡Arrrg! Perdóneme por portarme como un perfecto patán. —Darcy arrojó la

toalla al otro extremo de la habitación y por poco golpea a Fletcher, que estaba entrando en ese momento.

—Claro, señor. No diga más, señor —dijo Fletcher.

Darcy lo miró de manera amenazadora durante un instante, con un comentario sarcástico a punto de aflorar a sus labios, antes de que la serena actitud de su ayuda de cámara lo hiciera caer en la cuenta del aspecto cómico de la situación. Pero Darcy no se podía reír, el problema era demasiado inminente, aunque sí podía alejarse del abismo del mal humor en el cual estaba a punto de hundirse.

—No me refería a usted, Fletcher —gruñó en un tono más humilde, dándose la vuelta para quitarse la bata húmeda—. Aunque me disculpo por lo de la toalla. No se la arrojé a propósito.

Fletcher le pasó a Darcy su ropa interior y luego sacudió la fina camisa de lino, lista para deslizarse por sus brazos.

—Soy yo, señor Darcy, quien debe disculparse por su ligereza. Ha sido imperdonable, señor, y tomaré medidas...

—No, no Fletcher, está bien. Necesitaba ese tipo de distracción. No obstante —dijo y guardó silencio al tiempo que veía a Fletcher mirando su reflejo en el espejo—, tales despliegues deben ser juzgados con sabiduría.

—Sí, señor. —Fletcher se inclinó para desenrollar las medias de seda y, en medio de un silencio cuidadosamente calculado, se las entregó a su amo. Enseguida siguieron las ligas de seda negra. Todo el proceso de vestirse se convirtió en una actividad difusa para Darcy, cuya mente estaba absorta en lo mal preparado que se sentía para su próximo encuentro con Elizabeth Bennet y en lo mucho que le disgustaban las reuniones sociales multitudinarias. De hecho, ya comenzaba a sentir un nudo en el estómago y se estaba formando una línea de sudor frío sobre sus cejas. *¿Qué voy a decirle?,* le preguntó mentalmente a su imagen en el espejo mientras se abotonaba el cuello.

Fletcher revoloteaba en silencio a su alrededor, ayudándolo con todos los detalles, mostrando una preocupación vacilante y benevolente que sólo sirvió para aumentar la inquietud de Darcy. Durante unos momentos de locura, Darcy se sintió tentado a compartir su angustia. Exponer el problema a otra persona y pedir su consejo parecía un dulce alivio. Pero, por supuesto, no podía hacerlo. Desde que su padre había muerto, él no le había confiado sus preocupaciones a nadie, ni siquiera en el más mínimo detalle. *¡No, es una idea ridícula!*

No hizo ningún esfuerzo para anudarse la corbata y le hizo señas a Fletcher para que se hiciera cargo. Con hábiles movimientos, el ayuda de cámara realizó un exquisito lazo, y después de sujetar el alfiler de esmeralda entre los pliegues, trajo el reluciente chaleco y lo sostuvo para que Darcy se lo pusiera. Cuando el caballero se levantó de la silla, sus miradas se cruzaron. Fletcher abrió la boca para hablar, pero ante la mirada de firme negativa que cubrió el rostro de su patrón, volvió a su lugar. Deslizó el chaleco por encima de los hombros del caballero en silencio y luego agarró la chaqueta.

—Su chaqueta, señor.

—Gracias, Fletcher —dijo Darcy en voz baja. Terminó de abrocharse el último botón del chaleco y luego se puso la chaqueta negra de gala. El

ayuda de cámara ajustó las solapas, enderezando las costuras, y revisó la caída de los faldones—. Entonces, ¿qué le parece?

—Excelente, señor. Si usted fuera a presentarse en la corte, nadie podría encontrar ni una falta.

—¿Ni una, Fletcher? —resopló Darcy y luego agregó para sí mismo—: Ahí se equivoca, mi buen amigo. Me temo que *hay* una.

—La señora protesta demasiado, a mi parecer.

—¿Qué? —le preguntó Darcy con firmeza, asombrado por la audacia del ayuda de cámara.

—Shakespeare, señor. *Hamlet.*

—Ya sé que es *Hamlet,* pero ¿qué quiere decir con eso?

—¿Qué quiero decir, señor? Nada, señor Darcy. Es uno de los innumerables versos memorables de esa obra, ¿no cree usted? —Fletcher se inclinó y comenzó a recoger las cosas del baño de su patrón—. Aunque *Hamlet* no es mi obra favorita, señor.

Darcy tuvo la clara premonición de que no debía proseguir en la dirección que quería su ayuda de cámara, pero al parecer no pudo evitarlo.

—¿Y entonces cuál es su obra favorita?

Fletcher suspendió momentáneamente su tarea y lo miró con seriedad.

—La comedia de las equivocaciones, señor Darcy, *La comedia de las equivocaciones.*

Tan pronto como Fletcher abrió la puerta de la habitación, llegó hasta ellos el sonido de los músicos afinando sus instrumentos y el ir y venir de los criados. Darcy dio un paso hacia el umbral, pero luego se detuvo y miró hacia su escritorio con indecisión.

—¿Señor Darcy? —preguntó el ayuda de cámara.

—Un momento, Fletcher. —Darcy se dirigió a su escritorio, abrió el cajón de su correspondencia personal y extrajo una hoja doblada, que abrió y comenzó a leer. Una fugaz sonrisa suavizó sus rasgos, mientras volvía a doblar la carta y la deslizaba dentro del bolsillo interior de la chaqueta. Dándose unas palmaditas en el pecho, sobre el lugar donde descansaba la carta, se dirigió a la puerta con determinación.

—Buenas noches, Fletcher. Lo llamaré a eso de las dos, supongo.

—Muy bien, señor. Mis mejores deseos para la velada, señor Darcy.

El caballero asintió en respuesta a las palabras de su ayuda de cámara y se dirigió a la escalera. Los músicos guardaban ahora silencio. Se detuvo un instante en lo alto de las escaleras, y casi pudo sentir a la totalidad de Netherfield conteniendo el aliento, esperando la señal que les permitiría comenzar. El sonido de un carruaje que se acercaba rompió el silencio y, mientras los criados se apresuraban a recibir a los primeros invitados, los músicos tocaron los primeros compases. Darcy respiró profundamente para calmarse, se puso los guantes y comenzó a descender lentamente las escaleras para deslizarse entre el remolino de la sociedad de Hertfordshire. El baile, según parecía, acababa de comenzar.



Los músicos ya llevaban tres cuartos de hora tocando y ellas todavía no habían llegado. Darcy se volvió a poner los guantes, alisándolos sobre sus manos, mientras asentía en respuesta a varios saludos que le habían lanzado al pasar. La tardanza de la familia Bennet lo sorprendía, porque si él hubiese sido jugador, habría apostado a que la señora Bennet sería de las primeras en llegar a un baile que se ofrecía prácticamente a instancias de sus hijas. No obstante, Darcy había ocupado el tiempo cumpliendo con su deber al lado de Bingley, pero se preocupó de hacerlo de manera muy circunspecta, bordeando siempre la periferia del creciente grupo de invitados, mientras esperaba tensamente la llegada de Elizabeth Bennet.

No todos los invitados eran indeseables, claro. El saludo que Darcy le ofreció al coronel Forster y a varios de sus oficiales más antiguos fue respondido con cortesía y verdadero cariño. Y si faltó algo de eso, tal ausencia fue bien subsanada por el *squire* Justin, cuya respuesta al saludo de Darcy estuvo marcada por una familiar letanía de agudas pero afectuosas observaciones acerca de sus vecinos y salpicada de contagiosas risas. Darcy no logró evitar a la señora Long y a su esperanzada sobrina, y se salvó de hacerles un desplante sólo por la oportuna intervención del vicario y su esposa.

Tras disculparse lleno de gratitud por la manera en que lo habían rescatado, Darcy se retiró a la ventana que daba sobre el camino y miró hacia la noche. *¿Será posible que haya pasado algo?* Levantó la barbilla y se acomodó discretamente el nudo de la corbata. *Si no llega pronto...* Un coche apareció a lo lejos, con sus farolillos balanceándose furiosamente mientras los caballos comenzaban a frenar ante las antorchas que iluminaban el comienzo de las escaleras. Los muchachos de las caballerizas se acercaron corriendo y agarraron el arnés del caballo principal, mientras que un lacayo abría la puerta del carruaje y desplegaba la escalerilla. Darcy se acercó más a la ventana, entrecerrando los ojos por el resplandor de las antorchas. *¡Había llegado!*

Se retiró de la ventana y se sumergió en el salón lleno de gente, abriéndose camino hacia el vestíbulo y la fila de recepción conformada por los Bingley y los Hurst. Pero no tuvo suerte en su avance. Cuando llegó a la puerta, Elizabeth y su familia ya habían recorrido toda la fila y se habían dispersado entre la multitud que seguía creciendo. Dio media vuelta con la esperanza de encontrarla en la galería que llevaba al salón de baile. Pero su avance nuevamente fue lento, y estaba maldiciendo en silencio el éxito del pequeño baile de pueblo de Bingley, cuando la vio.

Estaba conversando con uno de los oficiales mientras se dirigían al salón de baile. No pudo verle la cara, pero su figura era inconfundible. Tenía el pelo recogido con delicadas cintas entrelazadas con exquisitas flores y tres magníficos rizos colgaban de manera encantadora alrededor de su cuello. Darcy apresuró el paso, pero fue frenado por unos cadetes que, evidentemente incómodos en sus uniformes, se detuvieron a mirar a su alrededor como si nunca antes hubiesen asistido a un evento social. Darcy logró esquivarlos, decidido a alcanzar a Elizabeth antes de que fuese absorbida otra vez por la multitud. No se había alejado mucho. De hecho, estaba a sólo unos pasos de él, aparentemente escuchando las palabras del oficial, el señor Denny, con la mayor atención.

Los jóvenes oficiales que había dejado atrás volvieron a adelantarle, llevando de la mano a unas jóvenes a quienes Darcy pudo identificar como las hermanas menores de Elizabeth. Los jóvenes rodearon a Elizabeth y a Denny, y después de que una de las muchachas le diera un tirón al oficial, los arrastraron al salón de baile. Elizabeth se dio la vuelta y les dijo adiós con una sonrisa melancólica. Cuando lo hizo, Darcy por fin pudo verla completamente. Y aquella visión lo conmovió en lo más profundo de su ser. De repente, se volvió doloroso respirar. El rugido de la sangre al circular por sus venas hizo que el mundo que lo rodeaba quedara en silencio.

¡Parte de mi alma, yo te busco!

Reclama mi otra mitad…

¿Dónde había leído eso? Reflexionó mientras se quedaba inmóvil, hipnotizado por la visión que tenía frente a él. «*Parte de mi alma…*». Trató de mover sus piernas. Dio un paso hacia aquellos maravillosos ojos iluminados con tanta vida. *«Yo te busco…».* Otro paso y Darcy pensó que sus ojos se encontrarían, pero no pudo ser porque ella se estaba alejando. *«Mi alma…».*

—¡Señorita Elizabeth! —exclamó Darcy con un tono de voz a la vez discreto y eficaz. La muchacha lo oyó porque se detuvo y después de una brevísima vacilación, dio media vuelta.

—Señor Darcy. —Elizabeth le hizo una reverencia, al tiempo que él se inclinaba, pero la actitud con la que se encaró a él no se parecía en nada a la que había obnubilado sus sentidos hacía sólo un momento. La frialdad que Darcy percibió en la inclinación de la barbilla de Elizabeth contrastaba de manera desconcertante con el vigor que reflejaban sus ojos. La señorita Bennet no estaba contenta, saltaba a la vista; pero la causa de esa incomodidad le resultaba esquiva, al igual que los pequeños discursos que había compuesto con la esperanza de obtener el favor de la muchacha. Confundido, prefirió refugiarse en una segura pregunta sobre su estado de su salud.

—Me encuentro bastante bien, señor.

—¿Y su hermana, la señorita Bennet, no ha sufrido ninguna recaída?

—Me complace decir que Jane disfruta de la misma buena salud que yo, señor Darcy.

—Ah, me alegro. —El caballero guardó silencio, pues la contemplación de los encantadores rasgos de la muchacha a punto estuvo de ofuscar sus facultades mentales. Ante la falta de palabras, Elizabeth enarcó una de sus delicadas cejas.

—Así que mi hermana disfrutará de esta velada plenamente. —Elizabeth volvió a hacer una reverencia—. Señor Darcy —se despidió, dejándolo en medio de la galería. La manera fría y brusca que la muchacha acababa de utilizar con él lo sorprendió, pero el placer de ver cómo se alejaba su figura fue suficiente compensación por el momento. Darcy se sacudió ligeramente la parte delantera de su chaqueta y escuchó el ruido de un papel.

¡Milton! Enseguida le vino a la mente el origen de las frases. *¡El libro*

que ella había estado leyendo en la biblioteca! Darcy sonrió para sus adentros, mientras avanzaba hacia el salón de baile a grandes zancadas. El canto de Adán después de ver por primera vez a Eva. ¡Qué apropiado! Entró en el salón y se colocó en un lugar donde tuviera la mejor vista del baile. Elizabeth estaba a un lado, absorta en una conversación con su amiga la señorita Lucas. *«A fin de que permanezcas para siempre a mi lado...».* Dejó escapar un suspiro, cambiando de posición y entrelazó las manos enguantadas sobre la espalda. *¡Qué apropiado! ¡Qué cierto!*

Los músicos tocaron una cuerda para anunciar que el baile estaba a punto de comenzar. Bingley, observó Darcy, ya había pedido la mano de la señorita Bennet y la estaba escoltando ahora a la cabeza de la fila, un honor que no pasaría inadvertido para nadie. Caroline Bingley siguió, del brazo de sir William, con su hermana y su cuñado detrás. Darcy le lanzó una mirada de reojo a Elizabeth, que todavía estaba ocupada con la señorita Lucas, pero su vista se vio obstaculizada por un caballero que le resultaba vagamente conocido y decididamente peculiar. Frunció el ceño al ver que el hombre se inclinaba para besar la mano de Elizabeth y la dama le lanzaba a su amiga una mirada de impotencia. Tomaron su lugar en la fila y Darcy dio una vuelta alrededor, para satisfacer su curiosidad acerca de la identidad del hombre.

Ah, sí. Era su primo de Kent... el pastor. Se rió para sus adentros al ver la manera en que su dulce tormento fruncía los labios y levantaba la barbilla, tratando de aceptar con elegancia el hecho de tener que bailar con su primo. La música comenzó y sólo unos segundos después Darcy tuvo que mirar hacia otro lado para evitar estallar en un inapropiado ataque de risa. ¡El hombre realmente no tenía ni idea de bailar! La parte menos admirable de Darcy volvió a regodearse en la desdicha de Elizabeth. Al siguiente giro de la danza, el hombre tomó la dirección equivocada y luego agravó la confusión creada, ofreciendo profusas disculpas cuando lo único que debía hacer era prestar atención a los pasos. Inmediatamente después estuvo a punto de arrollar a una dama grande y pomposa cuando, con la cabeza inclinada, se lanzó prematuramente a hacer el cruce de parejas, lo que provocó que Elizabeth le murmurara instrucciones mientras se ruborizaba de mortificación. Luego, agarrando las manos de la muchacha, la hizo girar con tanto entusiasmo que Darcy casi llegó a temer por la seguridad de la señorita Elizabeth y de todos los que estaban alrededor de ellos.

Lo único que puede mantener esa sonrisa de indulgencia entre los otros participantes del baile, supuso Darcy mientras observaba muy entretenido, *es su atuendo clerical.* Es decir, todos menos Elizabeth. El rostro de la muchacha parecía mucho menos benevolente con su primo. La humillación que la invadía era tan completa que cuando Darcy cruzó una imprudente mirada con ella durante un giro, la fuerza de esa sensación lo sacudió. El consiguiente impulso a acudir en su ayuda fue tan poderoso que lo único que lo hizo desistir de dar más de un paso en su dirección fue la duda de que ella tomara a bien su intervención. El paso fue sutilmente reorientado y Darcy cruzó al lado de la fila de bailarines, fingiendo una indiferencia que realmente desearía sentir. Las emociones que Elizabeth Bennet había despertado en él esa noche eran desconocidas

y su poder era supremamente perturbador. Era indispensable establecer una cierta distancia.

Se dirigió hasta el otro extremo del salón y dio media vuelta, justo a tiempo para presenciar otro paso en falso del absurdo pariente de Elizabeth. El baile terminó y el hombre abandonó a su pareja y procedió a ofrecerles disculpas a los otros bailarines, dejándola sola y sin compañía para abandonar la pista. De ser posible, la mirada que la muchacha dirigió a la espalda del pastor habría reducido su cuello de clérigo a un anillo de cenizas. ¡*Y te lo habrías merecido, estúpido!*

Darcy reflexionó sobre su plan de sorprenderla para que aceptara concederle un baile. A pesar de la falta de garantías, le pareció la estrategia más viable para su objetivo, pero no todavía. Ahora sólo atizaría el fuego. La dejaría recuperarse del baile con el pastor. Luego… Uno de los tenientes de Forster pasó rápidamente frente a él y avanzó hacia Elizabeth con paso decidido. Darcy esperó hasta que la vio aceptar bailar con él la siguiente pieza, antes de comenzar a buscar a Bingley entre el torbellino de trajes de baile, bruñidos bronces y chalecos llamativos.

—Creo que, con toda seguridad, puedes catalogar tu baile como un éxito, Bingley —le dijo al encontrar a su amigo entre dos bailes—. ¡Tal vez demasiado exitoso!

—¿Demasiado exitoso? Una *multitud* es lo que realmente quieres decir —le dijo Bingley riéndose—. Para ser sincero, podría prescindir de unos cuantos oficiales que parecen no tener nada mejor que hacer que merodear alrededor de mujeres con las que yo quisiera conversar.

—¿Mujeres? Bingley. —Darcy paseó la mirada a su alrededor—. Por lo que parece, estás bien rodeado de muchas mujeres que estarían encantadas…

—¡Mujer, Darcy! No confundas, ni pretendas malinterpretarme.

—Bingley, te entiendo demasiado bien —dijo Darcy bajando la voz—. Has abierto el baile con ella y habéis bailado juntos varias veces. Si haces otra cosa similar, toda la comarca esperará oír el anuncio de boda el domingo.

—Bueno, al menos yo he bailado, y espero seguir haciéndolo, mientras que tú no has hecho más que pasearte por ahí con cortesía y observar a Elizabeth Bennet. —Bingley hizo una pausa para asentir y sonreír, en respuesta al saludo de alguien que acababa de llegar—. Y no pongas esa cara de póquer, porque no funcionará. Te conozco demasiado bien, amigo mío.

—Tiras flechas, Bingley, tiras flechas sin puntería. De hecho, sí tengo intención de bailar esta noche, cuando llegue el momento apropiado.

—Cuando llegue el momento… ¡Darcy!

—No me hagas preguntas…

—Así no me dirás mentiras. —Bingley sacudió la cabeza con desaliento—. ¿Cuándo *será* el momento apropiado? ¿Cuando suene la última campanada de medianoche? ¿Qué estás planeando, Darcy?

—Un ataque sorpresa, Bingley, y ya no te diré más. —Se alejó antes de que su anfitrión pudiera vislumbrar algo de sus planes. La música de la danza folclórica que separaba las tandas estaba a punto de terminar y él necesitaba buscar a Elizabeth antes de que otra casaca roja se la

arrebatara. Un estremecimiento de inquietud le recorrió la espalda al recordar los temores y las predicciones de su ayuda de cámara sobre la velada, pero luego miró brevemente el chaleco que Fletcher le había insistido en que usara. *Bueno, ya veremos, ¿no es así, amigo mío?*

Cuando la encontró, Elizabeth estaba otra vez con la señorita Lucas y no se dio cuenta de que él se acercaba. Al oír el discreto «Ejem» de la señorita Lucas, Elizabeth dio media vuelta y casi se estrella contra su pecho.

—Señorita Bennet. —Darcy se inclinó rápidamente, y casi sin esperar a que ella contestara a su reverencia, aprovechó la magnífica ventaja que le daba la sorpresa—. ¿Me haría usted el honor de bailar conmigo la siguiente pieza?

Elizabeth abrió la boca y luego la volvió a cerrar; su desconcierto era bastante evidente en todos los aspectos. Se quedó mirándolo y luego dirigió su mirada a su amiga. Darcy esperó pacientemente.

—Yo no... es decir, yo iba a... sentarme... —Elizabeth levantó la vista y la fijó en los ojos de Darcy. Él enarcó una ceja con gesto inquisitivo—. Sí —aceptó ella con voz ahogada. Darcy se inclinó en señal de agradecimiento y se alejó, saboreando la maravillosa confusión que le había causado a la muchacha y la inminente realización de todos sus planes. Justo antes de llegar a su puesto en el borde de la pista de baile, se arriesgó a mirar hacia atrás y con eso toda su satisfacción se evaporó. Elizabeth parecía claramente agitada. Con creciente inquietud, la observó con disimulo, mientras hablaba furiosamente con la señorita Lucas, con la cara encendida y paseando la mirada por todo el salón. Esa visión siguió afectándolo cuando se acercó a tomar su mano para la nueva tanda de baile, ensombreciendo las expectativas que había alimentado durante toda la semana sobre lo placentero que sería ese momento. Darcy se inclinó con rigidez; ella hizo una reverencia. Él extendió la mano; ella puso la suya encima, pero no lo miró a la cara. Cualquier sensación de comodidad que él hubiese sentido alguna vez en compañía de ella lo abandonó por completo, mientras la conducía a la pista y tomaban su puesto.

Aunque era de esperar, teniendo en cuenta las circunstancias, el murmullo de sorpresa que recorrió el salón cuando quedaron frente a frente sólo sirvió para enfatizar en él la idea del ridículo que estaba haciendo, sacando a bailar a una mujer que, incluso en ese momento, lo miraba con indiferencia. Él se la había imaginado agitada, intrigada. Pero en todas sus visiones ella se había convertido rápidamente en una magnífica pareja. Sin embargo, la criatura que tenía ante él no mostraba ninguna de esas agradables inclinaciones. ¿Qué había ocurrido con la adorable y encantadora Eva?

El caballero obsequió a Elizabeth con la más formal de las reverencias, inclinándose totalmente. Cuando se incorporó, fijó los ojos en lo que estaba detrás de la mejilla izquierda de la muchacha, pero no sin lanzarle antes una mirada disimulada. *«Que permanezcas a mi lado...».* Darcy congeló la idea. No había ni una pizca de maleabilidad en la doncella de piedra que tenía enfrente. *¡Vamos, imbécil, termina con esta locura!,* gruñó para sus adentros, al sentir esa conocida sensación de

frialdad apoderándose de su pecho. Los bailarines unieron las manos y dieron la vuelta, quedando ahora en un extremo del salón de baile. La tensión de la muchacha, que él podía sentir a través de sus dedos, aumentó significativamente cuando se fue acercando el momento de comenzar los pasos de la danza. Aunque no se atrevió a mirar, pudo sentir que ella lo estaba observando. No podía adivinar el propósito de esa mirada, y hasta que no supiera algo de lo que estaba pasando por la cabeza de la muchacha, decidió que el silencio sería su mejor estrategia. Parecía que el único placer que podría derivar del hecho de estar en compañía de la señorita Elizabeth residiría solamente en el embriagador contacto intermitente con sus dedos enguantados. Eso debería bastar.

La mano de Elizabeth tembló ligeramente entre su mano.

—Este tipo de danza le debe de parecer más bien anticuado a alguien acostumbrado a St. James, señor Darcy. —Animado y alertado a partes iguales por la súbita decisión de la muchacha de entablar conversación, Darcy bajó los ojos para mirar a su pareja. Parecía dispuesta a pasar por alto cualquiera que hubiese sido la causa de sus reparos frente a él, pero conociéndola tan bien como la conocía, Darcy no estaba seguro del verdadero objetivo de Elizabeth.

—Tal como le dije a sir William, no suelo bailar en St. James y, en consecuencia, no tengo idea de qué se considera el último grito de la moda —respondió Darcy con cautela—. La danza está bien, en mi opinión. —Los pasos de la danza los separaron por unos momentos, pero esa pausa no sirvió para inspirar a Darcy. Volvieron a reunirse en silencio.

—Ahora le toca a usted decir algo, señor Darcy —le advirtió ella con impertinencia—. *Yo* ya he hablado del baile, y *usted* debería hacer algún comentario sobre las dimensiones del salón o el número de parejas.

Darcy la miró a la cara con alivio. Allí estaba la Elizabeth que conocía.

—Señorita Bennet, ¡por favor instrúyame! Por mi honor que diré cualquier cosa que usted desee escuchar.

Elizabeth agradeció la galantería de su comentario con un gesto de los labios que se convirtió en una reticente sonrisita.

—Muy bien; esa respuesta servirá por el momento. —Darcy desafió a los devastadores ojos de la muchacha hasta el último segundo, mientras que ella hacía un círculo a su alrededor. Cuando volvió a aparecer del otro lado, fue ella quien lo miró de manera desafiante—. Quizá poco a poco me convenza de que los bailes privados son más agradables que los públicos. —Darcy tomó la mano de Elizabeth al mismo tiempo que los dos volvieron a quedar mirando el extremo del salón—. Pero *ahora* podemos permanecer callados. —La tensión en sus dedos había disminuido y descansaban más relajados en la palma de Darcy.

Darcy se dio perfecta cuenta de que el gesto de la muchacha de aceptar guardar silencio era, en realidad, una orden para que él retomara el hilo de la conversación.

—¿Acostumbra usted hablar mientras baila? —replicó Darcy, seguro de que la respuesta más certera era acceder al pequeño capricho de la muchacha.

Elizabeth enarcó las cejas al oír eso, y Darcy pensó que había detectado una chispa en sus ojos que contradecía la actitud de severidad

que había vuelto a apoderarse de sus labios.

—Algunas veces. —Su instructora hizo una pausa mientras Darcy hacía un círculo a su alrededor—. Es preciso hablar un poco, ¿no cree? —Esta vez fue ella la que buscó agarrarse a la mano de él para dar el siguiente paso—. Sería extraño estar juntos durante media hora sin decir ni una palabra. —Elizabeth lo miró como si estuviera considerando una deducción lógica—. Pero en atención a *algunos,* hay que llevar la conversación de modo que no se vean obligados a tener que decir más de lo preciso.

¡Esa última afirmación tenía la apariencia de ser una verdad a medias!

—¿Se refiere a usted misma? —se defendió Darcy con delicadeza, si no con elegancia—. ¿O lo dice por mí? —La manera en que su pareja tomó aire al oír sus palabras le demostró que el dardo había dado en el blanco, pero la respuesta se volvió imposible, pues una vez más la danza volvió a separarlos.

—Por los dos —contestó ella, ante el asombro de Darcy, cuando volvieron a reunirse. Y la sensación de sorpresa aún se acrecentaría más —. Pues he encontrado un gran parecido en nuestra forma de ser. Los dos somos poco sociables, taciturnos y enemigos de hablar, a menos que esperemos decir algo que deslumbre a todos los presentes y pase a la posteridad con todo el brillo de un proverbio.

Darcy no sabía si ella estaba tratando de causarle risa o rabia. Nuevamente, hizo un amago de ataque y se puso a la defensiva.

—Estoy seguro de que usted no es así. —Darcy hizo la media inclinación que correspondía a la danza y luego esperó, inmóvil, a que ella diera una vuelta a su alrededor—. En cuanto a *mí,* no sabría decirle. Pero *usted,* sin duda, cree que ha hecho un fiel retrato de mi persona.

Elizabeth volvió a su puesto y tomó la mano extendida del caballero.

—No puedo juzgar mi propia obra.

¡Pero yo sí debo juzgarla!, pensó Darcy, mientras seguían bailando, callados ahora por acuerdo mutuo. *¡Qué manera tan extraña de comportarse! ¿Por qué?* Darcy la observó repetidas veces mientras ejecutaban los distintos pasos de la danza, buscando alguna indicación de su estado de ánimo. *¿Realmente piensa que soy tan gruñón? ¿O simplemente me ofende por pura diversión?* Cuanto más reflexionaba sobre el comportamiento de la muchacha hacia él, más irritado se sentía. *¡Entonces ésta es la venganza por Meryton! ¡Ojo por ojo!*

Con cierta aspereza, Darcy avanzó hacia su pareja para tomar su mano del caballero que estaba a su derecha, lo cual hizo que el papel que tenía guardado en el bolsillo del pecho crujiera suavemente. ¡La carta de Georgiana! Totalmente olvidado, el contenido de la carta volvió a penetrar en su conciencia y, por el bien del cariño de su hermana, resolvió intentar una vez más atravesar aquella especie de torrente agresivo con que lo trataba Elizabeth.

—Señorita Bennet —comenzó cuando volvió a apoderarse de su mano para el siguiente paso—, Bingley y yo íbamos camino de Longbourn cuando tuvimos la alegría de encontrarnos con ustedes en el pueblo la semana pasada. ¿Usted y sus hermanas suelen ir a Meryton con

frecuencia?

—Así es, señor, vamos con frecuencia. —Elizabeth lo miró de cerca—. Cuando nos encontró usted el otro día, acabábamos precisamente de conocer a un nuevo amigo.

¡Wickham! La rabia que Darcy sintió al ver el rostro que tan bien conocía en las calles de Meryton regresó con toda su fuerza: ¡la insolencia de su saludo, la sonrisita de satisfacción en sus labios, la suspicacia de su mirada! Darcy apretó la mandíbula y miró fijamente hacia delante durante unos instantes, sin querer mostrar su contrariedad. Cuando por fin se sintió con el suficiente control de sí mismo para aventurarse a responder, bajó la vista para ver la actitud de su pareja.

—El señor Wickham está dotado de modales tan gratos que ciertamente puede hacer amigos con facilidad. Lo que es menos cierto es que sea igualmente capaz de *conservarlos.*

—Él ha tenido la desgracia de perder *su* amistad —contestó Elizabeth de manera enfática—, de modo que sufrirá por ello toda su vida.

Al oír la acusación de la muchacha, a Darcy le empezó a dar vueltas la cabeza. *¡La desgracia de perder su amistad!* ¿Qué podría decir él sobre la infame conducta de Wickham? ¿Qué monstruosa falsedad estaría divulgando aquel hombre? Incapaz de detener la creciente rabia que nuevamente lo afligía, Darcy no pudo contestar nada. El resto del baile habría transcurrido en silencio si sir William no hubiese interrumpido sus reflexiones con una muestra de admiración por su talento para bailar.

—Es evidente que pertenece usted a los ambientes más distinguidos, señor Darcy —lo elogió—. Permítame decirle, sin embargo, que su hermosa pareja en nada desmerece de usted, y que espero volver a gozar del placer de verlos bailar, especialmente cuando tenga lugar cierto acontecimiento muy deseado, querida señorita Eliza. —Darcy siguió con la mirada el gesto de sir William y descubrió que estaba observando a Bingley y a la señorita Bennet, que bailaban juntos de nuevo. Darcy cerró los ojos con fuerza, molesto al ver que Bingley había ignorado por completo su advertencia—. Apelo al señor Darcy... Pero no quiero interrumpirle, señor. Me agradecerá que no lo prive más de la cautivadora conversación de esta señorita, cuyos hermosos ojos me están también recriminando.

Al oír la mención a los ojos de su pareja, Darcy volvió en sí y se giró hacia ella, decidido a recuperar el terreno perdido por culpa de Wickham, fuesen cuales fuesen las mentiras que aquel canalla estuviese sugiriendo. Tal vez, si insistía un poco, Elizabeth se las revelaría. Darcy se preparó para atacar.

—La interrupción de sir William me ha hecho olvidar de qué estábamos hablando —confesó con una sonrisa forzada.

—No creo que estuviésemos hablando en absoluto. Sir William no habría podido interrumpir a otra pareja en todo el salón que tuviese menos que decirse —contestó ella con desprecio—. Ya hemos probado con dos o tres temas sin éxito, y no puedo imaginar sobre qué más podemos hablar.

Se niega a continuar con el tema. ¿Y ahora qué? Darcy trató de pensar en algún tópico prometedor, con el cual pudiera atraer su atención

y dirigirla hacia él y lejos de Wickham. *«Parte de mi alma, yo te busco...».*

—¿Qué piensa de los libros? —preguntó Darcy rápidamente, sonriendo al recordar ese día que habían compartido en la biblioteca.

—¡Los libros! ¡Oh, no! Estoy segura de que nuestras preferencias no son las mismas o, por lo menos, no sacamos las mismas impresiones.

Darcy casi se ríe al oír la apresurada negativa de la muchacha.

—Lamento que piense eso; pero si así fuera, de cualquier modo, no nos faltaría tema de conversación. Podríamos comparar nuestras diversas opiniones —insistió él.

—No... No puedo hablar de libros en un salón de baile —contestó ella con voz temblorosa—. Tengo la cabeza ocupada con otras cosas.

—En estos lugares no piensa nada más que en *el presente,* ¿verdad? —Darcy permitió que una sombra de duda se apreciara en su tono de voz.

—Sí, siempre —afirmó ella, pensando, al parecer, en algo más. Y luego, súbitamente dijo—: Recuerdo haberle oído decir en una ocasión, señor Darcy, que usted raramente perdonaba, que cuando había concebido resentimiento hacia alguien, le era imposible aplacarlo. Supongo, por lo tanto, que será muy cauto a la hora de *concebir* resentimientos.

¿Qué es esto? Enseguida se despertaron las sospechas en Darcy. Tenía que contestar, si quería descubrir a qué se refería la muchacha.

—Así es —afirmó con decisión.

—¿Y no se deja cegar alguna vez por los prejuicios? —insistió ella.

—Espero que no. —Darcy se sentía cada vez más alarmado con el cariz que estaban tomando las preguntas de Elizabeth.

—Es particularmente importante para aquellos que nunca cambian de opinión asegurarse de hacer un juicio justo desde el principio. —Darcy sintió que la mirada de Elizabeth lo penetraba al separarse de él para saludar a la dama que estaba a su izquierda. Se quedó paralizado, consciente de la trampa que tenía enfrente, pero sin saber cuál era la naturaleza de esa trampa o su objetivo. Sólo estaba seguro de una cosa: Wickham tenía algo que ver en todo aquello. De alguna manera, era obra suya.

—¿Puedo preguntarle cuál es la intención de estas preguntas? —inquirió de manera fría, cuando volvieron a tomarse de la mano.

—Conocer *su* carácter, sencillamente —respondió ella con una sonrisita forzada—. Estoy intentando descifrarlo. —Se separaron, hicieron sus respectivas inclinaciones y volvieron a unir las manos para moverse cada uno alrededor del otro hasta completar un círculo.

—¿Y a qué conclusiones ha llegado? —preguntó Darcy con los labios apretados.

—A ninguna. —Elizabeth negó con la cabeza y trató de desarmarlo con una sonrisa—. He oído cosas tan diferentes de usted, que no consigo sacar nada en claro.

¡Definitivamente Wickham!

—Reconozco que las opiniones acerca de mí pueden ser muy diversas —respondió Darcy, apelando a todas sus reservas para apaciguar el torrente de emociones que amenazaban con destruir su compostura—, y desearía, señorita Bennet, que usted no hiciera un esbozo de mi carácter

en este momento, porque tengo razones para temer que el resultado no reflejaría la verdad.

Elizabeth estaba colorada cuando él se volvió hacia ella y agarró delicadamente sus dedos. Darcy no pudo saber si se debía a la rabia que sus palabras habían despertado en ella o a la incomodidad que le habían causado las de ella. Pero para su sorpresa, la muchacha insistió.

—Pero si no lo hago ahora, puede que no tenga otra oportunidad.

¿Realmente creía que él iba a discutir sobre su carácter en medio de un salón de baile? La disposición de Darcy para aceptar las preguntas de la muchacha terminó de manera brusca. Decidido a cerrar esta línea de conversación, se volvió hacia ella con una actitud de profunda arrogancia y respondió de manera gélida:

—De ningún modo desearía impedir cualquier satisfacción suya, señorita Bennet.

No había duda de que su actitud finalmente la había confundido. La muchacha se equivocó al hacer el siguiente movimiento y casi tropieza con el vuelo del vestido. Darcy se movió con rapidez para rescatarla de una caída segura. Elizabeth se zafó de sus manos tan pronto como pudo, murmurando unas confusas palabras de agradecimiento.

—Me complace serle útil, señorita Bennet —le dijo Darcy en voz baja. Ella no dijo nada más y terminaron el baile en silencio y en silencio se alejó después de que Darcy la acompañara hasta donde se encontraba un grupo de amigos. No pudo evitar que sus ojos la buscaran después de ocupar su lugar al otro lado del salón. Se había despedido de sus amigos y parecía absorta en un detallado examen de uno de los ramos de flores que adornaban el lugar. La actitud pensativa de la muchacha fue evidente para Darcy, que se preguntó, con un creciente sentimiento de compasión, qué sería lo que Wickham le había dicho y que le estaba robando la paz.

¡Más fechorías que agregar a su lista, el sinvergüenza! ¿Qué historias puede estar divulgando que han hecho que ella traspase de esa manera los límites de la corrección? ¡Y Forster! Eso podría explicar la frialdad de su saludo esta noche. ¡Wickham! No está aquí, pero de todas maneras está presente. Un diablillo malvado que se cruzó entre... Darcy dejó sin terminar aquel pensamiento. *¡Que ha venido a interrumpir mi tranquilidad!*

De repente, Darcy sintió la necesidad de un poco de aire fresco y algo de soledad. Tras lanzar una última mirada a Elizabeth, dio media vuelta, se abrió paso a través de la alegre fila de bailarines y buscó la primera salida. El aire frío le golpeó la cara y, tal como había anticipado, comenzó a aclararle la mente. Los hilos dorados y verde esmeralda de su chaleco titilaron con la luz, atrayendo la mirada de Darcy mientras se paseaba por la terraza bajo una luna inclemente. Resopló al recordar la advertencia de Fletcher de que su problema con «la señora» no era más que una comedia de equivocaciones.

Si esto es comedia, Fletcher, no podría soportar sus tragedias. Darcy se detuvo y levantó la mirada hacia la luna. *No estoy molesto con ella. Ella no tiene la culpa, ella es...* Fue el frío, con seguridad, lo que le provocó un estremecimiento. *¿Mi otra mitad?* Darcy negó con la cabeza y, poniéndose los brazos alrededor del cuerpo, apretó las manos contra los costados y

movió los pies. *Tu estupidez parece haberte seguido hasta aquí. Entonces, ¿qué haces congelándote? Puedes ser igual de tonto sin tener que soportar tanto frío.*

Capítulo 10
Totalmente inaceptable

—¡Señor Darcy, ¡no pretenderá usted salir al aire libre! —Darcy miró por encima del hombro mientras cerraba la puerta y vio la cara de asombro de Caroline Bingley—. Debería darle vergüenza, señor —continuó diciendo con fingido tono de desaliento—, dejarme sola atendiendo a los bárbaros... ¡y en mi propia casa! ¡Qué descortesía!

Darcy sonrió y le ofreció su brazo.

—Llega usted demasiado tarde, señorita Bingley. Acabo de regresar de tomar un poco de aire fresco. Diré, en mi defensa, que dudo que mi ausencia haya ocasionado la exhibición de un comportamiento inapropiado por parte de sus invitados. Todo parece estar en orden —añadió, mirando a su alrededor—. En todo caso, usted ciertamente puede reclutar los servicios de su hermano si necesita refuerzos.

Al oír las afirmaciones de Darcy, la mirada de la señorita Bingley adquirió un matiz de inquietud.

—¡Charles! Él no serviría de nada, ¡qué hombre tan provocador! —Viendo la mirada de desconcierto de Darcy, la señorita Bingley se apresuró a explicar—: Lo que más me ha afectado en su ausencia es precisamente el comportamiento de Charles. La desconsideración que ha mostrado de manera tan abierta al prestarle exclusiva atención a la señorita Bennet ya no puede pasar inadvertida para los otros invitados. —Levantó la mano con un gesto de impotencia—. Señor Darcy, ¿qué vamos a hacer? Si un buen amigo no lo aconseja, me temo que Charles cometerá un grave error... uno que bien le puede cerrar las puertas de la alta sociedad.

—Entonces, ¿todavía está con ella? —El rostro de Darcy adquirió una expresión sombría.

—Oh, sí —suspiró la señorita Bingley—, es posible que ya esté atrapado. De verdad, señor Darcy, ¡la gente ya está empezando a murmurar! Justo ahora, ese insufrible hombre, sir William, me estaba insinuando que los deberes como señora de Netherfield ya pronto dejarían de ser una carga para mí. Si ese hombre se atreve a decirme semejante cosa, lo más probable es que se lo haya dicho también a los demás. De eso puede estar usted seguro. —La señorita Bingley guardó silencio durante un segundo, y apoyando la mano sobre el brazo de Darcy, lo miró a la cara con expresión de súplica—. Charles lo escuchará a usted. Siempre ha sido un *buen* amigo para él.

—Hablaré con su hermano, señorita Bingley. Es lo único que puedo prometer. —Darcy miró detrás de ella, hacia la puerta del salón de baile y ella siguió la dirección de su mirada, pero sólo vio al ridículo clérigo que había acompañado a las Bennet esa noche.

—Contar con su orientación es lo mejor que puedo desear para

Charles. Él es, en efecto, muy afortunado en lo que respecta a sus amigos. —Le dio una discreta palmadita al brazo de Darcy—. Cambiando de tema, me pareció ver que hoy ha recibido una carta de su tía, lady Catherine de Bourgh. Debe de haberlo invitado a Rosings para Navidad, ¿no es así?

—La carta era de lady Catherine —admitió Darcy mientras la conducía de regreso al salón de baile—, pero mi tía nunca me invitaría a Rosings para Navidad. Las visitas siempre se realizan, necesariamente, durante la primavera y, si es posible, en compañía de mi primo, el coronel Fitzwilliam. Mi prima Anne, la hija de lady Catherine, es de constitución delicada y le afecta particularmente el invierno —explicó.

—Entonces, ¿tendremos la felicidad de contar con su compañía en Londres durante las fiestas, así como durante la temporada de eventos sociales?

—De nuevo tengo que responderle negativamente, señorita Bingley. Cuando concluya mis asuntos en Londres la próxima semana, partiré hacia Pemberley y pasaré la Navidad con mi hermana. —Darcy se encogió de hombros—. Mi padre, y el suyo antes que él, siempre pasó la Navidad en Pemberley. Nuestra gente así lo espera y se ha convertido en una tradición de los Darcy que, bajo la administración de mi padre, despertaba gran expectativa con varias semanas de antelación. Ya han pasado cinco años desde su muerte y es hora de que Georgiana y yo revivamos la costumbre. Creo que ella no disfrutaría mucho si pasa la Navidad en Londres, lejos de los agradables recuerdos de las celebraciones del pasado.

—¡Qué hermano tan considerado! —bromeó la señorita Bingley.

—Tal vez —dijo Darcy—, pero Georgiana se merece cualquier placer que yo le pueda proporcionar.

—Estoy segura de que así es —replicó rápidamente la señorita Bingley—. ¿Regresará ella a Londres con usted para la temporada social de este año?

—Considero que todavía es demasiado joven para eso, señorita Bingley, pero pretendo persuadirla de ir a la ciudad durante parte del invierno, al menos. —Un toquecito en el codo interrumpió su atención y Darcy se giró para ver al desafortunado pariente de Elizabeth levantándose después de hacer una solemne reverencia. *¡Qué cosa tan inconveniente!* Darcy respondió al saludo con un gesto sencillo de cabeza, momentáneamente fascinado por la vulgar presunción del hombre.

—Señor Darcy —comenzó a decir el hombre sin que mediara ningún preámbulo—, por favor permítame presentarle mis respetos, señor, después de asegurarle primero que mi negligencia al saludarlo se ha debido enteramente al total desconocimiento de la relación que existía entre usted y mi más noble protectora, lady Catherine de Bourgh. Porque debe usted saber que su graciosa y supremamente bondadosa pariente le ha confiado a este humilde servidor el cuidado de su gente al otorgarme el derecho a vivir en la parroquia de Hunsford. El hecho de que yo pudiera encontrarme aquí, en este lugar, con el sobrino de esa maravillosa dama estaba fuera del alcance de mi imaginación; en consecuencia, no me he dado cuenta y debo expresarle mis más sentidas excusas por no presentarme enseguida ante usted, señor. —El hombre terminó su

discurso sin aire y se inclinó nuevamente.

—Es usted demasiado exigente, señor —respondió Darcy con fría cortesía—. Estoy seguro de que debe ser de gran utilidad para lady Catherine…

—En eso, señor Darcy —interrumpió el señor Collins—, encuentro mi mayor apoyo y satisfacción. Lady Catherine de Bourgh es una mujer de tal perspicacia y agudeza mental que sólo puede ser enormemente apreciada por todos sus parientes. Como su sobrino, usted debe estar ávido por saber cómo se encuentra, y yo me hallo felizmente en posesión de noticias tan frescas sobre su señoría que puedo asegurarle que continúa gozando de buena salud.

Este hombre es un completo idiota, decidió Darcy, una vez que su paciencia fue puesta a prueba más allá de los límites de la cortesía. Fijó la mirada más allá del pastor de su tía para buscar a Bingley, pero no estaba en ningún lugar del salón de baile. *¡Bingley, no me digas que también la has acompañado a cenar!,* renegó Darcy en silencio. ¡Tenía que encontrarlo! Pero parecía que el obsequioso discurso del hombre que tenía frente a él iba a continuar indefinidamente a menos que algo lo obligara a detenerse. A la primera oportunidad que Collins tuvo para detenerse a tomar aire, Darcy inclinó rápidamente la cabeza y, sin decir palabra, se alejó en dirección al comedor, decidido a hacer entrar a su amigo en razón.

El salón destinado a servir la cena estaba lleno de invitados. Primero Darcy disminuyó el paso y luego se detuvo justo al pasar la puerta, pues la reticencia a mezclarse hombro con hombro con todo Hertfordshire casi lo hace desistir de su búsqueda. Aprovechando su estatura, echó un vistazo al salón y localizó a su presa. La señorita Bingley no había exagerado. Allí estaba Charles, sentado a la mesa con la señorita Jane Bennet todavía a su lado, rodeado por una buena cantidad de sus invitados, ignorando con alegre despreocupación todos los límites que lo liberarían de la necesidad de declarar sus intenciones ante el padre de la señorita Bennet por la mañana.

¡Idiota!, dijo Darcy para sus adentros. *¿Qué estás haciendo, por amor de Dios? ¿Cómo puedo ayudarte ahora?* No había manera de atraer discretamente la atención de Bingley. Darcy podría abrirse paso entre la gente, pero ¿qué iba a decir cuando llegara al lado de su amigo, si éste estaba ocupado con sus invitados? *¡Un criado! Sí, ¡podría enviar a un criado para que lo llamara con urgencia!* Pero ¿qué podría decirle en una entrevista tan corta, que sirviera a su propósito? En lugar de eso, lo más probable es que despertara la desafortunada tendencia de Bingley a la testarudez, y ¡Dios sabía lo que podría pasar entonces! No se veía ninguna otra solución posible, lo cual ponía a Darcy en una situación incómoda. Al parecer, no había otra cosa que hacer que esperar hasta que Bingley estuviese solo.

Tras inclinarse por ese camino tan poco satisfactorio, los deliciosos aromas de la mesa del banquete comenzaron a atraer sus sentidos. Agradecido por no tener que tomar ninguna decisión más urgente que comer, se acercó a la mesa y, tomando un plato, se sirvió una selección de carnes y un vaso de vino. Luego dio media vuelta y se dedicó a la tarea de

encontrar la tarjeta con su nombre entre los adornos que llenaban las largas mesas. Su mirada recorrió las filas de mesas de un lado a otro, buscando la silla vacía que indicaría su lugar reservado. *¡Allí!* Darcy miró la tarjeta que estaba al otro lado de la mesa más cercana, pero cuando se encontraba concentrado en eso, su atención fue atraída por unos rizos adornados con flores que subían y bajaban. Volvió a mirar el nombre de la tarjeta y luego, justo frente a él, se encontró con los ojos asombrados y cautelosos de Elizabeth. Enseguida cruzó por su mente la idea de que aquella disposición de lugares había sido hecha a propósito, y no por la señorita Bingley. Le lanzó una mirada a su amigo. ¿Charles? Quienquiera que lo hubiese arreglado, ya no había nada que hacer. Con un cosquilleo de inquietud, puso su plato sobre la mesa y tomó asiento en silencio frente a Elizabeth.

—... será pronto, de eso puede estar usted segura, lady Lucas. No estoy de acuerdo con los compromisos largos y no creo engañarme al pensar que al señor Bingley tampoco le gustan. Mírelos y verá usted que él está más que impaciente por concluir el asunto.

El complaciente ronroneo que caracterizaba la voz de la mujer hizo que Darcy recordara con claridad la primera impresión que había tenido de la señora Fanny Bennet. Estaba sentada frente a él, pero dos puestos más allá, tan regordeta e indiferente a su presencia como un viejo gato atigrado, cuyos ávidos ojos estuviesen fijos en un ratón particularmente apetitoso. Darcy siempre había detestado a los gatos, pues su atención selectiva frente a la autoridad y su propensión a divertirse amenazando su comida no resultaban muy recomendables para la disciplinada forma de vida de Darcy. La noche que se vieron por primera vez, la señora Bennet le causó exactamente la misma impresión.

—Un joven tan encantador, ¡y tan rico! El partido perfecto para mi hermosa Jane, en todos los aspectos. ¡Y cuando uno piensa que Netherfield está sólo a tres millas de Longbourn! Bueno... siendo usted también madre, lady Lucas, puede apreciar las ventajas enseguida.

Darcy frunció el ceño ante la abrumadora vulgaridad de la señora Bennet al hablar sobre las expectativas que le despertaba la idea de tener a Bingley como yerno. Tomó el cuchillo y el tenedor y, casi sin saber lo que hacía, comenzó a cortar la carne.

—Usted se puede imaginar el enorme consuelo que siento al ver la deferencia y el cariño con que tratan a Jane las hermanas del señor Bingley. Con toda seguridad, ellas deben anhelar el compromiso. Y ¿por qué no? El apellido Bennet, aunque no es noble, tampoco es desconocido entre los grandes de Inglaterra.

Cuando el trozo de jamón que acababa de meterse a la boca amenazó con atragantarlo, Darcy tomó rápidamente su vaso de vino y le dio un generoso sorbo para facilitar el paso del bocado por la garganta. *¡Insoportable!* Un cruel desprecio congeló su actitud. ¿Acaso aquella mujer había perdido el juicio o simplemente le gustaba engañarse? Miró de reojo a Elizabeth al otro lado de la mesa y enseguida sintió en sus propias mejillas el calor que ruborizaba a la muchacha. Sus ojos miraban en todas direcciones menos hacia él y le temblaba el labio inferior. Darcy volvió a mirar su copa y agitó su contenido.

—Aún más, es una circunstancia muy prometedora para las niñas más jóvenes y un gran alivio para mí. ¿Le sorprende que diga eso? ¿Por qué? Con seguridad... el hecho de que Jane se case tan bien contribuirá a poner a sus hermanas en el camino de otros hombres ricos.

—¡Mamá, por favor! —La súplica de Elizabeth llegó hasta los oídos de Darcy, pero era tal la indignación por su amigo, y no por él, que le restó importancia.

—... y así las cosas, será tan placentero poder dejarlas al cuidado de su hermana. Así ya no estaré obligada a acompañarlas a todas partes y podré asistir sólo a los eventos sociales que me apetezca.

—¡Por el amor de Dios, mamá, habla más bajo! —Había verdadera desesperación en la voz de Elizabeth, y cuando Darcy la oyó, su desprecio dejó paso a una dosis de rabia hacia aquella mujer por cuenta de las súplicas de su hija.

—Lizzy, no me interrumpas. Discúlpeme, lady Lucas, ¿por dónde iba? Ah, sí. Estaba a punto de asegurarle que, en medio de mi buena suerte, no me he olvidado de sus obedientes hijas. Estoy segura de que, en muy poco tiempo, usted estará en la misma situación en que yo me encuentro.

Darcy observó que Elizabeth volvía a inclinarse sobre su madre, con el rostro transfigurado por el disgusto y la vergüenza, que se veía acentuada por el excesivo brillo de sus ojos. Susurró algo en voz inaudible. Darcy supuso que era algo que tenía que ver con él. Su deducción no tardó en ser confirmada.

—¿Y qué me importa a mí el señor Darcy? Dime, ¿por qué habría de tenerle miedo? —La respuesta de la señora Bennet lo golpeó como una bofetada en el rostro—. No le debemos ninguna consideración especial como para sentirnos obligadas a no decir nada que pueda *molestarle.*

Darcy le dio un pequeño sorbo a su vino y dejó el vaso sobre la mesa de manera deliberada. Nunca había sido testigo de un despliegue de grosería tan monumental. Aún más, el hecho de ser objeto de semejante despliegue era tan asombroso, tan desagradable, que no tenía palabras. La señora Bennet siguió parloteando, ignorando las miradas de incomodidad que le dirigían tanto su hija como lady Lucas. Para su consuelo, Darcy comprobó que nadie lo estaba mirando, excepto Elizabeth, cuyo malestar por la conducta de su madre la cubría de vergüenza. Un inesperado deseo de aliviarla de alguna manera atenuó su disgusto, pero no logró cambiar la resolución implacable que acababa de tomar: no había nada bajo el cielo que lo detuviera de evitar una equivocada unión entre Bingley y aquella familia. Darcy tomó el tenedor y, sin saborear ni un solo bocado, concentró su atención en terminar la comida de su plato, mientras reflexionaba sobre la estrategia que adoptaría para dirigir su próxima campaña.

Darcy pasó el resto de la velada haciendo un cuidadoso escrutinio de la familia Bennet. Su primer objetivo fue determinar la magnitud del encaprichamiento de su amigo y el afecto de la señorita Bennet. Conociendo perfectamente la tendencia de Charles a entusiasmarse, Darcy no podía concluir con seguridad si Bingley estaba realmente

«enamorado» o sólo había sucumbido al atractivo de una cara bonita y unos modales distinguidos. La señorita Bennet era otro asunto. Bajo la cuidadosa observación de Darcy, Jane parecía recibir las atenciones de Bingley con gracia y modestia, pero la dichosa intensidad que irradiaba la actitud de Bingley no tenía un reflejo correspondiente ni en el rostro ni en la actitud de la muchacha. Ella parecía complacida con las atenciones de Bingley, claro, pero indiferente; y Darcy no podía detectar en su actitud otra cosa que gratitud por el honor que le hacía su amigo al ser tan deferente con ella. No, decidió Darcy, ella no tenía la mirada del verdadero amor. Si Charles así lo creía, se estaba engañando.

Terminada la cena, se oyó una demanda general por parte de los caballeros para que las damas interpretaran alguna canción. Darcy se recostó en su silla, mientras experimentaba al mismo tiempo la esperanza y el temor de que Elizabeth respondiera a aquella solicitud. Tras echarle un vistazo, Darcy supo que ella no estaba en condiciones de presentarse ante el público. Tenía los ojos fijos en sus guantes, y los labios casi transparentes por tenerlos tanto tiempo apretados. Sólo levantó la vista cuando una oleada de agitación entre las jóvenes asistentes se produjo ante la figura de otra de las hermanas Bennet.

—Oh, Dios... Mary Bennet. —Darcy oyó un murmullo que provenía de atrás y que fue respondido por un suave gruñido—. ¡Preparaos ahora, mis valientes! —Fue la advertencia que les hizo un teniente a los compañeros que estaban cerca—. Sobrevivid a esto y los gritos de batalla de los franchutes no os asustarán ni lo más mínimo.

Darcy le lanzó una mirada de alarma a Elizabeth, temeroso de que hubiese escuchado los comentarios de mal gusto que flotaban entre la multitud. Tenía los ojos cerrados, como en una actitud de sufrimiento. Sus labios se estaban moviendo, pero no se oía ningún sonido. Los aplausos de rigor reclamaron la atención de Darcy a la actuación que estaba a punto de comenzar, y él se dio la vuelta, preparado para lo que podía suceder.

Cuanto más cantaba la señorita Mary Bennet, más sombría se volvía la actitud de Darcy. En contraste con su hermana mayor, aquella muchacha tenía una voz cuya principal característica era la debilidad, que trataba de ocultar con movimientos afectados, más apropiados para el escenario que para una cena privada. Pero ni su incapacidad para mantener la melodía ni el ridículo que estaba protagonizando la detuvieron, porque, a pesar de obtener unos débiles aplausos, se animó a interpretar otra canción.

Para Darcy, tanto interés por convertir en espectáculo la falta de talento y modestia no sólo resultaba de pésimo gusto sino que era incomprensible. ¿Acaso nadie había pensado en refrenar en la muchacha esa tendencia al descaro? Darcy descartó de inmediato a la madre, pero ¿qué sucedía con el padre? El señor Bennet era conocido por ser un hombre peculiar que, excepto por el silencioso saludo en casa del *squire* Justin, seguía siendo un desconocido para Darcy. Era obvio que Bennet ejercía escasa influencia sobre su esposa. El caballero hizo una mueca. ¿Se extendería esa indiferencia también a sus hijas? Examinó discretamente el salón y descubrió al caballero en cuestión abriéndose camino hacia el frente. Al ver a un padre haciéndose cargo de su familia,

lo invadió un sentimiento de alivio muy masculino y entonces se permitió lanzarle una mirada a Elizabeth, con la esperanza de percibir una disminución en la magnitud de su angustia.

—Niña, ya basta. Has estado muy bien. —Oyó Darcy que le decía el señor Bennet a su hija—. Ya nos has deleitado bastante. Ahora deja que se luzcan otras jovencitas. —Asombrado por la franqueza de las palabras del señor Bennet, Darcy no podía creer lo que había oído. Pero la verdad de la situación fue atestiguada por la ola de rubor que cubrió el rostro de Elizabeth. Darcy fijó los ojos en el suelo. *¡Esos comentarios tan mordaces para dirigirse a su propia hija! ¡Y nada menos que en público!* La incomodidad de Darcy sólo por haber sido testigo de aquella escena fue casi tan aguda como su oprobio ante semejante demostración.

—Si yo tuviera la suerte de tener aptitudes para el canto, me gustaría mucho entretener a la concurrencia con una romanza. —La voz, vagamente familiar, sacó a Darcy de su ensoñación. Levantó la vista y vio al adulador vicario de su tía—. Sin embargo, no quiero decir, por esto, que esté bien consagrar demasiado tiempo a la música, pues hay, desde luego, otras cosas que atender...

¡Y ahora vamos a tener que soportar un sermón en mitad de un baile! Darcy no daba crédito. Recibió las miradas del clérigo con creciente temor.

—... lo más llevaderas posible. Y estimo como cosa de mucha importancia que un clérigo sea atento y conciliador con todo el mundo, y en especial con aquellos a quienes debe su cargo.

¡No lo hagas, hombre! No te dirijas a mí...

—Considero que esto es indispensable —seguía diciendo el señor Collins, y entonces, con una sonrisa lisonjera, se volvió hacia Darcy—. Y no puedo tener en buen concepto al hombre que desperdicia la ocasión de presentar sus respetos a cualquiera que esté emparentado con la familia de sus bienhechores. —Para horror de Darcy, el salón se quedó en silencio mientras el vicario le hacía una pronunciada reverencia. Por fortuna, el hombre no esperaba una respuesta y se sentó. Transcurridos unos instantes, el salón concluyó que el extraño discurso del clérigo no tendría ninguna respuesta y dirigió su atención a otra cosa.

Darcy se permitió respirar nuevamente y le hizo señas a un criado para que volviera a llenar su vaso. Agarrándolo con dedos fríos a causa de la indignación, se levantó y se dirigió rápidamente hacia la exigua sombra de la chimenea. Le dio un generoso sorbo a su vaso y luego se giró para observar a los invitados de Bingley. ¡Su valoración inicial había sido totalmente acertada! Iracundo, bebió otro trago. La sociedad campesina y su idea de modales y distinción estaban lejos de lo que se consideraba correcto. Desde el momento en que llegó al campo, había sido insultado, humillado o halagado de manera servil por sus habitantes principales. Se desconocían totalmente las reglas sociales, se permitía que las jovencitas crecieran sin control y en cualquier momento uno podía ser víctima de la mayor falta de decoro, ¡incluso en un baile!

Recorrió con su mirada la multitud hasta encontrar a Bingley en un rincón, con la cabeza inclinada, en medio de una conversación privada con la señorita Bennet, mientras el baile se desarrollaba sin orden ni concierto.

¡No! Darcy sacudió la cabeza. ¡Por el bien de Charles, aquello debía llegar a su fin! A pesar de las afirmaciones de su madre, la señorita Bennet no tenía más mérito que ser la hija de un caballero, sin ninguna influencia que beneficiara a su amigo, y una pequeña dote que no significaría ningún aumento en sus ingresos o propiedades. A eso había que añadir que significaría para Bingley la adquisición de una suegra increíblemente vulgar, de cuatro —no, tres— hermanas sin ningún talento, a las cuales se esperaría que presentara en sociedad, un sarcástico ermitaño por suegro y una innumerable cantidad de personas de la clase profesional. Era una descripción que presagiaba el desastre. Darcy sabía cuánta influencia tenía sobre su amigo, y era probable que aquel asunto la pusiera a prueba, pero tenía que, *debía,* salvarlo de un destino condenado al fracaso.

Bebió lo que quedaba del vino y, con un propósito claro en mente, depositó el vaso sobre la mesa más cercana, preparado para poner en marcha su plan, cuando el susurro de un papel interrumpió sus pensamientos y le recordó las expectativas con las cuales había iniciado la velada. ¿Qué era lo que deseaba que resultara de esta noche? ¿Sólo la buena opinión de Elizabeth Bennet sobre él? Darcy dio un paso atrás entre las sombras. Ella todavía estaba sentada, escuchando de manera respetuosa a una dama cuyo atractivo eclipsaba de lejos. Todavía estaba un poco colorada, pero tenía mejor aspecto. La sesión de canto terminó y el comedor comenzó a vaciarse en busca de más baile. Elizabeth se levantó junto con los demás y se dirigió hacia donde se encontraba su amiga, la señorita Lucas.

Su respeto. Darcy había deseado granjearse el respeto de Elizabeth, su amistad, un oasis de ingenio y gracia en medio de un desierto de estupidez provinciana. Quería la sensación de vitalidad que sentía en su presencia y que fluía a través de él como un buen vino. Deseaba que esos maravillosos ojos se posaran en él con un sentimiento más profundo que la burla o la rivalidad. Elizabeth y la señorita Lucas salieron del salón; Darcy las siguió con la mirada, mientras sentía un espasmo de dolor en lo más profundo de su corazón. La carta que tenía en el bolsillo de la chaqueta volvió a crujir cuando él se tocó el pecho casi sin darse cuenta. Ya no habría forma de conseguir una buena opinión de la señorita Elizabeth Bennet. Lo que él quería hacer, lo que *debía* hacer, por el bien de Charles, le aseguraría su irrevocable antipatía.

—Caroline, te ruego que no pidas mi opinión ni mi ayuda, ni nada más esta noche —le dijo Bingley a su hermana, después de cerrar la puerta tras la partida de la familia Bennet—. Toda la velada ha resultado espléndida, querida. —Hizo una pausa en su elogio, mientras el reloj de pared daba una campanada—. ¿De verdad son las dos y media? ¡Por Dios! Darcy, si vamos a salir mañana, tengo que irme a la cama enseguida. —Bingley se detuvo al pie de las escaleras, trató infructuosamente de reprimir un bostezo y luego le dijo a su hermana con un tono que la desarmó—: De verdad, Caroline, mereces la mayor de las felicitaciones. Todo el mundo hablará de esta noche durante semanas. Bien hecho y

¡buenas noches a todos! —les dijo a los criados que estaban cerca y que todavía trabajaban para restablecer el orden en los salones ahora vacíos —. Darcy —añadió, haciendo un gesto hacia su amigo—, hoy tendrás que servirte el brandy solo. Yo no sería capaz.

—A la cama, Charles. Si lo necesito, ya sé dónde está. Dile a tu ayuda de cámara que te tenga preparado a las doce o yo mismo iré a buscarte —lo amenazó Darcy en tono jocoso.

—Después de esa advertencia, os deseo a todos buenas noches —dijo Bingley, estremeciéndose—. Excepto a Darcy, que espero que dé vueltas toda la noche.

El caballero se rió en respuesta al comentario burlón de su amigo y se preguntó hasta qué punto se cumplirían los deseos de Bingley. No le cabía duda de que el sueño le sería esquivo esa noche. La tarea que tenía ante él era una pesada carga para su mente.

—Louisa, tú y el señor Hurst no tenéis que esperarme. Todavía tengo algo que hacer esta noche. —La señorita Bingley le dirigió una sonrisa de agotamiento a su hermana. Darcy vio que la señora Hurst parecía demasiado fatigada para preguntarse si sería apropiado que su hermana se quedara en compañía de Darcy a solas, y por esa vez, se alegró de ello. Su plan para separar a Bingley de la señorita Bennet necesitaba un aliado, y Darcy sabía que en Caroline encontraría uno bien dispuesto.

—Señor Darcy. —La señorita Bingley se volvió hacia él tan pronto como subieron los Hurst—. ¡Charles todavía está en las garras de esa muchacha! ¡Esperaba que usted hablara con él!

—Lamento mucho haberla decepcionado, señorita Bingley. No he tenido oportunidad de complacerla. No podía agarrarlo del cuello y sacudirlo como una marioneta. —Darcy la miró con frialdad y con un aire de superioridad—. Y usted sabe perfectamente cómo se tomaría Charles una charla sobre *este* tema, incluso viniendo de mí.

—Él no quiere oír más que elogios sobre la señorita Bennet.

—Precisamente —respondió Darcy de manera contundente—. Pero si usted es capaz de seguir mis instrucciones, creo que todavía podemos salvarlo de cometer un desastroso error.

—Lo que sea, señor Darcy. Todo lo que esté a mi alcance.

A Darcy se le congeló la sangre al oír esas palabras, exactamente lo mismo que Charles le había dicho hacía sólo unos días. ¿Qué estaba haciendo? Aquella duplicidad era totalmente ajena a su carácter y le resultaba repugnante. Pero al acordarse de la funesta naturaleza de las inclinaciones de su amigo, suprimió la oleada de inquietud que sintió en lo más hondo de sus entrañas.

—Señor Darcy, ¿qué quiere usted que haga? —insistió la señorita Bingley.

—Espere unos cuantos días después de que hayamos salido para Londres. Luego despida a los criados, cierre la casa y síganos a la ciudad. Pero no permita que Charles se entere de su llegada. Cuando tenga la certeza de que mis planes han dado fruto, le enviaré una nota. Sólo en ese momento debe usted avisarle de su llegada. Lo único que tendrá que hacer será confirmar a su hermano lo que yo le he dicho, pero con el más suave de los tonos. *¡No lo atosigue!* ¿Podrá hacerlo, señorita Bingley?

—S-s-sí, será como usted dice, señor Darcy. —La señorita Bingley se estremeció ante la seriedad de la actitud de Darcy.

—Muy bien, señorita Bingley. Entonces, yo también le deseo buenas noches. —Hizo una reverencia y se dirigió a las escaleras, pero se detuvo en el primer escalón para fulminarla otra vez con su autoritaria mirada—. Una cosa más. Deberá enviarle una carta muy clara a la señorita Bennet. Dígale que lo más probable es que Charles se quede en la ciudad y que ustedes han ido a reunirse con él. Y que ninguno de ustedes regresará a Netherfield antes de Navidad. De hecho, que es posible que nunca vuelvan. Diga todo lo que exige la cortesía, pero deje muy claro el punto esencial. ¡Qué Charles no regresará! ¿Ha comprendido usted?

—Sí, señor. —La señorita Bingley asintió con la cabeza, con los ojos muy abiertos. Darcy volvió a inclinarse y continuó su camino hacia sus aposentos. Ya eran las tres de la mañana y cada paso que daba hacia su habitación confirmaba lo exhausto que lo habían dejado todas las tensiones y emociones de la noche. El picaporte de su habitación giró al mismo tiempo que él estiraba la mano para agarrarlo y la puerta se abrió en silencio, dejando ver a un Fletcher grave y taciturno, contra la luz de una sola vela que reposaba en la mesilla de noche.

—Señor Darcy.

—Fletcher. —Suspiró Darcy mientras se sentaba—. No pensé que un baile de provincia terminara tan tarde.

—No se preocupe, señor. He aprovechado muy bien este tiempo y ya he empaquetado *todas* sus pertenencias, señor —contestó el ayuda de cámara, retirando el alfiler de esmeralda de la corbata de Darcy y comenzando a deshacer el nudo. Mientras se desabrochaba el controvertido chaleco, Darcy miró con curiosidad la cabeza inclinada de su empleado.

—¿*Todas* mis pertenencias?

—Sí, señor... y he ordenado a los mozos del establo que envíen a *Trafalgar* a Pemberley. ¿Querrá usted montar a *Nelson* en su viaje a Londres o debo enviar al caballo junto con el perro, señor? —Fletcher se arrodilló para retirar con cuidado los zapatos de baile de Darcy.

—Envíe a *Nelson* a Pemberley. Fletcher, ¿usted *sabía* que yo no iba a volver?

El ayuda de cámara lo miró de reojo.

—Desde luego, señor Darcy. ¿Todavía quiere partir a mediodía, señor?

Darcy miró a su ayuda de cámara con suspicacia.

—¡Tal vez debería decírmelo usted!

—Oh, no, señor. Eso sería una ligereza por mi parte y causa de despido, aunque he oído que lord... depende mucho de la opinión de *su* ayuda de cámara, que lo acompaña incluso en la mesa de juego.

—Lo mismo he oído yo —contestó Darcy lentamente—. Entonces, debo replantear la pregunta. ¿A qué hora sugiere usted que parta, Fletcher?

—El mediodía es lo más tarde que se puede partir, señor, en la medida en que eso le permitirá llegar a Erewile House un poco tarde, pero no demasiado. El mediodía también es la hora más recomendable, pues es

lo más temprano que el ayuda de cámara del señor Bingley puede comprometerse a tenerlo listo. ¿Ya puedo quitarle la chaqueta, señor?

Darcy se levantó de la silla con esfuerzo, se quitó la chaqueta y, mientras Fletcher la recogía, también se desprendió del chaleco. Estaba seguro de haber oído cómo suspiraba su ayuda de cámara cuando dejó las dos prendas encima de un taburete tapizado. Darcy lo miró con disimulo mientras se quitaba los puños y el cuello de la camisa.

—Entonces será a mediodía. ¿No siente *pena* por marcharse de Hertfordshire, Fletcher?

El ayuda de cámara tardó un poco en contestar, pero su expresión se volvió melancólica, mientras vertía un poco de agua caliente de la jarra de cobre que tenía calentando junto al fuego en la jofaina que reposaba sobre el lavabo.

—¿Pena, señor? Londres tiene sus encantos, y Pemberley es el lugar más hermoso de esta verde tierra. ¿En cuanto a Hertfordshire? Hertfordshire, según he descubierto, tiene sus propios tesoros, señor; y ¿qué hombre no lamenta dejar atrás un tesoro?

—¿Qué hombre, en efecto? —susurró Darcy, mientras desfilaban ante sus ojos las imágenes de la primera vez que había visto a Elizabeth esa noche: la atractiva figura, los rebeldes rizos, sus ojos brillantes y, luego, su ceño fruncido, su voz calmada y aquella mirada de angustia. Darcy cerró los ojos agotado.

—¿Señor Darcy?

—El hombre que conoce su deber y lo cumple contra toda inclinación natural, ese hombre, Fletcher, al final no tendrá de qué arrepentirse.

—Como usted diga, señor. —El rostro de Fletcher no mostró ninguna reacción ante las palabras de Darcy, mientras señalaba la jofaina y la ropa de dormir que reposaba sobre la colcha—. ¿Hay algo más que necesite esta noche, señor?

—No, no, eso es todo. Ya lo he tenido levantado demasiado tiempo. Si no estoy en pie a las diez, por favor despiérteme.

Fletcher recogió la ropa que Darcy se había quitado, e inclinándose en señal de agradecimiento por la gentileza de su amo, se retiró hacia la puerta del vestidor.

—Señor Darcy. —Se detuvo en el umbral. Darcy terminó de quitarse la camisa por encima de la cabeza y lo miró con curiosidad—. Hay un poco de brandy en la mesa junto al fuego, en caso de que desee beber un poco, señor. Buenas noches, señor.

Darcy miró hacia la mesa, mientras la puerta se cerraba. No tenía intención de beber al ser tan tarde, pero la idea no le disgustó. Tal vez el brandy apaciguara las voces que invadían ahora su cabeza durante suficiente tiempo para conciliar el sueño. Se sirvió una copa, pero la dejó sobre la mesa, vacilante, mientras terminaba sus abluciones y se ponía la ropa de dormir. Allí seguía, cuando terminó, brillando de manera tentadora a la luz del fuego. Cerró la mano alrededor de la copa y, con un movimiento rápido, se bebió la mitad del contenido. El líquido ardiente descendió por su garganta y su falso calor invadió el cuerpo de Darcy en minutos.

¡Su deber! Sí, él conocía su deber bastante bien... y las consecuencias

de ignorarlo. Georgiana acababa de ser rescatada de una situación provocada por su negligencia. Él no iba a fallarle a Charles de esa manera. Ni siquiera por todos los «tesoros» de Hertfordshire.

Se tomó el resto del brandy antes de que el rostro de Elizabeth apareciera de nuevo ante él y dejó la copa sobre la bandeja. Se dirigió a la cama y retiró las sábanas, que todavía estaban agradablemente cálidas a causa del calentador de cobre, y se deslizó entre ellas, acomodándose en una postura que lo ayudara a dormirse. Apagó la vela. La oscuridad lo envolvió mientras los efectos del brandy comenzaban a hacerse sentir. Un par de ojos hermosos lo miraron confundidos y tristes, y Darcy metió la cabeza entre la almohada para esquivarlos.

—Dios —susurró en la profundidad de la noche— ¡espero estar obrando correctamente!

Capítulo 11
Ciertos demonios

Con la colaboración de Fletcher, el ayuda de cámara de Bingley tuvo a su amo preparado para salir precisamente a mediodía. A las doce y cuarenta y cinco, ya habían dejado atrás Meryton e iban, a buena velocidad, por una carretera en medianamente buen estado, en el carruaje de Bingley. Aunque estaba vestido y había desayunado ya, la única contribución de Bingley durante la primera hora de viaje había consistido en suaves ronquidos y suspiros. El vaivén y el balanceo producido por los resortes del carruaje habían sido suficiente estímulo para que Darcy también dormitara un poco, teniendo en cuenta que, en contra de toda razón, se había despertado temprano como de costumbre, tras haber dormido muy pocas horas. Empezó a poner en práctica la primera parte de su estrategia cuando hicieron una parada en una posada del camino para cambiar de caballos.

—¡Bingley! Charles, despierta. —Darcy se inclinó hacia delante y, agarrando con firmeza el hombro de su amigo, le dio una sacudida—. Estamos cambiando de caballos y yo necesito estirar las piernas un poco, al menos. Una cerveza tampoco estaría mal. ¿Qué tal si probamos la cerveza local? —Darcy enarcó una ceja al oír los gruñidos amortiguados de Bingley—. Tal vez nos siente mejor un poco de café. ¡Vamos, hombre; levántate y sal!

Bingley abrió un ojo y, al ver la inflexible expresión de Darcy, lanzó un fuerte suspiro y se levantó lo suficiente como para bajar a trompicones la escalerilla del coche. Darcy lo agarró del brazo y lo empujó, riendo, hacia la puerta de la posada. Al pedir una mesa tranquila, una muchacha rolliza los llevó a un cómodo comedor privado, que tenía una ventana que daba al jardín. Enseguida ordenaron algo caliente y estimulante, mientras Bingley se desplomaba sobre un canapé algo gastado pero respetable.

—¿Cómo puedes estar tan infernalmente despierto, Darcy? —preguntó, bostezando y entrecerrando los ojos para mirar el perfil de su compañero, recortado contra la luz del sol que entraba por la ventana—. Te fuiste a dormir más tarde que yo y te levantaste horas antes. Apuesto a que tu Fletcher tiene algo que ver en eso. ¡Ese hombre parece un sargento! Tenía a mi pobre Kandle en tal estado de nerviosismo, que el hombre apenas podía sostener la navaja. He tenido que afeitarme yo mismo esta mañana, o él habría terminado por entregarte mi cadáver en lugar de... No te rías, ¡te juro que no estoy exagerando!

—¡Tu cadáver, claro! Bingley, tú no haces otra cosa que exagerar o, peor aún, dejas volar tu imaginación sin freno.

—Bueno, esto está pasando de castaño oscuro, Darcy —dijo Bingley frunciendo el ceño, ligeramente ofendido—. Pero si voy a ser acusado de esa manera, dígame, señor, cuál de los dos es peor para que yo pueda

decidir si debo sentirme insultado o divertido. —Bingley se enderezó el chaleco y se arregló la chaqueta—. ¡Ejem! —Carraspeó y, agarrando una cuchara, golpeó la mesa con solemnidad—. Puede proceder.

—El hombre que exagera es perfectamente consciente de lo que hace —comenzó Darcy, mientras se recostaba con despreocupación contra el marco de la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho— y no espera que nadie crea sus afirmaciones al pie de la letra. Puede emplearlas de manera habitual, pero todavía está en posesión de la verdad del asunto y, bajo presión, la admitirá. Pero el hombre esclavizado por la imaginación le ha cedido el dominio de sus facultades a una ilusión y se apegará a ella a pesar de todos los hechos que demuestren lo contrario. Aún más, exigirá que el resto del mundo crea en el asunto y verá a cualquiera que se niegue a hacerlo como un enemigo o un opresor o...

Un golpecito en la puerta interrumpió su discurso. La hija del posadero entró y depositó sobre la mesa una humeante bandeja con tazas y platos cubiertos. Como Bingley estaba estudiando en detalle la cuchara que tenía en la mano, no pudo ver la alegre sonrisa que la muchacha le dirigió cuando le hizo una reverencia y cerró la puerta al salir.

—... O, al menos, como un personaje muy estúpido —concluyó Darcy con despreocupación. Se dirigió hasta la mesa y comenzó a levantar las tapas para examinar lo que les habían traído de comer—. Charles, ¿no tienes hambre? Esto parece bastante apetitoso. —Levantó uno de los platos—. ¿Charles?

Bingley levantó la vista al oír su nombre y, lanzándole a Darcy una extraña sonrisa, le alcanzó un plato y se reunió con él junto a la bandeja.

—Creo que elegiré sentirme divertido, en particular porque tú eres un «personaje muy estúpido».

—Estoy de acuerdo —contestó Darcy antes de comenzar a devorar los sencillos pero sabrosos alimentos que les habían ofrecido.

Después de un rápido paseo por los alrededores, al regresar a la posada se alegraron de encontrar el carruaje listo para partir. Tras introducir los ladrillos calientes, subieron al coche. Bingley dio la orden; los caballos se inclinaron hacia delante y los dos caballeros se recostaron contra los cojines. Cuando los caballos alcanzaron un galope estable, Darcy se inclinó hacia delante y abrió su maletín de viaje, del cual sacó *Fuentes de Oñoro,* y se acomodó más cerca de la ventana.

—Ah, ¿quieres leer? —En la voz de Bingley había una nota de decepción.

—Sí, si no te importa. Sólo queda una hora de luz. Pero te prometo dejarlo antes de que haya que encender las lámparas. ¿Te gustaría leer *Badajoz*? Lo tengo aquí en el maletín. —Bingley se encogió de hombros en señal de aceptación, y Darcy le pasó el volumen, un poco manoseado debido al examen de la señorita Bingley y a la forma en que se había deslizado por el suelo de la biblioteca. Estaba claro que Bingley quería continuar con la discusión que habían sostenido en la posada, pero Darcy se mantuvo dentro de su plan. Al recostarse de nuevo para tener más luz, acarició las puntas de los hilos de bordar que marcaban la página, antes de deslizar un dedo por la pequeña abertura entre las hojas y abrir el libro.

Los vistosos hilos reposaban entre la hendidura del lomo, y un intricado nudo femenino los mantenía unidos en la parte superior. Mientras miraba a su amigo con el rabillo del ojo, Darcy se guardó secretamente el recuerdo en el bolsillo de la chaqueta y luego se concentró en su libro. Sólo volvió a poner el marcador de páginas en el lugar correspondiente cuando las sombras hicieron imposible seguir leyendo. Tan pronto como lo guardó, Bingley le devolvió el otro volumen y comentó que ya estaban casi en Londres.

—¿Cenas conmigo en Grenier's?

—Agradezco tu invitación, Bingley, pero debo quedarme en casa. Mañana tengo una agenda llena de citas que atender. ¿Qué te parece una cena en Erewile House mañana por la noche?

—¡Espléndido!, como diría sir William Lucas. —Bingley se rió entre dientes y luego se puso serio—. Darcy, estoy pensando en hacer una oferta por Netherfield.

—¿Una oferta? Es un poco prematuro, ¿no crees?

—Pensé que Netherfield tenía tu aprobación.

—Sí, está bastante bien —dijo Darcy, midiendo sus palabras con cuidado—, pero yo no te aconsejaría comprarlo, al menos no todavía. Esta ha sido tu primera experiencia de la vida en el campo. Te ha resultado agradable. Pero creo que debo recordarte que tus hermanas no se llevan la misma impresión.

—¡Ah, Caroline! —replicó Bingley en tono peyorativo—. Sólo algo tan magnífico como Pemberley la dejaría satisfecha, e incluso si yo tuviera la oportunidad de tener una propiedad así, los dos sabemos que no estoy preparado para eso. ¡Netherfield es perfecto!

—Tal vez. Sin embargo, no me parece prudente apresurarse. ¿Tienes un contrato de alquiler por un año? Tómate ese año. Hertfordshire no es el único condado de Inglaterra.

El carruaje disminuyó la marcha a medida que se iba aproximando al peaje de Highgate. Como el bullicio del peaje no estimulaba la conversación, Darcy se recostó entre las sombras, mientras observaba a su amigo con disimulo. Bingley tenía el ceño fruncido, en un extraño gesto que indicaba un súbito desconcierto. No obstante, cuando el coche comenzó a avanzar hacia Mayfair, ya parecía haberse librado de su inquietud.

—Espero que no tengas que pasar todo el tiempo ocupado en asuntos de negocios, antes de regresar a Derbyshire.

—No todo el tiempo, no. Tengo la placentera tarea de buscar regalos de Navidad para Georgiana. También haré alguna visita a mi club.

—Claro, pero ¿qué hay de cosas divertidas como... una obra de teatro o una visita a St. Martin's? Oí que Belcher se va a enfrentar a Cribb y, después de lidiar con un recién llegado, a un tipo de Bélgica. Bléret, creo. —Bingley no se dio por vencido al ver que Darcy se limitaba a encogerse de hombros—. La Catalani se va a presentar en casa de lady Melbourne; con seguridad ya habrás terminado de hacer cuentas para entonces, ¿no?

—Estás muy bien informado, Charles —contestó Darcy secamente, y su voz adquirió de repente un inexplicable tono de irritación—. Por favor, deja tus recomendaciones a Hinchcliffe, y trataré de complacerte tantas

veces como pueda.

—¡Tu secretario! Oh, no me atrevería. Creo que no me cuento entre sus favoritos, Darcy.

—¿Acaso Hinchcliffe ha sido impertinente contigo? Lo lamento mucho.

—No te disculpes. —Bingley sonrió al ver la turbación de su amigo—. Sé lo valioso que es Hinchcliffe para ti. Tanto él como Fletcher son muy admirados, ya lo sabes. De hecho, he oído a varios caballeros entre nuestras amistades lamentándose por no haber podido quitarte ni al uno ni al otro. ¡Qué maravilla de lealtad!

Darcy frunció el ceño con expresión culpable al oír las palabras de Bingley y miró por la ventana. El coche entró en Grosvenor Square y se detuvo con suavidad frente a Erewile House.

—Además, probablemente es un gran honor ser despreciado por Hinchcliffe. Por otro lado, si él alguna vez descubre que fui yo quien lo ha delatado, me negará los servicios del sobrino que está instruyendo. Así que no digas nada, te lo ruego.

Darcy soltó un gruñido en señal de aceptación y comenzó a organizar su maletín de viaje para que lo introdujeran en la casa. Un lacayo abrió la puerta del coche. Tras él, con una lámpara en la mano, estaba el venerable mayordomo de Erewile House, con una expresión que reflejaba una mezcla de alivio y deferencia.

—Señor Darcy. ¡Qué alegría tenerlo en casa!

—Gracias, Witcher —respondió Darcy al bajar del coche—, pero usted no debería estar aquí con este frío, buen hombre.

—Gracias, señor, pero la señora Witcher estaba tan segura de que el tiempo empeoraría antes de que usted llegara, que sólo se quedará tranquila si yo le digo que usted está bien.

—Entonces quiero que vaya y le informe enseguida de que he llegado bien. El lacayo puede ocuparse de lo que se necesite. —Darcy se volvió hacia la puerta del coche—. Bingley, no te retrasaré más. ¿Mañana a las ocho?

—A las ocho.

Darcy asintió con la cabeza y el lacayo cerró la portezuela. Subió las escaleras mientras el coche de Bingley arrancaba y en segundos entró en el cálido y acogedor vestíbulo de su casa de Londres.

—Discúlpeme, señor, pero el señor Fletcher desea saber si usted quiere tomar un baño antes de cenar. —Witcher se le acercó desde atrás para ayudarlo a quitarse la chaqueta, el sombrero y los guantes—. *Monsieur* Jules pide permiso para informarle de que la cena estará lista dentro de una hora, si usted así lo desea, y un buen ponche caliente va camino de la biblioteca en este mismo instante.

Ah, sí, es estupendo estar en casa, pensó Darcy sintiéndose agotado.

—Puede decirle a Fletcher que un baño es una excelente idea. Y la cena en hora y media me complacería enormemente.

—Muy bien, señor. ¿Y el ponche, señor?

—Ya voy para la biblioteca. Gracias, Witcher.

—Señor Darcy. —Witcher se inclinó mientras su amo comenzaba a subir las escaleras hacia su refugio. Al entrar, Darcy encontró el fuego ardiendo en la chimenea y el ponche prometido en una bandeja al lado de

su sillón favorito. Una rápida mirada a la bruñida tapa de su escritorio dejó ver su libro de citas y la correspondencia cuidadosamente organizada y anotada con la clara letra de Hinchcliffe. Sus libros ya habían sido desempaquetados y reposaban en espera de su atención sobre el estante reservado a lo que estaba leyendo en el momento.

Todo estaba como debería estar. Con un suspiro, se acercó a la botella de licor. Se sirvió una buena cantidad en el vaso que estaba sobre la bandeja y apagó la vela antes de acomodarse en el sillón junto a la chimenea y poner los pies sobre el escabel. Le dio un largo sorbo a su bebida y, cerrando los ojos, se recostó. Trató con todas sus fuerzas de no pensar en otra cosa que el líquido caliente y dulce que se deslizaba por su garganta y la placentera sensación de estar otra vez en casa, entre su propia gente y sus propias cosas. Pero la visión del rostro angustiado de Bingley en respuesta a sus deliberados comentarios no se borraría de su mente.

¡Bingley! Gruñó en voz alta, e incorporándose, se inclinó hacia delante para observar el fuego. *Es por una buena causa,* se dijo por enésima vez, *y no interesa en lo más mínimo cómo te hace sentir todo este asunto.* Mientras le daba otro sorbo a la bebida, sus ojos recorrieron la habitación y se fijaron en el libro que había estado leyendo en el coche. Al recordar lo que reposaba entre sus páginas, Darcy desvió rápidamente la mirada. ¡Con seguridad Fletcher ya debía tener todo preparado para el baño! Puso el vaso sobre la bandeja y salió de la biblioteca.

A la mañana siguiente, Darcy se despertó después de la primera noche de verdadero reposo que había tenido en mucho tiempo. Casi antes de que dejara de balancearse el cordón para tocar la campana, apareció Fletcher y, con silenciosa habilidad, lo preparó para un día dedicado a los asuntos de negocios. El desayuno y la lectura del periódico matutino estuvieron deliciosamente libres de las interrupciones y la charla de la señorita Bingley, y cuando terminó, levantó la vista y lo informaron de que su secretario lo esperaba en la biblioteca.

—Señor Darcy. —Hinchcliffe se levantó de su asiento, que estaba frente al ancho escritorio de Darcy.

—Hinchcliffe —dijo Darcy en respuesta al saludo del secretario—, parece que tenemos un día ocupado por delante. ¿Ha recibido usted las instrucciones relativas a la disposición de los fondos de caridad para este año? —Se sentó frente a su secretario, que volvió a acomodarse en su puesto.

—Sí, señor. —Hinchcliffe sacó la carta de Darcy de la carpeta de cuero que tenía sobre las piernas y la puso sobre el escritorio de su patrón para su aprobación. Cada uno de los beneficiarios de la generosidad anual de Darcy tenía una anotación y una marca escritas con la clara letra del secretario—. Las expresiones de gratitud por su interés llegan diariamente, señor. —Entonces sacó más cartas de la carpeta y las puso al lado de Darcy. El caballero levantó las cartas, echándoles una rápida ojeada, antes de empujarlas hasta el otro extremo del escritorio.

—Muy bien, Hinchcliffe. —Un movimiento de cabeza casi

imperceptible fue toda la respuesta del secretario a sus palabras. Muchos de sus conocidos se habrían sorprendido al ver la naturaleza tan seca del secretario y la poca importancia que Darcy le prestaba a un comportamiento tan petulante en un sirviente. Desde luego, ellos no podían saber que Hinchcliffe había sido el secretario de su padre y que llevaba trabajando para su familia desde que Darcy era un chiquillo de doce años.

Su primer encuentro no había sido muy afortunado. Feliz por estar en casa para pasar unas cortas vacaciones mientras estaba en Eton, Darcy entró corriendo en Erewile House al bajarse del coche, a través del vestíbulo de entrada, cuando se estrelló directamente contra una figura alta y vestida de negro, que estaba pasando en ese momento. Cuando la última hoja de papel terminó de caer al suelo, se encontró metido entre las piernas de un hombre de mirada severa, que debía de tener unos treinta años. La caída había torcido la peluca del hombre de una manera tan cómica y que contrastaba tanto con la expresión de granito de su barbilla, que Darcy no pudo evitar reírse ante aquella graciosa situación. Aquello sólo duró hasta que el extraño sirviente se levantó y recuperó la compostura por completo. Ante el asombro de un Darcy de doce años, el hombre parecía un gigante de ojos oscuros, que lo miraba fijamente.

—El señorito Darcy, supongo —dijo el gigante con voz profunda.

—Sí, señor —respondió Darcy con tono sumiso, seguro de haber tenido la mala suerte de estrellarse contra un desconocido maestro que tal vez sus padres habían contratado para mantenerlo al día en sus estudios durante las vacaciones.

—Soy el nuevo secretario de su padre, el señor Hinchcliffe —siguió diciendo el gigante con dicción precisa y una voz atronadora—. A usted, señorito, lo esperan en la biblioteca. Me perdonará que no lo anuncie, pero tengo que terminar un trabajo inesperado. Sugiero que se levante antes de que su padre venga a buscarlo personalmente. —Después de clavarle una última mirada, Hinchcliffe se giró y comenzó a recoger los papeles que llenaban el suelo del vestíbulo, mientras Darcy subía rápidamente los escalones y se escabullía por la puerta de la biblioteca.

Durante años, Hinchcliffe fue una rígida presencia entre los sirvientes, la cual Darcy aprendió a apreciar sólo cuando regresó de la universidad y encontró que la salud de su amado padre se había deteriorado enormemente. Durante esos dos angustiosos años que precedieron a la muerte de su progenitor, Hinchcliffe le enseñó a Darcy todo lo relativo a los negocios, intereses y preocupaciones de su padre, y él no podía pensar en nadie más indicado para ser su propio secretario que aquel hombre que conocía tan íntimamente los intereses de los Darcy y los había llevado con tanta lealtad y pericia. Darcy no buscaba afecto en Hinchcliffe ni esperaba ninguna deferencia por su parte. Era suficiente para él saber que se había ganado el respeto y la lealtad de un hombre que conocía todas sus preocupaciones desde que era un niño y que luego le había prestado los servicios de un verdadero maestro en su oficio.

—Señor Darcy, hay una cosa más sobre la que debo llamar su atención. —Hinchcliffe sacó otra carta de su carpeta y, tras abrirla cuidadosamente, la puso sobre el escritorio—. Recibí esto de la señorita

Darcy hace unos cuantos días. ¿Debo hacer lo que me solicita, señor?
Darcy tomó la carta y la leyó en voz alta:

21 de noviembre de 1811
Pemberley
Lambton
Derbyshire

Señor Hinchcliffe:
Por favor tenga la bondad de extender un cheque de mis fondos de caridad por la suma de veinte libras a favor de la «Sociedad para devolver jovencitas del campo a sus familias», en la siguiente dirección, y ocúpese de que un cheque por la suma de cien libras sea consignado anualmente a su favor de aquí en adelante.

Muchas gracias,
Señorita *GEORGIANA DARCY*

Enarcando las cejas con un gesto de sorpresa, Darcy miró a su secretario por encima del borde de la carta.

—¡La Sociedad para devolver jovencitas! Hinchcliffe, ¿conoce usted esa institución?

—No la conocía, señor, antes de recibir la carta de la señorita Darcy. He hecho algunas averiguaciones y es una sociedad legal, con conexiones en Clapham, señor. Tiene una junta directiva muy respetable, los socios son personas de las mejores familias e incluso hay algunos nobles. Nada que objetar, señor.

—Mmm —musitó Darcy, mientras miraba la carta con gesto pensativo —. Eso puede ser cierto, pero me inquieta que mi hermana sepa algo sobre esas mujeres... esos diablos —se corrigió. *Además, ¡el hecho de que ella no haya consultado antes conmigo! ¿Por qué no lo ha hecho?* Darcy frunció el ceño.

—¿Debo seguir las instrucciones de la señorita Darcy, señor? —preguntó Hinchcliffe con su voz de bajo.

—Sí —contestó Darcy lentamente, como si le costara trabajo aceptar la solicitud—. Haga la donación de veinte libras, pero no mande las cien libras hasta que tenga noticias mías sobre el particular. Hablaré antes con la señorita Darcy.

—Muy bien, señor. Su primera cita es con el gerente de la bodega que administra los productos importados de su negocio de transporte. ¿Lo hago pasar?

Darcy asintió con la cabeza y el día comenzó en serio, con una sucesión de reuniones y negociaciones. Se hicieron tratos y se retiraron o invirtieron fondos uno tras otro, con una pequeña pausa al final de la tarde para una colación fría y un vaso de cerveza. Esto gracias a la insistencia de su atenta ama de llaves, la señora Witcher. Cuando la puerta se cerró tras el último hombre anotado en su agenda de citas, el reloj estaba a punto de dar la seis.

—Un día muy productivo. —Darcy suspiró al cerrar los libros de contabilidad y se recostó contra el asiento de su escritorio. Hinchcliffe se inclinó sobre la mesa para colocar los libros en un cuidadoso montón y luego los llevó hasta la caja de seguridad que estaba escondida tras un

grupo de gruesos volúmenes en la estantería.

—Sí, señor —contestó el secretario mientras tomaba una llavecita que tenía atada a su chaleco con una cadena, cerraba la caja de seguridad y volvía a dejar los libros en su lugar—. ¿Eso es todo, señor Darcy?

—Sí, ¡es todo! Ahora vaya a comer algo; le he hecho trabajar de manera inclemente. —Mientras Hinchcliffe se inclinaba brevemente y daba media vuelta para marcharse, a Darcy se le ocurrió algo inesperadamente —. Hinchcliffe, ¿cómo va su sobrino? El que usted está instruyendo. ¿Está buscando un empleo?

—Es usted muy amable por preguntar, señor Darcy. El muchacho va bien, señor, pero yo diría que todavía no está preparado para buscar un empleo. Le falta aún medio año.

—Voy a cenar esta noche con el señor Bingley, que está muy interesado en contratar los servicios de su sobrino. Sería difícil encontrar mejor patrón.

—¿El señor Bingley, señor? —Hinchcliffe hizo una pausa y luego siguió —: Ah, sí, ahora lo recuerdo, señor. Hicieron su fortuna a través del comercio, una familia de Yorkshire, creo. —Resopló delicadamente.

—Correcto, y un amigo muy especial para *mí* —enfatizó Darcy—. Cuando su sobrino esté listo, le agradecería mucho que pensara seriamente en entrar al servicio del señor Bingley.

—Para él será un honor complacerlo, señor Darcy. Buenas noches, señor.

Cuando la puerta se cerró tras su secretario, cuya figura seguía siendo imponente, Darcy se quitó la chaqueta, la puso sobre el escritorio y se dirigió hasta la chimenea, estirando los músculos de la espalda mientras avanzaba. Era probable que Bingley tuviera razón en que Hinchcliffe no lo veía con buenos ojos, pensó, mientras buscaba la botella y se servía una copa. Sacudió la cabeza y dio un sorbo al pesado vaso de cristal tallado, dejando que el líquido se deslizara por su garganta. *Al menos le has hecho un buen favor a Bingley en esta cuestión, que apreciará enseguida. A diferencia del otro asunto.* Ése *te llevará algún tiempo.*

El reloj dio una campanada. Darcy se tomó el resto del contenido de su vaso de un trago y lo dejó sobre la bandeja. Bingley llegaría más o menos al cabo de una hora y él había pasado todo el día recluido en casa. Necesitaba hacer un poco de ejercicio; un paseo rápido alrededor del parque sería óptimo. Se puso la chaqueta y pidió su abrigo y su sombrero. Witcher apareció con los dos y, tras anunciar que regresaría en veinte minutos y quería que Fletcher estuviera listo para recibirlo, Darcy bajó corriendo las escaleras y se marchó caminando con paso vigoroso.

—Entonces, Darcy, ¿has terminado ya de arreglar tus asuntos para que podamos divertirnos un poco, o seguirás portándote como un estúpido? —Bingley aceptó el vaso de vino tinto que le ofrecía su amigo y se sentó en su lugar habitual en la mesa de uno de los comedores pequeños de Erewile House. Mientras los criados se movían en silencio, destapando platos y sirviéndoles, Darcy levantó la copa para hacer un

brindis.

—Por una rápida y exitosa conclusión de mis obligaciones, para que mis amigos no se mueran de aburrimiento.

—Así es. —Bingley se rió y le dio un sorbo al borgoña—. De verdad, ¿te has liberado ya de tus libros de contabilidad y tus asesores de negocios? ¡Ha transcurrido más de una semana!

—No todavía, y antes de que preguntes, no he tenido mucho tiempo para mirar ninguna invitación, así que aún no he decidido nada. Excepto... —Se quedó callado, mientras hacía girar lentamente la copa entre sus manos.

—Sí... ¿excepto qué?

—Mencionaste a la Catalani, la diva, y estoy tentado de asistir a la velada en casa de lady Melbourne.

—¡Tentado! ¿Quieres ir? Me gustaría ir, pero sólo si tú vas. Ese grupo está un poco fuera de mi alcance. —Bingley comenzó a probar con deleite la deliciosa comida que tenía delante.

Darcy soltó un resoplido.

—¡Ese grupo! No permitas que sus títulos y su aire de superioridad te engañen, Bingley. Ellos ocultan una historia llena de peligros y traiciones, de la que harías muy bien en mantenerte al margen. Su credo es la intriga y la ambición, pobre del hombre o la mujer que queden atrapados en sus maquinaciones.

—¡Tienes una opinión más bien negativa, Darcy! Pero me atrevería a decir que soy demasiado insignificante para atraer su atención y por eso me puedo arriesgar a entrar en la jaula del león sin correr mucho peligro. ¡Y oír a la Catalani! —dijo con tono de súplica—. ¡Darcy, tenemos que ir!

Una sombra de duda cubrió los rasgos de Darcy al mismo tiempo que miraba a su amigo, pero ante tanta insistencia no pudo hacer otra cosa que aceptar.

—Entonces que así sea, Bingley; iremos. Pero estás advertido y debes tener cuidado. Pasaré a buscarte a las nueve mañana por la noche.

—Maravilloso, Darcy. —Los dos se concentraron en su cena, mientras Bingley intercalaba noticias deportivas y chismes del club, entre bocados de pollo relleno, chartreuse y ternera al aceite de oliva. Una vez que los dos hicieron justicia al arte de *monsieur* Jules, volvieron a la biblioteca a tomar una copa de oporto, que Bingley aceptó con un suspiro.

—¿Charles?

—Ya han pasado dos semanas, ¿sabes?

—¿Dos semanas?

—Sí, dos semanas desde el baile. Hace dos semanas que vi por última vez a la señorita Bennet. ¡Parece un siglo! ¿No crees que estaba adorable? Apenas pude separarme de su lado. —La atención de Bingley pareció alejarse de lo que lo rodeaba.

—Sí, bueno, eso resultó evidente para todo el que tuviera ojos, amigo. —Darcy hizo una pausa y, desplegando sus fuerzas, preguntó de manera desinteresada—: ¿Dirías que ella siente lo mismo?

Bingley se estremeció un poco y se giró para mirar a su amigo con desconcierto.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—¿En qué basas tu opinión exactamente? ¿Acaso te confesó su amor?

—¡No, no, claro que no! —Bingley puso su vaso sobre la mesa, se alejó un poco y luego regresó a recogerlo—. ¡Qué ocurrencia, Darcy! La señorita Bennet es una dama bien educada. Ella nunca...

—Entonces ¿te miró de una manera que hiciera innecesarias las palabras de amor, de afecto? —insistió Darcy.

Bingley abrió la boca para protestar.

—Te recuerdo otra vez que la señorita Bennet es una dama. Eso sería totalmente inapropiado.

—Entonces dime, Charles. —Darcy cerró filas, sin permitirle a su amigo ni una oportunidad de desviarse del tema—. ¿En qué te basas para creer que ella te tiene en mayor estima que a otros hombres de su círculo? Admites que no te ha hablado de amor, ni te ha obsequiado con miradas llenas de tierno afecto. Entonces, ¿qué?

—Un hombre simplemente lo sabe —espetó Bingley.

Darcy se encogió de hombros con actitud escéptica.

—Tú crees que estoy exagerando, pero ¡te juro que no! Esta vez no.

—Ah, sí. «Esta vez no» —replicó Darcy con voz suave. Bingley se quedó contemplando el vaso mientras su amigo, manteniendo siempre un aire de indiferencia, se sentaba y le daba un sorbo a su oporto. A medida que el silencio se hacía más profundo, miró de reojo a Charles, tratando de adivinar sus pensamientos. La insistencia con que movía la barbilla indicaba una profunda agitación.

—¿Tú crees que el afecto de sus atenciones está en mi imaginación? —La pregunta de Bingley parecía casi una afirmación.

—Charles —contestó Darcy con tono conciliador—, debes juzgar eso por ti mismo. Yo sólo quiero advertirte, prevenirte para que no establezcas una unión que te traería más dolor que satisfacción. Los inconvenientes de la señorita Bennet y su familia son muchos, aunque pueden controlarse si tú estás absolutamente convencido de su devoción. Pero si el matrimonio se realiza sólo por el deseo de la dama de escalar una posición social... —Dejó la frase sin terminar.

Bingley se tomó de un trago el resto del contenido de su copa.

—Sí, bueno, no hay necesidad de decir más. Entonces, ¿mañana a las nueve? —Se levantó de la silla y, para sorpresa de Darcy, le hizo una inclinación—. Creo que me retiraré temprano esta noche, Darcy. Tengo algunas citas que atender en la mañana. Me imagino que debo vestirme de gala para asistir a la casa de lady Melbourne.

—Sí, pero con mesura. Sin duda Brummell estará allí, y será mejor no atraer su atención para no tener que tolerar sus comentarios. Entonces, ¿tienes que marcharte?

—Lamentablemente, sí. ¡Ah, no te levantes! —se apresuró a añadir al ver que Darcy comenzaba a incorporarse—. Conozco la salida.

—Pamplinas. —Darcy se levantó de la silla y llamó a un lacayo. —Las cosas del señor Bingley, por favor. —Se volvió hacia su amigo—. Charles, he hablado con Hinchcliffe.

—¡Supongo que no sería sobre su comportamiento conmigo! ¡Darcy!

—No, no... sobre su sobrino. Estará preparado para presentarse ante ti en unos pocos meses; Hinchcliffe me ha dado su palabra. —Ya habían

llegado al vestíbulo y Witcher sostenía el sombrero, el abrigo y los guantes de Bingley.

—Gracias, Darcy. —Bingley logró esbozar una sonrisa que, aunque discreta, sorprendió a Darcy por su sinceridad—. Agradezco inmensamente tu apoyo en esto. Siempre has sido un buen amigo.

Darcy no esperó a que la gigantesca puerta principal terminara de cerrarse para dar media vuelta y buscar nuevamente el refugio de su biblioteca. Casi se desploma en la silla. Permaneció allí inmóvil, y ni siquiera se inmutó cuando un criado entró en silencio para atizar el fuego de la chimenea.

«Siempre has sido un buen amigo». Darcy cerró los ojos y apretó la mandíbula. *¿Acaso las heridas causadas por un amigo nunca curan?* Darcy dirigió su pregunta al cielo. ¡Mejor ponerse colorado una vez que pálido toda la vida porque ese amigo no hizo nada!

La repentina necesidad de *hacer* algo, cualquier cosa, se apoderó de él. Se puso de pie, dirigiéndose hasta la vitrina que tenía a su espalda, se quitó la chaqueta, el chaleco y la corbata y los tiró sobre una silla. Tras abrir rápidamente la vitrina, examinó la colección y seleccionó un estoque perfectamente equilibrado. Tomando una lámpara que había sobre el escritorio, salió de la biblioteca hacia el corredor. *¿Adónde ir?* Después de dudar sólo un instante, se dirigió al salón de baile. No se encontró con ningún criado en el camino y pudo deslizarse en la gran estancia sin hacer ruido. Puso la lámpara sobre una consola estilo Sheraton que estaba contra la pared, y se dirigió hacia la pista, ejecutando movimientos amplios y cortantes mientras avanzaba. Los músculos de su hombro protestaron después de un mes sin hacer ejercicio, pero Darcy los ignoró y siguió con el entrenamiento hasta que aflojaron y él se sintió seguro del alcance y el equilibrio de su espada. Luego, llevándose el estoque a los labios, asumió la posición de «en guardia», poniendo el cuerpo en la curiosa pose al mismo tiempo tensa y relajada de los espadachines expertos.

Darcy lanzó una estocada. Su oponente imaginario esquivó el movimiento. Volvió a atacar. Esta vez el golpe fue esquivado, pero el oponente lanzó un rápido contragolpe. Levantó el estoque para bloquear el ataque, luego dobló la muñeca y usó el filo para desequilibrar a su enemigo. No tuvo éxito. Bloquear... bloquear otra vez, atacar. Darcy soltó una carcajada. *¡Eso lo estremeció!* Atacó y el otro tuvo que retroceder un paso, luego dos.

La llama de la lámpara se reflejaba de manera intermitente sobre la espada, mientras Darcy practicaba las formas clásicas de avance y retroceso. Adelante y atrás sobre la pista a oscuras, Darcy persiguió, acechó y otras veces se enfrentó a su enemigo imaginario, hasta que unas gotas de sudor aparecieron en su frente y el brazo que sostenía el estoque sucumbió al peso del arma. Con un movimiento final en forma de arco, levantó el estoque a manera de saludo y, haciendo una inclinación, le presentó sus respetos a la oscuridad que le sirvió de contrincante.

Sintiendo un agudo dolor en los costados, agarró la lámpara, se deslizó en silencio por el corredor y devolvió la lámpara y el estoque a la biblioteca. Volvió a colocar el arma en la vitrina y recogió su ropa. A pesar

de que estaba cansado, sabía que todavía no se sentía preparado para sucumbir al sueño. *¡Su libro!* Leería hasta que el sueño lo rindiera. Desde donde estaba, podía ver *Fuentes de Oñoro* en espera de su atención, y junto a él, un antiguo regalo de su padre, los sermones de Whitefield. Darcy tomó *Fuentes de Oñoro* del estante y, tras metérselo debajo del brazo, apagó la lámpara y salió hacia su habitación.

Capítulo 12
No todo lo que reluce…

Con su acostumbrada precisión, Darcy estampó su firma en el último documento de negocios que esperaba encontrar antes de marcharse de Londres para pasar la Navidad en Pemberley, y se lo entregó a Hinchcliffe para que le echara la arenilla secante y lo sellara. ¡Por fin estaba libre de los aspectos tediosos de su regreso a la ciudad y podía dedicar su atención a actividades más placenteras! Aunque, en realidad, la velada de esa noche en casa de lord y lady Melbourne en Whitehall no respondía exactamente a todo lo que él consideraba placentero, reconoció para sus adentros, mientras cerraba los libros de contabilidad. Únicamente la muy anunciada aparición de la Catalani podía haberlo convencido de aceptar una de las invitaciones de lady Melbourne, porque, en general, él siempre seguía el consejo que le había dado a Bingley y evitaba al grupo de esa dama tanto como era posible.

La manera en que lady Melbourne alentaba las excentricidades del príncipe regente no era la única razón para que Darcy mantuviera una actitud distante. Los rumores sobre las intrigas y las irregularidades que ocurrían dentro de las paredes de Melbourne House se remontaban a treinta años atrás, hasta el nacimiento del heredero del vizconde, y llegaban hasta la actualidad en forma de chismes sobre la escandalosa conducta de la nueva esposa del heredero. Darcy había estado presente en la boda del honorable William Lamb con lady Caroline Ponsonby, durante una de sus escasas visitas a la ciudad mientras su padre estaba enfermo. Consideraba a Lamb como un buen tipo, sensato en su objetivo de seguir una carrera política y de un carácter más serio de lo que podían esperar sus electores a juzgar por sus antecedentes. Pero su matrimonio con lady Caroline, que ya era conocida por una conducta poco convencional, fue, en opinión de Darcy, una imprudencia. En esto Darcy había tenido mucha razón, y mientras asentía para autorizar a Hinchcliffe a guardar los libros, pensó en cuál de las dos damas tendría más probabilidades de dar un espectáculo esa noche: ¿la temperamental diva o la impredecible lady Caroline?

—Otro buen día de trabajo, Hinchcliffe —le dijo Darcy a su secretario en tono elogioso—. Usted ha supervisado todo de manera admirable. Nunca podría haber conseguido tantas cosas sin contar antes con su atención.

—Un placer, señor —respondió el sombrío secretario, bajando ligeramente los ojos—. ¿Ya ha fijado fecha para su partida hacia Pemberley, señor? Me gustaría empezar a disponerlo todo.

—El martes 17, creo, si logro ver a Lawrence el lunes. ¿Ya hemos recibido respuesta a mi solicitud?

—Llegó esta tarde, señor Darcy. —Hinchcliffe abrió su omnipresente

carpeta de cuero, extrajo una nota un poco arrugada y manchada de pintura y leyó: «El señor Thomas Lawrence tendrá el gusto de recibir al señor Fitzwilliam Darcy a las dos y media el lunes 16 de diciembre, en su residencia, Cavendish Square»—. ¿Envío confirmación, señor?

—Sí, hágalo. Si mi entrevista sale bien y él está de acuerdo, Lawrence hará un retrato de la señorita Darcy cuando ella venga a Londres conmigo en enero. —Darcy sonrió al ver la expresión de sorpresa de Hinchcliffe—. De hecho, tengo total confianza en que podré convencerla de que venga conmigo. No para la temporada social, claro, es demasiado joven, pero habrá reuniones suficientemente tranquilas, óperas y obras de teatro y… —añadió en voz baja después de hacer una pausa—: y será estupendo tenerla entre nosotros, ¿no es así?

—Así será, en efecto, señor Darcy. —La expresión de ternura que cruzó fugazmente por el rostro de Hinchcliffe confirmó lo que Darcy sabía desde hacía años. Él podía estar seguro de la lealtad de su secretario, pero la depositaria de la devoción de Hinchcliffe era su hermana, que había nacido el mismo año en que él entró a trabajar para la familia.

El reloj de la biblioteca dio las cuatro, y como si estuviera planeado, Witcher abrió la puerta en ese momento, pero no para hacer el esperado anuncio de que el té estaba listo.

—Señor Darcy, lord Dyfed Brougham está aquí para…

—Sí, sí, estoy aquí para verte, Fitz; y sé que estás en casa. No trates de deshacerte de mí con algún cuento chino, ¡porque sé que estás aquí! —La elegante e imponente figura de lord Brougham invadió el umbral de la puerta y luego pasó junto al mayordomo—. Buen intento, Witcher, pero Fitz me recibirá, ¿no es así, viejo amigo? —le dijo a Darcy con una sonrisa triunfal.

—Dy, ¿no tienes nada mejor que hacer que perturbar a mis empleados? —Darcy sacudió la cabeza al dirigirse a su viejo amigo de la universidad.

—¡Absolutamente nada más! ¡Excepto, tal vez, molestarte a ti! —Lord Brougham estiró la mano y estrechó la de Darcy con fuerza—. ¿Dónde has estado este último mes? Llegué a la ciudad y encontré cerrada tu puerta, y lo único que pude sacarle a Witcher fue que «El señor Darcy estaba de visita en el campo». Le ofrecí veinticinco libras para que me dijera dónde, pero el señor Witcher aquí presente —dijo lord Brougham, señalando con la cabeza al mayordomo— no soltó palabra.

—Que eso te sirva de lección para que no intentes sobornar a los criados leales —le contestó Darcy con una carcajada.

—Bueno, todos esos años en la universidad no me han enseñado nada, así que dudo que esto lo haga. ¡Soy un caso perdido, ya lo sabes! —Brougham se dejó caer pesadamente en uno de los sillones al lado de la chimenea y miró a su alrededor—. Te pillé haciendo cuentas, ¿no es así, Fitz?

—No, de hecho acabamos de terminar; y estaba esperando el té…

—¡Té! ¡Buena idea! —Se incorporó en su asiento de un salto—. ¿Por qué no vamos hasta el club tú y yo? Apuesto a que no has visitado Boodle's desde que regresaste de… ¿en dónde has estado escondido?

—Hertfordshire.

—¡Dios, no me digas! ¡Hertfordshire! —exclamó Brougham con aire pensativo—. ¿Haciendo qué, Fitz?

—Te lo contaré cuando lleguemos al club. —Darcy se volvió hacia su mayordomo que, conociendo la naturaleza alegre de lord Brougham, estaba sonriendo discretamente tapándose la boca—. Mis cosas, Witcher, si es usted tan amable. Parece que tomaré el té en Boodle's.

Los dos hombres bajaron los escalones de la entrada de Erewile House y se subieron en el cabriolé de lord Brougham, que en minutos los llevó, bajo su experto látigo, hasta el silencioso santuario de Boodle's. El arrogante portero del club los acompañó al interior, donde varios lacayos se apresuraron en silencio a ocuparse de sus abrigos, sombreros y guantes.

Acompañando a su amigo mientras atravesaban el pavimento ajedrezado de mármol italiano, Darcy enarcó una ceja.

—¿Adónde vamos, Dy?

—A algún lugar donde podamos hablar en privado sin escandalizar a los socios más antiguos. El extremo del comedor, tal vez. —Brougham hizo un guiño al ver una sombra de reserva que cruzó enseguida el rostro de Darcy—. ¡Ah, nada tan malo como eso, Fitz! A menos que te hayas estado divirtiendo en... ¿dónde era? ¿Herefordshire?

—Hertfordshire, ya lo sabes —respondió Darcy de manera tajante.

—¡Ah! Ya veo que tenemos mucho terreno por cubrir. —Brougham comenzó a caminar hacia uno de los corredores revestidos de madera que formaban un arco sobre las escaleras que llevaban del vestíbulo a los pisos superiores del club.

Tal vez esto no ha sido una buena idea. Darcy entrecerró los ojos al observar la espalda de su amigo, mientras lo seguía hacia el comedor. Sabía muy bien que bajo la apariencia de diletante de Dy se escondía una mente aguda que, a pesar de sus declaraciones, era capaz tanto de diseñar un puente como de componer un soneto. Los dos habían competido intensamente en la universidad y Darcy recordaba muy bien, por si su amigo no tenía tan buena memoria, la cantidad de premios que Dy había ganado en Cambridge. Mientras, pensó Darcy con incomodidad, traía de cabeza a sus tutores.

En los siete años que habían transcurrido desde entonces, y a través de su estudiada elegancia y sus veleidosos modales, Dy había logrado hacer que la sociedad olvidara esos triunfos y le atribuyera solamente una encantadora frivolidad. Darcy se había preguntado muchas veces por qué quería dar aquella imagen, pero Dy había esquivado hábilmente todos sus intentos de obtener una respuesta. Cómo o por qué su amigo había decidido dirigir su vida en esa dirección seguía siendo un tema tabú entre ellos, pero como no afectaba a la firmeza de su larga amistad, Darcy había preferido, desde hacía tiempo, dejar la pregunta sin respuesta. Sin embargo, había descubierto que su tolerancia hacia la infructuosa existencia de Dy no siempre encontraba una respuesta recíproca. *Si no soy extremadamente cuidadoso,* se advirtió, *Dy descubrirá a través de mis propios labios lo que más quiero ocultar.*

Cuando entraron en el espacioso comedor, Brougham pidió inmediatamente la mesa más cómoda.

—Aquí, esto está perfecto, Fitz. —Le ofreció una silla a Darcy y luego se sentó en la que disponía de la mejor vista de todo el salón—. Pidamos nuestro té y luego podrás contarme todo acerca de tu expedición al campo. —Mientras los camareros traían un plato tras otro de lo que Boodle's consideraba un té apropiado para sus miembros, Darcy y Dy se entretuvieron intercambiando trivialidades y bromas acordes a su larga amistad. Cuando por fin quedaron solos, Dy se puso un poco más serio y habló con más franqueza mientras informaba a su amigo de los rumores económicos y las especulaciones políticas que realmente importaban a los hombres en la posición de Darcy.

—Eres una increíble fuente de información —comentó Darcy secamente, cuando Brougham hizo por fin una pausa para darle un largo sorbo a su té—. Uno casi podría suponer que es una pasión.

—¡Oh, nada tan fatigoso! Uno oye cosas, ya sabes. Reuniones, fiestas, partidas de caza, lugares de juego... lo que sea, charla y más charla. Lo que sucede es que tengo una memoria endemoniadamente prodigiosa. —Le lanzó a Darcy una expresiva mirada y suspiró—. Es una más de las maldiciones que debo soportar.

—Y dime, ¿cuáles son las otras? —Darcy se rió abiertamente ante la actitud de autocompasión de Dy—. Una fortuna muy considerable, una delicada personalidad y...

—¡Por favor, no más! ¡Me estás haciendo avergonzar! Lo cual es particularmente molesto pues era yo quien trataba de avergonzarte. Ahora, cuéntame sobre Hertfordshire —exigió Brougham.

—¿Estás seguro de que no es Herefordshire? —le dijo Darcy, mientras trataba de ganar tiempo para ponerse en guardia.

—No, estoy seguro de que dijiste Hertfordshire. Vamos, vamos; cuéntale a papá qué hiciste. La confesión, ya sabes... es buena para el alma y todo eso. —Brougham lo miró deliberadamente.

Darcy se sorprendió retorciendo la servilleta que tenía sobre las piernas. La cara de Dy era toda sinceridad, con un toque de humor sarcástico que invitaba a las confidencias. Al principio, la idea de reclutar a su viejo amigo para ayudarlo le había parecido totalmente imposible. Pero cuando se sentaron en silencio a tomarse su té, lentamente fue adquiriendo un matiz razonable. Darcy no iba a contarle todo, claro. Nada sobre... bueno, sólo lo que Dy necesitaba saber para ayudarlo con Bingley.

—¿Conoces a mi amigo Charles Bingley?

Brougham asintió con la cabeza.

—Un joven del norte, con más disposición que buen juicio. Tú le has hecho unos cuantos favores últimamente.

—Bingley alquiló por un año una pequeña propiedad en Hertfordshire y se enredó con una jovencita de una familia poco conveniente. —Darcy fue tejiendo su historia, teniendo cuidado de no mencionar que él también había caído en una tierna fascinación—. Así que —concluyó—, como al hombre no se le puede mencionar el tema y no atiende a razones, estoy intentando un juego encubierto. Sembrando dudas, ese tipo de cosas. Lo encuentro terriblemente incómodo.

—¡Me lo imagino! No va con tu carácter, Fitz. ¿Crees que él sospecha algo?

—No, no lo creo. Al menos, lo dudo. Confía en mí ciegamente, ¿sabes? —Darcy se sonrojó y fijó la vista en su anillo de rubí.

—Es probable que tengas razón en que no sospecha. «El corazón que es consciente de su propia integridad tarda en dar crédito a la traición de otro». ¡Ah, lo lamento, Fitz! —Brougham se disculpó al ver la expresión de dolor de Darcy—. No quería que sonara así. Bueno, ya tienes el toro por los cuernos. ¿Cuál es tu siguiente movimiento?

—Vamos a asistir a la velada de lady Melbourne esta noche.

—¡La divina Catalani! Fitz, tienes suerte. Yo también he enviado confirmación de mi asistencia a esa velada. ¿Cómo puedo ayudarte con el encantado señor Bingley?

—Ayúdame a presentarle nuevos encantos. Tú sabes lo torpe que soy para esas cosas, Dy. Pero espera —Darcy respondió con rapidez a la mirada de suspicacia de Brougham—, con eso quiero decir jovencitas decentes. Si le presentas alguna de las amigas íntimas de lady Caroline, te saco del asunto, ni se te ocurra intentarlo.

Brougham levantó las manos con fingido horror.

—¡Dios no lo permita, Fitz! Pero ¿dónde diablos sugieres que encuentre esas «jovencitas decentes» en una velada ofrecida por lady M?

—¡No creo que sea un desafío muy grande para alguien que carga con «la maldición de una memoria prodigiosa»! —le repitió Darcy. A pesar de lo razonable que parecía confiar en Dy, Darcy estaba comenzando a dudar.

—Sí —dijo Brougham, arrastrando la voz—, claro. Haré mi mejor esfuerzo, amigo. Ahora bien, ¿vamos juntos o debemos fingir que nos encontramos allí por casualidad?

—Nos reuniremos contigo allí, pero no voy a fingir que no fue planeado. Le contaré a Charles que convinimos encontrarnos, digamos, a las nueve y media cerca del salón de juego.

—¡Hecho! No hay nada como un poco de intriga para animar la velada. ¿Puedo dejarte en Erewile House?

Los dos se levantaron de la mesa y cruzaron a grandes zancadas los distintos salones del club, deteniéndose aquí y allá para intercambiar saludos con los conocidos de uno y otro, pero dirigiéndose hacia la puerta principal. Trajeron el cabriolé de Brougham y los caballos enfilaron hacia Grosvenor Square.

—No me has hablado de Georgiana —le dijo Brougham a Darcy con tono acusador—. Dios, debe de haberse convertido en una joven damita.

—Sí... sí, así es. Pretendo traerla conmigo a la ciudad en enero.

—¡Pero no para la temporada! ¡No puede estar tan crecida!

—En eso estamos de acuerdo. No, sólo quiero que conozca algunos de los entretenimientos de la ciudad. Disfruta mucho con la música y ha cultivado un gusto muy refinado.

—Y tú te vuelves muy elocuente cada vez que hablas de ella. —La cara de Brougham adoptó una expresión distante—. Te envidio, Fitz. Te envidio incluso desde que Georgiana era una chiquilla traviesa, que entorpecía inocentemente nuestros planes. ¿Recuerdas ese verano que pasé en Pemberley después de nuestro primer año en Cambridge?

—¿Cómo podría olvidarlo? ¡Fuiste tú quien la encontró! Nunca

olvidaré la imagen de ella en tu regazo, al entrar en el jardín.

Brougham suspiró con tal sigilo que Darcy casi no lo nota.

—Fitz, tengo que confesarte algo. Fui yo quien escondió la maldita muñeca que ella estaba buscando. Si no la hubiese encontrado... —Se detuvo bruscamente—. Bueno, lo hice y eso, como suele decirse, es todo. ¡Y aquí estamos! —Brougham detuvo a los dos caballos bayos y se inclinó para abrirle la puerta a Darcy—. En el salón de juego de lady M a las nueve y media. Yo seré el que lleva una flor en el ojal. —Saludó a Darcy con el látigo—. *¡Au revoir!*

Darcy se quedó parado en la penumbra, observando el cabriolé con el ceño fruncido, hasta que dio la vuelta a la esquina y desapareció de su vista. Luego, sacudiendo lentamente la cabeza, subió los escalones hasta Erewile House.

—¡Señor Darcy! —La puerta de la habitación se estaba cerrando tras él, cuando Fletcher, muy agitado, casi le saltó encima desde atrás.

—¡Por Dios, Fletcher! —protestó Darcy, sorprendido—. Todavía no le he llamado.

—No hay tiempo para eso, señor Darcy. ¡Tenemos que empezar ya! Su baño estará listo en un minuto. ¿Elegimos la ropa que llevará a la velada de esta noche? ¿Tenía usted algo en mente? —Darcy echó un vistazo a la habitación y notó, entre divertido y alarmado, que prácticamente todas las prendas de gala que poseía estaban colgadas o desplegadas por todos lados. Un montón de corbatas de lazo recién almidonadas reposaba dócilmente junto al joyero. Sus distintos pares de zapatos de gala habían sido lustrados hasta la perfección. Todo tenía la apariencia de una campaña militar, pensó Darcy mientras volvía a fijar su mirada en el ayuda de cámara.

—Creo que le han informado mal, Fletcher. Sólo es una velada, no una invitación a Carlton House.

—Precisamente, señor —resopló Fletcher—, ¡si se tratara de Carlton House! Pero en lugar de eso es Melbourne House, un lugar mucho más refinado, señor.

—Ajá —fue toda la contestación de Darcy cuando comenzó a avanzar hacia el vestidor, con Fletcher pisándole los talones. Durante el proceso de desnudarse y bañarse, su ayuda de cámara se movió con total profesionalidad y precisión. Una orden susurrada a un muchacho de la cocina por aquí o una pregunta en voz baja para sí mismo por allá, y casi sin darse cuenta, Darcy se encontró bañado, envuelto en su bata y sentado en la silla de afeitar, todo en un tiempo asombrosamente corto.

Mientras Fletcher probaba con pericia el filo de la navaja, Darcy se acomodó en la silla. El carácter rutinario del proceso —Fletcher siempre ejecutaba los movimientos en el mismo orden y de la misma manera— solía brindarle preciosos momentos de reflexión. Esa noche había muchas cosas sobre las cuales reflexionar... demasiadas, si Darcy permitía que su mente vagara hacia donde quisiera. La repentina aparición de Dy había sido verdaderamente providencial. Brougham era mucho más capaz de lo que él podría llegar a ser alguna vez, de orientar a Charles a través del

laberinto de complejidades que suponía una reunión de la flor y nata de la sociedad. Aparte de un genuino aprecio por la aclamada diva, su único interés en la velada era la oportunidad de distraer a Charles de su enamoramiento en Hertfordshire. La atención que prestarían las damas jóvenes ante la aparición de una cara nueva y rica ciertamente sería para Charles como un vino embriagador. Darcy esperaba que eso, sumado a las dudas que él había sembrado respecto al otro asunto, canalizara las vacilantes convicciones de Bingley en una dirección apropiada. Mañana le enviaría una nota a la señorita Bingley, y si ella podía contener su desprecio por Hertfordshire y actuaba como él le había dicho, Charles estaría a salvo y fuera de peligro, y él podría volver a Pemberley.

—Aquí tiene, señor. Su toalla, señor. —Fletcher dejó caer una suave toalla turca en su mano y, volviéndose hacia la bandeja que contenía los artículos de tocador, seleccionó una botella—. Sándalo, creo, señor. —Darcy asintió con la cabeza y recibió en la palma de la mano un chorrito de la fragancia mezclada con alcohol.

—¿Ya ha decidido el traje que llevará, señor Darcy?

El caballero se levantó de la comodidad de la silla y miró a Fletcher, al que veía animado por primera vez desde que había regresado a Londres.

—No, no he pensado en eso todavía, aunque usted parece haber reflexionado mucho sobre el asunto, a juzgar por el estado de mi alcoba. ¿Qué sugiere, Fletcher, teniendo en cuenta que el mismísimo Beau Brummell asistirá, y probablemente también el regente? —Darcy volvió a su habitación, supervisando de nuevo aquel despliegue.

—Elegancia contenida, señor Darcy. Y como usted, señor, tiene más derecho que ciertos personajes famosos a reclamar como suya esa cualidad…

—No tengo ningún deseo de competir con el señor Brummell, Fletcher —aclaró Darcy mientras se quitaba la bata—. Sólo lo he mencionado a modo de advertencia y no quiero llamar excesivamente la atención de nadie en particular.

—Comprendo perfectamente, señor. Nada de llamar *excesivamente* la atención. —Fletcher hizo una pausa y acarició el fino algodón blanco de la camisa que había elegido para su amo—. Diría que el traje azul oscuro con el chaleco de seda negra. El que tiene bordados con hilo color zafiro, como el verde que se puso en Netherfield.

Darcy dio media vuelta.

—¡No! Otra cosa. —Fletcher levantó el chaleco y lo puso al lado del finísimo traje azul, casi negro—. Ah —suspiró Darcy—. Azul. —Su voz se convirtió en un murmullo—. Sí, eso funcionará.

—Sí, señor. —El ayuda de cámara sostuvo la camisa y la deslizó por los brazos de Darcy. El entusiasmo de Fletcher crecía con cada nueva prenda que Darcy se ponía, en marcado contraste con su actitud desde que habían vuelto a Londres. Era evidente que su ayuda de cámara también tenía intereses en Hertfordshire y Darcy sintió un poco de pena por eso. ¡Aquel viaje se había convertido en un completo desastre! Darcy bajó la vista mientras Fletcher terminaba de abrochar el chaleco y pasaba a elegir una corbata. Sí, se parecía mucho al que se había puesto en Netherfield. ¿Hacía sólo dos semanas? Los hilos metálicos brillaban y se

ensombrecían cada vez que él se movía frente al espejo. ¡Cuántas esperanzas había puesto en los buenos resultados de esa velada!

Fletcher regresó y Darcy se sentó y levantó la barbilla para que el ayuda de cámara tuviera suficiente espacio para desplegar su habilidad. Mientras Fletcher hacía dobleces y nudos, la mente de su patrón se deslizó involuntariamente a aquella noche, a esos escasos momentos en que había tenido la mano de ella entre las suyas y se habían movido juntos en armonía y no en oposición. La manera en que el vestido flotaba alrededor de la muchacha, las flores que tenía entrelazadas en el pelo.

… tan agradablemente bella,

que lo que antes me había parecido

bello en todo el mundo

ahora me parecía raquítico,

o más bien, que estuviese reunido en ella,

contenido en ella.

Y en sus miradas, que desde aquel momento

han derramado en mi corazón una dulzura

no experimentada hasta entonces:

Su presencia inspiró a todas las cosas

un espíritu de amor y una amable delicia.

Sobresaltado, Darcy trató de pensar en otra cosa, pero no pudo evitar un estremecimiento que hizo exclamar a Fletcher:

—Por favor, señor, no se mueva todavía.

Aquellos versos eran los que había encontrado marcados por los hilos de bordar que había robado del ejemplar de Milton de la biblioteca de Netherfield. *Una fantasía idiota,* se dijo mientras desviaba la mirada de su ayuda de cámara, pero la severa autocensura no impidió que dirigiera su mano a los hilos del libro colocado sobre la mesilla de noche. Mientras Darcy se los enredaba con delicadeza en el dedo y los guardaba en el bolsillo del pecho, las palabras sobre las que habían reposado se apoderaron de él, de manera similar a la mujer que ellas evocaban.

Un golpecito en la puerta anunció una deseada distracción: una bandeja de *monsieur* Jules. Un muchacho de la cocina levantó las tapas para dejar a la vista un apetitoso tentempié para darle fuerza, ya que la cena en Melbourne House no sería servida antes de medianoche.

—Listo, señor. —Fletcher regresó a la habitación—. Excepto por la leontina y la chaqueta, está usted listo. —Darcy examinó en el espejo los esfuerzos del ayuda de cámara con ojo crítico. El rostro de Fletcher aparecía junto a él—. Si alguien pregunta —presumió con orgullo de sastre

—, es el *roquet.* Una creación mía —agregó con modestia.

—*¿Roquet*[*]*?* ¿Fuera de juego? ¿Y a quién voy a dejar fuera de juego con esto? —Darcy señaló el lazo que rodeaba su cuello, formado por una incontable cantidad de nudos y dobleces.

—A quien quiera, señor Darcy. —Fletcher hizo una reverencia, al ver que Darcy enarcaba una ceja; luego tomó la servilleta de la bandeja y la sacudió—. ¿Señor?

Darcy se sentó ante su comida con el ceño fruncido, mientras se preguntaba por la actitud de su ayuda de cámara, que le devolvió la mirada con imperturbable aplomo.

—¿Un caso de *medida por medida,* Fletcher? —preguntó Darcy finalmente, al tomar la servilleta.

La sombra de una sonrisa de satisfacción se vio reflejada en el rostro del ayuda de cámara.

—Más o menos, señor. Más o menos.

Darcy se inclinó para mirar por la ventana del carruaje, justo a tiempo para ver cómo uno de sus cocheros saltaba del pescante y doblaba por la calle Jermyn hacia Grenier's, con una nota para Bingley que lo avisaba de que Darcy ya había llegado y que lo esperara hasta que el coche estuviera frente a la puerta del hotel. Satisfecho, Darcy se recostó contra los cojines y se acomodó mejor el abrigo y la manta. El viaje hasta Melbourne House no era problema, pensó mientras esperaba envuelto entre las sombras de una fría noche de finales de otoño; pero la espera mientras la larga hilera de coches trataba de dejar a sus pasajeros y luego tenía lugar el saludo de bienvenida que podía alargarse más de una hora, incluso dos. No es que estuviera ansioso por llegar a su destino. *¡Gracias al Cielo, Dy estará allí!* Alguien sensato y decente con quien conversar y que sirviera de excusa para no tener que prestarle atención a todas las lady Tal o señorita Cual y su madre.

El carruaje se balanceó un poco cuando Bingley, con un grueso abrigo, abrió inesperadamente la puerta y se subió.

—¡Charles! —exclamó Darcy—. ¿Acaso no recibiste mi nota?

Un pedazo de papel pasó frente a su nariz.

—Sí, ¡y aquí está! La hilera frente a Grenier's es increíble esta noche. Todo el mundo está saliendo o entrando, y tú estarías esperando hasta que los ladrillos estuvieran helados. Era mucho más fácil que yo viniera hasta aquí, y acompañado por tu cochero, no había ningún riesgo. ¡Sí, ya me he enterado! —Bingley interrumpió la protesta de Darcy—. ¡Qué asunto tan horrible lo de Wapping! ¡Está en todos los periódicos! —Se sentó en el asiento frente a Darcy y se quitó una bufanda gruesa que tenía sobre la boca—. ¿Es cierto que el regente ha prohibido la entrada a Carlton House después de las ocho?

Darcy asintió con la cabeza mientras el coche se alejaba de la acera y el conductor comenzaba el tedioso recorrido de las calles hacia Whitehall.

—Prohibida para los desconocidos. Desde luego, no se les cerrará la puerta a los amigos íntimos de su majestad, pues ninguno es, todavía,

[*] Jugada del croquet que consiste en golpear la bola del adversario y sacarla del juego. *(N. del E.)*

sospechoso de asesinato —añadió secamente.

La carcajada de Bingley dejó traslucir un temor nervioso.

—Darcy, esta recepción... Ayer parecía una gran idea, pero cuanto más lo pienso... —Dejó la frase sin terminar y se concentró en examinar sus guantes.

—Lo harás muy bien, Charles —le aseguró Darcy—. Siempre te he visto desenvolverte estupendamente en cualquier lugar. Tu talento para llevarte bien con cualquier persona con quien te encuentres es verdaderamente magnífico. Incomprensible, pero magnífico.

Bingley se rió otra vez con nerviosismo.

—Bueno, esta noche será la prueba de fuego. Casi desearía que la que estuviera emprendiendo esta aventura fuera Caroline y no yo. ¡A ella le fascinaría!

Darcy sonrió en la oscuridad.

—Para mí, tu presencia es mucho más agradable. Lo cual me recuerda que, además de la flor y nata de la sociedad que conocerás esta noche, quiero presentarte a un viejo amigo mío, lord Dyfed Brougham. Estuvimos juntos en Cambridge; y pasó uno o más veranos en Pemberley.

—¿Brougham, dices? No, no creo que lo conozca, ni a él ni a su familia.

—Es poco probable. Brougham es el único hijo vivo y sus padres ya eran mayores cuando él nació. El viejo conde murió antes de que nos conociéramos en el primer año de universidad. Brougham mismo es como un fuego fatuo; uno nunca sabe cuándo va a aparecer. Pero —advirtió Darcy— él es el hombre preciso para guiarte en la prueba que habrás de superar esta noche. Sigue sus indicaciones y no te quepa duda de que saldrás indemne.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Espero tener la oportunidad de oír realmente a la Catalani. La última vez que asistí a una representación, el ruido en los palcos era tan abrumador que ni siquiera se podía oír su potente voz. Aparte de eso, planeo pasar la mayor parte de la velada evitando el peligro lo mejor que pueda.

—¡Peligro! Haces que parezca tan siniestro, Darcy. Me temo que no esperas disfrutar de la velada en lo más mínimo. ¡Espero no estar interfiriendo con tus expectativas!

—¡Claro que no, no seas tonto! —Darcy se movió con inquietud—. Nunca me han gustado las reuniones multitudinarias, como bien sabes, y tengo poca paciencia para las intrigas que tanto le fascinan a la clase alta. —Se inclinó hacia delante—. Pero no permitas que eso te estropee la noche. Quédate cerca de Brougham y sin duda lo pasarás bien. Sólo procura no dejarte arrastrar a nada que requiera que yo te secunde.

—¡Casi creo que estás hablando en serio!

El carruaje se balanceó hasta detenerse en la esquina antes de Whitehall y se unió a la fila de coches que esperaban turno para aparcar ante las escaleras iluminadas con antorchas y los lacayos de Melbourne House. Darcy golpeó el techo con su bastón y en segundos apareció el cochero en la puerta.

—Señor Darcy.

—Harry, creo que iremos caminando desde aquí. ¿El señor Witcher le ha dado algo?

—Sí, señor. —Harry sonrió y se dio un golpecito en el bolsillo de la chaqueta, de la cual salió un alegre tintineo—. James y yo tenemos con qué tomarnos algo en el Bull 'n' Boar. Gracias, señor —contestó el cochero, mientras metía la mano por la puerta para bajar la escalerilla del carruaje.

—Muy bien, Harry. —Darcy se bajó y Bingley lo siguió—. Venga a buscarme a las dos. Espero salir temprano, a menos que el señor Bingley no se quiera ir.

—Sí, señor. A las dos en punto, entonces, y que tenga una buena noche, señor Darcy.

Los dos hombres dieron media vuelta y recorrieron a buen paso la calle, que ya estaba llena de curiosos y vendedores callejeros de todas clases. Darcy apretó el precioso mango de su bastón. Se enderezó, proyectando un aire de inquebrantable determinación, mientras se abría paso entre la multitud, con Bingley detrás de él. Rápidamente alcanzaron la fila de antorchas que iluminaban las entradas de Melbourne House, y tras entregar al lacayo sus tarjetas, fueron escoltados de inmediato escaleras arriba, al interior de la casa, antes que otros invitados que habían llegado primero.

Bingley miró a Darcy con un gesto de desconcierto, mientras un criado se acercaba a recoger el sombrero y el abrigo, pero Darcy se limitó a encogerse de hombros a modo de respuesta. Siempre había recibido aquel trato preferente, y sería difícil explicarle a Bingley, que era un recién llegado, que esto sólo era uno de los elementos básicos del juego al que tanto le gustaba jugar a la alta sociedad. Aunque mientras se dirigía al mayordomo y volvía a presentar su tarjeta, Darcy reconoció para sus adentros que él tampoco esperaba tanta deferencia en aquel lugar, en Melbourne House. Sólo se había mezclado con ese grupo en contadas ocasiones, a pesar de haber tenido muchas oportunidades y ser invitado innumerables veces, y sabía que la mayor parte de esa gente lo consideraba un tipo orgulloso y pomposo, por su devoción a los principios y el decoro. Pero parecía que esa noche su apellido y su fortuna superaban todos esos defectos. Faltaba ver quiénes eran los otros invitados de lady Melbourne. Entonces, tal vez, pudiera evaluar mejor la forma en que había sido recibido.

Darcy avanzó hacia el arco que llevaba a los salones sociales y esperó a que el mayordomo de los Melbourne lo anunciara a él y luego a Bingley. Un rápido examen le confirmó que casi todo el mundo había llegado, los nobles y los políticos, los literatos y los artistas, los hombres que estaban en la cima de sus carreras y aquellos cuyo momento de gloria acababa de pasar. Mujeres nobles y señoritas muy ricas colgaban airosas de sus brazos, mientras el esplendor de sus vestidos contrastaba con la austeridad brummelliana de los caballeros, que miraban a todos lados con el único objetivo de ver y ser vistos. La música sonaba en el salón de baile, que sumada a las voces daba como resultado una mezcla ensordecedora.

Darcy se volvió hacia Bingley y sonrió con ironía, al ver la expresión de asombro e intimidación de la cara de su amigo. ¡Claro que era una

experiencia apabullante para un joven tan poco presuntuoso como Charles! A Darcy le entraron dudas sobre la conveniencia de su plan, pero ya era demasiado tarde para reconsiderarlo. El mayordomo estaba anunciándolos precisamente en ese momento.

Lady Melbourne se disculpó con el grupo con el que estaba conversando y se dirigió hacia ellos, con una sonrisa muy elogiada por su calidez pero no por su sinceridad.

—Señor Darcy, ¡qué maravilla tenerlo aquí! —Extendió su elegante mano enguantada, que el caballero tomó con suavidad al tiempo que hacía una reverencia—. Sefton —dijo lady Melbourne por encima del hombro—. ¿Ve usted? ¡Sí ha venido, aunque usted juró que no lo haría! —Lord Sefton le hizo a Darcy una rápida inclinación a modo de disculpa.

—Encantado de verle, Darcy —saludó, arrastrando las palabras el fundador del club Four-In-Hand—. Sólo estaba tratando de evitar que la dama sufriera una decepción. Además, usted nunca viene, al menos no hasta ahora.

—Shhh, Sefton, hará que piense que no hacemos otra cosa que chismorrear, y eso no es *del todo* cierto. —Lady Melbourne miró coquetamente a Darcy con sus famosos ojos negros y sonrió—. Hay muchas maneras de divertirse, señor Darcy, y hoy tenemos disponibles para los invitados muchas de ellas. —Al tomar el brazo de Darcy, lady Melbourne se fijó en Bingley, que estaba parado en silencio, detrás de su amigo—. ¡Ay, por favor excúseme, señor! ¿Un amigo suyo, señor Darcy?

—En efecto. ¿Me permite tener el honor de presentárselo, su señoría? —Después de que la dama asintiera con curiosidad, Darcy hizo la presentación. Para alivio de Darcy, Charles parecía haberse recuperado de su asombro por todo lo que lo rodeaba y pudo recibir la mano de la señora con genuina elegancia.

—Señor Bingley, debe usted aprovechar todas las oportunidades de divertirse que tenemos esta noche. Hay baile en el salón de baile, partidas de cartas en varios salones alrededor del vestíbulo... —Lady Melbourne hizo una pausa. Darcy pudo percibir que estaba evaluando rápidamente a Charles y asignándole una posición entre la clasificación de sus conocidos. *¿Dónde lo clasificará?,* se preguntó, lo cual fue seguido de una pregunta más pertinente: *¿Y dónde me incluirá a mí esta noche?*—. Pero si sus gustos tienden, como los de su amigo, hacia lo filosófico y lo político, mi hijo Lamb está atendiendo a los invitados más intelectuales en el salón azul. Ahora, ¿adónde quiere que lo lleve?

—Lady Melbourne, es usted muy amable. —Bingley volvió a inclinarse ante su anfitriona y luego miró a Darcy sin saber qué hacer—. No sé por dónde comenzar...

—Entonces, permítame que decida por usted, señor Bingley. —Lady Melbourne dio media vuelta, y después de examinar a los que tenía cerca, levantó con elegancia su abanico y le hizo señas a una joven que enseguida se disculpó con su distinguido acompañante y se dirigió hacia ella—. Mi querida señorita Cecil, permítame presentarle al señor Bingley, un amigo especial de nuestro querido señor Darcy. Señor Bingley, la señorita Cecil, sobrina nieta del marqués de Salisbury, Hertfordshire. —Darcy observó a Bingley mientras hacía una inclinación, y pensó que le

habría gustado conocer mejor a la joven. La muchacha se inclinó graciosamente ante su amigo y ante él, pero tenía un aire de presunción que a él no le gustó, aunque era una mujer muy atractiva.

—Señorita Cecil —dijo Bingley con esa sonrisa sincera que contribuía a desplegar su encanto normal—, ¿le gustaría bailar o...?

—Claro que quiere bailar, señor Bingley; ¿no es así, querida? —Lady Melbourne le sonrió a la señorita Cecil con sorna y ésta, inmediatamente después de intercambiar una mirada con su señoría, asintió en señal de aceptación y tomó el brazo que Bingley le ofrecía.

—Entonces bailaremos, señorita Cecil, si tiene usted la bondad de enseñarme el camino. Darcy —le dijo por encima del hombro a su amigo —, tendrás que arreglártelas sin mí. ¡Buena suerte! Lady Melbourne. —Bingley hizo una reverencia y se perdió rápidamente entre la multitud de invitados, dejando a Darcy con la certeza de que había sido manipulado con exquisita pericia y preguntándose dónde diablos se habría metido Dy.

—Bueno, Darcy, su joven amigo ya está en buena compañía —señaló lady Melbourne, dándole un suave golpecito en el brazo con el abanico—. Ahora ya no tiene que cuidar a su encantador protegido y puede divertirse a sus anchas. —Levantó la vista hacia él y luego agitó las pestañas, mirándolo a través de ellas—. ¿Y qué lo divierte a usted, Darcy? Sefton tenía razón; usted nunca viene. ¡Sin embargo, aquí está! Me pregunto cuál puede ser la razón.

—La razón, querida señora, es tan clara como el agua —dijo una voz desde la espalda de la dama. Darcy enarcó la ceja izquierda cuando una espléndida figura vestida con una levita negra muy satinada y una impecable camisa de lino almidonado se detuvo delante de ellos. Enseguida se formó un círculo de espectadores, mientras el hombre procedía a obsequiar a Darcy con un minucioso escrutinio, que realizó mientras se llevaba una mano a la espalda y apoyaba la barbilla sobre la otra, golpeándose la mejilla con el dedo índice.

—Y esa razón es... —comenzó a decir lady Melbourne, pero fue interrumpida por un rápido gesto de la mano.

—¡Shhh, necesito *silencio, madame*!

Lady Melbourne miró a Darcy y entornó los ojos a modo de disculpa, pero él estaba totalmente concentrado en su examinador, a quien observaba con cierta presunción. El silencio exigido por el mayor árbitro de la moda de la sociedad inglesa se extendió hacia los alrededores, llamando la atención de más invitados. Darcy se enderezó todavía más ante la insolente mirada del hombre, decidido a no dejar traslucir su disgusto y a contener el comentario descortés que tenía en la punta de la lengua, pues sabía que cualquiera de las dos cosas sería un terrible error. Hasta el príncipe se sometía al exquisito gusto de aquel hombre.

—Humm —musitó el hombre mientras miraba a Darcy por un lado y luego por el otro. Después, de repente, dijo—: ¿Qué? —Entonces se acercó más, mirando a través de un monóculo con montura dorada que colgaba de una cadena que salía de su chaleco—. ¡Ah, sí, ya veo! —Soltando un gran suspiro, el hombre retrocedió un paso y por fin miró a Darcy a la cara —. ¿Cómo se llama?

Darcy esbozó una fugaz sonrisa al percibir el tono de resignación de

la voz del hombre, pero mantuvo una actitud impasible y contestó con indiferencia:

—El *roquet.*

El otro enarcó las cejas al oírlo.

—Un nombre bastante audaz, ¿no lo cree? ¿Fletcher?

Darcy inclinó levemente la cabeza.

—Fletcher.

—Vamos, Brummell, no nos tengas a todos en ascuas. —La anhelada voz de Dy llegó hasta Darcy, que lo vio abriéndose paso hasta donde ellos estaban—. Hay algunas guineas en juego. ¿Cuál es el veredicto?

Todo el salón contuvo la respiración con asombro, cuando Beau Brummell se inclinó ante Darcy y le hizo una reverencia.

—Que todo el mundo lo sepa: el *roquet* es una obra maestra, digna de los mayores aplausos, y ante semejante genio, declaro aquí mismo que mi propia creación, la esfinge, pasa a disfrutar de un honorable retiro.

—Con seguridad, Brummell, no estará insinuando que el señor Darcy ha venido a esta velada únicamente a desafiarlo con su corbata. —La protesta de lady Melbourne quedó casi perdida en medio del alboroto general que despertó la asombrosa afirmación de Beau Brummell y el cálculo del total de guineas perdidas y ganadas a causa de ello.

—Pues eso es precisamente lo que quiero decir, *madame.* —Brummell dirigió perezosamente su monóculo hacia ella—. Aunque yo no podría añadir la palabra «únicamente» a esa afirmación. Estoy bastante desmoralizado, su señoría, *bastante* desmoralizado. Mi único consuelo es que acabo de ser derrotado por un verdadero artista. Por favor observe, *madame,* las dobleces aquí y los nudos allá…

—Brummell, si desea usted impartir una clase, con gusto pondré un salón a su disposición, pero el señor Darcy…

Brummell dio media vuelta y sorprendió a Darcy con un guiño que sólo él pudo ver y dijo:

—¡Dios, no, su señoría! Si cuento todo lo que sé, ¿quién me prestará luego la más mínima atención? —Les hizo una inclinación a los dos y añadió—: Encantado de verle, Darcy. —Luego se marchó a grandes zancadas, sólo para detenerse de repente frente a un caballero y declarar a los pocos segundos—: Mi querido muchacho, ¿llama usted chaleco a *eso*?

Lady Melbourne sonrió delicadamente y volvió a tomar el brazo de Darcy.

—Nunca había pensado que usted fuera un rival de Brummell, Darcy. ¿Cómo es que nunca antes lo había sabido? Y ¿quién es Fletcher?

—*Rival,* ciertamente no lo soy, su señoría —respondió Darcy de manera enérgica. La mirada que ella le devolvió al oír su declaración hizo que el caballero sintiera una oleada de rubor que comenzó a subir por su cuello.

La dama desvió la mirada, como si estuviera decidiendo qué ruta tomaría en medio del salón lleno de gente.

—¿Y Fletcher? —Lo miró con una sonrisa de pura cortesía.

—Mi ayuda de cámara, *madame.*

—Sí, claro. —Lady Melbourne señaló en una dirección y Darcy no

pudo hacer otra cosa que acompañarla. De pronto, Dy apareció de la nada junto a ellos.

—¡Lady Melbourne, por favor, permítame felicitarla por la impresionante asistencia que ha conseguido esta noche! Sólo falta la presencia del regente para convertirla en la mayor fiesta que se haya dado, desde el banquete en Carlton House.

—Brougham, exagera usted terriblemente, pero lo perdono por eso. Espero no decepcionarlo cuando le diga que el querido Prinny no vendrá esta noche, y que además me he resistido a ofrecerles a mis invitados un riachuelo bien provisto de peces en el extremo de la mesa.

El rostro de Brougham se ensombreció de manera dramática.

—*¡Madame,* no lo sabía! Pero esta noticia es terrible. Darcy, ¿has oído? El príncipe no vendrá…

—Darcy —interrumpió la dama, volviendo a fijar su atención en él—, ¿estuvo usted en el banquete de Carlton House? No recuerdo haberlo visto allí, pero en medio de esa confusión es fácil no ver ni siquiera a los mejores amigos.

—No, *madame,* no estaba en Londres en esa época.

—¡Que no estabas en Londres! Recuerdo con claridad que me acompañaste a ver el Gran Desfile sólo unos días antes —dijo Dy, mirándolo con curiosidad por encima del tocado de lady Melbourne.

—Estaba en Ramsgate… visitando a mi hermana, milord. —Darcy lo miró con furia, con la esperanza de hacerle desistir de entablar cualquier otra discusión.

—Visitando a su hermana, Darcy, ¡en lugar de asistir al banquete del príncipe! —Lady Melbourne miró al caballero de cerca—. ¡Qué hermano tan extraordinariamente atento es usted! Pero así es su reputación, señor. Usted se mantiene pendiente de todos sus asuntos, como su querido padre antes que usted.

Darcy inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por el cumplido.

—Ése es un altísimo elogio, milady.

—¿Y también se mantiene pendiente de los asuntos más generales, señor?

Darcy sintió que le bajaba por la espalda un escalofrío de advertencia, que fue confirmado por un ligero movimiento de los ojos de Dy por encima de la cabeza de la dama.

—¿Asuntos más generales, *madame*?

—Asuntos que superan los encantadores límites de Pemberley, incluso de Derbyshire.

—Espero ser un buen súbdito y leal con el rey, milady —contestó Darcy de forma evasiva. Luego volvió a mirar a su amigo, pero Dy se limitó a encogerse de hombros, dando la sensación de estar extremadamente aburrido.

—Al igual que todos, Darcy —contestó con voz suave lady Melbourne—. Pero el timón no sólo está en manos de su majestad, y hay ocasiones en que se debe corregir el curso de la nave del estado, seguir otras estrellas, para llevarla con seguridad a puerto. —Lady Melbourne detuvo su avance a través del vestíbulo lleno de invitados y señaló una puerta—. Permítanme presentarles a algunos de aquellos cuyos asuntos más

generales afectan a todos nuestros pequeños intereses.

La puerta se abrió después de que lady Melbourne golpeara con suavidad, y mientras ella le susurraba algo al criado que estaba en el interior, Darcy miró a Dy con una ceja levantada, indicándole que *aquél* sería un excelente momento para traer a colación su elogiada sagacidad social y evitar seguir cayendo en las trampas de lady Melbourne. Pero como su amigo estaba increíblemente absorto en el estudio del bordado de su puño y no emitió ninguna respuesta, parecía que no había nada que hacer. Así que, con el ceño fruncido por la irritación, Darcy cruzó con reticencia el umbral y entró en el salón cuando los mandaron avanzar.

La elegante estancia en la que acababan de ser admitidos no estaba muy llena, pero era un espacio decididamente masculino; no había ni una sola mujer presente, excepto la anfitriona. Lady Melbourne le sonrió a Darcy con gesto tranquilizador, cuando le tendió la mano a un caballero que estaba asintiendo al oír el mensaje del criado que ella había enviado. El hombre entrecerró los ojos al observarlos en la puerta, pero rápidamente avanzó hasta colocarse al lado de su señoría.

—Lady Melbourne —la saludó de manera lacónica, con una sonrisa forzada y una rápida inclinación.

—Lamb —le dijo la dama a su hijo, sonriendo amplia pero fríamente—, ¿conoces al señor Fitzwilliam Darcy, de Derbyshire?

El honorable William Lamb esbozó otra sonrisa forzada.

—Sí, *madame,* aunque no tanto como quisiera. Encantado de verle, señor. —Le hizo una reverencia a Darcy, que respondió al saludo, sorprendido por no haber reconocido al hombre. Evidentemente, los años transcurridos desde que había asistido a la boda de Lamb no habían sido muy benévolos para este último, pues habían convertido en viejo a un hombre que era apenas cuatro años mayor que Darcy.

—Estoy segura de que conoces a lord Brougham —siguió diciendo lady Melbourne—, pues él siempre está aquí, allá y en todas partes.

—Sí, claro, su señoría. La última vez que nos vimos fue en esa partida de caza de Grenville, ¿no es así, Lamb?

—Creo que está en lo cierto, Brougham. No cazamos nada ese día, excepto un resfriado, según recuerdo, pero en medio de un magnífico paisaje. —La expresión de Lamb pareció relajarse un poco ante aquella evocación, pero volvió a endurecerse al dirigirse de manera cortante a su madre y decir—: *Madame,* no debe usted descuidar al resto de sus invitados. Yo me haré cargo de estos dos caballeros.

La chispa de fuego en los ojos de la dama fue inconfundible.

—Entonces te dejaré a cargo. —Lady Melbourne hizo una reverencia y se marchó con un remolino de faldas.

—Una dama formidable —murmuró Dy mientras la veían alejarse.

—¡En efecto! —comentó Lamb con cierto énfasis—. Pero ahora, caballeros, debo hacerles una pregunta: ¿Estaban buscando ustedes realmente nuestra compañía —dijo, señalando al salón con un movimiento de la mano—, o fueron reclutados por lady Melbourne? —Dy chasqueó la lengua al oír esa alusión, pero no respondió, dejando que Darcy buscara la forma de salir de aquella situación.

—Lady Melbourne no es una mujer a la que se pueda contradecir —

dijo Darcy y vaciló un poco, antes de añadir con ironía—: Ni aunque tuviera la oportunidad.

Una franca sonrisa se vio reflejada en el rostro de Lamb, que le ofreció la mano a Darcy.

—Bien dicho, señor, ¡y con qué diplomacia! ¡Después de todo, tal vez haya venido al lugar correcto! Pero, en realidad, ustedes han venido esta noche a escuchar a la diva que mi madre prometió y no a discutir sobre política, ¿no es verdad?

Darcy le estrechó la mano con firmeza.

—Es cierto, señor, aunque no me falta interés por los «asuntos más generales», como los describió lady Melbourne. No obstante, creo que nos encontramos en orillas opuestas en muchos temas.

—Los Darcy siempre han sido *torys* —se quejó Lamb en broma—. Supongo que no hay esperanzas de que usted vote por Canning contra Castlereagh, ¿o sí? ¡No creo! —concluyó al ver la sonrisa cortés de Darcy —. Y soy lo suficientemente inteligente como para no preguntarle a nuestro amigo Brougham aquí presente, a quien le interesa tanto la política como a un poste. —La inclinación de cabeza de Dy respondió con elegancia a la perspicacia de Lamb—. Ah, bueno, es lo mismo que los acontecimientos del día. ¿Ya se han enterado de que nuestro ilustre regente no vendrá esta noche?

—Lady Melbourne lo mencionó —respondió Darcy—. Sin duda, los deberes del estado han debido requerir su atención.

—¡No, lo que, en realidad, ha requerido su atención fueron las exigencias de los sastres de su majestad! Después de convocar a sus ministros para tratar un asunto de «vital importancia» y tenerlos esperando todo el día, llegó una nota diciendo que sus sastres lo habían retrasado y que ya no podía asistir porque su madre lo necesitaba; ¡que se podían ir a casa! Así que esta noche llevará sus achaques y enfermedades imaginarias a que se las alivien en Windsor. —Lamb miró a Darcy con perspicacia—. Supongo que usted se imagina que, en estos días, la popularidad de su alteza entre los presentes en este salón no anda muy alta. —Lamb hizo una pausa mientras Darcy les lanzaba una mirada a los otros ocupantes de la estancia. El ambiente era decididamente hostil. Palabras airadas sobresalían con frecuencia entre el rumor de voces estridentes, mientras la aristocracia y los políticos *whig* de Inglaterra rechinaban los dientes por la forma en que el regente había maltratado recientemente a sus reconocidos amigos y seguidores.

—Ciertamente no ha sido muy correcto por parte de su alteza —confirmó Darcy—. Aunque no puedo decir que esté descontento con el resultado de su negligencia. ¿Qué van a hacer ustedes ahora?

—¡Todavía no nos hemos resignado totalmente a regresar a la sombra! Ya tuvimos nuestros cuarenta años o más de deambular por ahí bajo el gobierno del padre de su alteza y pensamos que, con el hijo, finalmente habíamos llegado a la Tierra Prometida. ¡Pero las malditas murallas de Jericó se resisten a caer! Sin embargo, Canning está decidido a seguir atacándolas, rechazando a Castlereagh y Perceval. Desde luego, yo lo apoyaré.

Una discreta tos les recordó a los dos hombres que lord Brougham

también formaba parte de la conversación.

—¡Oh, perdóneme, Lamb! ¡No era mi intención interrumpir! Sólo una cosa, sin embargo. ¡Trompetas!

—¿Trompetas? —Lamb lo miró con desconcierto y luego dirigió su mirada a Darcy.

—Trompetas —repitió Brougham con determinación.

—Brougham —gruñó Lamb con impaciencia—, ¿a qué está jugando?

—No «atacaron» las murallas de Jericó para derribarlas, ¿o sí? Tocaron las trompetas y gritaron, según recuerdo. —Brougham bajó la mirada con modestia, mientras se examinaba las uñas perfectamente arregladas—. Tal vez ustedes deberían pensar un poco en eso, amigos.

—¡Un teólogo entre nosotros! —exclamó Lamb, sacudiendo la cabeza con gesto desdeñoso—. Nunca habría creído que era usted un clérigo, Brougham, como tampoco un político. —Miró luego a un grupo cuya decepción con los acontecimientos del día amenazaba con superar los límites de lo aceptable—. Aunque he tomado nota de su punto de vista, y trataré en el futuro de ser más preciso en mis metáforas, caballeros —afirmó y señaló a sus acalorados invitados—, ahora debo dejarlos solos para encargarme del salón antes de que se declare una maldita revolución. ¡Así los *torys* se encargarían de nuestros cadáveres! Darcy... Brougham.

Mientras Lamb se alejaba en dirección a las exaltadas voces, Darcy se volvió hacia su amigo:

—¡Muchas gracias por la ayuda! —susurró con sarcasmo.

—No seas tonto, Fitz. Acabo de deshacerme de él, ¿o no? —El hombre frívolo y de mirada vacía de hacía un momento había desaparecido. En su lugar, Darcy vio a otra persona diferente con un tono de determinación en la voz—. Lo único que tenemos que hacer ahora es salir por esa puerta.

—Dy, ¿qué es esto? —preguntó Darcy con suspicacia.

—Una velada muy interesante, diría yo, ¡que aún no ha terminado! —Dy miró a su amigo con una sonrisa amplia y transparente, que lo hizo dudar de su impresión previa—. Pero pienso que ya hemos dejado mucho tiempo sin vigilancia a tu amigo, el señor Bingley. —¡Dy avanzó hacia la salida y se volvió hacia Darcy cuando el criado abrió la puerta—. ¿No deberíamos ir a buscarlo?

—¡Bingley! —Acosado por un ataque de culpa, Darcy cruzó el umbral y los dos se apresuraron a atravesar el corredor y el vestíbulo, y luego se abrieron paso entre la gente que llenaba el arco que conducía al salón de baile. Lo único que se alcanzaba a ver del gran salón que se extendía hasta el fondo eran las resplandecientes velas de los candelabros de cristal tallado, adornados con ramas de acebo, hiedra y cinta dorada en honor de la próxima estación. La música de la orquesta que había en el interior le dio a Darcy un respiro; no era la música solemne y pomposa que caracterizaba normalmente los bailes de la aristocracia, y tampoco la melodía de las danzas populares del campo. En lugar de eso, la música seguía un ritmo distinto basado en compases de tres tiempos que a Darcy le pareció placentero oír.

Con Dy siguiéndolo de cerca, se abrió paso entre los curiosos que estaban apostados en la puerta. Al alcanzar el último círculo de

espectadores sobre la pista de baile, Darcy pidió permiso para que lo dejaran pasar, y levantando la cabeza para comenzar a buscar a Bingley, de repente, se quedó paralizado. Con los ojos abiertos por el asombro, se volvió hacia su amigo.

—¿Qué pasa, Fitz? —preguntó Dy y luego siguió la mirada de Darcy que volvió a posarse en la pista de baile—. ¡Ja! —dijo riéndose—. Había oído rumores, pero no les di crédito. Bueno, uno nunca debe dudar de una historia escandalosa si lady Caroline está involucrada. Se llama vals, Fitz.

—¡Es indecente! —objetó Darcy con disgusto, sin poder apartar la mirada.

—Puede ser, pero, sin duda, se convertirá en moda.

—Moda o no... —Una oleada de exclamaciones de protesta se mezcló con otras de admiración y entusiasmo, cuando una carcajada obscena interrumpió la declaración de Darcy. La música se detuvo, dejando desconcertadas a las parejas que estaban en la pista, mientras que todos los ojos buscaban la fuente de tanta agitación. A la izquierda de Darcy se había abierto una entrada privada al salón, de la cual salió una mujer de cabello rubio, lady Caroline Lamb, del brazo de un caballero que él no conocía. Desde donde estaba, Darcy sólo podía ver la cara de la dama, su delicada barbilla muy levantada y sus ojos brillantes por la risa y el desafío. A medida que ella y su acompañante se fueron abriendo paso entre la multitud, la gente se apartaba delante de ellos y Darcy notó que más de unas cuantas caras, tanto de damas como de caballeros, se ruborizaron y desviaron la mirada.

De repente, una mujer mayor se desmayó y el caballero que estaba más cerca comenzó a gritar alarmado. Varias damas jóvenes siguieron el ejemplo y pronto la pista de baile se llenó de mujeres inconscientes y jóvenes alarmados que trataban de despertarlas, mientras seguían estirando el cuello para intentar echar otro vistazo a la fuente de toda aquella confusión. Entretanto, varias mujeres eran sacadas a rastras del salón por esposos o padres insistentes, en medio de gritos que pedían coches y abrigos.

—¿Qué demonios está pasando? —se preguntó Darcy al ver el caos que lo rodeaba. Dy le tiró de la manga y señaló solemnemente el extremo del salón, donde lady Caroline y su galán habían salido por fin de la cortina creada por los invitados de su suegra. Darcy abrió la boca con incredulidad y sintió que se ponía colorado.

—Por Dios, ella está... está... ¡Su ropa!

—Sí... parece que lleva muy poca —intervino Dy en voz baja—. Creo que se logra ese efecto rociando con agua un vestido muy transparente.

La música estaba comenzando a sonar nuevamente y varias parejas que no dejaban de reírse se habían reunido con lady Caroline y su acompañante en la pista, cuando se escuchó un aullido muy agudo que provenía de atrás y que hizo que Darcy y Dy se giraran justo a tiempo para ver a una mujer de apariencia majestuosa que avanzaba hacia el frente, mientras soltaba una perorata en italiano.

—La Catalani —susurró Dy— y está *muy* disgustada. —El italiano de Darcy estaba un poco oxidado, pero entendió lo suficiente como para reconocer el objeto de la queja de la dama. Antes de que aparecieran los

lacayos de los Melbourne, que escoltaron a la diva hasta su carruaje, se pudieron oír bastantes comparaciones entre lady Caroline y ciertas meretrices de Covent Garden y el profundo insulto que había representado para ella la aparición de aquella mujer con semejante facha. De camino a la salida, la diva pasó junto a la rígida figura del marido de la dama, a quien le lanzó una mirada llena de compasión, antes de exclamar:

—¡Los ingleses! ¡Bah! —Y se apresuró a alcanzar la puerta.

Darcy sólo fue capaz de mirar a Lamb durante un segundo, y mientras el hombre caminaba decididamente hacia su esposa, agarró a Dy del brazo y le dijo:

—Debemos encontrar a Bingley inmediatamente, y luego tú puedes hacer lo que quieras, porque nosotros nos vamos.

—Una idea muy sensata. —Dy tuvo que gritar para que Darcy lo oyera por encima del bullicio—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Mi cochero está esperando en el Bull 'n' Boar. Búscalo y dile que prepare el coche enseguida. Bingley y yo nos reuniremos contigo en la esquina.

Dy asintió de inmediato y se sumergió en la multitud de invitados que luchaban por salir. Darcy volvió a su búsqueda, y aprovechando su estatura, se convenció rápidamente de que Bingley no estaba en el salón de baile. Se dirigió, entonces, al comedor, abriéndose paso con miles de excusas hasta que finalmente estuvo frente a las puertas del salón y se asomó.

—¡Bingley! —Charles levantó la vista al oír que alguien gritaba su nombre desde el otro extremo de la estancia, y con una expresión de sincero alivio, se disculpó con la señorita Cecil y se apresuró a reunirse con su amigo.

—¿Dónde has estado, Darcy? Llevo casi una hora tratando de entretener a la señorita Cecil, desde que empezaron a tocar ese nuevo baile que, espero que no lo tomes a mal, no me parece del todo apropiado, si entiendes lo que quiero decir.

—¡Charles, tenemos que irnos, ahora! —interrumpió Darcy—. Algo extremadamente inapropiado ha... está... ¡Nos vamos! —ordenó con exasperación. Charles lo miró con asombro, pero no opuso resistencia. Tras hacerle una apresurada reverencia a la señorita Cecil, Bingley siguió a Darcy hasta el vestíbulo y luego hasta las escaleras, donde, después de dar una orden perentoria, Darcy logró recuperar sus sombreros y abrigos. Casi sin esperar a que el portero cumpliera con su obligación, Darcy salió junto con Bingley hacia el gélido aire nocturno.

—¡Por Dios! ¿Qué ha sucedido? —preguntó Bingley, poniendo las manos a los lados mientras caminaban por la acera—. ¿Por qué se está marchando tanta gente, Darcy?

—¡Porque no todo el mundo ha perdido la razón! —fue la única respuesta que Darcy estuvo dispuesto a ofrecer. En realidad, la velada había sido un absoluto desastre. ¿Cómo es que un plan tan sencillo había salido tan mal? Un grito hizo que los dos hombres miraran hacia la calle, donde vieron el coche de Darcy acercándose a la acera. Harry se bajó de un salto y abrió la puerta. El noble ocupante del vehículo se inclinó hacia fuera, tapando la entrada.

—¡Servicio de coches Brougham! ¿Adónde puedo llevarlos, caballeros?

—Brougham… Bingley. Bingley… Lord Dyfed Brougham. ¡Ahora muévete, Dy! —Darcy siguió a Bingley al interior del coche y se volvió hacia el cochero—: Harry, volvamos a casa.

Capítulo 13
Las heridas de un amigo

—¡Señor Darcy! —exclamó Witcher bastante sorprendido cuando abrió la enorme puerta principal de Erewile House para dejar entrar a su patrón y sus dos acompañantes, varias horas antes de lo esperado.

—Brandy en la biblioteca, si es usted tan amable, Witcher. —Darcy depositó rápidamente el abrigo y las otras cosas en las manos del criado del primer piso y les hizo señas a sus amigos para que hicieran lo mismo —. Y pídale al personal de la cocina que esté levantado que nos prepare algo de cenar.

—Yo no quiero nada, Darcy —interrumpió Bingley—. He comido tantos condenados bizcochos como para tumbar un caballo mientras estaba entreteniendo a la señorita Cecil. O tratando de hacerlo —añadió en voz baja.

—¡Muy bien! ¡Adelante, caballeros! —Darcy señaló las escaleras hacia la biblioteca y luego tomó la delantera. Una vez allí, sus amigos se sentaron en los cómodos sillones en espera de las bandejas que habían ordenado. Un denso silencio invadió el aire, mientras Darcy se agachaba para atizar el fuego de la chimenea.

—Bueno —dijo Bingley rompiendo el silencio, impulsado por una creciente curiosidad—, ¿alguien me va a contar qué ha ocurrido para que muchos de los invitados a la velada salieran precipitadamente a la calle? —Se dirigió a Brougham—. Apelo a usted, señor, pues Darcy no va a soltar palabra.

Brougham miró a su anfitrión, con las cejas enarcadas con aire interrogante.

—De todas formas lo va a leer mañana en las páginas dedicadas a la crónica escandalosa, Fitz.

—Cierto, pero esperemos que hayamos salido a tiempo.

—¿A tiempo para qué? ¿De qué escándalo están hablando? —preguntó Bingley mirándolos a ambos—. ¡Exijo saber!

—A tiempo, mi querido señor Bingley, para evitar que sus iniciales aparezcan impresas en el periódico, como participante en la bacanal de la que acabamos de salir —le informó secamente Brougham—. Sobre usted, señor, no tengo duda, pero sobre Fitz... Bueno —suspiró dramáticamente —, es poco probable que *él* se escape de que lo mencionen. ¡No después de haber humillado a Brummell! ¡Oh, no, creo que no!

Darcy respondió a la risita de Dy con una mirada fulminante, pero al final su actitud cambió.

—¡Brummell! ¡Se me había olvidado! ¡La maldita corbata! —Se desplomó en una silla y se masajeó las sienes.

—¿*Darcy* derrotó a Beau Brummell? —Bingley se incorporó en su silla y miró a los dos hombres, tratando de detectar si le estaban tomando el

pelo.

—¡Llegó, vio y venció! ¡Acobardó de tal manera a ese petimetre que tuvo que retirar la esfinge! A propósito, Fitz, ¿cuándo le vas a dar la noticia a Fletcher? —La mirada asesina de Darcy y la reservada incredulidad de Bingley animaron a Brougham a seguir con sus burlas, que sólo cesaron cuando se oyó un golpecito en la puerta.

—¡Adelante! —gruñó Darcy, y enseguida varias bandejas de comida pasaron humeando desde la puerta hasta las mesas. Mientras los criados salían en silencio, Darcy se levantó para servir otra ronda y les pasó los vasos a sus amigos—. Propondría un brindis, si se me ocurriera alguno —murmuró—, pero en este momento…

—Por la amistad —interrumpió Brougham con voz baja pero firme. Darcy lo examinó durante varios segundos; Brougham le respondió con una mirada intensa y cálida. Ante semejante envite, no pasó mucho tiempo antes de que una reticente sonrisa comenzara a esbozarse en las comisuras de su boca.

—¡Por la amistad, entonces! —respondió Darcy, levantando su vaso. Brougham hizo lo mismo con el suyo y Bingley se unió alegremente, pronunciando el mismo voto. Después de beberse el licor con una carcajada, los tres se concentraron en los manjares que habían traído los criados de Darcy y se acomodaron en los cojines ante el fuego.

Mientras Dy entretenía a Bingley haciendo un repaso a los sucesos de la velada, relatados con mucha más gracia de la que él recordaba haber experimentado, Darcy observaba atentamente a Charles. Nada había salido bien. De hecho, había resultado casi un desastre y no podía evitar fruncir el ceño al pensar en lo que escribirían los periódicos del día siguiente. Ante el relato de Brougham, Charles se mostró divertido y asombrado, pero Darcy percibió un fondo de tristeza en la actitud de su amigo. Cuando respondió a las preguntas de Dy acerca de la señorita Cecil, Darcy sintió que su inquietud se confirmaba al oír que Charles comparaba a la dama de manera desfavorable con la que había conocido hacía poco en Hertfordshire.

—¡Hertfordshire! Darcy ya me ha contado. ¿Va usted a hacer una oferta?

—¡Dy! —protestó Darcy.

—Por la propiedad. Hacer una oferta por la propiedad. —Brougham lo miró con severidad y luego volvió a fijar su atención en Bingley.

—Lo había estado considerando —contestó Bingley, sin darse cuenta del intercambio de miradas entre los otros dos— y ya casi había llegado a una decisión. Pero ahora no estoy seguro. Darcy me aconseja que me tome un tiempo y busque más.

—Ése es, en general, un excelente consejo; pero puede haber otras consideraciones.

—Sí —contestó Bingley, demasiado rápido para el gusto de Darcy—. Pensé que las podía haber, pero Darcy… bueno, puedo estar equivocado.

—Ya veo… —Brougham dejó la idea en el aire—. Antes de saltar obstáculos, es bastante sano estar seguro del terreno que se pisa. ¿Te hablé de *Sansón*, Fitz? —Brougham se recostó en la silla—. ¡Lo perdí en Melton, pobre animal!

—¡No! —Darcy respondió de manera emotiva al dolor que revelaba la voz de su amigo. Ante la pregunta de Bingley, explicó—: El caballo favorito de Brougham e hijo del mismo semental que mi *Nelson*. ¿Qué sucedió, Dy?

—Un accidente estúpido, en realidad. He estado en Melton en innumerables ocasiones, lo conozco como la palma de mi mano; excepto que este año uno de los propietarios locales no permitió que incluyeran sus campos en el recorrido de la partida de caza. Llegué demasiado tarde para echarle un vistazo a los nuevos campos y, por ciertas consideraciones que no mencionaré, me uní precipitadamente a la contienda. —Hizo una pausa para darle un sorbo a su brandy y miró solemnemente a Bingley—. Había un seto, ¿sabe? Más alto de lo que yo había intentado saltar y desconocido para mí, con una zanja al otro lado tan ancha como la distancia hasta la China. *Sansón* se enfrentó al seto como un héroe, pero la zanja nos pilló a los dos por sorpresa. Los dos caímos estrepitosamente, pero *Sansón* recibió la mayor parte del impacto, permitiéndome a mí salir rodando sólo con un tobillo torcido y un hombro dislocado. Siempre me había reído de la formalidad de Melton: la pistola en la alforja, el disparo y todo eso. Pero, ¿sabéis? Ese día me alegró. Condenarlo a horas de ese dolor mientras yo me arrastraba hasta encontrar un granjero… y todo a causa de mi locura… —Brougham se detuvo de pronto y miró hacia el líquido color ámbar de su vaso antes de beberse un trago—. Estad seguros del terreno que pisáis, amigos míos, muy seguros.

El chisporroteo del fuego en la chimenea fue lo único que perturbó el silencio que siguió al relato de Brougham. Con disimulo, Darcy observó la reacción de Bingley ante la historia de Dy y se sintió complacido de ver la actitud pensativa que adoptaba. Entonces volvió a mirar a Brougham y asintió con la cabeza en señal de agradecimiento por su ayuda.

Dy le hizo un gesto casi imperceptible con los hombros, acompañado de una sonrisa tensa y rápida, y luego se puso de pie.

—Caballeros, ahora debo desearles buenas noches. Ésta ha sido una velada memorable, por no decir *reveladora.* Creo que es suficiente mencionar que hemos visto algunas personas más de las que nos habíamos propuesto. —Unos gruñidos lo interrumpieron, pero él continuó —: Y hemos estado *expuestos* —añadió mientras se oían más gruñidos— a nuevas experiencias. —Bingley se rió por el juego de palabras. Brougham le tendió la mano—. ¡Señor Bingley, encantado!

—¡El placer es todo mío, lord Brougham! —Charles le estrechó la mano y se inclinó, visiblemente complacido por haber entrado en el círculo de Brougham.

—Fitz —le dijo Brougham a Darcy, volviéndose hacia él—, dudo que te vea nuevamente antes de que salgas para Pemberley. ¿Le darás mis recuerdos a Georgiana?

—¡Por supuesto!

—¡Bien! Envíame una nota cuando regreses a la ciudad, o tendré que tratar de sobornar otra vez a Witcher, lo que no me hará mucho bien. ¡Ah! Y felicita a Fletcher de mi parte, por favor. ¿Se le subirán mucho los humos si le mando una muestra de mi estimación? Recordaré durante muchos días la expresión de Brummell.

—¡Estoy tentado de ponerlo en tus manos por completo! Charles —le dijo Darcy a Bingley—, discúlpame un momento mientras acompaño a Brougham a la puerta. —Ante el gesto de asentimiento de Bingley, Darcy escoltó a su amigo hasta el corredor, deteniéndose para asegurarse de que la puerta de la biblioteca quedara bien cerrada. Con un gesto, acompañó a Brougham hasta la escalera.

—Dy —dijo, poniendo una mano sobre el brazo de Brougham—, mis sinceras condolencias por *Sansón*; era un magnífico animal.

—Sí, lo era, ¿verdad? —Brougham suspiró mientras bajaban las escaleras—. Como dije, «un héroe». Pude haber sido yo el que se rompiera el cuello. ¿Alguna posibilidad de que *Nelson* tenga descendencia?

—Lo intentaré, te lo prometo. —Darcy miró alrededor, y al ver que no había ningún criado, continuó—: Pero, en realidad, quería acompañarte para darte las gracias. Creo que tu historia le ha dado un poco de sosiego a Bingley.

—¿De verdad lo crees? —Llegaron al vestíbulo, donde Witcher y un lacayo se apresuraron a entregar a Brougham sus pertenencias—. ¡Qué interesante!

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

Brougham se puso el abrigo y se ajustó el sombrero con aire indiferente.

—¡Porque la historia era para *ti*! Hay más cosas sobre Hertfordshire que no me has dicho, viejo amigo. Sé que quieres hacerle un favor a Bingley en este asunto, y es posible que él lo necesite, pero ten cuidado, Fitz. Asegúrate del terreno que pisas y revisa cuidadosamente la naturaleza de tu interés. —Brougham le dio una palmada en el hombro—. ¡Buenas noches y feliz Navidad! Witcher —dijo y le dirigió una sonrisa al viejo mayordomo—, mis recuerdos para su querida esposa y feliz Navidad para usted también.

—Gracias, señor, y feliz Navidad, señor.

Mientras Witcher cerraba la puerta tras Brougham, Darcy volvió a subir las escaleras hasta la biblioteca, distraído, pensando en el comentario de despedida de Dy.

—Darcy. —La súbita aparición de Bingley entre las sombras interrumpió sus pensamientos—. Se está haciendo tarde. Creo que yo también debo marcharme. —Darcy dio media vuelta y los dos bajaron las escaleras—. ¡Vaya velada!

—¡Estoy de acuerdo, y es una velada que no pretendo repetir nunca! —comentó Darcy—. En el futuro, me arriesgaré a ir a Drury Lane para oír a la Catalani.

—Ah, es cierto, ¡nunca llegamos a oír a la diva! Pero, de verdad, Darcy, nunca había visto tanta opulencia y elegancia en mi vida. Todo estaba a la moda y era de un gusto exquisito. Y aunque había algunos a quienes no dudaría en catalogar de demasiado petulantes, muchos invitados me parecieron bastante amables. ¡Y Brummell, Darcy! ¡Pensar que le has hecho sombra!

—Sí, bueno, cuanto menos se hable sobre eso, mejor.

—Como dijo lord Brougham, ¡eso es poco probable! Él es un gran cazador, ¿no es así? Tanta humildad. —Llegaron abajo y Bingley recogió

sus cosas de las manos del criado—. ¡Qué pena lo de su caballo! Lo hace a uno pensar, ¿no es así?

Darcy miró fijamente a Bingley, que adoptó una actitud solemne.

—¿Estar seguro del terreno que pisas antes de saltar la cerca?

—Sí... eso. —Bingley respiró profundamente—. Estoy comenzando a ver la sabiduría de tu consejo. Me estaba apresurando a saltar la cerca, sin estar seguro del terreno e ignorando la advertencia de un amigo —confesó —. Debo pensar racionalmente acerca de la señorita Bennet, tal como me has aconsejado.

Darcy trató de ocultar la euforia que le produjeron las palabras de Bingley.

—Eso es todo lo que te pido, Charles —respondió en voz baja—. Estoy seguro de que después de hacer una reflexión juiciosa sobre el asunto, encontrarás una respuesta satisfactoria. —A pesar de la débil sonrisa con la que Bingley le respondió y la tristeza que volvió a cubrir sus ojos, Darcy se permitió pensar que su campaña se acercaba a un final victorioso. Si la señorita Bingley podía añadir a su consejo un testimonio lo suficientemente desinteresado que corroborara la indiferencia de la señorita Bennet, el asunto estaría resuelto, estaba seguro. Debía enviar una nota de inmediato.

—Buenas noches, Darcy. ¿Cenamos en Grenier's el domingo?

—Que sea el lunes, después de que me enfrente a Lawrence en su caverna, y allí estaré.

—¡Lawrence!

—Sí, estoy tratando de que haga un retrato de Georgiana cuando la traiga conmigo después de Navidad. A la mañana siguiente, espero partir para Pemberley.

—Entonces, será el lunes. Buenas noches otra vez, Darcy. Señor Witcher.

Darcy esperó hasta que Bingley se subiera al coche que le habían pedido y el cochero arreara al caballo, antes de cerrar la puerta.

—¿Eso será todo por hoy, señor Darcy? —preguntó Witcher, sacándolo de sus reflexiones.

—Sí, Witcher. Mande a los criados a descansar y tenga el desayuno listo a las diez, supongo.

—Muy bien, señor. ¿Llamo a Fletcher?

—Sí, por favor. Y Witcher —detuvo al mayordomo cuando estaba tomando la cuerda de la campana—, tengo que enviar una nota mañana temprano. No se necesita contestación.

—Sí, señor. —Witcher tiró de la cuerda y Darcy volvió a subir las escaleras para ultimar dos cosas. La primera era una nota para la señorita Bingley; la segunda sería una confrontación con su ahora famoso ayuda de cámara. Cuando Darcy llegó finalmente a su habitación, encontró su ropa de dormir cuidadosamente puesta sobre la cama, una jarra con agua caliente y otra con agua fría listas y sus artículos de tocador organizados sobre el lavabo. Ya habían desaparecido todas las prendas de ropa que había visto desplegadas para su inspección aquella noche. Incómodo por la meticulosa estrategia de Fletcher, Darcy cerró la puerta de la habitación con fuerza y se dirigió rápidamente hasta el centro de la estancia, con las

manos en la espalda y tratando de adoptar una mirada severa. La puerta del vestidor se abrió casi antes de que él estuviera listo.

—Señor D…

—¡Fletcher, quiero hablar un momento con usted!

Al oír el tono de Darcy, Fletcher primero abrió los ojos y luego bajó la mirada.

—Sí, señor Darcy.

—Recuerdo con claridad haberle advertido que no quería competir con el señor Brummell ni llamar excesivamente la atención de nadie. —La indignación de Darcy volvió a encenderse y se entusiasmó con el tema—. Creo que esas fueron mis instrucciones precisas, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Pues, señor Fletcher, usted me ha fallado en los dos aspectos.

Fletcher levantó la cabeza, y por su rostro cruzaron sucesivamente expresiones de culpa, incertidumbre y prudencia.

—¿De verdad, señor?

—¡Dolorosamente cierto, Fletcher! Usted me ha convertido en «el espejo de la moda y el ejemplo de la elegancia», y ¡ciertamente *no* se lo agradezco! Sucede que me habría gustado pasar inadvertido en Melbourne House esta noche; pero gracias a esta maldita corbata, no tuve oportunidad de hacerlo. Y ahora me encuentro en la posición más desagradable. —Comenzó a pasearse por la habitación—. «Medida por medida» dijo usted. ¡Pero yo no me imaginé que se refiriera a Brummell! ¿Sabía usted que él conoce su nombre con exactitud?

—Había oído rumores… —Fletcher se puso pálido como el papel, pero Darcy no supo si debido a la culpa o a la sorpresa.

—¡Rumores! ¡Me sorprende que no tengan comunicación directa! ¡Había apuestas, Fletcher, apuestas! —Darcy se detuvo sólo a un paso de su ayuda de cámara, cuyos ojos estaban nuevamente fijos en el suelo—. ¡No lo voy a tolerar, Fletcher, en absoluto! Si usted desea ser el ayuda de cámara de un dandi, tiene mi permiso para buscar a alguien que disfrute arreglándose para la sociedad. Pero si va a continuar a mi servicio, se contentará con mis sencillos requerimientos. —Dio media vuelta, se sentó frente al tocador y gruñó—: Ahora, deshaga este infernal nudo.

—Sí, señor Darcy. —Fletcher se acercó con cuidado y comenzó a deshacer el intricado nudo con dedos expertos—. ¿Señor Darcy? — preguntó después de aflojar la corbata.

—¿Sí, Fletcher?

—Si me permite, señor… ¿Exactamente *hasta qué punto* fue grave mi falta esta noche, señor?

Darcy le lanzó una mirada cautelosa. La angustia y el orgullo libraban una batalla abierta en una actitud que solía ser impenetrable para él. El excelente control de Fletcher estaba a punto de desaparecer, y dada la relación tan íntima que tenía con aquel hombre, Darcy tuvo que pensar cuál sería la razón. Daba por descontado el hecho de que había tenido éxito al intimidar a Fletcher. Así que no, la respuesta no estaba en la angustia por la amonestación; entonces había que considerar el orgullo. Darcy se aclaró la garganta.

—La esfinge se ha retirado.

Las manos de Fletcher temblaron.

—¡*Así* de grave, señor! —Fletcher también carraspeó—. Por favor permítame ofrecerle mis más sinceras excusas y rogarle que «no reflexione con excesivo detalle» sobre el asunto. —La afrentosa corbata yacía ahora amontonada sobre el tocador.

—Mmm —resopló Darcy y miró al ayuda de cámara con el rabillo del ojo. Tenía razón, Fletcher había sucumbido al canto de sirena de su arte, y al humillar al celebrado árbitro de la moda había alcanzado de manera incuestionable la cima de su profesión. Darcy sintió una oleada de comprensión y simpatía por el orgullo que sentía Fletcher por el éxito de su arte, pero ésta fue rápidamente temperada al recordar que ese éxito se había obtenido a su costa, *sin* contar con su aprobación y sin que él ni siquiera lo supiera. Fletcher parecía estar realmente arrepentido y la inconveniencia de conseguir un nuevo ayuda de cámara... Darcy negó con la cabeza. El hombre estaba con él desde que había vuelto de la universidad y no se podía imaginar enseñándole a un nuevo ayuda de cámara todas esas preferencias que Fletcher comprendía tan bien. Lo apropiado en ese momento parecía ser mantener la mano firme y, tal vez, ofrecerle una zanahoria.

—Supongo que «debe entregarse al olvido lo que no tiene remedio. Lo hecho, hecho está». Pero, Fletcher, no me vuelva a hacer esta clase de truco nunca más. «Más sustancia y menos retórica». ¿Entiende usted?

—Sí, señor. —El alivio en la voz y la actitud de Fletcher fue palpable.

—No crea que el asunto está totalmente terminado —continuó diciendo Darcy, levantándose para que Fletcher lo ayudara a quitarse la levita—. Hasta que algún personaje supere su *roquet,* estaré obligado a aguantar a innumerables idiotas que querrán saber cómo se hace. ¡Gracias a Dios me marcharé pronto a Pemberley!

—«La naturaleza de la clemencia es que no sea for...». —El ayuda de cámara comenzó a citar otra vez a Shakespeare con sinceridad.

—Sí, bueno, le ruego que no permita que este triunfo suyo y la notoriedad que conlleva interfieran en sus deberes o los del resto de la servidumbre.

—No, señor —contestó el ayuda de cámara. El chaleco con hilos color zafiro se deslizó por los hombros de Darcy, y cuando éste se volvió a mirar a Fletcher mientras doblaba cuidadosamente su ropa, preparándose para abandonar la habitación, vio con claridad que la ecuanimidad del hombre había sufrido un desequilibrio esta noche. Todo el mes había sido demasiado perturbador para los dos.

—Fletcher —dijo Darcy, cuando su ayuda de cámara avanzaba hacia la puerta—, lord Brougham me pidió que le transmitiera sus felicitaciones.

—¿En serio, señor? Lord Brougham es muy amable.

—Quería que usted supiera que recordará durante varios días la expresión de la cara de Brummell mientras contemplaba su derrota a manos suyas. Y, Fletcher —concluyó—, reciba también mis felicitaciones.

—¡Gracias, señor Darcy! —Fletcher hizo una pronunciada reverencia.

Se desearon buenas noches mutuamente y Darcy dio media vuelta para prepararse para dormir, mientras rogaba con devoción para que su tarea de disuadir a Bingley estuviese a punto de finalizar y nada se

interpusiera en el camino de una pronta partida hacia Pemberley. Tanto él como Fletcher podrían recuperar el equilibrio allí. Todo volvería a la normalidad.

Darcy sacudió las páginas del *Morning Post* y volvió a doblar metódicamente el periódico antes de dar un último bocado a su tostada con mantequilla y finalizar su taza de café. Las noticias que se había perdido mientras estaba en Hertfordshire eran alarmantes y perturbadoras, los últimos disturbios públicos habían desplazado de las primeras páginas del *Post* los informes sobre el escándalo de Melbourne House y lo hacían desear con mayor intensidad la finalización de sus asuntos, para abandonar Londres y marcharse a Pemberley lo antes posible. Consultó su reloj de bolsillo; todavía faltaban tres cuartos de hora para que su agente de negocios se presentara en la biblioteca. Suspiró mientras devolvía el reloj a su lugar, pensando que la alarma por el levantamiento de los tejedores de las Midlands no era, ciertamente, la única razón de su inquietud por su situación en Londres; claro que tenía razones más personales.

Empujó la silla hacia atrás, se levantó y se dirigió a la ventana para mirar el césped de Grosvenor Square, blanco ahora por la nieve. Los árboles del parque parecían oscuros centinelas contra la blancura, excepto por las ramas más altas, cuyos dedos fibrosos estaban delicadamente cubiertos de hielo y brillaban con el sol de la mañana. Darcy respiró hondo y dejó salir el aire lentamente, llenando de vapor uno de los helados cristales de la ventana, que enseguida se cubrió de hielo. Pasó el dedo por el hielo e hizo el dibujo de un pequeño Punch. ¿Cuántos años hacía que no le dibujaba a Georgiana figuras sobre el hielo? ¿Diez? Estaba seguro de que eran al menos diez.

Cerró el puño y con el dorso de la mano borró el payaso, mientras terminaba de revisar los resultados de su campaña hasta ahora. No, las cosas que lo ataban a Londres le dolían intensamente, pero sin importar la forma en que analizara el problema, estaba atrapado entre sus promesas a la señorita Bingley y su propia preocupación por su amigo. Estaba obligado a concluir el plan.

La reunión con su agente de negocios resultó ser, afortunadamente, muy corta, y Darcy quedó por fin libre para dedicarse a la única actividad de esa corta visita a la ciudad que había anhelado con placer: elegir los regalos de Navidad para su hermana. Mientras James y Harry, bien envueltos en abrigos y bufandas, discutían en el pescante sobre la mejor ruta hacia Piccadilly, dada la nevada que había caído aquella mañana temprano, el caballero dedicó su atención a pensar en las próximas fiestas y todas las responsabilidades que le esperaban. Tanto el señor Witcher en Londres como el señor Reynolds en Pemberley habían recibido dinero para comprarles regalos a los sirvientes que tenían a su cargo. Hinchcliffe sólo había aceptado para sí mismo una impersonal bonificación anual de vacaciones, que a estas alturas, según sospechaba Darcy, ya debía de haber convertido en una importante reserva. También el regalo de Navidad de Fletcher había sido siempre el mismo: los gastos del

transporte hasta la casa de sus padres en Nottingham durante una semana y una pequeña suma para alegrar los corazones y la vida de sus ancianos progenitores. Una suma bastante moderada ese año, si se tomaba como referencia el tributo que le había mandado Dy y que había llegado esa mañana. Darcy resopló, mientras el coche se detenía frente a Hatchard's. Harry abrió la puerta y bajó la escalerilla casi enseguida.

—Será una tarde fría hoy, señor Darcy —dijo el cochero, estremeciéndose a pesar del abrigo y la bufanda que llevaba encima.

—¡Así es, Harry! Dígale a James que mantenga a los caballos en movimiento y usted venga conmigo.

—Gracias, señor. ¡James! —Harry se dirigió al pescante, impartió las instrucciones oportunas y se apresuró a seguir a Darcy al interior del establecimiento. La campana de la puerta sonó alegremente cuando entraron, lo que atrajo la mirada del señor Hatchard, que se encontraba tras el mostrador.

—¡Señor Darcy, qué placer verlo, señor! —Se acercó a ellos. Antes de devolver el saludo, Darcy hizo una señal a Harry para que se retirara al cuarto donde esperaban los cocheros—. Y ¿qué le han parecido los volúmenes que le envié a Hertfordshire? Confío en que hayan llegado bien.

—Sí, es usted muy amable, Hatchard. ¿Hay algo más en esa línea?

—No, señor, ni siquiera un rumor. Wellesley se encuentra en sus cuarteles de invierno en Portugal, ya sabe. Tal vez, entre las fiestas y los bailes, alguien encuentre tiempo para garabatear unas cuantas líneas. Estoy esperando una cantidad de manuscritos que deben llegar en primavera y ciertamente lo mantendré informado.

—¡Muy bien! Hoy estoy buscando algo para la señorita Darcy. ¿Tiene alguna sugerencia?

—¡La señorita Darcy! Ah, hay muchas cosas, a pesar de lo que piensa el señor Walter Scott. —El señor Hatchard llevó a Darcy a una pequeña estancia amueblada con una mesa y sillas. Pocos instantes después depositó delante de él un montón de libros. Darcy hojeó las obras seleccionadas, frunciendo el ceño al revisar la mayoría. Tras elegir *The Scottish Chiefs (Los jefes o caudillos escoceses)* de la señorita Porter y el último volumen de *Tales from Fashionable Life,* de la señorita Edgeworth, los dejó sobre el mostrador para que los empaquetaran y se metió por un pasillo para echar un vistazo a las estanterías.

—¡Darcy! ¡Vaya, Darcy, qué suerte! —Darcy levantó la vista del estante que estaba revisando y vio que «Poodle» Byng venía hacia él, con su característico acompañante canino trotando detrás.

Ya empezamos. Darcy lanzó una mirada de súplica al cielo.

—Darcy, viejo amigo, ¿qué era ese nudo que llevaba usted anoche en Melbourne House? Una cosa endemoniadamente complicada. Dejó a Beau Brummell en un terrible estado de irritación durante el resto de la noche. Por eso arremetió contra el chaleco del pobre Skeffington, ¿lo sabía? —La sonrisa cordial de Poodle se transformó en una sonrisita de indeseable intimidad mientras continuaba—: Alguien me dijo que se llamaba el roquefort, pero yo le dije que no lo creía. «No es el roquefort», dije yo. «El roquefort es un queso, cabeza de chorlito». Fue Vasingstoke el que lo dijo;

todo el mundo sabe que su poni le dio una coz en la cabeza cuando montó por primera vez. «El roquefort es un queso», dije yo, «y le apuesto a cualquiera a que Darcy nunca llevaría un queso alrededor del cuello», ¿no fue así, Pompeyo? —Poodle se dirigió a su perro, que ladró a modo de respuesta. Con firme convicción, los dos dirigieron sus ojos expectantes hacia Darcy.

—No, Byng, tiene usted razón. Es el *roquet.* Y, por favor —se apresuró a continuar—, le ruego que no me pida instrucciones. Es una creación de mi ayuda de cámara. Sólo él puede hacerlo.

—¡El *roquet*! Aja, espere a que se lo cuente a Vasingstoke. «Fuera de juego», ¿no es así? Bueno, no es de sorprender que Brummell quedara de tan mal humor. Pero lo único que le pido es una mínima indicación. No quiero competir, imagínese; sólo molestar un poco a Brummell.

Darcy estiró la mano por detrás y agarró un libro del estante.

—Por favor, acepte mis disculpas y créame que no puedo satisfacer su curiosidad, Byng. No estaba prestando atención cuando Fletcher lo anudó y por eso no puedo darle ninguna indicación sobre cómo proceder. Tendrá que excusarme y entenderá que no puedo tener a mis caballos esperando mucho con este tiempo y debo llevarle esto —sacó el volumen desde atrás— a Hatchard. —Le hizo una ligera reverencia, pasó al lado del perro, que siguió sus movimientos con un gruñido, y se dirigió rápidamente hasta el mostrador.

—¿Eso será todo, señor Darcy? —Hatchard enarcó las cejas en señal de sorpresa cuando Darcy puso sobre el montón de libros que había escogido el volumen que le había servido de disculpa—. ¡La nueva edición de *Practical View*! ¡No sabía que tenía intereses en ese tema!

—¿Qué? Ah... sólo empaquételo con el resto, si es usted tan amable, y llame a Harry.

En unos segundos, Harry estaba ya junto al mostrador, recibiendo el paquete que Hatchard había envuelto con tanto cuidado. Darcy lo siguió al exterior, pues no tenía deseos de esperar dentro hasta que el coche llegara y arriesgarse a sufrir más impertinencias por parte de Byng y su confidente canino.

Un poco más adelante, cerca de St. James, Darcy se detuvo un momento en Hoby's para que le tomaran medidas para un nuevo par de botas. Allí tuvo que defenderse de más admiradores del *roquet.* Luego dirigió a su cochero hasta Leicester Square y la tienda de sedas de *madame* LaCoure. Dejándose aconsejar por la modista, eligió tres piezas de seda y dos de muselina y prometió regresar con su hermana para elegir los encajes y las cintas apropiadas. Luego siguió hasta DeWachter's, en Clerkenwell, el joyero que trabajaba para los Darcy desde hacía varias generaciones, donde escogió una sencilla pero hermosa gargantilla y un brazalete de perlas y aceptó con toda la elegancia que pudo las felicitaciones del señor DeWatcher por su «triunfo». Su última parada fue la imprenta a la que Georgiana solía encargar sus partituras. Tras llevarse todas las partituras nuevas de los compositores que ambos admiraban, Darcy se subió al coche con sus últimos paquetes.

—¿Señor Darcy? —preguntó Harry mientras colocaba los paquetes y sacudía la manta.

—¿Sí, Harry?

—¿Qué es eso del *roquet,* señor?

Darcy suspiró pesadamente.

—Una nueva forma de anudar una corbata de lazo que ha inventado Fletcher. ¿Por qué lo pregunta, Harry?

—Ah, señor, porque un par de caballeros me acaban de ofrecer una moneda de oro cada uno si los dejaba entrar a hurtadillas a su vestidor para verlo. —Harry sacudió la cabeza—. Le ruego que me perdone, señor, pero la alta sociedad tiene, a veces, unas extrañas costumbres.

Darcy cerró los ojos.

—No hay palabras más ciertas. Volvamos a casa, Harry.

Después de regresar de hacer sus compras, Darcy se reunió con Hinchcliffe, que lo recibió con un montón de tarjetas e invitaciones que habían sido entregadas recientemente y que solicitaban su asistencia a una increíble cantidad de recepciones, desayunos, exhibiciones de boxeo, clubes discretos, reuniones políticas y representaciones teatrales. Darcy les echó un vistazo con desaliento y luego las arrojó sobre su escritorio.

—¿Debo enviar la respuesta habitual, señor? —Hinchcliffe se inclinó, las recogió y las organizó sobre una bandeja de plata.

—Sí. Excusas para cualquier persona que usted no conozca y que esté por debajo de un baronet, sentidas excusas para cualquier persona por encima de eso y páseme el resto a mí. Tal como están las cosas, aunque empiece ahora mismo, me temo que se pasará trabajando la mayor parte de la noche. —Hinchcliffe inclinó la cabeza en señal de acuerdo silencioso y se marchó hacia su oficina.

Cuando la puerta se cerró, Darcy se sintió invadido por una repentina inquietud que lo impulsó a pasearse por la biblioteca. Faltaba poco más de una hora para la cena, y aunque había planeado cenar solo esa noche, el perverso deseo de tener una agradable compañía se apoderó de él. Después de Año Nuevo, cuando regresara a la ciudad con Georgiana, noches como ésa podrían transcurrir de manera agradable, dedicado a compartir libros y música con su hermana. Pero incluso mientras contemplaba esos futuros placeres, Darcy descubrió que, para su desgracia, esa perspectiva no lo satisfacía por completo. Una inquietud inmensa e indefinida, que Darcy nunca había sospechado que existiera, se hizo hueco en su interior, amenazando con robarle la satisfacción y la tranquilidad.

Mientras se paseaba de un lado a otro, Darcy se acercó hasta una estantería. Con la esperanza de que la disciplina que implicaba seguir el curso de una batalla pudiera ayudarlo a poner sus pensamientos en orden, sacó *Fuentes de Oñoro* del lugar donde estaba guardado y se desplomó en uno de los sillones junto al fuego. Estirando las piernas hacia la chimenea, deslizó el dedo por las páginas y abrió el libro en el lugar marcado por los hilos de bordar. Cuando se inclinó para comenzar a leer, las palabras le parecieron borrosas, como si se hubiesen vuelto incomprensibles por el reflejo que producía la luz del fuego sobre los hilos trenzados que reposaban sobre la página. ¡Elizabeth! ¡Cuánto se había resistido a pensar

en ella! Sintió que la respiración se le aceleraba a medida que un torrente de recuerdos invadía su mente: Elizabeth en la puerta de Netherfield, vacilante pero decidida; en las escaleras, agotada pero dedicada al cuidado de su hermana; en el salón, enarcando una ceja cuando desafiaba su manera de ser; en el piano, ajena a la gracia que imprimía a su canción; en el baile, la noche de Milton, con los ojos brillantes, bañada por el encanto del Edén.

Elizabeth se habría reído al ver la pomposa angustia de Brummell a causa de una simple corbata. Darcy estaba seguro de que ella no se habría dejado intimidar por lady Melbourne, ni se habría desmayado al ver el escandaloso espectáculo de lady Caroline. Casi podía imaginarla, sentada en la silla de al lado, sonriéndole con esa expresión que, estaba empezando a creer, presagiaba algo delicioso. Al pensar en eso, se agudizó la vaga insatisfacción que sentía. Incertidumbre, dicha, nostalgia, todas esas emociones se habían deslizado en su vida de manera inconsciente, y estando solo en su casa, Darcy sintió con intensidad los efectos de esas emociones. Cerró los dedos alrededor de los hilos. ¿Qué era lo que Dy le había advertido? Conocer el terreno que pisaba, sí, pero ¿qué era lo otro? Estar totalmente seguro de la naturaleza de su interés estaba los asuntos de Bingley. ¿Qué parte de su interés estaba dirigido solamente al beneficio de Bingley? ¿No se acercaba a la verdad el hecho de que separar a Charles de la señorita Jane Bennet era su defensa más segura contra el conflicto que generaba su propia e impetuosa atracción por la hermana de la muchacha?

Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas y los hilos apretados en la palma de la mano, y se quedó mirando fijamente las brasas. Estaba seguro de que le deseaba a su amigo la mayor felicidad en su matrimonio. Al menos, una felicidad tan grande como era razonable esperar de la unión de dos fortunas y posiciones semejantes. En cuanto a su propio futuro como hombre casado, Darcy sólo pensaba que era algo que debía evitar. Sus propiedades y negocios estaban bien administrados y eran prósperos, lo cual hacía innecesario un matrimonio por interés y le daba la libertad de elegir cuándo y dónde él quisiera, con la esperanza de alcanzar un cierto grado de felicidad. Había momentos durante la noche en que deseaba las comodidades del matrimonio, y ocasionalmente un rostro o una figura habían llamado su atención. Pero la realidad de confiar el futuro de su gente y pasar la vida con una de esas mentes frágiles y naturalezas endurecidas que se escondían tras las caras bonitas que se le ofrecían en esas horas oscuras y silenciosas siempre había logrado convencerlo de que cambiar la felicidad por la comodidad sería una locura. Darcy sabía que las dos cosas eran posibles; lo había visto en vida de sus padres antes de la muerte de su madre y, después, en la sonrisa distante que a veces cruzaba por el rostro de su padre. Pero ahora…

Darcy levantó el marcapáginas y lo contempló a la luz del fuego, mientras la corriente de aire que salía de la chimenea levantaba y hacía girar los delicados hilos, tejiéndolos y destejiéndolos en trenzas de colores. *Igual que tu idea de ella,* admitió para sus adentros, *tejiéndose y destejiéndose. Te preocupas* con *diligencia por destejer tu relación con ella al disuadir a Bingley y, sin embargo, la vuelves a tejer cuando estás*

solo con tus pensamientos desbocados y tus recuerdos robados.

Un golpe en la puerta lo hizo reaccionar. Colocó los hilos rápidamente otra vez entre las páginas del libro y lo cerró de un golpe.

—Entre.

Hinchcliffe se asomó por la puerta.

—Señor Darcy, hay una nota aquí sin dirección y escrita con una letra que no conozco. Está redactada de una manera más bien críptica. Pensé que le gustaría verla enseguida. —Diciendo eso, Hinchcliffe avanzó unos pasos y le entregó una misiva color crema, que no tenía ninguna marca ni señas de quién la enviaba.

—Gracias, Hinchcliffe. —Darcy tomó la nota, y después de hacer un gesto con la cabeza indicándole al secretario que podía retirarse, esperó a que éste se marchara para abrir la hoja a la luz de la lámpara.

> Señor:
>
> Han sido recibidas sus instrucciones y serán cumplidas al pie de la letra. Envié una nota a B, quien, como usted se imaginará, se sorprendió bastante al saber de mi llegada y me avisó de que dejará sus habitaciones mañana para venir a la calle Aldford. Confío en usted, señor, para que complete su salvación, ya que sé muy bien que mi confianza reposa en las mejores manos.
>
> *C.*

Darcy arrugó la nota y la arrojó al fuego.

—La respuesta a todas tus ambiciones —se burló de sí mismo—. ¡Ser el «depositario de la confianza» de Caroline Bingley y el «salvador» de su hermano! Por Dios, hombre, ¿qué oficio desempeñarás después? ¡Arzobispo, seguramente! —Se dejó caer sobre el respaldo de la silla, pero se sobresaltó nuevamente al oír un segundo golpe en la puerta.

—Sí, ¿qué ocurre? —gritó.

La puerta se abrió y una criada muy joven, con unos ojos azules muy abiertos, anunció en voz baja:

—S-su c-ce... cena, s-se... señor. —La muchacha hizo una reverencia nerviosa. Sus rizos rubios flotaron alrededor de su cara, y luego desapareció.

Darcy se quedó mirando con desaliento cómo se desvanecía la figura de la muchacha, a través del marco de la puerta.

—Te estás volviendo un verdadero Barbazul, asustando a las chiquillas del servicio...

—¿Algo va mal, señor Darcy? —Sólo pasó un instante antes de que Witcher apareciera en la puerta.

—No, Witcher —suspiró Darcy—, lo único que va mal es mi estado de ánimo.

—¿Entonces Maddie no ha hecho nada inapropiado, señor?

—¿Maddie?

—Mi nieta, señor Darcy. Ella vino a anunciarle la cena, señor. Es la primera vez que está arriba, señor. —Witcher presumió un poco, con orgullo de abuelo. El estado de ánimo de Darcy sucumbió un poco más.

—¡Su nieta! —Se dirigió al escritorio y, abriendo un cajón, sacó un chelín—. Aquí tiene, para su nieta, para celebrar el éxito de su primer día

arriba. —Radiante, Witcher aceptó la generosidad de su patrón con la promesa de entregárselo a la muchacha más tarde.

—Su cena está lista, señor Darcy. Jules ha preparado una deliciosa cena con sus platos favoritos, que está esperando su atención. ¿Digo que le sirvan?

—Sí, por favor. Bajaré en un momento.

Cuando Witcher se fue, Darcy recuperó su libro y lo volvió a poner con cuidado en la estantería, acariciando las puntas de la sedosa trenza mientras lo hacía. Durante un momento se detuvo y permitió que el rostro de Elizabeth se alzara ante él. Sacudiendo suavemente la cabeza, dejó caer la mano.

—No, debes irte —susurró—, porque yo soy el salvador de Bingley. —Le dio la espalda a la visión con pesada determinación, atravesó la biblioteca y, al salir al corredor, cerró la puerta con delicadeza.

Agradecimientos

Tengo una deuda de gratitud con muchas personas que me animaron a lo largo de la publicación de este libro. En primer lugar, con mis amigas y compañeras escritoras de Crown Hill Writers' Guild, Susan Kaye Blackwell y Laura Louise Lyons, cuyo apoyo, consejo y «tonificantes reprimendas» lograron romper en más de una ocasión un momento de bloqueo al escribir. En segundo lugar, con mi esposo, Michael, mi «hermano de armas» en la batalla por escribir la historia de Darcy de una manera que fuera fiel tanto a Jane Austen como al hombre que los dos creíamos que Darcy era. En tercer lugar, tengo una enorme deuda de gratitud con Margaret Coleman, cuyas hermosas cubiertas para la edición de la serie por parte de Wytherngate Press tuvieron mucho que ver con su éxito. Muchas, muchas gracias a Lloyd Bassin, por su excelente representación y promoción. Por último, mi sincero agradecimiento a todos esos lectores de Austenesque, The Republic of Pemberley, The Derbyshire Writers's Guild y Firthness, por su constante apoyo y entusiasmo por este proyecto.

¡Dios los bendiga!



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

PAMELA AIDAN



Pamela Aidan nació en 1953 en Pensilvania, Estados Unidos. Tiene un máster en Biblioteconomía por la Universidad de Illinois y ha sido librera durante más de treinta años. Ella y su marido Michael viven en Coeur d'Alene, Idaho; cada uno tiene tres hijos mayores de sus anteriores matrimonios.

A pesar de que la obra de Jane Austen *Orgullo y prejuicio* ha sido su novela favorita desde sus años en el colegio, atribuye la inspiración para escribir su primera novela basada en el periodo de la Regencia a la miniserie producida por la BBC. Una fiesta como ésta significó el comienzo de la trilogía «Fitzwilliam Darcy, un caballero».

UNA FIESTA COMO ÉSTA

«Está pasable, pero no es lo suficientemente guapa como para sentirme tentado».

Así es como empieza el eterno romance entre Fitzwilliam Darcy y Elizabeth Bennet en *Orgullo y Prejuicio*. La novela de Jane Austen ha sido admirada por millones de personas, pero poco se descubre en el libro sobre el misterioso y atractivo héroe, el señor Darcy. Y la cuestión ha seguido en el aire hasta nuestros días: ¿quién es Fitzwilliam Darcy?

En *Una fiesta como ésta*, Pamela Aidan contesta por fin a esa pregunta. En el primer libro de su trilogía «Fitzwilliam Darcy, un caballero», nos vuelve a presentar a Darcy en el momento en que visita Hertfordshire con su amigo Charles Bingley y nos descubre la oculta perspectiva de Darcy sobre los acontecimientos de *Orgullo y prejuicio*. A medida que Darcy pasa más tiempo en Netherfield, supervisando a Bingley y resistiéndose a los implacables asaltos de la señorita Bingley, la atracción a la que se ha resistido por Elizabeth crece, al igual que su preocupación por la relación que mantiene con su opuesto, George Wickham.

Emplazando toda la trama vivamente en el variado ámbito histórico y político de la Regencia, Aidan escribe con un estilo cómodo, de casa, como Austen, pero con un ingenio y humor de su propia cosecha. Aidan incluye su propia selección de fascinantes personajes a los de la novela original de Austen, tejiendo un rico tapete del pasado y el presente de Darcy. Los admiradores de Austen y también los que se acerquen a Aidan por primera vez adorarán este nuevo capítulo del romance más famoso de todos los tiempos.



Título original: *An assembly such as this*

Publicado por acuerdo con el editor original,
Touchstone, sello de Simon & Schuster, Inc.

Sello Manderley
Diseño de cubierta e interiores: Raquel Cañé
Primera edición: enero de 2009
ISBN: 978-84-8365-032-5
Depósito Legal: M-51.595-2008
Impreso en España - *Printed in Spain*